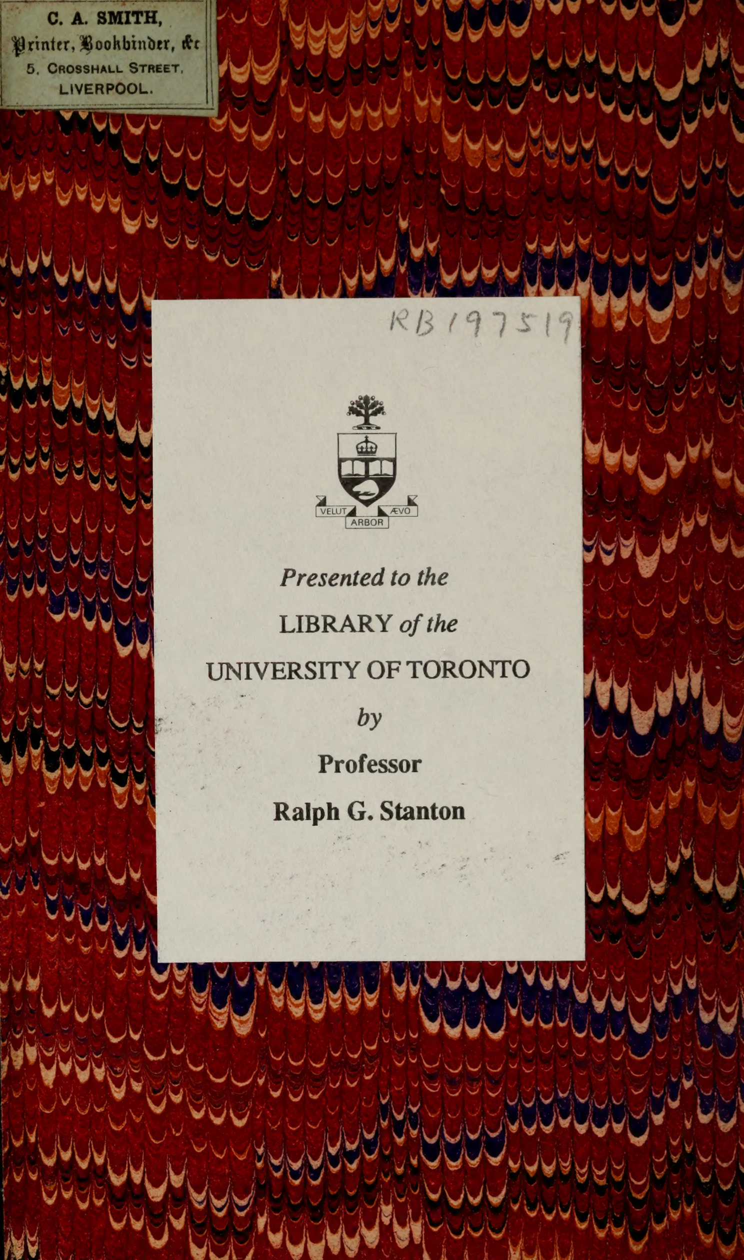
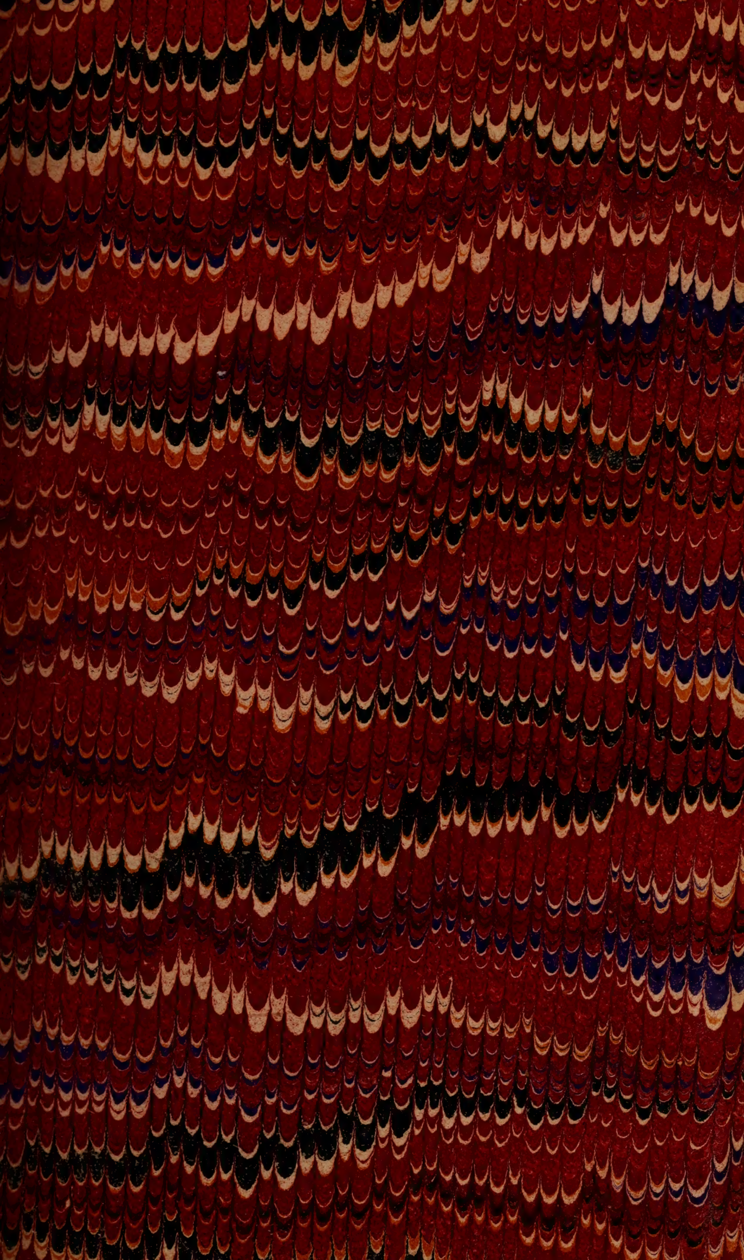



C. A. SMITH,
Printer, Bookbinder, &c
5, CROSSHALL STREET,
LIVERPOOL.
RB197519
VELUT ARBOR ÆVO
Presented to the
LIBRARY of the
UNIVERSITY OF TORONTO
by
Professor
Ralph G. Stanton



Catalan
Separist
Movement

1808

10/6

640

HISTORIA

DE LOS MOVIMIENTOS, SEPARACION Y GUERRA

DE CATALUÑA,

EN TIEMPO DE FELIPE IV.

ESCRITA

POR D. FRANCISCO MANUEL DE MELO.

NUEVA EDICION CORREGIDA.

EN MADRID

EN LA IMPRENTA DE SANCHA.

AÑO DE MDCCCVIII.

Conturbatæ sunt Gentes, et inclinata sunt Regna,

Dedit vocem suam, mota est terra. Ps. 45.

HABLO Á QUIEN LEE.

Si buscas la verdad, yo te convido á que leas, sino mas del deleyte y policía, cierra el libro, satisfecho de que tan á tiempo te desengañe.

Ni el arte, ni la lisonja han sido parciales á mi escritura: aquí no hallarás citadas sentencias ó aforismos de filósofos y políticos, todo es del que lo escribe. Muchos casos sí se refieren de que las puedes formar, si con juicio discurres por la naturaleza de estos sucesos: entónces será tuyo el útil, como el trabajo mio, sacando de mis letras doctrina por tí mismo; y ambos así nos llamarémos autores, yo con lo que te refiero, tú con lo que te persuades.

Ofrezco á los venideros un exemplo, á los presentes un desengaño, un consuelo á los pasados. Cuento los accidentes de un siglo

que les puede servir á estos, aquellos y esotros con lecciones tan diferentes.

Algunos condenarán mi Historia de triste. No hay modo de referir tragedias sino con términos graves. Las sales de Marcial, las fábulas de Plauto jamas se sirviéron ó representáron en la mesa de Livio.

Si alguna vez la pluma corriere tras la armonia de las razones, certifícote que en nada entró el artificio, sino que la materia entónces mas deleytable la lleva apaciblemente.

Hablo de las acciones de grandes príncipes y otros hombres de superior estado: lo primero se excusa siempre que se puede, y quando se llega á hablar de los reyes, es con suma reverencia á la púrpura; pero esa es condicion de las llagas, no dexarse manejar sin dolor y sangre.

Muchos te parecerán secretos, no lo han sido á mi inteligencia, ninguno juzga temerariamente, sino aquel que afirma lo que no sabe. No es secreto lo que está entre pocos, de estos escribo.

Llamo á los soldados del exército del

rey D. Felipe algunas veces Católicos como á su rey : no se quejen los mas de esta separacion, sigo la voz de historiadores. Otras veces los nombro Españoles , Castellanos ó Reales ; siempre entiendo la misma gente. Para todos quisiera el mejor nombre.

Procuro no faltar á la imitacion de los sugetos quando hablo por ellos , ni á la semejanza quando hablo de ellos. En inquirir y retratar afectos pocos han sido mas cuidadosos , si lo he conseguido , dicha ha sido de la experiencia que tuve de casi todos los hombres de que trato. He deseado mostrar sus ánimos , no los vestidos de seda, lana , ó pieles , sobre que tanto se desveló un historiador grande de estos años , estimado en el mundo.

Si en algo te he servido , pídote que no te entrometas á saber de mí mas de lo que quiero decirte. Yo te inculco mi juicio , como le he recibido en suerte : no te ofrezco mi persona , que no es del caso para que perdones ó condenes mis escritos. Sino te agrado , no vuelvas á leerme , y si te obligo , perdónote el agradecimiento : no es temor , como no es

vanidad. Largo es el teatro, dilatada la tragedia, otra vez nos toparémos, ya me conocerás por la voz, yo á tí por la censura.

EL EDITOR.

Sin embargo de haberse impreso tres veces en Portugal (1) la presente Historia de la Guerra de Cataluña, apénas habia quedado en aquel reyno y el nuestro la menor noticia de una obra tan excelente; y mucho ménos del verdadero nombre de su autor. ¡Imperdonable descuido por cierto en los literatos de una y otra nacion, y mas particularmente en nosotros por estar escrita en idioma castellano con tal elegancia, que con dificultad se hallará otra que pueda competir en pureza de lenguage, en mejor estilo y eloqüencia con la de D. Francisco Manuel de Melo!

No hay duda que, aunque son muchos los autores que justamente son reputados entre nosotros por maestros de buen lenguage, en pocos, dígase lo que se quiera, se halla reunido lo castizo de la diccion y su acertada colocacion con la propiedad de las acepciones y elegancia de las frases. Por ventura ¿se vé en autor alguno mas variedad y novedad en los modos de decir, transiciones mas naturalmente usadas, sentencias mas bien colocadas y con mas arte entre los mismos

(1) La primera en 1645, la segunda en 1692, y en 1696 la tercera.

periodos, metáforas mas propias, estilo mas variado y acomodado al carácter del asunto, mas preciso en unos casos, mas numeroso, animado y fluido en otros? Y en fin ¿en quien se encuentra retratada mas á lo vivo la verdadera fisonomía de la construccion de la Lengua, exênta de aquellas maneras extrangeras, con que violentamente la van amoldando algunos autores de nuestros dias, sin incurrir en las muchas anfilogías en que suelen caer estos por la indiscreta colocacion de las voces?

No: no es mi opinion, ni mi interes lo que la califica, ni lo que la ensalza, es su mérito real y verdadero: el discurso vigoroso del Canónigo Claris, el grave del Conde de Oñate, las descripciones del dia de Corpus y de la derrota del exército castellano en la expugnacion del castillo de Monjuich, y el conciso Prólogo á lo Tácito, son lo que la justifican entre otros muchos primores, que se hallan á cada paso repartidos por esta Historia.

Como no he pretendido inculcar á nadie mi juicio acerca de esta obra, por desear que el lector la analice por sí mismo, he dexado que corran solo baxo mi palabra y sin mas prueba, los cortos elogios que acabo de tributar al autor. Yo sé bien que los inteligentes en el idioma y en la elo-

qüencia la mirarán como una obra maestra del arte de expresar bien las ideas, y de persuadir; y acaso no será extraño que sea considerada para muchos tambien, como un verdadero modelo de la manera de escribir Historia. Porque á la verdad, el plan de ella, el modo de fixar los motivos de la guerra, el caracterizar tan propiamente los personages, adaptando el lenguage y estilo propio á cada uno, el poner en accion ciertas ocurrencias para que hablen, digamoslo así, por sí mismas, y causen mas impresion de esta manera, no son cosas que merezcan olvidarse para dexar de colocar á su autor enre los historiadores de mayor nota. ¡Lástima es que así como escribió el primer año de esta desastrosa guerra, no hubiese continuado con los doce que duró hasta arrojar del Principado al exército de Luis XIII, á quien desde el año de 1641 se habian entregado los Catalanes! Con la toma de Barcelona por D. Juan de Austria se acabó de reducir Cataluña, á la que la fueron restituidos sus antiguos privilegios y perdonados todos los rebeldes, ménos el Canónigo Claris, Margarit y Calvo refugiados á Francia, y unos cincuenta ajusticiados.

Entusiasmado, pues, del extraordinario mérito de esta obra, que miéntras mas se lee, se dexa mas admirar, me resolví

á que se imprimiese por la primera vez en España, á fin de que el Público poseyese un precioso monumento, de lo que es susceptible la rica y armoniosa Lengua castellana, quando es manejada por una pluma maestra. Pero como qualquiera de las tres ediciones portuguesas se halla llena de yerros de imprenta, ya en la puntuacion, acentuacion y uso de las letras, ya equivocados muchos nombres propios de lugares y apellidos, y ya introducida en ella alguna que otra voz portuguesa, y lo que es peor omitidas algunas partículas, cuya falta hace casi impenetrable el sentido de algunas claúsulas, fué preciso enmendar en esta edicion todos estos defectos, que no dexan de obscurecer su hermosura. Tambien se han corregido algunas voces antiquadas segun se pronuncian en el dia; y habiéndose compuesto un índice de que carecia, con las mismas notas marginales que habia el autor colocado al principio de algunos párrafos para indicar el asunto contenido en ellos, ha parecido conveniente numerarlos todos y citarlos con la página en el índice, á fin de que se pueda encontrar con mas facilidad la materia de que tratan.

Así mismo debo advertir que, aunque se ha alterado en parte el título de la obra por justas razones que se han tenido, y se ha omitido la Dedicatoria que hizo el au-

tor al Papa Inocencio X; por estar escrita en un estilo tan impropio de su natural eloqüencia, se ha tenido por oportuno colocar abaxo por nota el uno y la otra, segun y como se hallan en el original, para que el lector vea la fidelidad que se ha tenido en esta edicion. Y para que en ningun tiempo vuelva á quedar oculto el nombre del autor, que por una feliz casualidad ha llegado á descubrirse, despues de haberse procurado indagar, aunque inútilmente, en España y Portugal, se ha añadido su vida, sacada en parte de sus obras y en parte de la Biblioteca Lusitana de Diego Barbosa, habiendo procurado apropiarnos siempre que nos ha sido posible, el mismo estilo y lenguage del autor, á fin de que no aparezca en toda esta obra otra pluma diferente de la del mismo D. Francisco. Solo desea el editor por este pequeño trabajo y por el objeto que ha tenido en su publicacion, que el Público haga de ella el justo aprecio que se merece, y que saque de su lectura opimos frutos para gloria de la Nacion.

E. D. L.

Historia de los movimientos y separacion de Cataluña, y de la guerra entre la Magestad Católica de D. Felipe el IV, Rey de Castilla y de Aragon, y la Diputacion General de aquel Principado: dedicada, ofrecida y consagrada á la Santidad del Beatísimo Padre Inocencio X. Pontífice Sumo Máximo Romano. Escrita por Clemente Libertino. En S. Vicente

de Rastello, por Paulo Craesbeeck, impresor de las Ordenes Militares, año de 1645.

Padre Santo = Vertiendo sangre el Pueblo Cristiano puso Dios á Vuestra Santidad en su Silla para que la detenga y restañe; todos así lo creemos y esperamos. Obedece la sangre á la virtud de una piedra beneficiada del Sol, pára y se reprime: lo mismo ha de ser ahora por el valor de la Piedra angular de la Iglesia, depósito de las influencias del Sol mas poderoso. ¿Quien lo duda, quando en medio del diluvio de los intereses humanos sale la Paloma de Vuestra Santidad, asegurando al Universo, que no puede faltar quien tiene por blason la Paz, y por oficio dar la vida por ella? Contémplese Vuestra Santidad; y se hallará cercado de obligaciones, no sé quales mayores, su Dignidad, ó su Nombre? Ella de amor de Padre, él de justicia de Inocente: ¿pues de las del tiempo qué diremos? Nació Cristo en edad pacifica, Vuestra Santidad en siglo turbulento: misteriosa confianza hace Dios de su gran Espíritu de Vuestra Santidad; pues ahora le envia y le entrega su poder; esto es decir á Vuestra Santidad que el que se desviare de las Llaves de Pedro, tema el Montante de Pablo. De un mismo metal son fabricadas las dos celestiales Insignias, y entrambas propias á la poderosa Mano de Vuestra Santidad. Al que no acude á la voz, reduzca al cayado; así lo usa el Pastor, y el Pastor bueno no desamparar por la asistencia de otras la oveja mas apartada, cuyos Religiosos balidos le llaman fielmente. Y porque naciendo Vuestra Santidad, como ha nacido, á la quietud de los Fieles, necesita de muchas verdades, que han de ser el material, con que debe obrarse este cándido Templo de la Paz pública, informándose de las razones ó sinrazones de las Gentes. Yo pequeño entre los mas ofrezco á los benditos pies de Vuestra Santidad esta Humilde Historia de Cataluña, y su primer rompimiento en guerra con el Rey D. Felipe el IV; como orígen de los grandes acontecimientos de España: de la qual separacion y guerra tomáron tambien motivo los mayores negocios de Europa, que de importantes ó mortales solamente aspiran á los remedios de la Iglesia. A Dios llamo por Juez de mi intencion, y espero conocer ha oido mi ruego segun el acogimiento que Vuestra Santidad fuere servido mandar hacer á mis escritos, que por destinados desde su principio á Vuestra Santidad, se escusáron á Príncipes y Reyes, á quienes podia ofrecerlos el amor ó el respeto. Empero pues yo llegué á coronar mi edificio del gran Nombre de Vuestra Santidad ¿qué otra cosa me queda que pedir, Beatísimo Padre, despues de la Apostólica Bendicion, sino que Dios prospere y santifique la vida y persona de Vuestra Santidad, para consuelo y quietud de los Fieles? Escrita en San Vicente de Rastello á 10 de Octubre, año segundo de Vuestro Pontificado y del Señor 1645 = Padre Santo = Besa humildemente los sagrados pies de Vuestra Santidad = Clemente Libertino.

VIDA DEL AUTOR.

En el dia 23 de Noviembre del año de 1611, dia consagrado á la memoria del Sumo Pontífice S. Clemente, nació en la ciudad de Lisboa D. Francisco Manuel de Melo, Caballero de la Orden militar de Cristo y Comendador de Santa María de la Asuncion del lugar de Espichel y Oyam, y de Santa María del Hospital y S. Simon de Viana. Tuvo por padres á D. Luis de Melo y á Doña María de Toledo de Mazuellos, uno y otro descendientes de ilustres familias, que ademas de varios empleos que obtuviéron en los exércitos portugueses, apénas hubo uno de los de la casa de Braganza, desde que se erigió en Estado hasta el Príncipe D. Teodosio, que dexase de criarse entre los brazos de los tios y parientes de nuestro autor. Su bisabuelo paterno Gomez de Melo fué nieto de D. Francisco de Faro, hijo segundo del Conde de Faro y hermano segundo de D. Fernando Duque de Braganza. Su madre era hija de Bernardo Castillo de Mazuellos, Gentil Hombre de Boca del Cardenal Alberto y Alcayde mayor de Alcalá de Henares, y de su muger Doña Isabel Correa de Leon.

Habiendo manifestado Melo muy desde niño una alta comprehension y aficion suma por las ciencias, le dedicáron sus padres bien pronto á la carrera literaria, en la que á la edad de 10 años se aventajaba á sus condiscípulos en el colegio de San Antonio de Coimbra, quando estudiaba Retórica y Letras humanas con el P. Baltasar Téllez, Provincial que fué de la extinguida Compañía de Jesus. A la edad de 14 años escribió un Canto en octavas portuguesas para celebrar la restauracion de Bahia en el año de 1625, imitando el estilo del célebre Luis de Camoens: á los 17 concluyó una obra, que despues ha sido impresa con el título de Concordancias Matemáticas, y á los 18 compuso á una dama llamada Margarita Lucinda una novela intitulada las Finezas mal logradas.

Como sucediese en la edad que contaba de 17 años, la intempestiva muerte de su padre, la liber-

tad mas bien que otro respeto, junto con no tener ya, como él decia en una carta á nuestro poeta Quevedo, quien le dispusiese á los empleos dignos de los hombres de bien, le hizo preferir la belicosa carrera de Marte á la plácida de Minerva, sentando plaza de soldado, en cuyo noble exercicio fueron el mar y la tierra los teatros en que dió claros indicios de un valor heroico, y de una inteligencia nada inferior á la de los primeros Capitanes de aquel tiempo. Quando apénas llegaba á la edad juvenil, fué colocado en uno de los dos Tercios fixos que se acababan de levantar para Flándes en Portugal á instancia años ántes del Archiduque Alberto, Virey que habia sido cinco años en aquel reyno, y al presente Señor de los Paises Baxos por cesion de su tio Felipe II. Por este motivo se embarcó en 24 de Setiembre de 1626 en la Capitana San Antonio, San Diego y San Vicente al mando de D. Manuel de Meneses, General de aquella armada destinada á salir en demanda de las flotas portuguesas de Oriente y Occidente, y conducir en seguida dichos Tercios á aquellos Estados. Mas como no llegase ninguna de las flotas para el tiempo señalado, resolvió el General Meneses tomar tierra; pero quando apénas lo habia verificado, recibió una órden real para que inmediatamente se encaminase á la Coruña, en donde se hallaba ya surta la flota tan deseada. En efecto, comunicadas todas las órdenes necesarias á la esquadra despues de mucha tardanza por haberse perdido las embarcaciones ligeras, y dispersado todos los navios de resultas de un fuerte temporal, se volvió á hacer á la vela. Vuelto á enfurecerse el mar, y soplando el viento por la popa, se dirigió la esquadra á la Coruña, en la que, aunque dispersa, entró toda ménos la Capitana, que tuvo que tomar puerto en el Ferrol en la terrible y tenebrosa noche del dia 2 de Noviembre por la grande tempestad que se habia levantado. Noticioso el General de hallarse la esquadra junta en aquel puerto, convocó un consejo de guerra, en el que se resolvió que saliese aquella para Lisboa al primer viento favorable en conserva de la flota; pero como los navios se largáron poco despues contra todo

lo acordado, tuvo tambien la Capitana que levar anclas el 25 de Diciembre, á pesar de indicar todas las señales un tiempo vario con muestras de tempestuoso. Este peligro que presagió desde luego el corazon del General, empezó bien pronto á realizarse, porque apénas se habia separado de la costa, quando á los 10 de Enero empezó á arreciar de tal manera la tempestad, que segun los prácticos, jamas se habia visto semejante lucha de vientos y mares; y así todo anunciaba á los afligidos y separados navegantes un próxîmo é inevitable naufragio, como se verificó por último á los 19 dias de borrasca en las aguas de S. Juan de Luz. En una pequeña abra de este puerto de Francia dió fondo la Capitana, teniendo que cortar los mástiles y obras muertas no sin algunas muertes y gran trabajo de todos. En este conflicto cerró la noche, la que se pasó en confusion, votos y testamentos; mas sin embargo de no ignorar el General el sumo peligro en que se hallaba, tomó la extraña resolucion de ponerse los mejores vestidos que tenia, como á su imitacion lo executáron todos, para que muriendo como esperaba, fuese la vistosa mortaja recomendacion para una honrada sepultura. En medio de esta obra sacó el General unos papeles que traia consigo, y abriendo uno se dirigió á D. Francisco Manuel, que le habia acompañado casi toda la noche, y sosegadamente le dixo: Este es un soneto de Lope de Vega, que él mismo me dió quando vine ahora de la Corte: alaba en él al Cardenal Barbarino, Legado á latere del Sumo Pontífice Urbano VIII. Le leyó, y empezó á decir su juicio acerca de él, como si le estuviera exâminando en una serena academia; pero al llegar á un verso que le pareció ocioso, discurrió enseñando á nuestro autor los defectos que en él advertia; sin duda con el objeto de distraerle del gran peligro en que le veía.

Librada ya por varias falúas la mayor parte de la tripulacion, que era lo único que con el galeon Santiago se habia salvado de toda la esquadra portuguesa, fué comisionado Melo por el General para que se diese sepultura á cerca de 2200 cadáveres que nadaban sobre las ondas, juntos en algunas partes unos sin cabezas y las cabezas sin cuerpos, y en otras brazos reunidos de

diferentes tamaños y piernas de composicion diversa.

De regreso á España nuestro autor de resultas de este naufragio, permaneció algunas temporadas en la Corte en clase de pretendiente y otras en Portugal, hasta que en 1637 con motivo de las alteraciones de Ebora y otros pueblos por la nueva contribucion de 500 mil cruzados que debian pagar en cada año á mas de las antiguas imposiciones, fué comisionado Melo por el Duque de Braganza, para que informase al rey Felipe y á su valido el Conde Duque de Olivares de los movimientos de Villaviciosa, pueblo de su residencia y Señorío. Tranquilizado en parte el ánimo de Olivares con la relacion que le hizo Melo de la conducta del de Braganza, que era quien causaba mas cuidados al gabinete español, fué á poco tiempo nombrado para que acompañase á Ebora á D. Miguel de Noroña, Conde de Liñares, en la comision de sosegar los pueblos sublevados, y para que interviniese y comunicase á la casa de Braganza los acuerdos de la Junta de S. Anton formada en Ebora: mostrando en esto que el rey habia elegido el mismo instrumento, que ella escogió para el medio de sus negociaciones. Pero siendo inútiles quantos medios de reconciliacion fueron propuestos á los revoltosos por el Liñares, segun se le habia prevenido, determinó retirarse éste á Lisboa, y mandar á D. Francisco á que informase al rey y á su ministro de la inutilidad de todo lo practicado, de las fuerzas de los pueblos, del aparejo de las armas y de la observacion de los ánimos. Con este objeto se puso en camino Melo para Villaviciosa, á fin de informar al Duque de todo lo que habia ocurrido en Ebora, y sin tardanza recibiendo de él nuevas órdenes y cartas llegó en pocos dias á Madrid á presencia del Valido, el que despues de hacerle sutiles é intrincadas preguntas, encaminadas á la observacion de los Grandes de aquel reyno, le escuchó el suceso, desnudo del todo el discurso por no hacer ofensa con su ignorancia ó malicia á alguna verdad. Entónces recibió el Ministro las cartas que para él traia Melo del de Braganza, y prometiéndole los intereses de su aumento, le despidió de su presencia y de la intervencion que tuvo en este negocio, no volviéndole á ocupar mas en él hasta su fin; bien que

ni por este desvio se escusó de perderle de vista, tanto por juzgarlo importantísimo á la nacion portuguesa, quanto porque tenia en él á mas de la parte comun, los pasos, peligros y dispendios que ya le habia costado.

Pensando castigar el Conde Duque á los amotinados, hizo entrar en Portugal dos exércitos que de antemano habia mandado á las fronteras, y despues de varios ajusticiados, destierros, multas y prisiones que, se executáron por su órden, dispuso entre otras cosas, que se hiciesen levas para formar quatro regimientos de gente escogida y pagada por cuenta de los Portugueses, y que ademas se levantasen dos Tercios de infantería voluntaria. El Tercio primero de estos fué encargado á nuestro D. Francisco, que habia permanecido en Madrid sin destino alguno, y para su recluta, no sin gran dificultad y no ménos dispendio, le fueron señaladas las comarcas de Elvas, Piñel, Oporto, Viana, Miranda y Moncorvo; pero como no habia podido completar los quinientos hombres de que debia constar este Tercio, tuvo que pasar á Castilla como á la mitad del año de 1638, para acabar de reclutar en ella la gente que le faltaba. A poco tiempo de acabarse de formar este solo Tercio, porque el segundo nunca llegó á realizarse, solicitó vivamente un poderoso socorro para Flándes el Cardenal Infante D. Fernando, Gobernador de allí entónces: con cuyo motivo el Consejo de Estado de España resolvió juntar toda la gente, dinero y embarcaciones que fuese posible, para que se apresurasen á marchar á las plazas de armas señaladas de Cartagena y la Coruña. A pesar de estas vivas providencias, no fué posible congregar con la presteza que se exîgia las levas de los Señores y las Reales; por lo que al paso que iban llegando lentamente, eran luego repartidas y agregadas á los Tercios que se formaban en la Coruña, segun la autoridad y valía de los Cabos de ellos. A nuestro Melo cupo uno de estos Tercios, el qual constaba de 1170 plazas con 570 Portugueses y 600 Castellanos: los primeros con cinco y los segundos con seis Capitanes, cada qual de la nacion de sus soldados.

En este estado se hallaba la guarnicion y apresto de la Coruña, quando le llegaban ya al rey por Inglaterra

varios avisos del Cardenal Infante de las inteligencias de Francia , Holanda é Inglaterra ; por lo que escribió al Marques de Valparaiso, Gobernador de aquellas armas , para que estuviese sobre aviso, á fin de repeler las de los Franceses que brevemente se entendia , podrian demandar aquellas costas de España. Inmediatamente reunió el Marques todas las tropas que pudo , que segun se entendió , llegarían á 18 mil hombres , y por acuerdo de los Cabos mandó fabricar una cadena de 160 mástiles gruesos , bien trincados con fuertes gumenas y argollas de hierro ; pero con cierto juego , para ceñir y dificultar el puerto desde el castillo de S. Anton hasta el de Santa Lucía. Todo el recinto de esta fábrica se afirmaba en cincuenta áncoras contenidas de gruesas amarras , y para su custodia habia diez chalupas bien armadas , que andaban en continua guardia de noche, rondando cinco por fuera y cinco por dentro de la cadena , la que dexaba libre un estrecho paso por donde podian entrar los socorros de los puertos vecinos, y salir los quarenta navios de la armada á combatir los enemigos , como casi todos los dias lo executáron. Se guardáron todos los puntos por donde podia desembarcar el enemigo , convenientemente se repartiéron algunas tropas por las estancias que rodeaban la plaza, y las trincheras de toda la costa fueron encargadas al Tercio de D. Francisco Manuel , y del mismo modo la guarnicion del principal fuerte del mar , que es el de S. Anton , donde consiste la mayor defensa de aquel puerto.

Ya se hallaba todo casi prevenido , quando en 16 de Junio de 1639 se le mostráron formidables desenrollados los estandartes de Francia en mas de sesenta velas al mando de su General el Arzobispo de Burdeos, Henrique de Sordis. A poco de su llegada procuráron reconocer los Franceses la fuerza de la cadena , que era mas valiente en la apariencia que en la fuerza , y que los contrarios la temiéron tanto , como de ella se desconfiaban los propios naturales , y despues empezáron á combatir la ciudad á muy larga distancia con mayor espanto que ruina. Pasados tres dias de continuo tiroteo por una y otra parte , aunque siempre con ma-

yor daño del partido frances, sin que el enemigo hubiese intentado accion alguna que mostrase designio de sitio, se viéron al quarto levar anclas los menores navios para dar fondo mas arrimados á tierra del Ferrol, en donde desembarcáron á òtro dia alguna gente, que despues de quatro horas de cruel pelea se retiráron con algunos muertos de ambas partes, y por manifestarse ya señales de temerosa tempestad los volviéron á reembarcar el 23 de Junio, víspera de S. Juan y sétimo dia de su llegada. En fin, despues de peligros y faenas infinitas por haberse desaforado ya la tormenta, largó el paño la Almiranta el dia 8 con toda la esquadra, para entrar inciertamente en varios puertos de Francia con pérdida y con manifiesto riesgo despues de tanto costo y aparato.

Estimulados el rey D. Felipe y sus Ministros de los progresos de los Franceses, apretaban las órdenes para que en aquel verano se juntase en la Coruña un gran poder naval, con que obrar su desagravio; no solo contra la Francia, sino contra los Holandeses, que ya tenian quarenta y quatro navios bien armados al mando del Teniente General Martin Herps Tromp. Fueron tales las providencias que se llegáron á tomar, que en breve tiempo se pudo juntar en la Coruña una esquadra de setenta navios, y de nueve á diez mil hombres, para cuyo embarque, executado en dos dias, fué comisionado Melo por órden del Gobernador, habiéndosele originado de este trabajo largas dolencias, que padeció por mas de tres años sucesivos. Estando ya pronto todo, se dió parte al rey para que declarase el destino de la esquadra, que para salir no esperaba otra cosa mas que su real resolucion. A pocos dias de este aviso volvió de la Corte un correo con la órden de que la jornada se hiciese en derechura á Flándes, mas que en tal modo se navegase por aquella derrota, que si en el pasage se presentase alguna armada, se aventurase el caudal é intentos, á trueque de conseguir su ruina.

Inmediatamente que se diéron las órdenes necesarias, largó la vela la Capitana Real de España con su Almir nte General D. Antonio de Oquendo el dia 27 de Agosto, y sucesivamente fué saliendo por su ór-

den toda esta numerosa armada, compuesta de varios trozos de navios españoles y portugueses, con nueve de ingleses por asiento, y con la de Dunquerque al mando del Almirante Salvador Rodriguez, Portugues, que montaba el galeon S. Francisco, en el que por el nombre y por el capitan hizo su viage Melo. En el mismo dia de la salida de la esquadra perdió la tierra de vista, y hasta las siete de la mañana del 16 de Setiembre no se descubrió de todo la armada holandesa, que se hallaba en el Canal de la Mancha repartida en varios bordos. A pocas horas de avistarse, se trabó un fuerte combate que duró como unas seis horas; al cabo de las quales se retiráron los Holandeses con alguna pérdida por temor de ser cortados y de estrellarse en los placeres de Boloña, que se hallaban de allí muy inmediatos; gastando todo lo mas de aquella tarde y noche en aparejarse para una segunda batalla. Pero pasando Tromp á mayores intentos, luego que se le juntáron otras quince naves, empezó de nuevo á pelear á las once de la noche del 18, hasta que pasadas catorce horas de un cruelísimo combate tuvo al fin que abandonar aquellas aguas con bastante daño, y dirigirse al puerto de Cales en Francia, temeroso de la embestida que denodadamente iba á darle la esquadra española. En este caso se encamináron los Españoles ántes que llegase la noche á las Dúnas para componer sus averias, curar sus heridos y proveerse de pólvora y otros efectos que necesitaban. Pero á pesar de todos los pasos dados por el General y Embaxador de España no fué posible hacer que le suministrasen los Ingleses la menor cosa, sino alguna porcion de pólvora, que sin embargo de haber comprado por dos veces á precio muy excesivo, no se les quiso entregar de la calidad y cantidad contratada, sino hasta el punto crítico en que estaban bien prevenidos los Holandeses.

Como luego que entráron éstos en Cales fueron provistos por el Gobernador de aquel puerto da quatrocientos quintales de pólvora con balas, cuerdas y demas pertrechos, pudiéron arribar á las Dúnas con veinte y quatro naves escogidas de su flota al segundo dia

de hallarse allí los Españoles, habiendo despachado ántes á Holanda á su Almirante Viten con todas las maltratadas para que se trocasen por otras de fuerzas mas enteras, y para que se fletasen muchas mercantes con mantenimientos y gente de refresco. En breves dias fué todo así executado, por lo que se juntáron en las Dúnas el número de ciento diez naves holandesas con diez y ocho brulotes, y mas de sesenta que de continuo andaban atravesando los mares para oponerse á qualquier socorro que de España ó Flándes viniese á los Españoles.

Sabidor el Infante Cardenal del apuro en que se hallaba la esquadra de Oquendo, dispuso cincuenta y seis embarcaciones de Flándes para que transportasen de las Dúnas el socorro de gente y dinero que esperaba. En la mañana del 27 de Setiembre se descubriéron surtos en el puerto todos estos barcos sin ser hasta entónces vistos por los Holandeses; los que no hiciéron el mayor alto, persuadidos de que habrian traido refrescos, y de que á su vuelta se llevarian los heridos. En esta fé, hubo lugar para que dispuesta la tripulacion con disimulo, pudiese salir el socorro á las nueve de la noche á favor de una espesa niebla, y llegar á igual hora del otro dia por la mañana al puerto de Dunquerque, cuyo tránsito es solo de quince leguas; pero sin embargo de tal precaucion, no dexáron de ser sentidos los barcos por aquellas fragatas holandesas que estaban mas junto á tierra, por cuya causa tomáron éstas algunas balandras cargadas de infantería, en las que quiso la fortuna que no fuese ni uno solo de los soldados del Tercio de D. Francisco Manuel, con los que iba él tambien embarcado.

En medio de los designios que advertia el General Oquendo en los Holandeses, resolvió despedir buena parte de los navios que traia á sueldo, y aprovechándose de las municiones, armas, soldados y mantenimientos de ellos, recogió un considerable é insensible socorro para salir del puerto, por no poder sufrir ya mas la insolencia de su enemigo. Con esta mira pidió á Lóndres la remision de la pólvora, que no llegó á la Real de España sino hasta el anoche-

cer, que era la hora dispuesta á voluntad de Tromp. Escusándose el General Oquendo de recogerla en aquella hora, fué obligado á recibirla baxo mil pretextos y amenazas por Pininton, General de la esquadra inglesa, que habia entrado en aquel puerto con treinta y un navios á los diez dias de la arrivada de las dos armadas; pero en el instante que se habia empezado su embarque, se vió venir ya á la Capitana holandesa con su esquadra haciéndose á la vela sobre la de España para embestirla, socolor de estar recibiendo su enemigo pólvora para quemarlos en el puerto. A vista de tan gran maldad, empezó el General Oquendo á marear su paño para largarse en el momento, y sin haberse casi verificado, principiáron los Holandeses, alegres de esta provocada salida, á dar parte en el puerto y parte fuera de él inmensas cargas de artillería sobre los descuidados y mal prevenidos Españoles: de cuyas resultas pereciéron muchos navios de éstos, abrasados unos por los brulotes y otros echados á pique; pero no sin lágrimas, sangre y vidas de los pérfidos Holandeses.

En el tiempo en que militaba Melo en Flándes de Maestre de Campo (1), como fuese de un genio sumamente pundonoroso, no pudo disimular una accion que le hizo una persona de grande autoridad, de lo que hubieran resultado perniciosas conseqüencias, á no atajarlas prudentemente el Infante Cardenal, mandándole ir á Alemania para disuadir la disposicion del exército de Alsacia á cargo de D. Francisco Melo, con la ocasion de la pérdida de Brisac ocupada por Bavier; pero habiendo caido enfermo, no pudo desempeñar una comision tan grave como honrosa. Estando destinado despues de volver á España para Gobernador de Bayona de Galicia, se encendió con tal furor la guerra de Cataluña, que tuvo que dexar la asistencia á la junta de Cantabria, establecida en Vitoria con el objeto de gobernar y regir la guerra de Francia, por pasar á Zaragoza á asistir al Marques de los Velez, que mandaba el exército castellano, en el que

(1) Es como ahora Coronel.

continuó Melo sirviendo con tanta mano y autoridad, que igualaba á la de los mayores Cabos; pues sin su parecer no daba un solo paso el General: y como los aciertos correspondiesen á sus consejos, luego que se le hubo retirado, le escribiéron algunos de los mayores Oficiales: que desde que habia faltado de allí, todo era desconcierto y perdicion.

Era tan alta la idea que justamente se habia grangeado, que habiendo Felipe IV. mandado al General de la guerra en Cataluña, que la hiciese escribir por la persona mas hábil que hubiese en el exército, fue elegido para ello nuestro autor con general aplauso de todos, para cuyo efecto fue recogiendo con la mayor pureza las relaciones de todo lo que se obraba por las manos ó por los ojos. Mas como luego que sucedió el sábado 1.º de Diciembre de 1640 la separacion de Portugal, á causa de haberse mandado, que para sujetar á los Catalanes se armase toda la nobleza portuguesa, so pena de perder sus feudos, fuese avisado el Marques de los Velez por el Conde Duque, para que procurase ocultárselo á los Catalanes y al exército, por hallarse sirviendo en él mas de seis mil infantes portugueses y no pocos de caballería, empezó á notar Melo en el semblante del General algun disgusto y recelo, así de él como de otros Oficiales de su nacion. La pública confianza que siempre habia merecido D. Francisco á la casa de Braganza, hizo que Diego Suarez, enemigo declarado de ella, procurase introducir en el ánimo del Conde Duque la mayor sospecha de él, alegando que desde el exército de Cataluña, donde servia con tanta intervencion, podria por mano de los Castellanos hacer á Castilla muchos deservicios en provecho de Portugal. Y como ya de antemano se hallaba el Duque algo desconfiado de Melo, no fue necesario mas para cebarse á la manera de un toro bravo en la capa del que procuró cegarle con ella para poder escaparse, mandando su prision para vengarse del artífice y consejero de su decuido. El mismo correo que llevó esta noticia al exército, llevó la órden tambien, para que quanto ántes se prendiese entre otras personas portuguesas á nuestro autor, y fuese conducido en hierros á Madrid, en donde mién-

tras que se le tuvo encarcelado por espacio de quatro meses, expuesta su vida y honra á la furia de un Príncipe quejoso y á su parecer engañado, escribió en aquel año de 1641 las memorias de su vida, que nunca fueron impresas; siendo de esta manera el primer Portugues que padeció en Castilla por la fe de un reyno tan suspirado por Melo. Pero queriendo Dios por su providencia, que no se le pudiese justificar ninguna de las sospechas que habian recaido sobre su conducta, se le mandó poner en libertad como inocente, y para reparar los perjuicios que se le habian ocasionado, se le dió una renta mayor que la hacienda que poseia en Portugal, con un puesto todavia mas aventajado, que lo que podia esperar de todos sus merecimientos. En seguida fue llevado á la presencia del Conde Duque, el que al verle, se anticipó á hablarle estas propias palabras: Ea, caballero, ello ha sido un error, pero error con causa. Bien se acordará lo que me dixo en el Prado: pues ¿para qué pudo ser bueno acreditar tanto acciones contingentes? No se vé quales se nos volviéron su N. y su N. y su N. (1).

Resuelto ya Melo á dexar por la décima y última vez á Madrid para solo servir á su patria, rompió por todo, y pasándose de Lisboa á Lóndres, enseñó el camino que siguiéron muchos gloriosamente despues. Se halló en el congreso de la paz celebrada entre Portugal y la corte de Inglaterra, asistiendo á los Embaxadores portugueses con alguna utilidad para la reputacion de su reyno. A poco tiempo se fue á los Estados de Holanda, solicitado por cartas del Embaxador Tristan de Mendoza, para asistirle y ayudarle en el último apresto de la armada prevenida para el socorro de su patria; pero como los asuntos de aquella embaxada no permitiesen á Mendoza dexarlos por ocuparse en el apresto y gobierno de los navios, le sostituyó D. Francisco por órden de su Príncipe. De tal modo desempeñó esta comision, que en breve tiempo llegó despues de inmenso trabajo á su patria, llevando consigo el socor-

(1) El Duque de Braganza, el Marques de Ferrera, y el Conde de Vimioso.

HISTORIA DE LOS MOVIMIENTOS, SEPARACION Y GUERRA *DE CATALUÑA.*

LIBRO PRIMERO.

SUMARIO.

Intereses y discordias entre España y Francia. Progresos de las armas católicas y cristianísimas en Flándes, Francia é Italia. Ocupacion de Tierra de Labor. Sitios, embestidas y tomas de Leucata, Fuente Rabia, Coruña y Sálses. Guerra y exércitos en España, orígen de escándalos y alborotos en Cataluña. Descripcion de aquella provincia. Violencias en su gobierno. Descontento comun. Prision de sus Ministros. Entrada de los segadores. Movimientos de Barcelona. Muerte del Santa Coloma, Virey del principado.

1. Yo pretendo escribir los casos memorables que en nuestros dias han sucedido

en España, en la provincia de Cataluña, cuyos movimientos alteráron todo el órden de la república, á vista de los quales estuvo pendiente la atencion política de todos los príncipes y gentes de Europa.

2. Grandísima es la materia, y aunque la pluma inferior notablemente á las cosas que ofreçe escribir, podia en alguna manera hacerlas menores, ellas son de tal calidad, que por ningun accidente dexarán de servir á la enseñanza de reyes, ministros y vasallos.

3. Desobligado y libre de toda aficion ó violencia, pongo los hombros al peso de tan grande historia. Hablo (dichosamente) de príncipes, á quienes no debo lisonjear ó aborrecer, y de naciones que no conozco por buenas ó malas obras, con certísimas noticias de los sucesos, porque en muchos tuvo parte mi vista, y en todos mis observaciones, no solo como inclinacion, mas como precepto.

4. Primero este motivo, despues el temor de que estas cosas lleven y hayan de correr la misma infelicidad que las pasadas entre la conversacion y memoria de los hombres, me obligó á escribirlas.

5. Castellanos, Franceses, Catalanes, na-

ciones, ministros, repúblicas, príncipes y reyes de quienes he de tratar, ni me hallo deudor á los unos, ni espero me deban los otros: la verdad es la que dicta, yo quien escribe; suyas son las razones, mias las letras, por esto no soy digno de acusacion ni de alabanza: sirva esta religiosa igualdad (jamas alterada en mis escritos) al desagravio ó desobligacion, de los que llegaren á leerme quejosos ó agradecidos; bien que, la variedad de los sucesos y de los juicios á que ellos sirven de ocasion, fácilmente dará á entender como no callo el error ó alabanza de ninguno.

6. Quien retrata, tan fielmente debe pintar el defecto como la perfeccion: tampoco el severo espíritu de la historia puede guardar decoro á la iniquidad; empero si siempre hubiésemos de escribir acciones serenas, justas y apacibles, mas les dexáramos á los venideros envidia que advertimiento. No solo sirven á la república las obras heroycas, el pregon que acompaña al delinqüente, tambien es documento saludable, porque el vulgo entendiendo rudamente de las cosas, mas se persuade del temor del castigo, que se eleva á la esperanza del premio.

7. Yo quisiera haber escrito en los tiempos de gloria; mas pues que la fortuna, dexándole á otros para escribir los gratísimos triunfos de los Césares, me ha traido á referir adversidades, sediciones, trabajos y muertes, en fin una guerra como civil y sus efectos lamentables, todavía yo procuraré contar á la posteridad estos grandes acontecimientos de la edad presente con tanta claridad, cuidado y observacion, que aunque la materia sea triste, pueda igualar su exemplo con las mas agradables y provechosas.

8. Tuvo la guerra presente de España y Francia no pequeños ni ocultos motivos; públicos ya en los papeles, y mas en las acciones de entrambas coronas; pero sin duda yo habré de contar por el mas urgente el gran valor de una y otra nacion, que no caviendo en los términos de la templanza desde los siglos de sus pasados reyes hasta nuestros dias, resultó algunas veces en soberbias y escándalos. Ayudáronse del interes, émulos de la gloria ó del dominio, que es el espíritu viviente en las venas del estado, y ministrando la vecindad en que la naturaleza puso estas dos famosas provincias, muchas ocasiones de dis-

cordia, eso mismo que debia servir á la amistad y alianza, era sobre lo que se fundaba la queja ó injuria; de tal suerte, que ni la conformidad de religion, ni los vínculos de la sangre, ni la bondad y virtud de los príncipes, fué bastante para conformar sus ánimos ni los de sus ministros, aun contra el clamor universal de los vasallos, que ó ménos informados de los resentimientos, ó ménos sensibles en ellos, públicamente pedian y deseaban la paz.

9. Propusiéron conseguirla por medio de la guerra, persuadidos de otros exemplos, y despues de varios casos con que cada uno ofendia la misma justificacion que mostraba querer defender, comenzó á temblar Europa de los estruendos y aparatos de armas, que hacian Españoles y Franceses.

10. Mostráronse el año de seiscientos treinta y cinco las banderas de Francia formidables á todo el País Baxo: fué roto el Príncipe Tomas de Saboya: entráron en Tirlemon, sitiáron á Lovaina, amenazáron á Bruselas y á Italia, embestida Valencia del Pó, y la Valtelina ocupada con otros algunos sucesos favorables á Franceses; pero no sin des-

cuento de los españoles, que no con ménos dicha penetráron la Francia, ganáron la Capella, Chatêlet, Landrecí y Corbía en la Picardia, deseáron Paris, defendiéron la misma Valencia sitiada, y poco despues (desesperando de mayor empresa) se hiciéron dueños de las islas de San Honorato y Santa Margarita.

11. Era ya voracísimo el fuego de la guerra, mas encendido en los ánimos acomodados á toda ruina: así creciendo el enojo en la contradiccion de los sucesos, hubo entónces el odio de arrebatar para sí las acciones, que ántes solo executaba la ira.

12. Continuóse (como externa) aquella inquietud por casi dos años, sin que los pueblos vecinos de España y Francia llegasen á experimentar sus costosos movimientos, porque aunque se guardaban con el cuidado conveniente (segun lo deben hacer los que no quieren hallarse en el súbito peligro) todavia de una ni de otra parte se habia dado hasta aquel punto ocasion al escándalo. Alteróse en fin el temperamento de todo el cuerpo de las dos coronas, y comenzáron á padecer los efectos de su dolor sus miembros mas apartados.

13. Era aquel año Virey de Navarra D. Francisco de Andia é Irazaval, Marques de Valparaiso (hombre que jamas excusó de hacerse agradable á aquellos de quienes dependia): habia descubierto en pláticas y escritos en el ánimo de D. Gaspar de Guzman, Conde Duque de Sanlucar (portentoso favorecido del rey Católico) cierto género de contrariedad á la corona francesa y acciones del Cardenal Armando Juan de Plessis, (dicho comunmente Richelieu) primer ministro tambien de aquel reyno, y sobre todos valido de la Magestad Cristianísima: juzgó que el mejor camino de introducirse en la voluntad del Conde era facilitarle los medios de la venganza. Negoció secretamente los empleos de las armas españolas, y de improviso baxó los Pirineos, seguido de algunos trozos de gente mal armada, á que dudamos llamar exército. Entendiéronlo los Franceses, quando se hallaba ya destruyendo y ocupando á Siburo, San Juan de Luz, Socoa y la Tapida, lugares de la Gascuña en la tierra que llaman de Labor, que es aquella que yace de osotra parte de los Pirineos, y se termina á poniente con el mar Cantábrico. Era el poder

del Valparaiso mas proporcionado al descuido de aquella provincia, que no á sus fuerzas: recogiéronse los que se retiraban de la campaña á Bayona (primera ciudad de la Gascuña puesta al principio de las Landas): intentó ganarla por sorpresa, desvanecióse su designio, porque habiéndose detenido ántes en lo que no tenia dificultad, faltó primero la ocasion, que el Marques se valiese de ella. Volvióse en fin forzado de las prevenciones que ya hacian los Franceses. Executólo pocos dias despues de su entrada, sin que de su empresa se luciese otro efecto, que haber llamado la guerra hácia aquella parte donde no convenia. Presidió los puestos, obligando las armas de su rey á mayores empeños. Esta diversion impracticable (segun despues la acusó la experiencia) podrémos contar por el primer paso que dió España en su misma ruina, porque de ella tomáron motivo todos los sucesos y accidentes, que poco tiempo despues turbáron la serenidad del estado.

14. Crecia la oposicion de parte de los Franceses por cobrar sus lugares, y cada dia se reconocia mas en España el yerro de ha-

bérselos retenido. Intentáron enmendar el desórden pasado, y trazáron otro mayor para remediar el primero. Pareció se debian dexar los puestos ocupados en Francia, y se obró la retirada con tan poca atencion como la empresa. No hay caso monstruoso á los principios, á que no sigan fines desordenados. Retiráronse los Españoles á tiempo que solo su eleccion podia obligarlos, dexando de la misma suerte que estaban las fortificaciones, que habian fabricado con gran peligro y dispendio: dexáron las provisiones y víveres prevenidos para su misma defensa, y lo que es mas, mucha parte de la artillería; cosa que por increible á los Franceses, con temor gozaban de su utilidad.

15. Pasó adelante la atencion y deseo de venganza, con que el Conde Duque disponia inquietar y divertir á el Richelieu en la paz interior de su provincia, y de los intereses que mostraba en la guerra del Artois y Lombardía.

16. Juzgóse que la Leucata, postrer lugar del Languedoc, ó por mas vecino á España, ó tambien por mas descuidado de las armas, podia ser á propósito para la embes-

tida: encargóse la empresa á D. Henrique de Aragon, Duque de Cardona y de Segorbe, entónces Virey de Cataluña, para que asistido del Conde Juan Cerbellon, ilustre soldado Milanes, con buena parte de infantería y caballería obrasen la interpresa ó sitio (si fuese necesario) casi infaliblemente.

17. Fué sitiada Leucata, porque la ocasion no dió lugar á que se apretase por términos mas breves, y despues que (á juicio de los Españoles) no podia resistirse, fué socorrida por los de Narbona y Tolosa tan osadamente, que siendo los Católicos acometidos en sus mismos quarteles, fueron rotos con gran pérdida de gente y no pequeña nota en la opinion.

18. No tardó mucho el exército Cristianísimo en dar vista á la provincia de Guipuzcoa, gobernado por Henrique de Borbon, Príncipe de Condé (hombre en todos tiempos mas esclarecido que afortunado): pasó los linderos de la Francia con poderosa mano, á la que obedecian hasta veinte mil combatientes. Viendo España entónces las lises de sangre, que ya la antigua paz y deudo habian vuelto de oro, sitió á Fuente Rabía, pla-

za de opinion en la Cantabria, y despues de un riguroso asedio, perdió la empresa, el poder y los intentos, habiéndola socorrido (contra toda esperanza) los exércitos de D. Juan Alonso Henriquez de Cabrera, Almirante de Castilla, y de D. Pedro Faxardo de Zúñiga y Requesens, Marques de los Velez, por la industria de Cárlos Caraciolo, Marques de Torrecusa, su Maestre de Campo general.

19. En este estado se hallaban los negocios de la guerra interior de España al fin del año de seiscientos treinta y ocho (el que entre todos pudo llamar dichoso aquella monarquía); pero aunque sus armas triunfasen victoriosas, érales imposible poder cubrir y asegurar las provincias distantes. Con esta ocasion la tuviéron los Franceses el año siguiente de ocupar á viva fuerza el castillo de Sálses (dicho de los geógrafos Salsulæ) y última plaza del rey Católico en el condado de Rosellon: no pudo resistirse á la furia del contrario, que añadiendo al valor natural la injuria del suceso de Fuente Rabía, obraba en Sálses como desconfiado y como valeroso. Ganóse en pocos dias, mostrando la fortuna mas aquella vez, como no vinculó las victorias á ninguna nacion.

20. La bizarria española, contra el comun sentimiento de los prácticos que no aconsejaban la guerra aquel año por ser ya los últimos meses de seiscientos treinta y nueve, no se acomodó á sufrir un corto espacio ese lunar en el rostro de su república, feísimo á los ojos de los atrevidos, mucho mas que á la consideracion de los cuerdos.

21. Armó grueso exército el rey Católico, cuyo mando entregó á Felipe Espínola, Marques de los Balbases, Comendador mayor de Castilla, que poco ántes habia dexado el reposo de su república Génova, en que tambien se habia empleado poco despues de grandes ocupaciones de la guerra. Siendo Felipe hijo de Ambrosio, discípulo de aquel gran maestro, ¿cómo se puede creer habrá faltado á la herencia de la sangre y de la doctrina? con esto juzgo llamarle dignísimo capitan del príncipe que quisiere servir.

22. La plaza fortificada nuevamente, gobernada por hombre experto qual era Monsieur Espernan, á quien fué encomendada su defensa, la sazon del año extrañísima al manejo de las armas, el grueso del exército español formado de gente mas lustrosa que ro-

busta, todo junto fué causa de que se dilatase el sitio, y de que las tropas Católicas fuesen heridas de terribles enfermedades. Hubo en fin de rendirse la plaza, capitulando los Franceses briosamente: obtuviéron con todo, el castillo de Ópol, fuerza poco considerable, y que por cosa sin nombre olvidáron, ó disimuláron los Españoles. Ahora lo podrémos advertir no sin misterio, porque parece que en haberle dexado obediente á Francia, se denotó la posesion que su rey conservaba de toda aquella tierra, que poco despues la habia de llamar Señor.

23. Casi en estos dias la armada naval del Cristianísimo, á cargo de Henrique de Sordis, Arzobispo de Burdeos, dió fondo en la Coruña, que pudiendo destruir, se contentó con amenazar. Detúvose algunos, embarazada quizá en las muchas ocasiones que se le ofrecian, ó de abrasar la armada Católica que se hallaba en el puerto, inferior á su número y fortuna (mandada de D. Lope de Hoces, que el año ántes habia recibido incendio por el mismo contrario), ó de escalar la plaza, que aunque bien guarnecida de soldados, no pudiera resistirse á un daño grande

por falta de municiones. En medio de esta duda se levantó un gran temporal contra el uso de naturaleza, cuyo brazo peleó por España, gobernado de la Divina Providencia: obligóla el viento furioso á que se recogiese en sus puertos con mayor espanto que peligro. Reparóse, y salió á navegar segunda vez la vuelta de España: asombró toda la costa de Vizcaya, y desembarcando en las quatro Villas, arruinó á Laredo, lo intentó en Santander, abrasó sus astilleros, y amenazada nuevamente del tiempo aun mas que del enemigo que ya salia á buscarla con la infelicísima flota de D. Antonio de Oquendo, se volvió á Francia poco rica de triunfos.

24. La variedad de esta guerra, diferente todos los años, fué causa de que las tropas y exércitos del rey Católico hubiesen de revolverse muchas veces de unas provincias en otras, conforme el enemigo mostraba querer acometerlas, y que á estos sus tránsitos y pasages se siguiesen los robos, escándalos é insultos, que trae consigo la multitud y libertad de los exércitos. En otras partes llegaban á ser con mas exceso insufribles por la larga exîstencia en ellas; de tal suerte, que

unos y otros pueblos no cesaban de gemir con el peso de la molestia en que los ponian sus armas propias. Era de todas Cataluña, como la mas ocasionada, las mas afligida provincia.

25. Habíanse mostrado los Catalanes á los principios de la guerra con demasiada templanza: primero tuviéron intentos de que se les fiase la defensa de sus plazas: fundábanlo en su práctica y valor, atentos á aquella máxîma de la naturaleza: de que cada uno sabe lo que basta para su conservacion: ofrecian no perdonar á gastos ó contribuciones en beneficio de su república: aseguraban al rey qualquiera invasion por aquella parte: esquivábanse de que entre ellos se introduxesen armas extrañas, juzgaban como extrangeros los que no eran ellos mismos; en fin pensaban, que en ofrecerlo así, servian al príncipe y á la patria.

26. Hízose esta proposicion impracticable á los Consejos por algunos respetos, todos encaminados á la poca satisfaccion que se tenia de los Catalanes, de quienes el rey conservaba alguna memoria cerca de la entereza con que habia sido tratado el año de

seiscientos treinta y dos, quando fué á celebrar sus Córtes. Ayudaban esta poco digna recordacion las diligencias del Conde Duque, humanamente ofendido de que la nobleza catalana y buena parte de la plebe se declarasen en favor del Almirante de Castilla, quando en Barcelona sucediéron las contiendas entre el mismo Almirante y el Conde Duque. De otra parte, Gerónimo de Villanueva, protonotario de Aragon, favorecido del Conde, tampoco daba calor á los negocios públicos del principado, ó fuese lisonja á su dueño que reconocia desaficionado, ó venganza particular, á que le llevaba su propio afecto.

27. Juzgándose el zelo sospechoso, siguióse naturalmente á la duda el desagradecimiento; de modo que á un mismo tiempo aquella atencion que no se tuvo á su servicio, desobligó á los Catalanes de proseguirle, y puso á los ministros Reales en cierto género de desconfianza. Y si por entónces aquellos no justificáron su intencion afectuosa y sencilla, estos no dexáron por lo ménos de medir y observar sus fuerzas para lo venidero.

28. En esta opinion estaban las cosas públicas del principado, quando llegó la nue-

va de que los Franceses habian ocupado á Sálses: pedia la necesidad prontísimo remedio, y no se hallaban en Castilla todos los medios proporcionados á la guerra. Pareció que esta ocasion habria de ser la piedra de toque, donde se daria á conocer la fineza de Cataluña, porque de su pérdida ó de su ganancia siempre sacaban conveniencia, y ayudándose de ellos como de buenos vasallos, y dándoles por otra parte causa á que templasen su orgullo, abatiendo sus fuerzas, si acaso fuesen ellos los que pretendian averiguar alguna sospecha. Con esta ocasion concediéron una como igualdad con el Espínola en el mando de la empresa al Virey de Cataluña: era en este tiempo D. Dalmau de Queralt, Conde de Santa Coloma, que algunos años ántes fué reputado por atentísimo repúblico, y como tal querido de su pueblo.

29. Con esta eleccion se consiguiéron asaz particulares servicios, porque los Catalanes, ó ya olvidados del primer desprecio, ó solicitados por la industria del Conde, ó tambien, porque las quejas de los príncipes en los hombres no duran mas de lo que ellos mismos se lo permiten, acudiéron vivamente á la

ocasion con grueso número de vasallos y copiosisima provision de víveres; cuéntase este por el mas abundante exército que España formó dentro de sí, cuya prosperidad se fundó sobre la industria de los Catalanes.

30. Concurriéron al servicio de Sálses grande parte de la nobleza y mucha de la plebe: los mismos Castellanos, sin atencion á los extremos del principado, estiman en treinta mil plazas las que pagó y mantuvo Cataluña en los siete meses que duró el sitio, haciendo repetidas levas de infantería, y continuas conducciones de gastadores para manejo y fortificacion del exército.

31. Tanto fué el caudal con que entró en la empresa; y con la misma proporcion que ayudó al número, sirvió tambien al peligro. Hallábanse en el fin de la guerra por todas sus provincias muchos huérfanos y viudas, cuyos padres y esposos habian servido al alimento de aquella bestia insaciable que se sustenta en la sangre de los humanos: sus llantos y clamores cargaban sobre su afligida república, que lastimada de ellos, tuvo poco lugar de alegrarse con los vivas del triunfo que indivisiblemente gozaba Castilla, como si so-

lo ella hubiese merecido el aplauso.

32. Los Catalanes poco acostumbrados (en la edad presente) al servicio militar de sus príncipes, juzgaban por de singular fineza sus empleos; que sin duda parecieran grandes aun en las naciones mas belicosas y opulentas. Con este aprecio esperaban atentísimamente los premios y gratificaciones, por ser cosa natural que el mérito engendre la esperanza. Y si quantos despues llegáron á publicar los servicios de aquella nacion, los acordáron ántes de la queja, no les faltara el consuelo á tiempo que se excusara la desconfianza; empero, ó fuese que los ministros á cuyo cargo estaban estas informaciones, tardásen en hacerlas al rey, ó que juzgando diferentemente de la accion, contasen la deuda por de menor calidad, ó que tambien (como sucede en las córtes) aquel expediente no hallase en los ánimos la sazon y fuerza que las mas veces falta en los negocios agenos (como si el pagar servicios y obligaciones no fuese el mas propio negocio de los reyes) y se determinase para otro tiempo el premio de aquella gente. Dicen ellos (y la verdad lo confirma) que no solamente tardáron las mer-

cedes y gracias; pero que ni un ligero ó vano agradecimiento de sus aciertos reconociéron jamas; y sin duda, sino se les negó con artificio, la suerte que ya lo iba encaminando á otros fines, ordenó que el desprecio de los mayores, disimulase aquella grande obligacion: esta experiencia volvió á dispertar en ellos, sino un arrepentimiento de lo pasado, un propósito de no tentar con nuevos méritos segunda vez la fortuna; así fué comun el interior descontento introducido en el ánimo de todos. Si llegasen á conocer los príncipes que baratamente compran la aficion de los vasallos, y lo mucho que vale el aplauso universal de las gentes, ninguno llegara á ser remiso, quanto mas á parecer ingrato.

33. No se juzgaban todavia por acabadas las cosas de Francia con la recuperacion de Sálses, porque aun despues de su cobro, quedaba la guerra en el mismo estado que ántes de perdida: su victoria tambien habia dado ocasion á mayores pensamientos en el Conde Duque; que ya entónces juzgaba por corta felicidad solo la conservacion de su imperio: el invierno riguroso, la gente fatigada y enferma del trabajo de la campaña, vi-

vamente pedia lugar de cura y descanso: las conveniencias no permitian se apartasen tanto las armas, que las tropas fuesen reducidas á Castilla, ni su gran desmayo daba tiempo, para que se pudiese pensar el modo de acomodarlas.

34. En esta consideracion ordenáron el Espínola y Santa Coloma que, guarnecidas las plazas de la frontera conforme pedian las ocasiones presentes, lo restante del exército se repartiese por el pais en varios quarteles segun la capacidad de los pueblos. Salió esta resolución molestísima á los Catalanes, que habian sufrido el pasado hospedage con gran paciencia, esperando, que con la mejora de las armas Católicas saldrian de gran opresion, aliviándose de las milicias que tantos años habian agasajado contra su natural y perturbacion de sus fueros. Empero viendo que nuevamente se comenzaban á acomodar para proseguir la guerra, no se hallaba entre ellos hombre alguno, que con templanza supiese llevar aquel accidente, á que tan poco ninguno podria resistir.

35. Cumplióse en fin la disposicion de los cabos, y los Catalanes que ya obedecian

ántes rabiosos que atentos, asentáron mas este peso por nueva partida en el gran memorial de sus agravios.

36. Pasó adelante el daño, porque hallándose las rentas reales en sumo aprieto, procedido del continuado dispendio de la guerra, siguióse que los socorros ordinarios de los soldados no corriesen entónces con aquella igualdad y concierto, que pide la infalible necesidad de los exércitos. Era fuerza que á la falta comun en que se hallaban todos, se siguiese nueva inquietud y discordia, que habiendo tomado tantas veces motivo en la ambicion y demasía, no era mucho que entónces se ocasionase en la miseria y hambre de la gente. Llegaban estas noticias á Barcelona y á los cabos, y al principio no pareciéron otra cosa que alguna de aquellas ordinarias contiendas entre soldados y paisanos; achaque pa a que ninguna prudencia halló remedio.

37. Crecian cada instante las cartas y las quejas, ya de los ministros de la provincia, ya de los soldados del exército. Quejábanse estos oprimidos de su continua miseria, juzgando por excesivo trabajo el que padecian, quando los enviaban al descanso: acu-

saban la dureza de sus patrones y aun su soberbia, que los trataban como esclavos, no como compañeros: justificaban su causa con que no pedian mas de lo lícito (su gran aprieto podrá ser les hiciese parecer corta qualquiera demostracion oficiosa). Aquellos se quejaban de la insolencia militar, representaban su codicia y trato violentísimo, hacian memoria del sufrimiento pasado, decian que su pobreza y no su impaciencia lo rehusaba, que ellos acudian aun con mas de lo posible; pero que la ingratitud y libertad de los huéspedes ahogaba todos los medios de su industria.

38. Oíanse los clamores de unos y otros, que esto parecia entónces lo mas que se podia hacer por ellos, y en medio de las dudas y quejas, ninguna cosa se advertia competente á la templanza, sino era el mostrarles lástima á cada uno, que este es el mas fácil medio para aplicar á aquellas cosas qne no tienen remedio.

39. El de Santa Coloma combatido á un mismo tiempo de zelo del servicio de su rey y de compasion de sus naturales, inclinaba diferentemente el ánimo, segun lo llevaba la fuerza de la razon: algunas veces repre-

hendia los excesos y libertad de la soldadesca, y otras se convertia contra los mismos moradores; pero los Catalanes zelosos de entender, que en su corazon tuviesen lugar otros respetos que los que debia á la conservacion de su patria, y creyendo tambien, que su fortuna crecia con las ruinas de la república, por ínstantes mudaban en aborrecimiento la primera aficion que le tenian.

40. El Espínola procuraba la conservacion de su exército, juzgando que á su oficio no tocaba arbitrar los medios del descanso y sosiego del principado (propia fatiga al espíritu del Santa Coloma), y persuadido de algunos hombres mas prácticos que amantes de la nacion catalana (y entre ellos de D. Juan de Benavides y de la Cerda, Veedor general de la provincia) disponia á este tiempo en gracia de la hacienda Real un gran negocio, á que mejor pudiéramos llamar mina secreta, que despues arruinó la paz comun de Cataluña.

41. Tratóse por algunos dias aquella negociacion en consultas y papeles secretísimos; era de hermosa apariencia en órden á la utilidad del príncipe, y comprehendia interiormente riesgos á la república (como despues

lo diéron á conocer sus efectos) : las conveniencias agradables no hiciéron lugar á que se penetrase con la consideracion hasta el peligro ; así en corto espacio de tiempo se pensó, se consultó , se aprobó y caminó á su execucion.

42. Habia el Espínola manejado los exércitos de Milan, tenia mas conocimiento de la gran sustancia y fertilidad de aquella tierra, de lo que alcanzaba de la cortedad ú opulencia de los Catalanes; y de tal suerte se llevó y dexó llevar , lisonjeado de aquel pensamiento , que asentó consigo y los otros, podria conseguir , que la provincia acudiese á mantener el exército Católico, como lo hacen los gruesísimos pueblos de la Lombardía. Así habiendo alcanzado la permision y aun el agradecimiento del rey , sin otra prevencion ó diligencia , facilitando la ley en el exemplo, y fortificándola (á su parecer insuperablemente) en las mismas armas que le obedecian, despachó con prontitud órdenes á los pueblos y quarteles , para que sirviesen con el socorro ordinario á las tropas de su alojamiento: señaló bocas á los oficiales y soldados , cantidades de forrages á la caballería, separó los

quarteles al tren y bagages; en fin distribuyendo los despachos conforme la ciencia militar, si él no faltara á la templanza, como no faltó á la disciplina, no pudiéramos negar que habia hecho un gran servicio á su señor.

43. Acudiéron á embarazar este primer efecto las universidades, donde primero llegó el aviso; empero el Espínola por moderar su queja, las dió á entender, que ni su intencion, ni la del rey era obligarles á que diesen mas á los soldados de lo que daban de ántes: que era solo arbitrarles un medio que sirviese como de tasa á su codicia de ellos, y de moderacion á la liberalidad de los pueblos: que no se hacia mas de mudar el nombre, llamando contribucion á lo que primero se pudo llamar cortesia: que la estrechez de los tiempos presentes, no daba lugar á que el rey dexase de valerse de tan buenos vasallos: que el beneficio de aquellas armas era mas propio de Cataluña que de Castilla, pues se oponian á la invasion de sus enemigos: que el soldado hace al labrador arar y recoger seguro; no ménos el labrador debe hacer que el soldado pelee satisfecho: que el tiempo del servicio seria cortísimo; que apénas conocerian

el peso, quando ya se le quitarian del hombro: que la necesidad era tan grande, que por fuerza les habria de tocar alguna parte; que quando es inmensa la carga, muchos brazos la facilitan y hacen ligera; finalmente, que la voluntad de los reyes (y con la razon á las espaldas) siempre es digna de obediencia.

44. Así pensó persuadirlos el Marques; pero ningun advertimiento ó dulzura fué capaz de templar el enojo y rabia de aquella gente en la proposicion señalada, y mucho mas quando últimamente lo escuchaban como precepto.

45. Rompiéron con furia y desórden en desconcertadas palabras y algunos hechos de mayor desconcierto: entónces hacian larguísima lista de sus progresos y servicios, celebraban sus obras, exâgeraban su paciencia: luego cotejaban los méritos con las mercedes, y toda esta cuenta venia á parar en endurecerse mas en su propósito: los mas atentos clamaban la libertad de sus privilegios, revolvian todas las historias antiguas, mostraban claramente la gloria con que sus pasados habian alcanzado quanta honra hoy perdian con

vituperio sus descendientes. Algunos con más artificio que zelo, daban como un cierto género de queja contra la liberalidad de los reyes antiguos, que tan ricos los habian dexado de fueros, cuya religiosa defensa ya les costaba tanta injuria y peligro.

46. Los soldados, gente por su naturaleza licenciosa, fortalecidos en la permision, no habia insulto que no hallasen lícito: discurrian libremente por la campaña (sin diferenciarla del pais contrario) desperdiciando los frutos, robando los ganados, oprimiendo los lugares: otros dentro de su propio hospedage, violentando las leyes del agasajo, osaban á desmentir la misma cortesia de la naturaleza. Unos se atrevian á la hacienda, disipándola, otros á la vida, haciendo contra ella, y muchos fulminaban atrozmente contra la honra del que los sustentaba y servia. Toda la fatigada Cataluña representaba un lamentable teatro de miserias y escándalos, tan exêcrables á la consideracion de los cristianos, como á la de los políticos.

47. Disculpábase cada qual con la aflicion de la hambre que el exército padecia comunmente, como si los delitos y desórde-

nes fuesen medios proporcionados para alcanzar la prosperidad. El natural aprieto á que nos reduce la miseria humana, casi no hay accion que nos evite; empero de tal suerte nos debemos valer de esta infelicísima libertad, que no nos hagan parecer brutos esas mismas pasiones que nos hacen parecer hombres.

48. Los que mandaban las tropas reales, fatigados de la misma falta ó de la misma ambicion, ni enmendaban los soldados, ni daban satisfaccion á los paisanos (gran culpa de los que tienen exércitos á su cargo, permitir toda la libertad de que pretende valerse la juventud y descuello de los que siguen la guerra); bien es verdad, que la milicia afligida está incapaz de ninguna disciplina: el descuido de estos, ó su artificioso silencio despertaba mas las quejas de todo el principado, y en pocos dias (aunque asentado sobre muchos casos) ocupó la discordia de tal suerte los ánimos de los naturales, que ya ninguno buscaba el remedio, sino la venganza.

49. Á este tiempo el Espínola, llamado de mayores ocupaciones (ó de su mayor dicha) habia dexado el régimen de las armas; suerte es, y no injuria de poner la espada en-

flaquecida, para que se rompa en manos del segundo diestro que la coge ambicioso: uníase todo el mando en el Santa Coloma, que apropiándose mas en el patrocinio de los soldados, al mismo tiempo que se afirmaba en el baston de General, resbalaba en la silla de Virey; tan contrario concepto habian formado de su zelo ya los naturales.

50. Entendíase exteriormente (y no sin buenos fundamentos) que este modo de gobierno podria ser el mas suave á la provincia, porque llevando el exército á las manos de su natural, no podria haber la ocasion de queja que pudiera, trayendo el principado al gobierno del extrangero. Pero esto mismo era en el Santa Coloma un nuevo estudio, que le desvelaba en hacerse mas agradable á los soldados que á los paisanos, temiendo podrian decir ellos, que su corazon era solo de sus patricios. Los Catalanes con el mismo temor observaban diferente atencion en el Santa Coloma para las materias del exército, que para la conservacion de la provincia; y á la verdad él deseaba satisfacer los forasteros, llevado de la razon que enseña, quan importante es á los hombres grandes el aplauso y gracia de

las armas, que tantas veces en el mundo, no solo han hecho famosos algunos en su misma esfera, sino que los han subido hasta la magestad del imperio.

51. Esta consideracion por ventura, le incitó á grangear la gracia y voluntad de los soldados, ó porque juzgando la razon mas de su parte, pretendia emplearse en su desagravio. Eran continuas las lástimas que cada dia parecian por los tribunales y audiencias, repetidas por las voces y plumas de abogados en Barcelona, y confirmadas con llantos y clamores de los pobres.

52. Publicábanse cada vez mas y mayores delitos de la soldadesca, escribíanse procesos, sacábanse manifiestos, ofrecíanse memoriales, hablábanse en las plazas, motejábanse en las conversaciones y acusábanse desde los púlpitos. Todo el escándalo y descontento de los nobles y plebeyos tenia por objeto la opresion de su patria: otras veces las exêquias y luto tristísimo daban testimonio de muertes y desastres continuos. Fué entre todas, profundamente sentida la de D. Antonio Fluviá, á quien habian abrasado en un castillo suyo algunas tropas de caballería napolitana á car-

go de los Espatafóras; bien que entre los Españoles y Catalanes hubo gran diferencia en contar los principos del caso, refiriéndole cada qual como mas se acomodaba á su razon. Mas no era este solo el delito escandaloso, muchos y varios se referian, donde podemos pensar, que ni en todo los unos fueron culpados, ó inocentes los otros; mas ántes que, como entre ellos sembró el odio el fertilísimo grano de su discordia, tales se podian esperar las cosechas de turbacion y desconsuelo universal.

53. Mirábalo ya con rezelo de mayor daño el Santa Coloma, y pensando evitar muchas ocasiones al desabrimiento de los naturales, tuvo por cosa conveniente, que las quejas comunes de los soldados no corriesen con el estilo de la curia punitiva, juzgando segun la experiencia, que muchas de las acusaciones eran falsas, y que de las verdaderas no seria conveniente vivir escrita la memoria de tan torpes acontecimientos: persuadido de este discurso mandó por el Doctor Miguel Juan Magaróla, que ninguno de los abogados de Barcelona pudiese asistir á las causas ordinarias de paisanos contra soldados. Fué esta la cosa

mas sensible para los afligidos, pues es verdad, que el último desconsuelo del miserable es quitarle hasta la voz para pedir el remedio. Al rigor de este mandamiento comenzáron á esforzar las voces los quejosos, como sucede al agua, que detenida por algun espacio, revienta por otra parte ó sale por aquella con mayor ímpetu.

54. Vanas salian y contrarias las diligencias encaminadas á la salud pública: vivian todos los pueblos en temor y aborrecimiento de los soldados, estremecidos con el incendio del Fluviá. Corria fama en Santa Coloma de Farnés (lugar del Vizconde de Joch) que el tercio de D. Leonardo Móles caminaba á destruirle, porque entónces entre el hospedage y la ruina no habia ninguna diferencia; si bien ellos propiamente temian, que los Napolitanos pretendiesen vengarse (como amenazaban) de los agravios recibidos en otro pueblo vecino. Procuró el Vizconde en Barcelona desviar el peligro de los suyos; pero no pudo alcanzar otro medio, que haberse enviado contra el mismo lugar un aguacil Real dicho Monredon (es en Cataluña este oficio de mayor estimacion y dignidad que en

Castilla) : era él hombre de naturaleza asaz acomodada á su intento, soberbio y áspero. Llegó publicando amenazas, pretendió culpar y castigar sin reservar ninguno, siendo la primera parte de su prevenido castigo alojar en la villa todo el tercio del Móles : advertidos pues de su enojo los moradores por la experiencia de otras demasías, comenzáron á dexar el lugar retirándose á la iglesia. Desesperóse el Monredon, reconociendo como los vecinos iban escapándose de sus manos, y mandó públicamente fuesen quemadas las casas que sus moradores desamparasen. Á este terrible mandamiento se opuso alguno, que los Catalanes afirman ser forastero, y aunque natural, ni por eso olvidado como indigno; pero él arrebatado de su furor, le disparó una pistola á los pechos. Sus criados y otros que le seguian, imitando la barbaridad de su dueño, como á la seña militar, oyéndola, se arrojáron á embestir la plebe descuidada y temerosa : trabóse la pendencia entre estos y aquellos con muerte y sangre de algunos naturales. Engrosóse su número (ya con mayores intentos que la defensa) : retiróse el Monredon á una casa donde pensó escaparse : cer-

cárónsela los ofendidos, y pegándola fuego; ni el partido de la confesion que pedia, quisiéron concederle.

55. La nueva de este suceso prosiguió en irritar y revolver el ánimo de los Reales, dándole al Santa Coloma desde aquel punto mas cuidado las cosas, como aquel que ya tocaba con las manos, lo que hasta entónces miraba como desde léjos el discurso. Envió contra el pueblo uno de sus Oidores, á cuyas lentísimas diligencias se consiguió la entrada en la villa por los soldados de Móles, y despues su ruina: fueron quemadas y derribadas poco ménos de doscientas casas. No perdonó su furia á la iglesia consagrada á Dios, como ya dicen, se habia atrevido en el incendio lamentable de Riu de Arénas, ó fuese sacrílega malicia de algun herege disimulado en el exército Católico, ó inevitable peligro de los que se trae consigo la guerra, digno siempre de lágrimas, y que yo llego á escribir con moderacion, segun lo que he visto y oido, por no escandalizar la memoria del que leyere con la recordacion de este abominable suceso: tampoco es mi propósito ofender el nombre ó justificacion de los que en ello se dice, han te-

nido parte ; quede la verdad sin injuria y sin mancha la inocencia, y desengañe el tiempo á la posteridad, ya que nosotros padecemos la duda.

56. Contenia el campo Católico, de mas de los tercios Españoles, algunos regimientos de naciones extrangeras, venidos de Nápoles, Módena é Irlanda, los quales no solo cumplidamente constan de hombres naturales, mas ántes entre ellos se introducen siempre muchos de provincias y religiones diversas : los trages, lengua y costumbres diferentes de los Españoles, no tanto (para con la gente comun) los hacia reputar por extraños en la patria, sino tambien en la ley : este error platicado en el vulgo (que de su parte de ellos alguna vez se ayudaba con demostraciones escandalosas) vino á extenderse de tal suerte, que casi todos eran tenidos por hereges y contrarios de la Iglesia. Miraban con estos ojos los Catalanes sus demasías, contando como delitos muchas ligerezas y apariencias dignas de desprecio, en que no hubieran reparado los ojos acostumbrados á mirar la desenvoltura de los exércitos.

57. Habia el Santa Coloma dado cuen-

ta por muchas veces al rey de la turbacion de aquella provincia : habia significado sus quejas, ofreciendo uno de dos medios para moderarla : eran, ó aliviar los moradores de los alojamientos y contribuciones á que no se acomodaban y no podian llevar, ó tambien que las tropas se engrosasen á tal número, que los soldados fuesen superiores á los naturales, porque su temor los tuviese obedientes.

58. No dexó de causar novedad en los ministros del rey Católico el estilo del Santa Coloma : algunos llegáron á presumir que representaba el segundo remedio, porque considerándole extraño é imposible, su dificultad los obligáse á usar del primero, que era sin falta el mas conforme á su deseo.

59. El Espínola tambien, al lado del Conde Duque, le hacia entender que su industria habia ya facilitado todas las dudas del pais, y que el Santa Coloma las volvia á platicar, porque se conociese que en todas las acciones y finezas del principado tenia parte. Llevados de este discurso, y siempre con incredulidad de su mayor daño, le respondian sin determinar el fin de las cosas ; ántes con modos y palabras generales, llenas de duda

ó artificio, llegaban (quando mucho) á decirle castigase los culpados sin excepcion de dignidad ó fuero : que averiguase los delitos por jueces desapasionados ; dexábanle en mayor confusion las respuestas que su misma duda.

60. Entónces los diputados de la provincia, persuadidos de su zelo y obligaciones, con acuerdo de los mas prácticos en la república, entendiéron que por razon de su oficio les tocaba acudir por la generalidad oprimida de diferentes excesos. Ofrecióse por parte del principado delante el Virey el diputado militar Francisco de Tamarit, voz de la nobleza catalana : representó las ofensas y opresiones recibidas, pidió el remedio, protestó por los daños comunes, y con brio no desigual al comedimiento, enseñó (como desde léjos) algunas misteriosas razones, que todas se aplicaban á mostrar la gran autoridad de la union y poder público.

61. Recibióle el Santa Coloma con severidad, respondió gravemente, y poco despues aumentó su turbacion la segunda embaxada de Barcelona ; una y otra encaminada á un mismo fin, fundadas ambas en unas mismas

quejas, adornadas con las propias razones y ministradas de un semejante espíritu.

62. Creció con la ocasion su desplacer, y juzgando que si desde los principios no cortaba las raices á aquella planta de la libertad que ya temia nacida, podria ser despues durísima de arrancar, y cuya sombra causaria abrigo á una miserable sedicion en la patria: resolvió mandar á la prision (executándolo luego) al diputado Tamarit, como persona principal en el magistrado, y por la ciudad á Francisco de Vergos y Leonardo Serra, entrambos votos del Concejo de Ciento; y que contra el diputado eclesiástico procediesen los jueces del breve apostólico, impetrado á este fin, porque la riguridad usada con los mayores, excusase el castigo de los pequeños.

63. Sintiólo interiormente la Ciudad, aunque sin voces, que las mas veces el silencio suele ser efecto del mayor dolor. Qualquiera guardaba en su ánimo la afrenta de su república, como si él solo fuese el ofendido, proponiendo consígo mismo el desagravio comun, que porque le deseaban igual á la injuria, ninguno se determinaba á vengarse por sí solo.

64. Dió el Santa Colonía aviso al rey de la demostracion hecha en Barcelona; y no sin vanidad de lo obrado decia del silencio en que la Ciudad se hallaba á vista de su resolucion, y como ya ninguno osaria á declararse en favor de la república: que procedia en formar el proceso y averiguar la culpa; que el castigo podria quedarse al arbitrio Reàl. Llegó á entender, que en esta accion còbraba todo el crédito dudoso al juicio de los otros ministros, que no lo podrian argüir floxedad alguna, que no satisfaciese la deliberacion de haber castigado los mas poderosos; en fin, esta diligencia en su ánimo fué mas sacrificada á la lisonja que á la equidad. No dexó de agradecérsela el rey, ordenándole, que unos y otros reos fuesen reducidos á prision áspera; miéntras se pensaba el castigo conveniente, ó se pasaban al castillo del Perpiñan. Satisfízose su mandamiento, volviendo á renovar entónces la Provincia las antiguas llagas de su afrenta, y como desde el corazon se comunica la vida ó la muerte á las mas partes del cuerpo, así desde Barcelona, como corazon del principado, se derivaba el veneno de la injuria por todas sus regiones en

cartas y avisos con tanta prontitud, que en breves dias el ánimo de todos parecia gobernado de una sola pasion.

65. Estiman los Catalanes notablemente sus magistrados, y sobre todos, aquellos que representan la autoridad suprema de la república (como los Romanos á sus Dictadores): no podian mirar sin lágrimas sus mayores arrastrando los hierros, en que los oprimia la violencia de su Señor: lloraban su libertad como perdida, y todos temian el castigo á proporcion de su fortuna: encendíase con cada accion el mortal odio contra la persona del Virey: entendian que la gracia comun lo habia subido á la dignidad: quanto mas lo juzgaban obligado, tanto mas ingrato les parecia: mirábanle con ceño de parricida, y todo su pensamiento se empleaba en como les seria posible arrojar de su gobierno aquel hombre, que tan mal habia usado de sus aplausos.

66. De este vivísimo deseo de venganza resultáron miserables efectos en toda Cataluña, porque siendo ya comun el odio entre naturales y soldados, ninguno buscaba otra razon para dañar al contrario, que el ser de estos ó aquellos. Llegábase el tiempo de dis-

poner las cosas de la guerra aquel año, y las tropas se comenzaban á revolver en sus quarteles, para marchar donde les era señalado; pero los Catalanes, que ya pensaban eran públicos sus propósitos, mostraban temerlas como enemigas. De la misma suerte los soldados, sin aguardar otra averiguacion mas del temor de los naturales, los ofendian y robaban sin piedad alguna.

67. Marchaban las compañías de unos lugares á otros, y salian á recibirlas armados los paisanos como á gente contraria: en otras partes los agasajában feamente contra las leyes naturales, y (como en la casa de Thiéstes) desde la mesa pasában á la sepultura: unos pueblos pagaban tal vez la insolencia de otros con incendios, muertes y vituperios: corrian por todo el pais rios de sangre, cuyo movimiento no obedecia á ningun poder ó industria. Bien procuraba el Santa Coloma impedir los excesos, aunque no sabía de todos (esta es la primera calamidad que padecen los males de la república); empero no se hallaba medicina de tan fuerte virtud, que templase el poder de la malicia comun, y los accidentes llevados de la violencia de otros;

venian hacer una sucesion de desastres, como cosa natural é infalible.

68. Hállome ahora obligado á dar alguna noticia de Cataluña (para que mejor se entienda lo que habré de decir despues, tocando en sus antigüedades), del natural y costumbres de sus moradores, y otras cosas que pertenecen á mi historia; todo procuraré hacer en cortísima digresion. No ofenda mi brevedad la grandeza de esta provincia, ni mi juicio embarace la noticia de los mas bien informados; bien que yo en procurarlas certísimas (de lo que no ví) he cumplido con mi obligacion, y quizá con mi deseo.

69. Es Cataluña la provincia mas oriental de España, puesta por los Romanos en la citerior, despues en la tarraconense, nombre derivado á su tercera parte de la antigua ciudad de Tarragona, famosa en aquellas edades, y en esta célebre por sus militares acontecimientos. De los pueblos Celtas ó Celtiberos fué llamada Celtiberia; pero en siglos mas próxîmos entre Godos y Alanos que la ocupáron, mudó el primer nombre, llamándose de las naciones dominantes Gotia Alania ó Gocia Alonia, y ahora Catalunia

ó Cataluña, obedeciendo á los tiempos en la variedad de los nombres, como en la del imperio.

70. Tiene á levante la Galia dicha narbonense, de quien la dividen los Pirineos, famosos montes de Europa que unos denominan de Pyr, voz griega que significa fuego, y le fué aplicada por su memorable incendio, otros de un antiguo rey en España llamado Pyrros. Á poniente confina con Aragon y parte de Valencia: apártalos en ciertos lugares el rio Ebro; pero en otros pasan allende sus aguas algunos pueblos de Cataluña: por el septentrion la toca Navarra y el Bearne, y se acaba en el mar Mediterráneo por el lado que mira á mediodia. Divídese toda la tierra en cinco provincias diferentes, que algunas de ellas tuviéron diferente señorio: las mas célebres son Cataluña, de quien habemos dicho, Rosellon llamado Rhusino, Cerdaña que es la antigua Sardonum, despues Conflent y Ampurdan. Ahora se comprehenden todas en el condado de Barcelona, cuyo estado, segun las historias, tuvo principio en Luduvico Pio, hijo de Carlo Magno, año del Señor 814; si bien aquella ciu-

dad con algunas otras de su dominio se cuentan entre las dudosas fundaciones de Hércules (ó Amílcar Barcino, como otros dicen): juntas sus provincias hacen un principado, siéndoles comun á sus naturales una lengua, un hábito y unas costumbres, en que se diferencian poco de los Narbonenses ó Lenguadoques, de quienes se han derivado.

71. Son los Catalanes (por la mayor parte) hombres de durísimo natural, sus palabras pocas, á que parece les inclina tambien su propio lenguage, cuyas cláusulas y dicciones son brevísimas: en las injurias muestran gran sentimiento, y por eso son inclinados á venganza: estiman mucho su honor y su palabra; no ménos su exêncion, por lo que entre las mas naciones de España, son amantes de su libertad. La tierra abundante de asperezas, ayuda y dispone su ánimo vengativo á terribles efectos con pequeña ocasion: el quejoso ó agraviado dexa los pueblos, y se entra á vivir en los bosques, donde en continuos asaltos fatigan los caminos: otros sin mas ocasion que su propia insolencia, siguen á estotros: estos y aquellos se mantienen por la industria de sus insultos. Llaman comunmente

andar en trabajo aquel espacio de tiempo que gastan en este modo de vivir, como en señal de que le conocen por desconcierto: no es accion entre ellos reputada por afrentosa, ántes al ofendido ayudan siempre sus deudos y amigos. Algunos han tenido por cosa política fomentar sus parcialidades por hallarse poderosos en los acontecimientos civiles: con este motivo han conservado siempre entre sí los dos famosos bandos de Nárros, y Cadells, no ménos celebrados y dañosos á su patria que los Güelfos y Gibelinos de Milan, los Pafos y Médicis de Florencia, los Beamonteses y Agramonteses de Navarra, y los Gamboynos y Oñasinos de la antigua Vizcaya.

72. Todavia se conservan en Cataluña aquellas diferentes voces, bien que espantosamente unidas y conformes en el fin de su defensa; cosa asaz digna de notar, que siendo ellos entre sí tan varios en las opiniones y sentimiento, se hayan ajustado de tal suerte en un propósito, que jamas esta diversidad y antigua contienda les dió ocasion de dividirse; buen exemplo para enseñar ó confundir el orgullo y disparidad de otras naciones en aquellas obras, cuyo acierto pende de la union de los ánimos.

73. Habitan los quejosos por los boscages y espesuras, y entre sus quadrillas hay uno que gobierna, á quien obedecen los demas. Ya de este pernicioso mando han salido para mejores empleos Roque Guinart, Pedraza, y algunos famosos capitanes de bandoleros, y últimamente D. Pedro de Santa Cilia y Paz, caballero de nacion Mallorquin, hombre cuya vida hiciéron notable en Europa las muertes de trescientas y veinticinco personas, que por sus manos ó industria hizo morir violentamente, caminando veinte y cinco años tras la venganza de la injusta muerte de un hermano. Ocúpase estos tiempos D. Pedro sirviendo al rey Católico en honrados puestos de la guerra, en que ahora le dá al mundo satisfaccion del escándalo pasado.

74. Es el hábito comun acomodado á su exercicio: acompáñanse siempre de arcabuces cortos, llamados pedreñales, colgados de una ancha faxa de cuero, que dicen charpa, atravesada desde el hombro al lado opuesto: los mas desprecian las espadas como cosa embarazosa á sus caminos: tampoco se acomodan á sombreros, mas en su lugar usan bonetes de estambre listados de diferentes co-

lores ; cosa que algunas veces traen como para señal, diferenciándose unos de otros por las listas : visten larguísimas capas de xerga blanca, resistiendo gallardamente al trabajo con que se reparan y disimulan : sus calzados son de cáñamo texido, á que llaman sandalias : usan poco el vino, y con agua sola de que se acompañan guardada en vasos rústicos y algunos panes ásperos que se llevan, siempre pasados del cordel con que se ciñen, caminan y se mantienen los muchos dias que gastan sin acudir á los pueblos.

75. Los labradores y gente del campo, á quien su exercicio en todas provincias ha hecho llanos y pacíficos, tambien son oprimidos de esta costumbre; de tal suerte que unos y otros, todos viven ocasionados á la venganza y discordia por su natural, por su habitacion y por el exemplo. El uso antiguo facilitó tanto el escándalo comun, que templando el rigor de la justicia, ó por ménos atenta, ó por ménos poderosa, tácitamente permite su entrada y conservacion en los lugares comarcanos, donde ya los reciben como vecinos.

76. No por esto se debe entender que

toda la provincia y sus moradores vivan pobres, sueltos y sin policía; ántes por el contrario, es la tierra (principalmente en las llanuras) abundantísima de toda suerte de frutos, en cuya fertilidad compite con la gruesa Andalucía, y vence qualquiera otra de las provincias de España: ennoblécenla muchas ciudades, algunas famosas en antigüedad y lustre: tiene gran número de villas y lugares, algunos buenos puertos y plazas fuertes: su cabeza y corte Barcelona está llena de nobleza, letras, ingenios y hermosura; y esto mismo se reparte con mas que medianía á los otros lugares del principado. Fabricó la piedad de sus príncipes (señalados en la religion) famosos templos consagrados á Dios. Entre ellos luce como el sol entre las estrellas el santuario de Monserrate, célebre en todas las memorias cristianas del universo. Reconocen el valor de sus naturales las historias antiguas y modernas en el Asia y Europa: ¿África tambien no se lo confiesa? Es en fin Cataluña y los Catalanes una de las provincias y gentes de mas primor, reputacion y estima que se halla en la grande congregacion de estados y reynos, de que se formó la monarquía española.

77. Andaba en este tiempo mas viva que nunca en el principado, la plática de las cosas públicas que cada uno encaminaba, segun su intencion ó noticia; aunque generalmente la cólera de los naturales, persuadidos de su efecto, daba poco lugar á distinguir la razon del antojo. Habian los casos presentes sacado muchos hombres de sus casas, algunos ofendidos y otros temerosos: vivian estos retirados, segun su costumbre y continuo deseo de inquietud y venganza: engrosábase cada dia con esta gente el número de los que infestaban la campaña, de suerte que su fuerza y atrevimiento era bastante á poner en cuidado qualquiera de los pueblos pacíficos; empero ellos esperando la ocasion favorable, que ya les traia el tiempo, se disimulaban mas de lo que se comedian.

78. Crecia con las ocasiones la furia del pueblo, hasta que en doce de Mayo rompió tumultuosamente las cárceles, sacando al diputado militar y otros oficiales del comun de la prision pública, de que avisados los mas acudiéron al remedio de mayor daño sin artificiosa diligencia: los inquietos, como triunfantes, amenazaban las casas del Santa Colo-

ma y Marques de Villafranca; fué como proemio aquel dia á la obra que ya determinaban: habíanse retirado los dos á la tarazana, donde asistidos de los conselleres y algunos caballeros saliéron libres, excusando aquella vez el peligro á la injuria.

79. Habia entrado el mes de Junio, en el qual por uso antiguo de la provincia acostumbran baxar de toda la montaña hácia Barcelona muchos segadores; la mayor parte hombres disolutos y atrevidos, que lo mas del año viven desordenadamente sin casa, oficio ó habitacion cierta: causan de ordinario movimientos é inquietud en los lugares donde los reciben; pero la necesidad precisa de su trato parece no consiente que se les prohiba: temian las personas de buen ánimo su llegada, juzgando que las materias presentes podrian dar ocasion á su atrevimiento en perjuicio del sosiego público.

80. Entraban comunmente los segadores en vísperas de Córpus, y se habian anticipado aquel año algunos, tambien su multitud superior á los pasados daba mas que pensar á los cuerdos, y con mayor cuidado por las observaciones que se hacian de sus ruines pensamientos.

81. El de Santa Coloma avisado de esta novedad, procuró (previniéndola) estorbar el daño que ya antevia: comunicólo á la Ciudad diciendo, le parecia conveniente á su devocion y festividad que los segadores fuesen detenidos, porque con su número no tomase algun mal propósito el pueblo, que ya andaba inquieto; pero los conselleres de Barcelona (así llaman los ministros de su magistrado; consta de cinco personas) que casi se lisonjeaban de la libertad del pueblo, juzgando de su estruendo habria de ser la voz que mas constante votase el remedio de su república, se excusáron con que los segadores eran hombres llanos y necesarios al manejo de las cosechas: que el cerrar las puertas de la ciudad causaria mayor turbacion y tristeza: que quizá su multitud no se acomodaria á obedecer la simple órden de un pregon; intentaban con esto poner espanto al Virey, para que se templase en la dureza con que procedia; por otra parte deseaban justificar su intencion para qualquier suceso.

82. Pero el Santa Coloma ya imperiosamente les mostró con claridad la peligrosa confusion, que los aguardaba en recibir tales

hombres; empero volvió el magistrado por segunda respuesta que ellos no se atrevian á mostrar á sus naturales tal desconfianza, que reconocian parte de los efectos de aquel rezelo; que mandaban armar algunas compañías de la ciudad para tenerla sosegada: que donde su flaqueza no alcanzase, supliese la gran autoridad de su oficio, pues á su poder tocaba hacer executar los remedios, que ellos solo podian pensar y ofrecer. Estas razones detuviéron al Conde, no juzgando por conveniente rogarles con lo que no podia hacerles obedecer, ó tambien porque ellos no entendiesen, eran tan poderosos, que su peligro ó su remedio podia estar en sus manos.

83. Amaneció el dia en que la iglesia católica celebra la institucion del Santísimo Sacramento del Altar: fué aquel año el siete de Junio: continuóse por toda la mañana la temida entrada de los segadores; afirman que hasta dos mil, que con los anticipados hacian mas de dos mil y quinientos hombres, algunos de conocido escándalo: dícese que muchos á la prevencion y armas ordinarias añadiéron aquella vez otras, como que advertidamente fuesen venidos para algun hecho grande.

84. Entraban y discurrian por la ciudad: no habia por todas sus calles y plazas, sino corrillos y conversaciones de vecinos y segadores: en todos se discurria sobre los negocios entre el rey y la provincia, sobre la violencia del Virey, sobre la prision del diputado y concejeros, sobre los intentos de Castilla, y últimamente sobre la libertad de los soldados: despues ya encendidos de su enojo, paseaban llenos de silencio por las plazas, y el furor oprimido de la duda forcejaba por salir asomándose á los efectos, que todos se reconocian rabiosos é impacientes: si topaban algun Castellano, sin respetar su hábito ó puesto lo miraban con mofa y descortesia, deseando incitarlos al ruido; no habia demostracion que no prometiese un miserable suceso.

85. Asistian á este tiempo en Barcelona, esperando la nueva campaña, muchos capitanes y oficiales del exército y otros ministros del rey Católico, que la guerra de Francia habia llamado á Cataluña; era comun el desplacer con que los naturales los trataban. Los que eran mas servidores del rey, atentos á los sucesos antecedentes, median sus pasos y divertimientos, y entre todos se ha-

llaba como ociosa la libertad de la soldadesca. Habian sucedido algunos casos de escándalo y afrenta contra personas de gran puesto y calidad, que la sombra de la noche ó el temor habia cubierto. Eran en fin freqüentísimas las señales de su rompimiento. Algunos patrones hubo, que compadecidos de la inocencia de los huéspedes, los aconsejaban mucho de ántes se retirasen á Castilla; tal hubo tambien que rabioso, con pequeña ocasion amenazaba á otro con el esperado dia del desagravio público.

86. Este conocimiento incitó á muchos (bien que su calidad y oficio les obligase á la compañía del Conde) á que se fingiesen enfermos é imposibilitados de seguirle: algunos despreciando ó ignorando el riesgo, le buscáron.

87. Era ya constante en todas partes el alboroto: los naturales y forasteros corrian desordenadamente: los Castellanos amedrentados del furor público, se escondian en lugares olvidados y torpes, otros se confiaban á la fidelidad (pocas veces incorrupta) de algunos moradores, tal con la piedad, tal con la industria, tal con el oro. Acudió la justicia á estorbar las primeras revoluciones, pro-

curando reconocer y prender algunos de los autores del tumulto: esta diligencia (á pocos agradable) irritó y dió nuevo aliento á su furor; como acontece que el rocio de poca agua enciende mas la llama en la hornaza.

88. Señalábase entre todos los sediciosos uno de los segadores, hombre facineroso y terrible, al qual queriendo prender por haberle conocido un ministro inferior de la justicia, hechura y oficial del Monredon (de quien hemos dicho), resultó de esta contienda ruido entre los dos: quedó herido el segador, á quien ya socorria gran parte de los suyos. Esforzábase mas y mas uno y otro partido, empero siempre ventajoso el de los segadores. Entónces algunos de los soldados de milicia que guardaban el palacio del Virey, tiráron hácia el tumulto, dando á todos mas ocasion que remedio. Á este tiempo rompian furiosamente en gritos: unos pedian venganzas, otros mas ambiciosos apellidaban la libertad de la patria: aquí se oia viva Cataluña y los Catalanes: allí otros clamaban: muera el mal gobierno de Felipe. Formidables resonáron la primera vez estas claúsulas en los recatados oidos de los prudentes; casi todos los

que no las ministraban, las oian con temor, y los mas no quisieran haberlas oido. La duda, el espanto, el peligro, la confusion, todo era uno: para todo habia su accion, y en cada qual cabian tan diferentes efectos; solo los ministros Reales y los de la guerra lo esperaban iguales en el zelo. Todos aguardaban por instantes la muerte (el vulgo furioso pocas veces pára sino en sangre), muchos sin contener su enojo servian de pregon al furor de otros: este gritaba quando aquel heria, y este con las voces de aquel se enfurecia de nuevo. Infamaban los Españoles con enormísimos nombres, buscábanlos con ansia y cuidado, y el que descubria y mataba, ese era tenido por valiente, fiel y dichoso.

89. Las milicias armadas con pretexto de sosiego, ó fuese órden del Conde, ó solo de la Ciudad siempre encaminada á la quietud, los mismos que en ellas debian servir á la paz, ministraban el tumulto.

90. Porfiaban otras bandas de segadores (esforzadas ya de muchos naturales) en ceñir la casa de Santa Coloma: entónces los diputados de la General con los conselleres de la ciudad acudiéron á su palacio; diligen-

cia que mas ayudó la confusion del Conde, de lo que pudo socorrérsela : allí se puso en plática saliese de Barcelona con toda brevedad, porque las cosas no estaban ya de suerte, que accidentalmente pudiesen remediarse: facilitábanle con el exemplo de D. Hugo de Moncada en Palermo, que por no perder la ciudad la dexó pasándose á Mecina. Dos galeras genovesas en el muelle daban todavia esperanza de salvacion : escuchábalo el Santa Coloma ; pero con ánimo tan turbado, que el juicio ya no alcanzaba á distinguir el yerro del acierto. Cobróse, y resolvió despedir de su presencia casi todos los que le acompañaban, ó fuese que no se atrevió á decirles de otra suerte que escapasen las vidas, ó que no quiso hallarse con tantos testigos á la execucion de su retirada. En fin se excusó á los que le aconsejaban su remedio con peligro, no solo de Barcelona, sino de toda la provincia : juzgaba la partida indecente á su dignidad : ofrecia en su corazon la vida por el Real decoro : de esta suerte firme en no desamparar su mando, se dispuso á aguardar todos los trances de su fortuna.

91. Del ánimo del magistrado no ha-

rémos discurso en esta accion, porque ahora el temor, ahora el artificio, le hacian que ya obrase conforme á la razon, ya que disimulase segun la conveniencia. Afírmase por sin duda que ellos jamas llegáron á pensar tanto del vulgo, habiendo mirado apaciblemente sus primeras demostraciones.

92. No cesaba el miserable Virey en su oficio (como el que con el remo en la mano piensa, que por su trabajo ha de llegar al puerto): miraba, y revolvia en su imaginacion los daños, y procuraba su remedio: aquel último esfuerzo de su actividad estaba enseñando ser el fin de sus acciones.

93. Recogido á su aposento, escribia y ordenaba; pero ni sus papeles ni sus voces hallaban reconocimiento ú obediencia. Los ministros Reales deseaban que su nombre fuese olvidado de todos; no podian servir en nada: los Provinciales ni querian mandar, ménos obedecer.

94. Intentó por última diligencia satisfacer su queja al pueblo, dexando en su mano el remedio de las cosas públicas, que ellos ya no agradecian, porque ninguno se obliga, ni quiere deber á otro lo que se puede obrar

por sí mismo; empero ni para justificarse pudo hallar forma de hacer notoria su voluntad á los inquietos, porque las revoluciones interiores (á imitacion del cuerpo humano) habian de tal suerte desconcertado los órganos de la república, que ya ningun miembro de ella acudia á su movimiento y oficio.

95. Á vista de este desengaño se dexó vencer de la consideracion y deseo de salvar la vida, reconociendo últimamente lo poco que podia servir á la ciudad su asistencia; pues ántes el dexarla se encaminaba á la lisonja, ó á remedio acomodado á su furor. Intentólo, pero ya no le fué posible, porque los que ocupaban la tarazana y baluarte del mar, á cañonazos habian hecho apartar la una galera; y no ménos porque para salir á buscarla á la marina, era fuerza pasar descubierto á las bocas de sus arcabuces. Volvióse seguido ya de pocos, á tiempo que los sediciosos á fuerza de armas atropellaban las puertas: los que las defendian entendiendo la causa del tumulto, unos les seguian, otros no lo estorbaban.

96. Á este tiempo vagaba por la ciudad un confusísimo rumor de armas y voces; ca-

da casa representaba un espectáculo, muchas se ardian, muchas se arruinaban, á todas se perdia el respeto, y se atrevia la furia: olvidábase el sagrado de los templos, la clausura é inmunidad de las religiones fué patente al atrevimiento de los homicidas: hallábanse hombres despedazados sin exâminar otra culpa que su nacion, aun los naturales eran oprimidos por crímen de traydores; así infamaban aquel dia á la piedad, si alguno abrió sus puertas al afligido, ó las cerraba al furioso. Fuéron rotas las cárceles, cobrando no solo libertad, mas autoridad los delinqüentes.

97. Habia el Conde ya reconocido su postrer riesgo, oyendo las voces de los que le buscaban, pidiendo su vida; y depuestas entónces las obligaciones de Grande, se dexó llevar fácilmente de los afectos de hombre: procuró todos los modos de salvacion, y volvió desordenadamente á proseguir en el primer intento de embarcarse: salió segunda vez á la lengua del agua; pero como el aprieto fuese grande, y mayor el peso de las aflicciones, mandó se adelantase su hijo con pocos que le seguian, porque llegando al esquife

de la galera (que no sin gran peligro los aguardaba) hiciese como lo esperase tambien: no quiso aventurar la vida del hijo, porque no confiaba tanto de su fortuna. Adelantóse el mozo, y alcanzando la embarcacion, no le fué posible detenerla (tanta era la furia con que procuraban desde la ciudad su ruina): navegó hacia la galera, que le aguardaba fuera de la bateria. Quedóse el Conde mirándola con lágrimas disculpables en un hombre, que se veia desamparado á un tiempo del hijo y de las esperanzas; pero ya cierto de su perdicion, volvió con vagarósos pasos por la orilla opuesta á las peñas que llaman de San Beltran, camino de Monjuich.

98. Á esta sazon, entrada su casa y pública su ausencia, le buscaban rabiosamente por todas partes, como si su muerte fuese la corona de aquella victoria: todos sus pasos reconocian los de la tarazana: los muchos ojos que lo miraban caminando como verdaderamente á la muerte, hiciéron que no pudiese ocultarse á los que se le seguian: era grande la color del dia, superior la congoja, seguro el peligro, viva la imaginacion de su afrenta: estaba sobre todo firmada la sentencia en el

tribunal infalible, cayó en tierra cubierto de un mortal desmayo, donde siendo hallado por algunos de los que furiosamente le buscaban, fué muerto de cinco heridas en el pecho.

99. Así acabó su vida D. Dalmau de Queralt, Conde de Santa Coloma, dándole famoso desengaño á la ambicion y soberbia de los humanos, pues aquel mismo hombre en aquella region misma, casi en un tiempo propio, una vez sirvió de envidia, otra de lástima. ¡Ó grandes!, que os parece nacisteis naturales al imperio, ¡qué importa, sino dura mas de la vida, y siempre la violencia del mando os arrastra tempranamente al precipicio!

100. No paró aquí la revolucion, porque como no tenia fin determinado, no sabian hasta donde era menester que llegase la fiereza. Las casas de todos los ministros y jueces Reales fueron dadas á saco, como si en porfiadísimo asalto fuesen ganadas á enemigos. Empleóse mas el furor en el aposento de D. García de Toledo, Marques de Villa Franca, General de las galeras de España, que algunos dias ántes habia dexado aquel puerto: tenian

largas noticias del Marques por la asistencia que hácia en la ciudad : aborrecian entrañablemente su despejo y exquisito natural : pagáron entónces las vidas de sus inocentes criados el odio concebido contra el Señor. Aquí sucedió un caso extraño, asaz en beneficio de la templanza : topáron los que desvalijaban la casa, entre sus alhajas un relox de raro artificio, que ayudándose de los movimientos de sus ruedas (encerradas en el cuerpo de un xîmio, cuya figura representaba) fingia algunos ademanes de vivo, revolviendo los ojos y doblando las manos ingeniosamente : admirábase la multitud en tal novedad, ciega dos veces del furor y de la ignorancia, y creyendo ser aquella alguna invencion diabólica, deseosos de que todos participasen de su propia admiracion, claváron el relox en la punta de una pica : así discurriendo por toda la ciudad, le enseñaban al pueblo que le miraba y seguia igualmente lleno de asombro y rabia; de esta suerte camináron á la Inquisicion, y le entregáron á sus ministros, acusando todos á voces el encanto de su dueño; ellos bien que reconocidos del abuso vulgar que los movia, temerosos de su desórden conviniéron en su

sentimiento, prometiendo de averiguar el caso, y castigarle como fuese justo.

101. La gente que llevó tras sí esta novedad, y el tiempo que se gastó en seguirla, alivió mucho el tumulto: por otra parte se empleaban otros en acompañar y aclamar de nuevo al Diputado Tamarit y Conselleres, que recibiendo del vulgo el aplauso como la libertad poco ántes, discurrian por las plazas llevados en hombros de la plebe: ocupó este exercicio gran parte del dia; mas no por eso le faltaban al tumulto voces, manos, armas y delitos.

102. El convento de San Francisco, casa en Barcelona de suma reverencia, ofrecia con su autoridad y devocion inviolable sagrado á los temerosos: acudiéron muchos á buscarle; esto mismo dió motivo de crecer el ardor de los inquietos: hiciéron los religiosos algunas diligencias más constantes de lo que permitia su profesion; bien que cortísimas para resistir las fuerzas contrarias: pretendiéron quemar las puertas, y venciéndolas en fin, entráron espantosamente: fueron en un instante hallados y muertos con terrible inhumanidad casi todos los que se habian retirado, y en-

tre ellos algunos hombres de gran calidad y puesto ; estos son los que podríamos llamar dichosos, acabando en la casa de Dios y á los pies de sus ministros. Tal hubo, que pidiendo entrañablemente confesion, se la concediéron ; pero luego impaciente el contrario salpicó de inocente y miserable sangre los oidos del que en lugar de Dios le escuchaba : otros medio muertos por las calles acababan sin el refugio de los sacramentos : alguno pudo contar infinitos homicidas, pues comenzándole á herir uno, era despues lastimoso despojo al furor de los que pasaban: á otro embestian en un instante innumerables riesgos, llegando juntas muchas espadas no se podria determinar á que mano debia la muerte; ella tampoco (como á los demas hombres) los aseguraba de otras desdichas. Muchos despues de muertos fueron arrastrados, sus cuerpos divididos, sirviendo de juego y risa aquel humano horror, que la naturaleza religiosamente dexó por freno de nuestras demasias: la crueldad era deleyte, la muerte entretenimiento : á uno arrancaban la cabeza (ya cadáver), le sacaban los ojos, cortaban la lengua y narices, luego arrojándola de

unas en otras manos, dexando en todas sangre y en ninguna lástima, les servia como de fácil pelota: tal hubo, que topando el cuerpo casi despedazado, le cortó aquellas partes, cuyo nombre ignora la modestia, y acomodándolas en el sombrero, hizo que le sirviesen de torpísimo y escandaloso adorno.

103. Todo aquel dia poseyó el delito repartido en enormes accidentes, de que cansados ya los mismos instrumentos del desórden, paráron en ella, ó tambien, porque con la noche temiéron de los mismos que ofendian, y aun de sí propios.

104. Estos son aquellos hombres (caso digno de gran ponderacion) que fuéron tan famosos y temidos en el mundo, los que avasalláron príncipes, los que domináron naciones, los que conquistáron provincias, los que diéron leyes á la mayor parte de Europa, los que reconoció por Señores todo el Nuevo mundo. Estos son los mismos Castellanos, hijos, herederos y descendientes de estotros, y estos son aquellos que por oculta providencia de Dios, son ahora tratados de tal suerte dentro de su misma patria por manos de hombres viles, en cuya memoria puede tomar

exemplo la nacion mas soberbia y triunfante. Y nosotros viéndoles en tal estado, podrémos advertir, que el cielo ofendido de sus excesos, ordenó que ellos mismos diesen ocasion á su castigo, convirtiéndose con facilidad el escándalo en escarmiento.

105. Al otro dia atemorizada la ciudad del rumor pasado, y manchada de sangre de tantos inocentes, amaneció como turbada é interiormente llena de pesar y espanto. Hizo celebrar sus funerales por el Conde muerto, llena de tristísimos lutos en demostracion de su viudez, y en pregones y edictos públicos ofreció premios considerables al que descubriese el homicida.

106. Dió luego la diputacion cuenta al rey Católico de lo sucedido el dia de Córpus, disculpaba los ministros provinciales, dexaba toda la ocasion á la parte del Virey, cuya inconsiderada entereza á los principios habia revuelto los ánimos de los atrevidos: hablaban templadamente del alboroto, y con gran exâgeracion de su sentimiento negaban la violencia en la muerte del Conde; ántes acomodándolo á accidente natural, se quejaban del temor que le traxo aquellos térmi-

nos: en fin, llenos de lágrimas mas pedian el consuelo que el remedio; y entre tanto proseguian en sus averiguaciones, por excusarse (si les fuese posible) del escándalo que un tal suceso podia haber dado en el mundo.

FIN DEL PRIMER LIBRO.

HISTORIA DE LOS MOVIMIENTOS, SEPARACION Y GUERRA *DE CATALUÑA.*

LIBRO SEGUNDO.

SUMARIO.

Tortosa sigue la inquietud de la provincia. Gobierno del Cardona. Sus acciones y muerte. Junta el Arce las armas Reales. Su camino. Asalto de Perpiñan. Obispo de Barcelona, nuevo Virey. La Diputacion envia embaxada al rey Católico. Efectos de ella. Previene el Conde Duque gran junta cerca de los negocios del principado. Sus proposiciones y pareceres. Resuélvese la guerra.

1. Pública la revolucion de Barcelona por todo el principado, estimuló terriblemente los ánimos de sus moradores á imitarle,

juzgándose por mejor natural aquel, que con mas libertad perturbase su república: esta pasion, aunque apoderada de todos, como sucesiva á la queja, tuvo particularmente su fuerza en aquellos pueblos, donde se hallaba alojado parte del exército Católico, que como mas ocasionados, eran los mas expuestos á la contienda y sin razon de los huéspedes. Lérida, Balaguer y Gerona, todas ciudades principales, y otras villas continuáron duramente el tumulto comenzado ántes de la muerte del Conde; aunque tambien algunas con poca mas causa que el despecho é interior contrariedad entre las dos naciones, eran los miserables Castellanos asaltados, arrojados y perseguidos de todas partes, de todas personas y á todos tiempos: ni la campaña, ni la soledad los aseguraba, ántes allí parecia mayor el riesgo.

2. Ocupaban entónces el castillo de la ciudad de Tortosa, última poblacion de Cataluña, puesta sobre el Ebro, fronteriza al reyno de Valencia, tres mil soldados bisoños y desarmados á cargo de D. Luis de Monsuar, Bayle general del principado (es allá Bayle como recibidor y administrador de to-

do lo tocante al rey); y era D. Luis uno de los hombres que verdaderamente amaban el servicio de su príncipe. Fué avisado prontamente de los movimientos que la ciudad prevenia : trató de recoger consigo al castillo algunas municiones y bastimentos, que hasta entónces confiadamente se estaban esparcidos por todo el lugar : intentólo con artificio, pretendiendo manejarlos aquella noche, para lo que le ayudaba mucho un caballero natural de la misma ciudad, de apellido Olivéros, en extremo aficionado al partido del rey ; empero siendo descubierta su intencion, acudió el pueblo á pedirle se detuviese en aquella diligencia.

3. Deseaba el Monsuar apoderarse de las municiones y pertrechos de guerra, porque hallándose con tres mil infantes que con ellos podria armar, no dudaba hacerse dueño de la ciudad y mantenerla á devocion del rey Católico contra todo el principado, esperando ser por instantes socorridos de Aragon y Valencia. Excusóse con buenas razones á la demanda del vulgo, que ya impaciente de la duda, con súbito motin habia revuelto los ciudadanos : fueron de improviso asaltados

los soldados inocentes sin armas, ni intentos (hasta entónces ignoraban la determinacion del Monsuar): salvólos su inocencia, y recibiendo la vida y la libertad de mano de los sediciosos, fueron enviados á diferentes partes, habiendo jurado primero no volver á Cataluña con pena de la vida. Empleóse toda la furia contra el Bayle y Veedor general que allí asistia, por nombre D. Pedro de Velasco, que topando una grande quadrilla de los inquietos, fué muerto y despedazado.

4. Al tumulto de la ciudad acudiéron piadosamente los párrocos y cabildo, sacando de cada iglesia en procesion el Santísimo Sacramento, cuya sacrosanta presencia templó milagrosamente el furor, que amenazaba grandes daños en vidas, honras y haciendas. Muchos hombres perseguidos de la plebe, corrian y se escapaban asidos de las varas del palio, otros cubiertos de las mismas ropas de los sacerdotes; entre todos fué señaladamente dichoso el Monsuar, de quien mas que de ninguno deseaban venganza: escapóse siendo embestido de muchos, y topando al Señor, se echó á los pies del ministro: hasta aquel lugar violáron las espadas, y fué defendido

con la propia custodia : reconoció la muerte al Autor de la vida, y detúvose, abriendo los ojos la misma ceguedad : en esta forma, siempre cubierto de la casulla sacerdotal, bien que siempre perseguido é infamado del pueblo, llegó á la iglesia, y escapó la vida, prosiguiéndose el tumulto hasta otros excesos.

5. No se oia á este tiempo por toda Cataluña y sus pueblos mas que los temerosos: *vias foras* (usan de este modo de decir los Catalanes en sus furiosos concursos, que suena en romance : sal de aquí.) Á la señal de esta voz eran los soldados Católicos embestidos terriblemente en sus quarteles de todo el villanage comarcano, que el exemplo de Barcelona concitaba contra los Reales : su descuido aumentó en gran parte la fuerza de los contrarios : alguno podia temer, pero los mas confiaban : el primer aviso fué el daño (hablo de los lugares ántes pacíficos), muchos hombres muriéron lastimosamente, suelta ya é incorregible la crueldad de los rústicos.

6. Alojaban los tercios del Marques de Mortara, Juan de Arce, D. Diego Caballero, D. Leonardo Móles y el de Módena en los lugares del Ampurdan y la Selva án-

tes de la muerte del Conde de Santa Coloma, y ausente el de Mortara, era el mas antiguo el Arce, Gobernador del regimiento de la guardia del rey, por cuya prerogativa superentendia á los otros: su tercio, como el mas favorecido el mas soberbio y de eso el mas insolente, executaba los mayores escándalos. Era el Arce hombre industrioso y severo, hermano de ministro acreditado, corto de razones, estimado por virtuoso y entero, obraba como quien no temia, disimulando la libertad de los soldados para con los paisanos, en descuento de que le fuesen obedientes al manejo militar.

7. Siendo el mas aborrecido, fué el que primero experimentó el furor de los contrarios; así anticipándose al peligro, se retiró á un convento, dos leguas de la villa de Olot, alojamiento del Mortara, con quien pretendió juntarse: fortificóse como le fué posible, acudió á su socorro parte del otro regimiento, y pudo defenderse: llegaban los paisanos á número de tres mil, con cuyas bandas llenas mas de osadia que órden, fué escaramuzando hácia las puertas de Gerona, ciudad famosa, dicha de los antiguos Geranda, donde se

le juntáron los otros tercios, con los quales se hizo grueso de quatro mil infantes.

8. Eran las doce de la noche, quando las primeras compañías de los Católicos se descubriéron junto á las puertas de la ciudad, que estremecida con el suceso y aun mas temerosa quizá de sus pensamientos, tocó al arma, acudió todo el pueblo, fué fácil la resistencia despues de una grande confusion. El Arce en medio de estas demostraciones no se afirmaba en el modo de haberse con los naturales (esta duda oprimia á quantos gobernaban las armas del rey), de todo y en todo consideraba el daño; peligroso estado para el que es fuerza resolverse, quando ni la ira, ni la paciencia, ni la moderacion aseguran el fin de las acciones.

9. Dexáron á Gerona no sin desórden y muerte de dos capitanes, y siendo avisados por un Castellano de que en el pan se trataba de administrarles veneno, tomáron el camino de San Felíu por el lugar de Cáldas; donde recibiendo mas infantería, crecia con su número su miseria de San Felíu á Blánes; pero los villanos (así suelen llamar la gente de guerra á la del campo) por no per-

der diligencia encaminada á la ruina, se emboscáron entre San Felíu y Blánes poco mas de doscientos tiradores, que á su tiempo asaltáron las tropas Católicas: duró la escaramuza algun espacio, y fueron rotos los naturales, pero sin daño considerable.

10. Miéntras los tercios se movian, como habemos dicho, parte de la caballería aquartelada mas á los confines de Aragon á cargo de Felipe Filangieri, caballero napolitano, pudo salvarse con facilidad, dexando de noche improvisamente sus quarteles, y entrándose en aquel reyno, donde sus tropas fueron bien acogidas, juzgándolas ya iguales en la pérdida á las otras.

11. Gobernaba D. Fernando Cherinos de la Cueva con título de comisario general, mas de otros quatrocientos caballos andaluces y extremeños, que habia conducido á Cataluña; era su alojamiento en Blánes: llegó primero á experimentar parte de los movimientos del principado: trató de recogerse luego, y caminando á la ciudad, aquella misma diligencia que pudiera salvarle, vino á servir de su mayor daño: reconocian los lugares su poder y órden, y juzgando diferen-

temente de sus designios, entendiéron pretendia vengar los rumores de Barcelona: juntáronse por toda la campaña algunas bandas copiosas de gente suelta, tomáron los montes por donde habia de hacer sus marchas, y en las angosturas de los valles baxaban á ofenderle. El Cherinos, hombre naturalmente inexperto, no supo acomodarse á la defensa, recibia el daño como de enemigos, y no acababa de ofenderlos como contrarios: entretúvolos algunos dias, no se atrevió á romper, ó no pudo quando se determinó, porque los Catalanes mas resueltos, aprovechándose de la duda, cargáron impensadamente sobre sus tropas, y degollando la mayor parte de ellas, se hiciéron dueños de sus caballos y armas, escapándose pocos de la prision ó de la muerte. Fué esta pérdida de grande consideracion á las armas católicas, y la primera suerte del príncipado.

12. El Arce y Móles, á quienes cada dia llegaban nuevas de las ruinas de sus compañeros, no les pareció conveniente ni segura la asistencia de Blánes, deseaban acercarse á Rosellon, pusiéronlo en efecto; pero los soldados que se olvidaban ya del agasajo de

la villa, acordándose solo de lo que oian de los otros, diéron saco al arrabal, y taláron la campaña: no los siguiéron los Catalanes, aunque pudiéron, con lo qual ellos cobrando nuevo orgullo en su detencion, abrasáron á Montiró y Palafrugell, lugares de su camino: los mismos daños recibió Rósas en su término, Aro, Calonge y Castelló de Ampúrias en casas, árboles y frutos.

13. Cogian los soldados algunos paisanos, y los presentaban al Arce, que mostrando compadecerse de verlos, lo decia con tales razones, que ellos interpretando su indignacion primero que su piedad, quando despues topaban otros, los ahorcaban ó mataban á puñaladas, dando por excusa de su inhumanidad, que aquello queria decirles su Gobernador, mandándoles que no se los traxiesen delante; tal era el furor de unos y otros: tan pequeña causa bastaba para la mayor desdicha.

14. De esta suerte en brevísimos dias se fué enflaqueciendo el poder y reputacion de las armas del rey en toda la provincia: aquellos sucesos apacibles á su libertad, consecutivamente iban aficionando los ánimos de

algunos que no rehusaban la sedicion, mas de por el daño que temian: al mismo paso se aumentaba el descuello de los inquietos. Tanto poder tienen los buenos ó malos acontecimientos en las acciones humanas, que de ordinario parece que mudan el valor ó la naturaleza, mudando el fin.

15. Llegó la nueva de la muerte del Conde de Santa Coloma y otros movimientos á la Corte en doce de Junio: fueron oidos todos con lástima y confusion; amenazaba el negocio todo el sosiego público, incluia terribles conseqüencias: juzgabánse los Catalanes por hombres dispuestos á su precipicio: la guerra dentro en España se reputaba por el mas siniestro accidente de la monarquía, decian, que con esto no se comparaba nada de lo pasado: que no podria suceder caso alguno digno, de que por él se perturbase la paz natural que España gozaba consigo, envidiada de otras naciones: que los Catalanes habiendo roto la piedra de su escándalo, ya no les faltaba que hacer mas que negociar el perdon, y que este no se les debia dificultar mucho por no llevarles á mayores desesperaciones. Otros decian, que la Magestad ofendida

pedia vivamente un castigo exemplar: que si los príncipes no volviesen por las injurias hechas á sus ministros, no podrian vestir su misma púrpura sin zozobra; que aquel que disimula un gran maleficio en la república, parece que dá consentimiento para otros mayores: que si los reyes hubiesen de contemporizar con los malos, ¿de qué suerte habian de coronarse de justicia? ó que si sola ella era para los pequeños errores, entónces ¿cómo podrian ser buenos los poderosos?

16. Todavía los ministros superiòres, donde la consideracion se debe hallar mas atenta, no desdeñaban el sufrimiento, dando lugar á que los mal contentos volviesen en sí: mostraban ignorar lo mas sensible de los sucesos, porque la piedad no pareciese indigna aun á los mismos perdonados: sentian quanto la industria suele ser mas oficiosa que la fuerza, que está no se contradice en esotra. Hércules venció á Anteo mas con alzarle de la tierra, que con apretarle en sus brazos: allí obedeció al arte el poder.

17. Habian los Catalanes, ya desde los principios de sus movimientos, enviado á la Corte á fr. Bernardino de Manlleu, religioso

Descalzo, persona entre ellos de señalada virtud y reverencia: presentáron por sus manos un memorial é informacion de sus cosas al rey y al valido, donde con razones (escritas de alguna pluma ménos cuerda de lo que el caso pedia) representaban sus quejas de tal suerte, que mas ofendian la claridad de su justicia, que la explicaban: informaban por la relacion de varios casos, de algunos escandalosos delitos: casi todos en comprobacion de la insolencia de los soldados; cosa que en la Corte no podia ignorarse. La otra parte contenia el remedio; tambien en esta no representaban con felicidad su intencion, porque la descubrian á las primeras razones: paraban todos sus arbitrios en que el principado se aliviase de las armas que le oprimian; y esto parece que no estaba entónces en manos del rey Católico, pues no era ya el autor de la guerra: volvian á prometer su defensa, y aquí debia ser toda la fuerza de sus negociaciones, porque los Castellanos cansados de la campaña de Sálses, en aquel tiempo vendrian acomodarse, con que cada qual defendiese sus provincias. Nada tuvo efecto, ó fuese por floxedad de los que ma-

nejaban el negocio, ó por desconfianza de los que en él tenian parte; pero en medio de estas dudas (que en fin prevaleciéron sin ajustamiento) quantos las consideraban desde afuera, juzgaban que los Catalanes se darian por satisfechos, con que se les aliviase parte del peso de los alojamientos: que se les quitasen de la provincia algunas personas de oficio militar, de quienes decian haber recibido malas obras. En esta forma escribian desde Barcelona á los confidentes, y aun áfirman que fr. Bernardino, desesperando ya de otros fines, lo propuso y suplicó así al rey Católico.

18. El Conde Duque y los suyos sentian con gran diferencia el acomodamiento de las cosas: no pareciéndole decente convenir en la voluntad de hombres inquietos, y cuyo natural estaba inficionado de la desobediencia, entendia que ellos aborrecian el servicio del Príncipe, y que por eso deseaban apartar de sí los sugetos, donde el zelo real se hallaba mas seguro: canonizaba en su mente quantos ellos acusaban en sus demostraciones, y así era lo mismo (como sucede al viento con el árbol de Séneca) rempujarles con

uno y otro vayven de la calumnia, que fortificarlos en la gracia y en la valia del Conde.

19. Lo primero á que debia mirarse despues de la muerte del Santa Coloma, era á poner en aquel lugar una persona tal, que con su autoridad é industria pudiese reparar y tener las ruinas de la república: túvose entónces por conveniente volver el gobierno á la casa de los Cardónas, que poco ántes ocupara el Duque de Cardona D. Henrique de Aragon. Era el Duque reverenciado en su nacion, no solo por la grandeza de su casa (mayor sin competencia en toda la provincia) mas tambien por las muchas virtudes que se hallaban en su persona: su gobierno pasado, zeloso para el rey y apacible para sus naturales, lo habia de nuevo hecho amar entre todos; injustamente espera la confianza de aquel, que sin obras pretende el aplauso; ni es accion de ministro ó príncipe prudente dexarlo todo al amor de los súbditos ó vasallos.

20. Algunos motivos de fácil desconfianza lo habian apartado del regímen de la república, cultivando entónces por manos de su desengaño sus cosas particulares: en este

estado lo halló la órden Real, por la que se le mandaba volviese á encargarse del gobierno de la provincia, y que tanto debia esforzarse á aquel peso, quanto era cierto que solo sus hombros lo podian llevar: que el rey fiaba de su prudencia la salud universal de aquella gente: que en las grandes borrascas se prueba el arte del famoso piloto: que escogiese los medios suficientes á que ni el rey perdiese alguna parte del decoro debido á su magestad, ni los quejosos la esperanza de alcanzar perdon y sosiego.

21. Hubo de aceptar el Duque su peligroso oficio, apartando de sí las dificultades que la consideracion le ofrecia, y procurando generosamente acudir con todas sus fuerzas á la ruina de su patria, que ya sentia temblar á la violencia de sus afectos, (los gentiles llamaban dulce el morir por ella); miserable estado el de la república, cuyas riendas arrebatan los malos y los ignorantes, esa camina al precipicio, y si alguna vez se escapa, ¿qué mas despeño se le puede esperar, que aquel mismo gobierno?

22. Tambien á los Catalanes no les fué desagradable aquel expediente, porque vién-

dose en manos de su natural (ó que les ministrase el azote, ó quizá el escudo, como algunos esperaban) para qualquier suceso, amaban su compañía.

23. Halló el Cardona las cosas públicas en sumo desórden, porque muchos, juzgándose ya perdidos, no rehusaban añadir nuevos delitos á las primeras culpas: otros casi desesperados de la satisfaccion de sus quejas, se disponian á seguir los sediciosos en la venganza comun. Á todo atendia el Duque, y despues de bien informado de sus observaciones, entendió propiamente que los fundamentos de la quietud consistian en la templanza del pueblo de Barcelona, que, ó ensoberbecido ó indignado, todavia instaba por continuar su desconcierto. Con esto comenzó á prevenir castigos á los acusados por ellos sin dar lugar á largas averiguaciones, porque como los quejosos habian ántes gastado toda la paciencia inútilmente, ahora lo pedian todo con inconsiderada execucion.

24. Miéntras las cosas en Barcelona parece se iban encaminando al reposo, continuaba el principado en los primeros movimientos: los párrocos y predicadores desde los púlpitos

tal vez persuadian al pueblo su libertad y predicaban venganza; verdaderamente ellos juzgaban la causa por tal, que les convenia hablar de aquella suerte, encendidos del zelo de la honra de Dios; las ciencias se estudian, la cordura no se lee en las cátedras: muchos hombres doctos caen fácilmente en este error, sin considerar que la enmienda de los vicios, como obra en fin de suma caridad, pide órden y concierto: el púlpito, lugar dedicado á las verdades, así se ofende de la lisonja como de la imprudencia, de ordinario aquel grano corresponde en gran cosecha sembrado en ánimos sencillos; miren los labradores del Señor que semilla escogen. De esta misma suerte, segun se lee en las historias, comenzáron las alteraciones pasadas de Cataluña en tiempo de D. Juan el Segundo rey de Aragon, persuadidos ellos por las voces de fray Juan Galvez, hombre insignemente libre de aquellos tiempos.

25. Casi en estos dias pronunció el obispo de Gerona una notable sentencia de excomunion y anatema sobre los regimientos de Arce y Móles, declarándoles por herages sacramentarios, y refiriendo en ella dos estu-

pendos sacrilegios, uno en Riu Darenas y otro en Santa Coloma de Fornes; cosa ciertamente, ó dudosa, ó creida digna siempre de lágrimas. Á vista de esta demostracion no hubo pueblo que no se incitase como religiosamente al castigo de aquellas escandalosas y aborrecibles gentes. Este fué el mas irremediable accidente que padeciéron los negocios del rey, porque muchos, en cuyos ánimos prevalecia aun entónces el temor de la magestad, no se excusaban de juntarse con los inquietos, despues que viéron una (ó por lo ménos mezclada) la causa de Dios con sus propias pasiones, satisfacian su enojo y prohijaban su indignacion al zelo santo, ordenaban la venganza de sus agravios, y lo ofrecian todo al desagravio de la fe. No se entienda que todos obraban con este mismo espíritu, porque ciertamente resplandecia en muchos la devocion y piedad cristiana. Alzáron banderas negras por testimonio de su tristeza: en otras pintaban en sus estandartes á Cristo Crucificado con letras y geroglíficos acomodados á su intento, y de esta vista los Catalanes cobraban aliento y disculpa, los Castellanos temor y confusion.

26. Arce con la infantería que llevaba junta y alguna otra que no pudo incorporarse con sus tropas, caminaba á Rosellon con gran trabajo y peligro: procuráron introducirse en diferentes pueblos: los mayores los arrojaban, los pequeños se resistian, ni les valia la industria ni la cortesia, y ménos la fuerza. Marchaban los Reales dentro de España con la misma miseria y riesgo que si atravesasen los desiertos de la Arabia ó Libia.

27. En fin, rompiendo hácia Perpiñan por entre Cadaqués y el Portús, dexáron con temor á Palamós, y por la via de Argelés y Elna llegó la infantería y algunos caballos á aquella gran villa, donde se encaminaban como á centro de sus armas. Allí fué mayor la dificultad, quando esperaban mas cierto el amparo. Mandaba en Rosellon (ausentes los primeros cabos del exército) el Marques Xeli de la Reyna, General de la artillería en la campaña pasada: gobernaba el castillo de Perpiñan Martin de los Árcos, aquel Florentin y este Navarro, entrambos soldados de larga experiencia.

28. Habian recibido aviso de las tropas, y pareciendo inexcusable el recibirlas no mé-

nos para su reposo que para sosiego de la plaza, se comenzó á disponer aquel manejo por los medios que se juzgáron mas á propósito.

29. Es Perpiñan lugar de ménos que mediana grandeza entre los de España, fábricado de las ruinas de la antigua ciudad Rhuscino, que dió nombre á todo Rosellon. Perpenianum la llaman historiadores modernos por la vecindad con los Pirineos, segun se cree, de cuyas asperezas se aparta por distancia de tres leguas; pero yace en llanura regado del rio Tech, llamado de los geógrafos Thelis, que junto á Canet entra en el Mediterraneo. Es la villa cabeza de su condado, y de las mas fuertes de España por beneficio de la guerra, principalmente el año de 1543. Fué empeñado por Juan el Segundo de Aragon á Luis Onceno de Francia, y restituido por Cárlos Octavo á Fernando el Católico, atento á los designios de la guerra de Nápoles.

30. Pedian los cabos quarteles en la villa capaces á su alojamiento: determinaban secretamente asegurarse de los paisanos por este medio; pero el magistrado entendiendo (y no sin causa) que de todo lo obrado en Cataluña, ellos habian de pagar la pena, pro-

curó excusarse de recibir tanta gente hambrienta y escandalizada: defendíase con sus fueros y con órden particular del Conde de Santa Coloma, para que ninguno se alojase de otra mano que la suya.

31. Volviéronse á apretar las pláticas, sin que el Xeli quisiese admitir excusa alguna; pero los naturales, ya con razones, ya con rumores de armas que prevenian, instaban en defenderse: no se puede dudar, que ellos lo pensáron con mucho brio ó con mucha ceguedad, viendo en lo eminente de su pueblo el mejor castillo de España, lleno de cabos, soldados y municiones, y junto á sus muros mas infantería que ellos podian juntar. Pocas veces discurre la ira, y raras acierta la desesperacion. No obstante, ellos cerráron las puertas, guarneciéron los puestos por donde podian ser acometidos, y armados oian las demandas y amenazas de los Reales, y respondian á ellas.

32. De esta suerte, cada qual movido de sus intereses, y todos del enojo, perseveraban en la discordia sin topar otro medio de ajustamiento que la violencia; no hay caso mas difícil de acomodar, que aquel donde

todos los contendientes tienen razon, porque como cada uno ama su sentimiento, ninguno quiere obligarse del ageno. Es la razon hija del entendimiento, ó ántes es el mismo entender, y aunque en los hombres se halla tan poderoso el interes, mas veces suelen dexarse de lo que desean, que de lo que entienden; como si el juicio y la ambicion no estuvieran sujetos á unos mismos descaminos.

33. Los Reales, que ya estaban desesperados de conseguir amigablemente el hospedage, asaltáron de improviso una de las puertas de la villa dicha la del Campo, con la infantería que se hallaba mas cercana á ella: acudió á su defensa buena parte de los moradores, esforzándose el alboroto de tal suerte, que mas parecia escalada de plaza enemiga, que no porfia ó inquietud entre Españoles: hacia la noche mayor el espanto y aun el peligro, porque valiéndose de sus sombras algunos de los naturales, ministraban con mas seguridad su defensa y daño de sus contrarios.

34. Xeli, que desde el castillo estaba mirando la furiosa resolucion de unos y otros, lleno de escándalo y despecho, trató de favorecer á los suyos: mandó se disparase con-

tra el lugar toda la artillería, juzgando cuerdamente, que una vez puestas las cosas en manos de la fuerza, no podria convenirles dexarla sin salir vencedores. Detúvole el Gobernador Arcos, teniendo por cosa de gran riesgo romper tan severamente contra hombres que todavia eran vasallos de su rey, y le reconocian por Señor; pero el Xeli tomando sobre sí todo el enojo de aquella magestad, hizo como se comenzasen las baterías de cañones y morteros: era en el primer quarto de la noche, quando el castillo dió principio á su furor, y se continuó con tanta fuerza, que en poco tiempo arrojó sobre la miserable villa mas de seiscientos cañonazos con gran cantidad de bombas: fué terrible el estrago, arruinóse la tercera parte del lugar, pereciéron muchos inocentes; tales son de ordinario las sentencias de la indignacion, pagan los no culpados, y los delinqüentes quedan sin castigo. Esta tan extraña severidad despertó igualmente la ira de los soldados y el temor de los moradores, con lo qual fácilmente aquellos se hiciéron dueños de la mayor parte del pueblo, sin mas pretexto que el de su soberbia y codicia: fueron en-

tradas á saco mil y quinientas casas, dando la noche no solo ocasion mas licencia á los insolentes, para que cada uno obrase conforme su ambicion ó su apetito.

35. Los moradores ya desesperados de su remedio en la resistencia, acudiéron á buscarle por via del perdon, valiéndose de la piedad cristiana, que como tan natural en los católicos, nunca la consideraban dificultosa: vestido el obispo en sus vestiduras pontificales, llevando en las manos la custodia del Señor y acompañado de todo el clero y religiones, subió al castillo: salió á recibirlo Xeli y los mas oficiales españoles, y despues de algunas razones, en que todos mostráron mas indignacion que reverencia al divino Medianero de la concordia, el Xeli prometió templarse, usando con aquel pueblo de la Real clemencia de su dueño.

36. Detúvose por entónces el daño; mas porque la causa estaba impresa en el corazon, cada instante volvia á brotar mil desórdenes: era grandísima la opresion de la gente y mucho mayor despues, quando tratándolos como vencidos, no los diferenciaban de esclavos: desarmáron á los naturales, apoderándose

de su dominio militar y civil, alzáron horcas, formáron cuerpos de guardia por toda la villa; obraban mas de lo necesario á la seguridad: atropellaban afectadamente sus costumbres, quebrantaban sus fueros, solo á fin de poner espanto en los ánimos de aquellos que así se mostraban amantes de su república.

37. Cada dia reconocian mas los Perpiñaneses su esclavitud, y daban voces, acusando aquellos que habian escogido tan miserable remedio; quisiéron ántes haber acabado en su desesperacion: ni quejarse, ni sentirse les era lícito, ni comunicar por letras sus dolores, porque los Reales informados de los otros sucesos contrarios, procuraban estorbar las correspondencias, donde se les podia seguir aliento y esperanza.

38. Muchos de los moradores dexáron la patria, y con mugeres é hijos se huian á la montaña, esperando mejor coyuntura para vengar sus agravios: llevados de esta pasion, salia á todas horas mucha cantidad de hombres y mugeres; y á la verdad los Castellanos en los principios no se desagradaban de verlos dexar la villa en sus propias manos,

juzgando que para qualquier suceso les convenia el ser superiores en número á la gente natural: á este fin primero disimulaban su fuga; pero despues se vino á conocer el daño á tiempo, que ya no podia evitarse, porque faltando la mayor parte de la gente popular, que sirve al manejo de la república, faltaban juntamente con ella los útiles, en que la suele emplear la necesidad comun: impensadamente viniéron á caer en continuas miserias: no habia quien cortase leña, quien moliese trigo, el agua estaba quieta sin quien la traginase: el ganado discurria suelto como sin dueño: las tiendas se veian cerradas: los obradores de los oficiales vacíos: crecia la falta de todo lo que se come y se viste.

39. Con esta ocasion comenzó el Xeli á sacar sus tropas á la campaña, que discurrian mas como hombres llevados de la ambicion que de la miseria: no habia pueblo, casar ó granja por todo el pais, á que no visitase el robo ó el incendio: todo estaba cubierto de ruinas: los paisanos se veían escondidos por los bosques, las mugeres y niños perdidos por las sendas: ninguno atinaba con el descanso, porque no habia entónces nin-

gun camino á la piedad ó á la justicia.

40. Llegó la informacion de estas miserias al Cardona, que infatigablemente se empleaba en el sosiego de Barcelona: entendió que las cosas de Rosellon pedian su presencia, y las buenas señales de aquella ciudad le daban alguna confianza para poder dexarla. Los políticos disputan, si conviene al príncipe apartarse de la cabeza de su dominio por acudir al remedio de otro miembro: son diversos los pareceres, como lo han sido las causas: yo pienso que el negocio consiste en entenderse bien el estado del príncipe, juzgando que el pacífico puede sin daño acudir á qualquier parte donde lo pida la ocasion; mas que no lo debe hacer así el que gobernase un imperio turbulento, porque entónces el grande riesgo (aun contingente) descuenta la conveniencia. Los presentes trabajos de Cárlos rey de Inglaterra, no hubieran sucedido, si se conservara en Lóndres.

41. En fin, asentando el Duque su partida, propuso luego (no sin industria) pedir á la Diputacion y Ciudad un diputado y un conseller por acompañados: previno con destreza que con ministros de la provincia lle-

vaba mas segura su obediencia, y que ellos tambien viendo convidarse con la autoridad que miraba al castigo, no podrian dudar de que se deseaba satisfacer al principado; y aun para los mismos era asaz conveniente mostrar, como pretendia unir sus acciones á un espíritu acomodado á la justificacion. Fuele concedida la compañía de los dos magistrados como lo pidió, y partiéndose á Perpiñan ya con poca salud (ó fuese fruto de los años, ó del gobierno), llegando allí en pocos dias, se introduxo en los negocios de aquel estado, tomando justificadas noticias de todos sus acontecimientos.

42. Sabia el Duque como natural, el ánimo de sus patricios, y que por gente tenaz en las pasiones guardaban vivo el odio concebido contra los cabos: entendia que el primer paso de la templanza era comenzar castigando aquellos, que el clamor público acusaba: no creia hallarlos inocentes, ni tampoco juzgaba su culpa igual al escándalo; pero tambien no tenia en tanto su agravio, quanto la furia de una nacion entera. De esta suerte dispuso sus acciones, encaminando todo á la quietud pública.

43. Lo primero fué mandar prender al Arce y Móles, porque deseaba que la satisfaccion se mostrase pronta y notoria: mandó que fuesen llevados á la cárcel comun de los malhechores: hizo de la misma suerte, se prendiesen algunos otros oficiales y soldados, y volvió á hacer platicables las querellas, que el Santa Coloma habia prohibido entre Catalanes y Castellanos, porque cada uno entendiese podia temer y podia esperar.

44. Dió cuenta al rey Católico de su deliberacion, alagando su enojo con la esperanza de recobrar su autoridad por medio de una cortísima violencia. Decia que en apartar de los ojos de aquella gente la ocasion de sus escándalos, consistia el modo de hacerlos olvidar todos: que á los dos cabos se les seguia poca injuria; porque remitiéndolos á la Corte, allá podria su Magestad disponer su desagravio, ocupándolos en otras provincias: tras esto, no olvidaba sus excesos, refiriendo los casos así como los habia entendido.

45. No se habia hasta este tiempo hecho entre los ministros el verdadero juicio de estos movimientos, porque la condicion del rey Católico por oculta en sus operaciones, no

daba alguna señal de su aprecio. El Conde Duque aconsejado de aquella altivez que siempre le habló al oido, si bien no dexaba de temer en su corazon; todavia no desmayaba en el semblante y palabras; ántes como si aun entónces dependiesen de su arbitrio los intereses de los Catalanes, mostraba despreciar igualmente su arrepentimiento que su obstinacion: creció con esto el error en los superiores, porque como los mas vivian observando su apetito engañados de la confianza exterior, no llegaban á penetrar las dudas del ánimo, mal persuadidos de la apariencia. Mucho servia tambien á la soberbia del Conde el notar algunas señales de humildad en los Catalanes, porque aquellas demostraciones que suelen mover á clemencia los grandes espíritus, suelen tambien incitar los terribles á mayor venganza; consideraba las diligencias de fray Bernardino con los reyes por alcanzar misericordia á su república: el cuidado con que la Diputacion y Ciudad despedian misionarios ó embaxadores por dar satisfaccion á su príncipe: su Protonotario (hombre fatal en la monarquía) tambien con intervencion de algunos confidentes, le aseguraba no ménos su

confusion y temor, finalmente persuadido de su propio natural, se dexó entregar ántes á la perdicion que á la templanza.

46. Con este propósito se le ordenó al Cardona, no procediese contra los presos (extrañándose la resolucion de cosa tan grande) que no diese por sí solo paso alguno en su castigo; ántes que de lo que obrase, diese cuenta á la Junta, que para expediente de aquellos negocios se mandaba formar en Aragon. No halláron otro modo de reprehenderle mas decente á sus años y autoridad; pero el Duque saliendo á recibir lo que se le recataba, entendió que el rey se desplacia de su gobierno: vióse ceñido de obligaciones, unas que como sugeto le forzaban á consultar con otros, y otras, que como libre pedian su execucion: en estas contrariedades comenzó á afligirse con tantas congojas, que no hallando el espíritu desahogo alguno, comunicó sus pasiones á la salud, hasta que esforzándose el mal por medio de una calentura (concitada de la viva imaginacion de su afrenta) en pocos dias dexó la vida y el cuidado de la república, que juntamente con su cuerpo enterró todas las esperanzas de su remedio.

Aman los hombres el mando como cosa divina, sin advertir el riesgo que se trae consígo el gobernar á los otros hombres: no hay ninguno que por justificado dexe de ser sospechoso al príncipe ó al pueblo, que lo uno basta para perder la grande fortuna, y lo otro la buena fama: en ménos de la tercera parte de un año nos lo enseña el exemplar de estos dos Vireyes, el primero por muy obediente á su Señor, muerto á las manos de la plebe; el segundo por muy amante de su república, muerto tambien al enojo de su rey.

47. Fué su muerte del Cardona la última diligencia de la turbacion, porque como su autoridad servia de freno á las demasías de unos, y de columna al temor de otros, viéndose aquellos sin que temer y estos sin que esperar, los primeros reiteráron su soberbia, y los segundos estragáron su templanza; de tal manera que brevemente fueron en el principado de una misma calidad casi todos los ánimos: con que las cosas tomaban cada dia peor camino, y la inquietud cobraba mayores fuerzas; tal suele ser de mayor peligro la segunda enfermedad que la primera.

48. Habia el Principado algunos dias ántes expedido sus embaxadores al rey Católico en representacion de sus tres estamentos, iglesia, nobleza y pueblo, y por ellos nueve personas de sus órdenes, y una en nombre de Barcelona; mas como siempre suceda que la indignacion se irrite con los clamores del que pide clemencia, los ministros Reales abusando de aquel arrepentimiento, diéron señales de despreciarle: mandáron que los embaxadores fuesen detenidos en Alcalá de Henares, lugar puesto á seis leguas de la Corte. Lo primero que deseaban, era saber su ánimo de los enviados, porque el Conde y los suyos procuraban apartar de las noticias del rey toda la justificacion de los Catalanes: quisiéron amedrentarlos con aquellas apariencias de enojo, porque cansados con la detencion y molestia mudasen ú olvidasen las razones, que habian estudiado entre sus fieles patricios. Era el estilo comun de sus papeles públicos y secretos unas vivísimas quejas del Conde y protonotario: al principio dispusiéron sin industria sus querellas, hablando siempre con desatenta libertad en las personas de los dos ministros, y nò obstante que el mayor estaba segurísimo en la

gracia del Rey, y el segundo no ménos firme en la del primero, todavia aquellos zelos naturales en el valimiento les hacia temer mas de lo justo la eficacia, con que los Catalanes les adjudicaban sus males: procuraban desacreditar sus clamores y apartarlos quanto les fuese posible, y lo conseguian con facilidad por el gran poder de los dos, y porque como ellos eran los instrumentos (ó sentidos) de las acciones del rey, jamas podian obrar cosa en su descrédito, ni en conocimiento de aquella verdad que les fuese contraria.

49. Famosa leccion pueden aquí tomar los príncipes para no dexarse poseer de ninguno: el que entrega su voluntad y su albedrio á otro, este mas se puede llamar esclavo que señor: hace contra sí lo que no ha hecho su desventura: la suerte le hizo libre, y él se ofrece al cautiverio: la mayor miseria de un príncipe es aquella que le pone vencido á los pies de otro: ¡quánto mayor debe ser esotra que le trae avasallado y preso al arbitrio de su propia hechura!

50. Pensaban los Catalanes que escribian al rey sus lástimas, y hablaban en aquel

modo que la miseria halló para rogar á la grandeza: el dolor sensible no sufre elegancias ó decoros; á qualquier hora y por qualquier término se queja el dolorido. Decian con sencillez sus trabajos, y como cosa natural en los hombres, acudian con la mano y con el dedo á señalar la parte ofendida y la causa de la ofensa: escribiéron á la reyna, al príncipe y á los ministros superiores: escribiéron al mundo todo un papel impreso, á que llamáron Proclamacion Católica: manifestáron á todas las gentes su razon y su justicia, llamando por cómplices en la ruina al Conde y su protonotario, que indignados entónces con la publicidad de sus injurias, se esforzaban en desmentirlas, haciendo como ellas se disimulasen, y abultasen en su lugar las acciones del principado en deservicio de su rey; de tal suerte que podemos decir, que aquel propio camino que los Catalanes habian buscado para alcanzar su remedio, los llevaba al precipicio.

51. Á este tiempo andaban mas vivas que nunca las negociaciones é inteligencias, estudio particular de aquel ministro. Pretendíase de parte del rey que la Provincia con

grandes muestras de humildad y reverencia suplicase el perdon públicamente: que con demostraciones de su error y como gente engañada entrase á pedir misericordia sobre su república: que se valiesen de la intercesion del Pontífice y de los Príncipes amigos. Esto no era remitirles el castigo, sino asegurar su obediencia, porque lo pudiesen llevar en tiempos mas acomodados. Con esta satisfaccion y algun servicio particular en materia de intereses, mostraba el Conde, se inclinaria el rey al acomodamiento de las cosas; y lo primero que prometia en órden á la seguridad de la provincia, era poner la justicia catalana en su primera autoridad y fuerza. Usaban los ministros católicos de esta claúsula en todas sus pláticas y papeles, porque previniendo el espanto que causaria en el principado ver entrar por sus puertas un poder grande, juzgando que se encaminaba á constituir la nueva reputacion de la justicia, no tuviesen lugar de temerlo.

52. Variaban los Catalanes, porque aun sobre el caso del perdon, decian que pedirle, confirmaba la culpa que ellos negaban: que el error particular de algunos no habia de

servir de mancha á la fidelidad de una nacion; no obstante se negociaba por diferentes caminos con los embaxadores, de que zeloso el principado, les escribió de secreto, reprehendiéndoles el haber admitido nuevas pláticas: volvia á instar, pidiesen el alivio de aquellas armas y el castigo de los cabos: no les era ya tan molesto el peso, como la consideracion de que por medio de ellas se habian de obrar todas las venganzas: deseaban verlas apartar de sí para qualquier acontecimiento: mirábanlas con agüero, ó no podian verlas; así acontece al condenado, desviar los ojos del acero que sabe le ha de ministrar el suplicio.

53. Á todas las sospechas del rey para con la provincia, y á todos los temores de esta para con el rey, ayudaban mucho las cartas y negociaciones de algunas personas que residian en Madrid y Barcelona, que por sus intereses (ó por ventura por su buen zelo, deseosos de la concordia) daban unas veces señales de serenidad, y otras de borrasca, segun lo prometian los accidentes exteriores de uno y otro pueblo.

54. Entre los que tuviéron mayor par-

te en estos manejos, fué el Maestre de Campo D. Josef Sorríbas, caballero catalan, hombre práctico y de industria: llegó de Barcelona (aquellos dias) como retirado y temeroso del furor de los suyos: hízose buen lugar en el aplauso del Conde y protonotario, juzgándole por sugeto asaz á propósito para sus designios, porque despues de ser noticioso de las cosas, tenia parientes y amigos de autoridad en Barcelona: con este pensamiento le fiaban los secretos de mas importancia en aquel negocio, en los quales el Sorríbas se acomodó de tal suerte, que recibiendo en sí la substancia de las cosas, parece las aplicaba despues segun la parte á que convenian. Este fué el juicio que se hacia sobre su persona. No ofenda mi testimonio la integridad de aquel hombre: hablo como historiador, segun las noticias de lo que he visto y oido. Á todo dió ocasion verle al principio de estos movimientos en gran confidencia con los ministros Reales, y verle despues por ellos mismos preso en la cárcel pública. No le acusa mi sentimiento, ni á otro ninguno, porque inmisteriosamente refiero los casos como han sido, apunto lo que despues,

ó entónces se discurrió sobre ellos, valiéndome algunas veces del juicio competente á mi instituto, y á que me dan motivo los mismos sucesos que voy escribiendo.

55. Eran los principios de Agosto, y corrian entónces los negocios públicos de Cataluña en sumo silencio: aquellos que no miraban mas que á la apariencia y serenidad del semblante, entendian que ellos estaban interiormente compuestos á satisfaccion del rey: otros que con mas atencion exâminaban las señales; temian que de aquel sosiego resultase alguna mayor turbacion, como acontece en el otoño, que de las grandes calmas se arman horribles truenos; así determinaba la variedad de los juicios de los hombres, segun el ánimo ó noticia de cada uno.

56. Fué casi en estos dias nombrado por Virey de Cataluña, y sucesor del Cardona el obispo de Barcelona D. García Gil Manrique, varon docto y templado, cuya persona no sirvió al remedio y ménos al daño: pensóse profundamente esta eleccion del nuevo Virey, porque los ministros Reales, ya màs temerosos de lo que al principio, no se fiaban de la obediencia de los Catala-

nes, por esto no se atrevian á aventurar á su furia un tal sugeto, qual deseaban para su enmienda.

57. Ellos tambien seguian este mismo discurso, no dexando de desvanecerse y gloriarse, habiendo reconocido en esta accion el rezelo de los ministros Reales, y le juzgaban dichosísimo pronóstico de su libertad: esta fué entre todas la causa mas eficaz que los llevó á recibirlo alegres, y tambien porque como no le temian, no habia para que aborrecerle.

58. Juró en Barcelona el obispo con las acostumbradas ceremonias, y recibiendo la contingènte dignidad, comenzó á asistir á su gobierno; pero, ó fuese que con cordura alcanzase la cortedad de su poder, ó que los mismos súbditos, porque no se apropiase en el imperio, con algunas demostraciones de libertad le acordasen los fines de sus antecesores, determinó reducirse á solo su primer oficio de Pastor, haciendo poco mas en el de Virey que desear la templanza de su república.

59. Perdidas andaban las cosas á este tiempo en toda la provincia, mas que en los

alborotos pasados; todos los movimientos de la política estaban torpes: muchos pedian justicia, algunos la deseaban; pero no era posible hallarse forma de executarla, habiéndose perdido entre la sinrazon y la violencia. Los jueces Reales, escondidos unos y otros ausentes, aborrecibles todos: los ministros de guerra y hacienda amedrentados y huidos, el Virey temeroso, vivas las memorias de las otras tragedias, los inquietos pujantes y soberbios á la detencion, paciencia ó estado del rey, todo junto formaba una tristísima confusion tan espantosa á los hombres cuerdos, que ninguno pensaba en mas que obrar de tal suerte, que su nombre no fuese acordado ó público, porque el silencio y olvido, mudando de naturaleza, entónces era la mas apetecida felicidad de los prudentes.

60. Corria en la corte del rey Católico voz comun, que los Catalanes habian recibido al obispo por gobernador solo para excusarse de otro, que bien lo habian dado á entender, teniéndole aprisionado: quejábanse de que el atrevimiento de los sediciosos fuese tal, que sucesivamente osase á poner las manos ó las ofensas en tres hombres, que ca-

da qual representaba la persona de su Señor: juzgaban al obispo como preso, y no era sino que su prudencia era el mayor estorbo de su propio mando.

61. Tales quejas daban los Católicos de parte del rey, y los Catalanes de la suya no disimulaban tampoco en proseguirlas: decian que en tiempo en que las cosas habian menester amor, poder é ingenio, les enviaban para gobernarlos un hombre, que para quererlos era extrangero, para castigarlos incapaz y para regirlos falto de experiencia: que su condicion como su estado le impedia qualquier venganza conveniente, pues hasta aquella facultad acostumbrada, que los reyes suelen alcanzar del pontífice para que los eclesiásticos puedan administrar la justicia punitiva, tambien esta le faltaba, porque los ministros artificiosamente se lo habian disimulado; solo á fin de no poder dar satisfaccion y castigo á los delitos de los soldados, como ya lo habian hecho en tiempo del Cardona. Cada dia de una y de otra parte añadian nuevas quejas con tal arte ó con tanta razon, que apénas podrémos dar licencia al juicio, para que se entrometa á apurar la verdad de unas y otras.

62. En medio de estas negociaciones pareció conveniente admitir la embaxada de la Provincia, porque no estaban ya las materias en aquel primer estado, en que las informaciones suelen mudar la naturaleza de los negocios. Húbose en fin de cumplir con aquella ceremonia, y quitarle á los Catalanes mas una razon de su queja; pero habiéndose entendido por la boca de sus embaxadores lo mismo que hasta entónces por señales y observaciones se conocia, se hizo público que el ánimo de la diputacion no era otro que conseguir su quietud, por los propios medios que la habia perdido: que lo que pedian y ofrecian, era lo mismo que tanto ántes habian propuesto en descrédito de los cabos del exército, y para satisfaccion de la corona ofendida obligaban con esto á que se tuviese por cierto, que en aquella mudanza de los ánimos catalanes, ó en aquel fingido arrepentimiento del Principado no habia otra razon mas de la conveniencia temporal. Probábanlo con que siendo despues tantos los excesos con que de su parecer habia obrado, pretendian hacer practicables todavia aquellas mismas cosas que ántes no les fué posible

conseguir: decian que aquel no quiere concordia y paz, que propone partidos desiguales.

63. El Conde Duque, si bien en su ánimo, ó con mayor enojo ó con mejor discurso habia determinado la guerra por justificarse con su rey y con España y el mundo en un negocio tan grande, hizo llamar y prevenir en su aposento una gran Junta, que constó de los mayores ministros de España, de varios magistrados, dignidades y oficios: compúsose de algunos del Consejo de Estado y Guerra, y de otros de la llamada Junta de execucion, de Consejeros del Real de Castilla, y de Aragon algunos.

64. Presentes ya todos, entónces el Conde Duque introduxo su razonamiento, suficiente á influir su propósito en otros ánimos mas libres: habló poco y grave, recatando ingeniosamente su sentimiento; gran artificio de los políticos (ya doctrina de Tiberio) disponer las resoluciones de tal suerte, que ellos vengan á ser rogados con lo mismo que desean: hizo luego que su protonotario leyese un papel formado por entrambos, llamóle justificacion real y descargo de la conciencia del rey. *Decia de la poca ocasion que de*

parte de la magestad Católica se habia dado á los perturbadores del bien y quietud del principado: justificaba la causa de los alojamientos y quarteles en Cataluña: negaba que fuesen en forma de encontrar sus fueros: excusaba mucho de los delitos á los soldados: confundia sus sentencias é informaciones con otros documentos de los Catalanes: disculpaba los excesos de la milicia, como naturaleza de los exércitos: satisfacia con nulidad comprobada á los sacrilegios impuestos por los Catalanes á los de Arce y Móles: apercibia y convidaba al castigo de lo averiguado: del caso de Perpiñan hablaba con ambigüedad: exâgeraba con exceso la clemencia y templanza de su rey: señalaba los cargos del principado, diciendo que habian invadido las banderas de su Magestad: que sacáron libres al diputado y otros presos que lo estaban por crímen contra la corona: que habian quemado bárbaramente á Monredon, ministro Real y en servicio de su Señor: que habian muerto al Doctor Gabriel de Berrat, juez de su Audiencia sin culpa alguna: que de la misma suerte amotinados y sediciosos osáron á matar un Virey

(y mataran á otro, sino se anticipara la muerte): que perseguian todos los ministros fieles, sin haber hombre que por parte del rey se ofreciese al peligro: que tenian impedida la justicia, sin que le fuese posible obrar como debia: que al obispo su nuevo Gobernador no obedecian: que últimamente trataban entre sí de fortificarse, sin saber contra quien lo hacian, sino contra su natural Señor: en notable perjuicio de la fidelidad y pernicioso exemplo de los otros reynos.

65. Tal fué la proposicion del Conde á la Junta, donde, ya que no en voces y razones distintas, en los afectos se conocia el escándalo de los circunstantes, porque ignorando algunos la gran arte de la disimulacion, con las admiraciones exteriores aseguraban la ira. Él sobre todos templado y misterioso, aguardó los votos; casi todos habláron sin diferencia, hasta que llegando el tiempo de votar á D. Íñigo Velez de Guevara, Conde de Oñate, del Consejo de Estado de España, Presidente de su tribunal de Órdenes, hombre que por su autoridad y larguísima experiencia de negocios era el de que mas dudaba. Mirólo entónces el Conde con profunda

atencion, ó porque lo temia, ó porque deseaba avisarle con los ojos su sentimiento: escuchóle pronto, mas el de Oñate fixa la vista en solo la razon, fué fama que dixo así.

66. *Á un gran negocio, Señores, somos llamados: yo por cierto, sobre setenta años de edad en que me hallo y con pocos ménos de experiencia, atreveréme á decir, que ninguno de los accidentes pasados fueron de tanto peso como el que tratamos. Largos dias ha que reposa en España la rebelion de vasallos: ya vine á creer en los aprietos presentes, que algunos han vivido templados, mas por ignorar la desobediencia que por rehusarla; tal debe ser nuestro cuidado en aumentar esta su ignorancia. Yo no pretendo manchar la fidelidad española; mas si el discurso no me engaña, nacion es esta de quien estamos quejosos, ocasionada al precipicio: conozco su natural airado y vengativo, y por eso dispuesto á todos los efectos de la ira: veo los vecinos y deudos de nuestros mayores enemigos, y sin perturbarme del temor ó el odio, voy á temer un gran suceso, harto mas lamentable á la experiencia que al discurso: ¡oh! no hagamos de suerte que*

nuestro enojo les descubra algun camino, que su osadia no ha pensado. Costumbre es de los afligidos abrazar qualquier medio que los excusa la calamidad presente, aunque los lleve á otros nuevos daños; el esclavo oprimido del látigo se despeña por la ventana, no mira que es mayor riesgo el precipicio que el azote, solo atiende á escaparse de las coléricas manos del Señor. ¿Qué seguridad tenemos, pregunto, de que estos hombres amenazados de su rey, no se arrojen por la rebeldía hasta caerse á los pies de su mayor émulo? Mas pienso yo ha hecho Cataluña en salir del estado pacífico para el sedicioso, que hará en pasarse ahora de sediciosa á rebelde. No es la espuela aguda la que doma el caballo desbocado, la dócil mano del ginete lo templa y acomoda. Si de otros tiempos advertímos en los progresos de esta gente, todos nos informan de su valor y dureza; calidades que piden las armas. En los tiempos modernos amáron la paz, como la deben amar todos los hombres á quien gobierna la razon: saboreáronse de la serenidad, y olvidados de las primeras glorias empleaban todo su orgullo en las pendencias civiles,

divididos en bandos y facciones. No habian perdido el valor, aunque lo habian estragado en efectos inútiles. Herido el pedernal vomita fuego, y no herido lo disimula; empero en las mismas entrañas le deposita: la ocasion suele ser siempre instrumento de la naturaleza. Juzgad ahora, Señores, si conviene volver á despertar esta dura nacion, y amaestrarla contra nosotros en el uso de la guerra, en que fué excelente. Cárlos, nuestro invicto Señor, juzgándolo así con los Holandeses, puso tan grande estudio en hacerles olvidar de las armas, como en inclinar los Españoles á su exercicio; dándoles gran enseñanza á los príncipes, de que hay gentes, que sirven mas á su Señor con lo que ignoran, que con lo que exercitan. Siento que es grande la causa con que provocan la indignacion de nuestro Monarca, y que si hallásemos un castigo igual al crímen de los delinqüentes, yo me dispusiera á seguirle; empero si qualquiera pena cotejada con el delito parece inferior, entónces solo la podrá igualar aquella clemencia que la puede vencer. Yo digo que la justicia es la virtud mas propia en los buenos reyes; pero

hay casos en que al príncipe le conviene perdonar sin razon, violentado de la contingencia del castigo. En la dignidad de rey y en el amor de padre no pueden entrar aquellos afectos comunes, que llevan los hombres á venganza; de tal suerte, que si la culpa del vasallo ó del hijo puede permitir algun olvido y perdon, no se considera dificultad ninguna de parte de los ofendidos. Tan diferentes son los castigos de la mano del odio ó del amor: aquel siempre pide sangre, este no mas de enmienda. Procedió Cataluña ciegamente, yo lo confieso: muestra ahora señales de su dolor, justifícase con voces y papeles, con informaciones y embaxadas: llama á la piedad del pontífice por intercesion, las repúblicas por medianeras, escribe á sus reyes, llora á todo el mundo, pide justicia contra los que han perturbado sus cosas, nómbralos, y limítase á este ó aquel medio: publícase por fiel y humilde postrada á los pies de su Señor, ¿qué le falta, sino la dicha de que la creamos? No sé que estas demostraciones sean dignas de desprecio, dícese que son vanas y simulado su arrrepentimiento: y ¿qué sacamos nosotros de esa in-

credulidad? ¿De qué conveniencia nos podrá ser adelantar nuestra desconfianza á su malicia? No hay soplo que así encienda la llama, como la desesperacion del perdon dá fuerzas á la culpa, ¿qué es en lo que reparais? Piden á su Magestad les aparte tres ó quatro sugetos ocupados en la gobernacion de las armas; poco es esto. Aquí no pretendo discurrir por sus deméritos, ni por la justificacion de los quejosos; digo empero, que es mas fácil cosa pensar que puedan errar quatro hombres, que una provincia entera. Podeis decir que hay dificultad en el modo de sacarlos con buena opinion; no es grande el mal que tiene remedio: no hay ninguno de los acusados (si son como yo creo que son) que no ofrezca su reputacion particular por el sosiego público: si ellos son buenos, así lo deben hacer, si lo dificultan ó impiden, no teneis para que estimarlos. Sabed, Señores, que no hay miseria que se iguale á una guerra civil. Si fuésemos ciertos de que Cataluña se hubiese de humillar al primer cruxido del azote, no dudo que tambien fuera conveniente dárselo á temer; mas si por ventura, su ceguedad les hiciese proseguir su obsti-

nacion, y tomasen las armas en la propia defensa, ¿seria cosa prudente exponerse la autoridad de nuestro Monarca á la suerte de una ó de otra batalla con sus vasallos? ¿Seria buen exemplar para los otros reynos qualquiera dicha de estos rebeldes? Y con mas peligro en esta corona que se compone de tantas naciones diversas y distantes, las mas de ellas desaficionadas á la fortuna castellana: apartémos el temor de la suerte: no pienso sino que entramos victoriosos, que abrasamos, talamos y destruimos, ¿qué es lo que ganamos, sino montes desiertos, pueblos abrasados y plazas echadas por tierra? ¿Esto se puede llamar ganar Cataluña? ¿Qué es esto sino cortarnos una mano con otra, y quedar España con una provincia ménos? Y entre tanto que gastamos el tiempo en victorias (así quiero yo llamar todos nuestros acontecimientos) ¿cómo nos será posible acudir á Flándes con dineros, á Italia con socorros, á las conquistas con flotas, y á todo el Océano con armadas? Pues si esto faltase, ¿qué tal podria quedar nuestro partido expuesto á la furia, á la industria y á la fortuna de nuestros contrarios? Forzosa (ó

por lo ménos natural) cosa habria de ser el perder en las provincias externas, quanto en las nuestras ganásemos: y entónces ¿cómo lo podríamos llamar triunfo, habiendo de ser contrapesado de pérdidas infalibles? Miserable por cierto seria aquella guerra, en que nosotros mismos fuésemos los vencedores y los vencidos. No hay fatiga en el campo, de que el labrador en su casa pacífica no se repare. Este era el consuelo de los trabajos que la monarquía padece en sus partes, gozar á nuestra España con quietud. Los Paises baxos y Alemania (que tambien podemos llamar propia) oprimidos están de armas, Lombardía afligida con su peso, Nápoles y Sicilia amenazados, la Borgoña ni por desierta segura, Alsacia mas que nunca fatigada, unas y otras Indias en continua infestacion de enemigos, el Brasil en manos de una guerra desesperada, las costas de España visitadas de corsarios. ¿Qué otro lugar nos quedaba de descanso, sino la España? Pues si ni este pequeño abrigo os quereis reservar entero á los ánimos cansados ó arrepentidos, ¿dónde habrémos de hallar reposo y consuelo? ¿Dónde habrán nuestros

hijos y descendientes de gozar el premio de lo que ahora trabajamos nosotros? ¡Á gran cosa, á peligrosa cosa por cierto se ofrece aquel espíritu, que se encargare de esta novedad! Costoso edificio es este á que pretendeis abrir los cimientos, y cuya ruina podrá sepultar nuestra república. No quisiera ahora que mi ponderacion os llevara el pensamiento á otros casos miserables; empero si la prudencia es lince, dadme licencia siquiera para pensarlo: no se cuente (norabuena, como referido) que habria de ser de nosotros, si al exemplar de Cataluña conspirasen ó se armasen otras naciones, dándoles esta guerra que apeteceis no solo ocasion, sino conveniencia. ¡Ah Señores! Lleno está el mundo de historias, y las historias llenas de sucesos que nos encaminan á la templanza: advertid que aquel que excesivamente sigue un afecto, necesita despues de un exceso mayor para deshacer el primero. ¡Oh! no sea así que vuestra impaciencia os traiga á tal desdicha; que vengais á sufrir en algun tiempo mucho mas, de lo que no quereis tolerar ahora. Benigno rey tenemos, y tan piadoso, que solo extrañará los

consejos de la ira, no los de la clemencia (solo porque casi no los conoce.) Ninguno subió tan presto á la inmortalidad por la venganza como por el perdon, porque siendo en los hombres lo mas dificultoso, así debe ser lo mas estimable. ¿Llora Cataluña? No la desesperemos. ¿Gimen los Catalanes? Oigámosles. Este es el mayor artificio de los físicos, ayudar á la naturaleza con beneficios por llevarla allí donde muestra inclinarse. Salga el rey de su corte: acuda á los que le llaman y le han menester: ponga su autoridad y su persona en medio de los que le aman y le temen, y luego le amarán todos, sin dexar de temerle ninguno. Infórmese y castigue, consuele y reprehenda. Buen exemplar hallará en su augusto bisabuelo, quando por moderar la inquietud de Flandes, con pompa indigna de César (mas con corazon de César) pasó á los Paises, y acompañado de su solo valor entró en Gante amotinado y furioso, y lo reduxo á obediencia sin otra fuerza que su vista. Salga su Magestad, vuelvo á decir, llegue á Aragon, pise Cataluña, muéstrese á sus vasallos, satisfágalos, mírelos y consuélelos, que mas aca-

ban, y mas felizmente triunfan los ojos del príncipe, que los mas poderosos exércitos.

67. Era tan grande la autoridad del Oñate, que ayudada entónces de la suavidad de sus razones y eficacia de los afectos con que las propuso, casi tuvo vueltos los ánimos de aquellos mismos que interiormente sentian, ó determinaban lo contrario. El Conde Duque mostró algun desplacer de su razonamiento, y pudo moderarle; confiando en el otro voto que esperaba, habria de desvanecer todo lo dicho. Siguióse al de Oñate el Cardenal D. Gaspar de Borja y Velasco, Presidente de Aragon, hombre de grande dignidad y fortuna, que pudiera hacer mayor, si gozara su felicidad independiente: habló, dicen que de esta manera.

68. *Si otro fuera el estado de nuestras cosas, yo, Señores, seria el primero que os pidiera clemencia; empero llegando los sucesos al extremo en que los vemos, parece ageno de nuestro poder discurrir ó variar sobre la naturaleza del remedio: sino entendiendo debe ser solo este, aplicarnos todos á disponerle con execucion igual al peligro. Ya no,*

es posible usar de mas templanza, ni siempre el perdon se cuenta por virtud. ¿Quién duda que la Real benignidad de nuestro Monarcá mal recibida del atrevimiento de los sediciosos, en vez de reducir á la enmienda, haya esforzado á la osadia? No tengo que satisfaceros, de que no me obliga á tanta severidad alguna pasion humana; ántes si fuera lícito dar entrada en mi ánimo á los afectos particulares, no hay en mí cosa que no obligue moderacion; mas ó sea que no hay respeto comparado con la fidelidad, ó que verdaderamente nuestra justicia pese mucho mas que su queja, puedo decir sin temor, que despues de conocer unos y otros motivos y ambas justificaciones, nunca tuve por dudosa la culpa, ó excusable el castigo. Terrible es en todas leyes la inobediencia, y de la misma suerte que el contagio no tiene otra cura sino el fuego, no se halla á la infidelidad otro acomodamiento que la muerte. Todas las dignidades del mundo asientan sobre obediencia: no tiene otros cimientos el trono de los monarcas, sino la misma permision y conformidad de los súbditos. Pues ¿de qué suerte, decidme, se podia hacer permaneciente el impe-

rio, afirmándose en hombres fáciles é inquietos? ¿Cómo podria administrar justicia y premio aquel rey, que estuviese dependiente del enojo de sus vasallos? Miserable llamáramos al príncipe, cuyos aciertos necesitasen de la aprobacion del vulgo, que por naturaleza aborrece el profundo entender de los mayores. Relox es la república, cuyas ruedas y volantes son los ministros de ella: el peso es quien la rige ó manda: de esta oficiosa concordia procede la medida de los dias y cuenta de los tiempos: así del mando de los reyes y obediencia de los vasallos sale hermosamente medido y gobernado el mundo, y en habiéndose parado este ó aquel movimiento, ese es el desconcierto de la república. No tienen los reyes otro superior que la razon, y esta no es menester que sea de todos, basta que sea suya. Aquel ignora el ser de las cosas que no comprehende todas sus partes, y comunmente en las materias de estado, que vistas á diferentes luces y en diversos aspectos, unas veces parecen justas y otras injustas. No es lícito al vulgo juzgar de las ocasiones supremas, conténtese con mirarlas, ni á la magestad es decente satis-

facer á la ignorancia del pueblo ; importantísima cosa fué siempre á los monarcas castigar los agravios de la corona. Aquel vasallo se puede llamar idólatra, que despreciando la magestad de su rey, adora en el poder de la union: aquel le usurpa tanta parte de imperio, quanto ó le niega, ó le duda de vasallage. Vuelvo á decir, que no solo entiendo, merecen estos hombres el castigo por los excesos que han hecho, sino que bastaba la misma razon de su disculpa, para que los contásemos como delinqüentes. Verdaderamente, Señores, ese no es vasallo, criado ó amigo, que os pretende obedecer, servir ó amar en oficio determinado, porque así como no hay caso en que el príncipe pueda faltar á sus vasallos por verles miserables, no lo hay tambien en que el súbdito deba excusarse de servir al Señor por verle afligido; entónces el imperio fuera mayorazgo de la fortuna, no de la naturaleza: sirviéramos los mas dichosos, no los mas dignos. Si preguntásemos al príncipe su ánimo cerca del privilegio, responderá que pensó pagar el servicio hecho y asegurar el agradecimiento para otros mayores. ¿Quál podrá ser ahora el Señor liberal

con su vasallo, si llegare á entender le desobliga con el beneficio? Terrible y lamentable cosa sea, que en medio de las fatigas comunes, y quando ninguno recata la misma sangre en obsequio de la salud pública, estos hombres quieran atar sus acciones á la dudosa interpretacion de sus pergaminos; y que la grandeza de sus reyes haya de ser fundamento de su terquedad. Aman sobretodo sus intereses, tienen por agena la causa de la monarquía, aborrecen la gallardia española, no penetran hasta donde está la necesidad ó conveniencia de nuestras guerras, y apropiándose en juzgar del ánimo de nuestro monarca, ellos consigo mismo quieren aprobar y reprobar sus mayores acuerdos; esto bastaba para ser grande culpa. Tras de esto, fortalecidos en la piedad de nuestro dueño piensan máquinas asaz peligrosas á la conservacion de su Magestad, introducen tratos y partidos con su rey, y pretendiendo capitular como con iguales aun mismo tiempo y en una misma accion, hacen deuda de la clemencia y justicia del atrevimiento, dándole á entender al mundo, que se les debe de derecho la mayor abundancia

á que llega la gracia del príncipe : y porque la violencia de los casos no dá lugar estos tiempos, para que sean tratados como en aquellos, sin que dexen espacio alguno al agradecimiento, (porque es costumbre de los hombres no acordarse sino de lo postrero) todos sus ánimos ahora son ocupados de la queja, siendo cierto que la misma naturaleza nos previene con exemplos, pues el mismo sol una vez nos calienta, y otra nos abrasa; el mismo ayre ahora nos regala, ahora nos castiga. Pretendió el Principado que se le guardase la inmunidad de sus fueros, y se cumplió miéntras lo quiso nuestro estado: hubo en fin de turbarse, habiendo mojado aquellas olas las mas soberbias y remotas naciones. ¿Quándo el mundo se estremece, solo los Catalanes pretenden gozar de reposo? Ciertamente yo me persuado que este su crímen toca ántes en inhumanidad, que en desobediencia; no es menester valernos aquí de la razon de vasallos, bastando la de hombres. Con esto conoceréis ahora que su culpa hace pequeña qualquier venganza; y pues la guerra es remedio de las cosas sin remedio, ¿qué nos falta por hacer despues que la

clemencia, ni la amenaza, ni la industria han sido bastantes? Atento podemos considerar el mundo todo à nuestras acciones. ¿Seria buena satisfaccion para los extraños ver que los Españoles, que así han sabido superar á los otros, no tengan brio para moderarse á sí mismos? Decis que os temeis del ruin exemplar en la futura desdicha, ¿y no quereis temeros de ese mismo en la libertad presente? Si esta gente, roto tantas veces el freno de la obediencia, discurriese libre y sin castigo, esto fuera mostrarles á los otros qual era el camino de la rebelion, por el qual no hubiera nacion tan cobarde que no probase á repetir las venturosas huellas. Si el error no tuviera otra pena que haber obrado mal, solo los justos llegarian á temer las obras ruines; empero para que malos y buenos teman el delito, ordenó la providencia del derecho, que la pena siga á la culpa como infalible conseqüencia: por eso el suplicio se executa en lugar público, porque llegue el escarmiento donde llegó el escándalo. ¿Qué tales quedaran los ánimos de nuestros enemigos, habiendo visto Cataluña como plaza de nuestras injurias, robos, muertes é incendios, sin

que de otra parte miren tambien los azótes y los castigos? De gran consuelo (sin duda) les habria de ser, si los consideran como floxedad; de gran ánimo (por cierto) si lo juzgan como cobardía. Yo lo entiendo así de estos mismos Catalanes, que ellos jamas habrán esperado tanto de su furia, como nuestra detencion les ha ofrecido. Aprendamos siquiera de ellos, que para acomodar sus cosas injustas, es fama que se previniéron primero de la potencia; tal debe ser nuestra resolucion. Empuñe su Magestad la espada ó por ella su exército. Así les oiga, si aun se sirve de oirles: así les responda, si aun se sirve de responderles. Vana es sin duda la magestad sin el poder: el que quiere ser estimado, muéstrese poderoso: salga nuestro rey, si conviene; empero salga acompañado de famosos esquadrones de antiguos capitanes. No ha de salir el César sino para triunfar, ni ha de llevar la victoria dependiente del arrepentimiento ageno: en sí mismo, en su justicia, en su poder ha de fundar la esperanza del vencimiento, no en la cortesía de sus enemigos: mande tocar sus caxas, enarbole sus banderas, y los que oyé-

ron los clamores de los miserables; escuchen ahora los ecos de los clarines vengativos. Vean los Españoles que tienen príncipe que así sabe volver por los afligidos, y las provincias de Europa, que tenemos rey que no tarda mas en abrazar las ocasiones de valor, que lo que tardan ellas en ofrecérsele delante.

69. Al silencio del Cardenal sucedió un lento y misterioso ruido entre los circunstantes, porque si bien los mas, advertidos del semblante del valido, estaban dispuestos á convenir con su sentimiento, todavia no acababan algunos de entregarse á sus razones, detenidos de su propio dictámen y acordados de la eficacia del Oñate. Parecióle al Conde interponer su autoridad ántes que se esforzase la duda, y en pocas razones dixo.

70. *Que á él no le quedaba que decir en aquella materia, que sentir sí, mucho; porque aunque su vida fuese larguísima (que no podria ser atropellada de tantos sentimientos), no acabaria de llorar ver en sus dias una desdicha tan grande, de la qual no se hallaria en las historias exemplar antiguo ni moderno, que se ajustase con aquel*

caso tan desmerecido de parte del rey y de sus ministros: que podria contarse (mas que mejor era no contarse) como rarísimo á todo el mundo, que pocos hombres viles y desarmados perturbasen su república llena de varones y de nobleza, hacer cuerpo y amotinarse, poniendo las manos en lo mas soberano de su gobierno natural, y obligasen despues la gente escogida y atenta á imitar y favorecer sus desaciertos: que en los negocios de aquella calidad en otras partes suelen muchos nobles, ó á veces pocos, llevar tras sí la plebe; pero que aquí la nobleza habia servido á la villanía: y que en fin se resolviesen á pretender capitular con su rey, que tantas veces le despreciasen el perdon, forzándole á derramar sangre de vasallos, y poner nota en la antigua fidelidad de los suyos. Que una hora mas de disimulacion no era posible ni conveniente: que los cuidados de afuera obligaban á no dexar aquella obra imperfecta; ántes ponerla en toda quietud y olvido, porque los intentos mayores del monarca pudiesen lograrse el año siguiente, pues con la alteracion de aquella provincia se habian tambien alterado tantas diversio-

nes provechosas, que á Flándes é Italia estaban apercibidas : que ya era tiempo de mostrarles á los Catalanes el camino de su perdicion : que el rey no debia castigar tanto aquella nacion por remediar su culpa, quanto por excusar con aquel espanto la ruina de otras : que á Dios llamaba por testigo, de que á costa de su sangre propia tomara excusar el menor derramamiento ó venganza, que ya parecia inexcusable : que interiormente lloraba de que en su tiempo hubiese podido tanto la malicia, que osase á obscurecer las luces de la verdad y justificacion del rey, suya y de sus ministros. Que él esperaba en el suceso, mostrase á los venideros de que parte estaba la razon. Que esto así venia á tocar en desdicha mas que en demérito ; que era solo lo que podia darle consuelo en aquella afliccion : que le parecia que el castigo se ordenase luego, y que sobre todo seguia el parecer de los mas.

71. No aguardaban los presentes otra diligencia ó discurso, que el breve razonamiento del Conde para ajustarse todos en un solo pensamiento, y de la misma suerte que sucede baxo la Equinocial levantarse pode-

rosos nublados en partes opuestas, hasta que de otro lugar comienza á soplar y prevalecer el viento que los humilla á todos, así la voz del Conde abatió las diferencias de estos y aquellos, recogiendo sus opiniones á su parecer solo, con indubitable aplauso de los circunstantes.

72. Resolviéron que el rey debia salir de Madrid, con pretexto de hacer Córtes á la Corona aragonesa: que se publicase queria dar consuelo y satisfaccion á aquellos vasallos, ayudando juntamente la restitucion de la justicia y castigo de los perturbadores del bien de Cataluña: que como al rey era indecente pedir lo que podia mandar, llevase delante su exército, el mas copioso que pudiese juntarse: que ajustadas las cosas del principado por manos del temor (como esperaban), se podia despues emplear en las fronteras de Francia, cogiendo la ocasion que en la primavera se habia perdido: que si los Catalanes se pusiesen en defensa, no faltaria que hacer en su daño y castigo, acabando de una vez con el orgullo y libertad de aquella nacion: que estando formado el exército, se le ordenase al gobernador de las armas de Ro-

sellon tentase á los paisanos hasta descubrir sus intentos: que para que el rey pudiese salir la primera vez, como convenia á su autoridad y al negocio que empezaba, llamase al punto las partes de exército que se hallaban en las provincias de Guipuzcoa, Álava y tierra de Cámpos; reliquias de los soldados vencedores de Fuente Rabia: que se sacasen todos los tercios, compañías y capitanes de los presidios de España, particularmente de Portugal, Galicia y Aragon con todos los Oficiales entretenidos y personas de puesto: que se publicasen bandos, para que los hombres que alguna vez hubiesen recibido sueldo real, acudiesen á servir: que se despachasen decretos á los consejos y tribunales, no admitiesen memorial ninguno de soldado: que se hiciese lista de los que se hallaban en la corte, y fuesen echados violentamente por las justicias, en caso que ellos dudasen obedecer los bandos: que los seis mil hombres que se habian repartido á los señores de Portugal, fuesen pedidos luego, y los traxesen indispensablemente: que de las milicias de Castilla, Leon, Andalucía, Extremadura, Granada y Murcia se entresacasen las dos de cinco partes: que se lla-

masen de Navarra dos de los quatro tercios en que se divide : que se pidiese gente voluntaria á Aragon y Valencia : que pasasen á España el tercio de Mallorca con su Virey y nobleza : que á las levas de asientos hechas por todos los distritos, tratasen de acabarlas con suma brevedad : que toda la caballería derrotada de Cataluña ; y la que se hallaba en las provincias, se juntase luego : que los ginetes de la costa fuesen tambien á incorporarse con ella : que las guardias viejas de Castilla se remontasen, y marchasen las que se habian excusado los años ántes : que se avisase al capitan de los Continuos estuviese pronto, y los suyos para campear : que la caballería de las Órdenes militares, pedida para la guerra de Francia, se obligase á salir, usando para ello de qualquier medio : que la otra repartida á los tribunales, se les pidiese con vivísima instancia : que marchase alguna parte de la artillería, que se hallaba en el castillo de Pamplona : que la que estaba en Segovia saliese tambien : que el Marques de las Navas diese las piezas que tenia en aquella villa, para juntarse con las de Segovia : que toda la gente de guerra, así infantes como

caballos, entrase en Aragon y parte de Valencia, haciendo frente á Cataluña, aquartelada por las riberas del Ebro hácia la mar: que se nombrase por plaza de armas general á Zaragoza: que las galeras de España acudiesen á Vinaroz para dar calor el exército, y los vergantines de Mallorca para servir al manejo de los víveres: que el tren y los oficiales de sueldo acudiesen á Aragon á esperar la formacion del exército: que allí podria ir á tomar su gobierno la persona á quien el rey lo encargase.

73. Esta fué la resolucion de aquella gran junta y de aquella gran cosa, medida casi por las mismas pasiones y respetos, con que se trataban los negocios humildes. Por infalible se puede contar la perdicion del reyno, donde los negocios se han de acomodar al ánimo del que manda, habiendo siempre el ánimo de acomodarse á ellos. Llaman traycion á aquel delito que se encamina al daño particular del príncipe ó del estado, y no llaman traydor á aquel hombre que por sus respetos descamina el príncipe, y pone el estado á peligro.

FIN DEL SEGUNDO LIBRO.

HISTORIA DE LOS MOVIMIENTOS, SEPARACION Y GUERRA *DE CATALUÑA.*

LIBRO TERCERO.

SUMARIO.

Eleccion de General del exército del rey Católico. Exâmen de los sugetos suficientes. Junta de la generalidad en Barcelona. Ventílase de la paz ó defensa. Llámanse los Títulos catalanes. Embaxada y rehenes á Francia. Juicios de aquel reyno. Capitulaciones y ajustamiento con el Cristianísimo. Rompe el Garay con hostilidad en Rosellon. Sucesos de sus armas. Redúcese Tortosa. Ocúpanla los Reales. Entra en ella el Marques de los Velez. Jura de Virey del principado.

1. Resuelta la guerra, lo que daba mayor cuidado á los ministros Reales, era la

eleccion de persona que debia gobernar las armas, porque siendo la ocasion tan grande (ó mayor) que las antiguas de España, no alcanzó aquella suerte que las pasadas, en haber de concurrir con ella los famosos hombres, de que su nacion fué tan abundante: todavia se nombraban algunos sugetos dignos de gran confianza, particularmente quatro, que entre todos, segun el discurso comun, merecian sobre los mas el cuidado de aquel gran negocio. Era el primero el Marques Espínola, en quien se hallaban muchas calidades de capitan; pero como aun entónces no se habia perdido la esperanza de algun ajustamiento, pareció que por sus manos se dificultaba toda concordia, por ser el Marques á los Catalanes (desde la guerra de Sálses) en todo extremo aborrecible. Créese que el mismo Espínola temeroso de que la empresa parase en su poder, acordaba diestramente sus inhabilidades: otros daban en que no parecia conveniente que Españoles fuesen castigados por el arbitrio de un extrangero, que el padre enmienda y disciplina sin injuria al hijo inquieto, no le manda corregir por el esclavo ó criado. Muchos salian á contradecir la elec-

cion del Espínola, y ninguno la deseaba ménos que el Espínola.

2. El Almirante de Castilla era despues de este aquel donde luego se encaminaban los ojos, y muchos le anteponian al primero. Era el Almirante hombre con principios de grande, y en sangre y ánimo asaz ilustre, amado sobre los mas de su órden: habia vencido tantas veces como peleado: fueron pocas sus victorias, porque lo fueron sus ocasiones; mas como la grandeza de los validos se desplace naturalmente de aquellos que por algun otro medio suben á la eminencia de la autoridad, no le pareció al Conde conveniente darle nueva materia para añadir á su buena fama otros aplausos. Así con algun honesto desvio no fué dificultoso apartarle de la consideracion de los que lo deseaban; y á la verdad, medida su suficiencia con el valor de la empresa, no eran iguales.

3. Creyéron algunos que le lisonjeaban en proponerle á D. Francisco de Acevedo y Zúñiga, Conde de Monterrey, que poco ántes habia gobernado á Nápoles con mas dicha que providencia. Servia entónces el cargo de Presidente de Italia, sobre Consejero de Es-

tado de España, en mediano aplauso de los políticos: era su primo y su cuñado dos veces del Conde; pero como no es cierto que la naturaleza ate siempre los ánimos de los hombres con los vínculos de la sangre, trayéndoles á unas mismas inclinaciones, hacian en los dos (el uno muy severo, el otro muy festivo) ántes disonancia que armonia. Era este (segun fama) el que ménos adoraba la magestad de aquel: subido ya á gran estado, y sin hijos á quienes desease buenas correspondencias, así como no miraba á la esperanza, solo atendia á gozar lo que habia alcanzado de su fortuna. Tampoco el Conde Duque quiso fiar al descuello y capricho del cuñado cosas tan grandes, porque quanto era mas suyo, temia mas que en los otros el yerro contingente: pretendia poner en aquel lugar un tal sugeto, que siendo la eleccion solo suya, fuesen los peligros agenos. Con esto fué forzoso pasar con el discurso á buscar otro.

4. Hallábase á esta sazon en la corte el Marques de los Velez, Adelantado mayor del reyno de Murcia, hijo y nieto de ministros, biznieto de grandes capitanes, hombre en quien la naturaleza anticipó la cordura á las expe-

riencias : ornó la juventud con el consulado, siendo Virey tres veces y tres General en Valencia, Aragon y Navarra, de cuyo gobierno militar y civil, aun no despedido, asistía en la corte reputado por digno de mayores empleos. No desayudaba al Marques su fortuna (aunque naturalmente modesto), porque tambien idolatraba aquella admirable estatua de la soberanía; pero con tales modos y afectos, que en los ojos del mundo pareciese su devocion mas atenta al conservar que al crecer. Habíale alabado el Conde públicamente en otras ocasiones, y acordados de aquella alabanza mas que de sus méritos, acudiéron todos con la memoria á su persona; este fué el primer motivo para nombrarle : despues viéndole bien recibido, fueron con ingenio arrimándole otras consideraciones de gran peso, que todas le hacian asaz á propósito para el mando : como era ser descendiente y heredero de la casa del Comendador Mayor D. Luis de Requesens, estimado por hijo en Cataluña : conservar en aquella provincia deudo, amistad y alianza con muchas casas ilustres, por el estado de Martorell que poseía : haber gobernado reynos muy

parecidos en leyes y costumbres á los Catalanes; y principalmente la buena fama con que lo trataban las tres naciones vecinas.

5. Executóse lo propuesto, habiéndosele encargado el manejo de aquellos negocios con segundo título de Virey de Aragon, y General del exército que en él se formase, y por acomodarle en sus conveniencias, le fué hecha merced de la plaza de Mayordomo mayor del Infante D. Fernando con el puesto de Capitan general del mar de Flándes, y una de las mas gruesas encomiendas de Castilla, sin el sueldo de mil y quinientos escudos cada mes.

6. Aceptólo con satisfaccion el Velez, porque se hallaba igualmente engañado que los otros ministros en aquel negocio: no llegó jamas á creer que los Catalanes se sustentasen en su entereza, y como juzgaba contingente la necesidad de las armas, no se excusó la alegría de habérselas confiado su Señor; considerábase igual con la dicha de algunos, que sin lidiar triunfan. Esta imaginacion le hizo ligero aquel peso, que poco despues le cargó tanto, que le puso en aprieto de dexar la reputacion ó el mando.

7. Buena ocasion nos daria este suceso para avisar á las ambiciones de algunos, que procuran los puestos y lugares que no merecen, si el oficio de historiador fuese tanto moralizar, como decir. La historia aconseja y reprehende sin mas razones que los mismos casos: aquí entra la enseñanza por el entendimiento, no por los oidos: note cada qual en las acciones agenas su aprovechamiento. Es la experiencia estudio de brutos: para el hombre cuerdo debe bastar el aviso de lo que sucedió á otro; no es menester que le busque por el mismo daño. El Velez engañado de sí propio, pagó despues (no sin injuria) la facilidad con que discurrió al principio. Ningun sabio debe asentar sus discursos sobre materias inciertas, pues por firmes que las considere, si profiriendo la esperanza de mas dichosos fines, camina á la felicidad, temblando ó mudándose despues los cimientos de las cosas á la violencia de accidentes imperceptibles, viene á hallarse sepultado él y sus pensamientos entre las ruinas de su edificio.

8. Miéntras en Castilla se procedia en consejos, tratados y expedientes, no descansaban

tambien los Catalanes de disponer lo necesario. Luego que faltó el de Cardona á su gobierno, quisiéron juntarse para dar forma á su república, porque si bien los imperios se conservan por aquellos mismos medios que se han adquirido, no es así todavia en aquellos, donde el movimiento comun de las gentes se aparta de un cetro por seguir á otro; porque el furor y union de los muchos (raras veces constante) siendo acomodado á la naturaleza del emprender, no alcanza la virtud del conservar: lo uno se puede conseguir con la fuerza, y lo otro no se halla sino en la templanza.

9. Esta máxîma de estado, siendo bien entendida por los Catalanes, los obligó á poner luego las manos y entendimiento en buscar los modos de su conservacion. Pareció lo primero, debian convocar generalmente sus estamentos, y los llamáron por aquella autoridad que les daba la ocasion, y alguna que ellos creían, se les derivaba de sus propios oficios en defecto de los lugartenientes de su príncipe. Llamáron por su antigua forma todos aquellos que tenian voto en la congregacion, no olvidando (artificiosamente) los

mismos de quienes esperaban, no obedecerian por los intereses del rey. Escribiéron cartas al nuevo Duque de Cardona, á los Marqueses de Aytona y de los Velez, al Conde de Santa Coloma (hijo del difunto) y á todos quantos Señores castellanos y extrangeros tenian en el principado estados ó baronías: llamáron á los obispos y prelados: á todos los ministros y tribunales, sin reservar al Santo Oficio: declaraban á todos el aprieto de su patria, la comun miseria de su república, su justificacion, el enojo de su rey y la indignacion de sus ministros: decian de las prevenciones de Castilla, encaminadas á su destruccion: pedíanles viniesen á aconsejar, ayudar y advertir.

10. Algunos de los llamados ofrecian sus excusas, temerosos de hallarse en obra de tanto peligro; porque como en las monarquías es cierto, que el bien y conservacion de cada qual se incluye naturalmente en el cuidado del príncipe, aquel ofende su providencia, que por sí solo, ó con sus iguales, ó por sus medios pretende juntarse para tratar de su remedio.

11. Este mismo rezelo de alguños par-

ticulares obligó á la diputacion á reescribirlos, usando todo el poder de madre y Señora del estado político: quitóles la duda, satisfizo á su temor, dióles término y dia señalado, y envolviendo amenazas entre lástimas, así como les aseguraba del peligro quanto al enojo del rey, prometia severos castigos á los desobedientes á su autoridad. Pudo esta diligencia vencer la cautela y temor en los mas prudentes y respetosos, así faltando pocos, formáron la congregacion en su antigua forma.

12. Cierto podemos afirmar que su intencion de los Catalanes no fué otra, que juntarse para discurrir sobre los medios acomodados á su estado, porque verdaderamente ellos amaban la persona del rey Católico; empero aborrecidos y temerosos de sus dos ministros Conde y protonotario, de tal suerte deseaban el servicio del rey, que si el Principado pudiese hallar venganza contra los dos, ó por lo ménos quietud sin ellos, fácilmente se dispondria á vivir obediente; mas no con tal obligacion y apremio que se reduxesen al gobierno pasado, habiendo de quedar sus cosas en poder de los dos acusa-

dos. Hacian estas consideraciones, porque pesado el odio que tenian al Conde y su protonotario, con la aficion que no negaban al rey, aquel era sin comparacion superior á esotra y de fundamentos mas fuertes, siendo constante entre todos que por manos y consejo de aquellos ministros habian recibido muchos agravios; mas por las del príncipe ningun beneficio. Y como lo uno se fundaba en sus intereses, y lo otro no era mas de una obediencia á la virtuosa costumbre que nos obliga á amar á los mayores, ninguna vez se oponian entre sí las dos causas, que no quedase victoriosa la segunda, y esta no llevase tras sí las acciones que estaban dedicadas á la primera. Juntáronse en fin, sus Córtes en Barcelona, precediendo en todo el consistorio de la diputacion.

13. Es entre los Catalanes diputacion general el supremo magistrado, que representa la union y libertad pública, como ya entre los Romanos sus Cónsules ántes del imperio, y despues del imperio, sus Senadores ó Conscriptos. En varias provincias de España se gobiernan á este modo: en algunas se llama cabildo, en otras cámara y en otras ayunta-

miento : esto mismo vienen á ser los Esclavinos en Flándes, en Holanda los Burgomestres y en Milan los Senadores: lo mas en Italia algo se desvia de esta forma (no hablo de las repúblicas.) Asiste la diputacion general en Barcelona, metropoli del principado: consta de tres diputados (como hemos dicho) que nombran cada año por eleccion comun el dia de San Andres: es cada qual voz de su Estado, y ellos tres Sagrado, Militar y Real; y en cada uno concurren los votos de la gente de su órden, que escogiendo por suerte aquellos que deben ser nombrados, van apurando sus nóminas de los números mayores á los menores, hasta que aquellos pocos electos por la comunidad, eligen aquel uno que los significa todos: sagrado es la iglesia, militar la nobleza, real la plebe.

14. Á estos tres se juntan otros tantos jueces, hombres de profesion jurisprudentes, cuya dignidad no como los diputados es anual, ántes dura hasta otra promocion: asiste cada qual al diputado de su estamento, habiendo en los jueces tambien la misma diferencia de órdenes sino en la calidad, en el oficio y ne-

gocios, porque aunque juntos en la diputacion mandan en todo, todavia ellos por sí solos no se entremeten en mas de las cosas de su Estado.

15. Esta diputacion (llamada general) no solo gobierna en la ciudad superiormente; empero se extiende quanto se dilatan sus provincias: todas las villas y ciudades tienen de esta suerte gobierno natural, que representa el cuerpo de solo su pueblo, como la diputacion representa el de toda la provincia: en unas los llaman cónsules, en otras procuradores, en otras jurados; mas en todas viene á ser igual su autoridad y casi conforme su hábito, que se mejora ó humilla segun el caudal de cada pueblo. Vístense ropas largas, dichas *gramallas*, coloradas, de paño ó seda, de extrañísima hechura: de ordinario son de damasco, sus orlas de terciopelo y sobre ellas una faxa de lo mismo; esta viene á ser el propio hábito, porque sin él no pueden entrar en su magistrado, y con él se suplen la falta de la ropa. Usan la gorra y cuello español, y en sus acompañamientos públicos se sirven de mulas mas que de caballos, llevándolas pomposamente aderezadas: traen de-

lante sus porteros y maceros, como los Ediles ó Tribunos de los Romanos, significando la gran autoridad de su oficio.

16. Todos los pueblos y su gobierno guardan entre sí la propia correspondencia con el magistrado de su provincia (superior á toda ella), que este tiene y guarda con la diputacion general, donde todos se unen conformemente por sus procuradores. Este es el modo porque se gobiernan en sus cosas públicas, y por el mismo se distribuyen los servicios y contribuciones de todo el principado: se administran todas las rentas comunes, aquellas cuyos efectos se disponen en propio beneficio de la provincia, sin intervencion alguna del príncipe.

17. Era á este tiempo diputado eclesiástico Pau Claris, conónigo de la iglesia de Urgel; militar Francisco de Tamarit, caballero de Barcelona; real Josef Miguel Quintana, ciudadano. Jueces Jayme Ferran, Rafael Antic y Rafael Cerdá: los conselleres de Barcelona Luis de Caldés doncell, Antic Saleta y Morgades, Josef Massana, ciudadanos; Pedro Juan Gyrau y Antonio Carreras, oficiales; y porque en muchas partes habrémos de nom-

brarlos, entónces darémos razon de sus inclinaciones segun nuestra costumbre, quando los acontecimientos nos den ocasion de hacer juicio de sus espíritus.

18. En los casos de suma importancia forman otro consejo que llaman Sabio: consta de cien personas diferentes, incluyendo en ellas todos los ministros, todos los estados y calidades de la república. Este es por mayor su gobierno natural, de que me pareció, debia dar esta breve noticia por satisfacer la curiosidad ó duda del que llegare á leer.

19. Juntos los Catalanes en sus Córtes, entónces se comenzó á tratar generalmente del miserable estado de su patria, diciendo que sobre verse ofendida de un mal interior, que como veneno implacable abrasaba sus entrañas, la volvian á ver amenazada de otro mayor accidente, á cuyas manos sin falta acabaria la salud pública: que tanto era mayor el trabajo, quantas mas fuerzas añadia al primero. Escogian otra vez las memorias de obligaciones y de lástimas pasadas; volvian á contar los robos, los incendios, los estupros y los adulterios: aquel parecia mas zeloso del bien público, que los afligia con la recordacion de

mas horrendos sacrilegios y alevosias : habláron de su gran justificacion, de la piedad de su causa, del socorro que podian esperar de Dios, siendo su desagravio su mayor motivo: no olvidáron la indústria con que los ministros contrarios de su quietud desviaban los remedios que en la clemencia de su rey podian prometerse, y aun sobre la persona del mismo príncipe hacian juicio, diciendo: ¿qué les importaba fuese su corazon lleno de piedad, sino vivia con su propio espíritu, sino con aquel de los que amaba? Que la bondad en los príncipes sinó se exercita, es como las riquezas del fondo del mar, que aunque es cierto que las hay, no aprovechan á ninguno: que las virtudes que están ahogadas de la omision ó pereza, son como prisioneras del vicio, y ántes son dignas de lástima que de loa: que el príncipe no cumple con poseer las buenas costumbres de hombre, si no las acompaña con el valor de príncipe; que aquel rey, sin duda, reprueba la eleccion que Dios hizo en su persona á la dignidad Real, quando pone su mismo oficio en manos de otro, pues al sumo Poder tan fácil fuera hacer rey al valido como al Señor, y él deshace en sí

propió la obra de la Sabiduría: en fin que del natural de su monarca no habia que esperar accion alguna, quando su bien estaba opuesto á la voluntad de sus favorecidos.

20. Por aquí caminaban á la mayor desesperacion: alentábanse con lo que se prometian seguro en Francia y aun en otras naciones: en esto que creían, ó mostraban creer, fundaban vanamente todas las esperanzas de su remedio. Lleva el apetito de ordinario, los hombres á grandes peligros, y aun no contento de llevarlos hácia el trance, tambien allí acostumbra deslumbrarlos, haciéndolos creer fácilmente, y obligándolos á usar de medios incapaces ó ilícitos: donde viene que yerran lo que podian enmendar (quizá con el sufrimiento), porque el vivísimo deseo de salir del aprieto no dá lugar á que exâminen, si son ó no son justos, ó posibles los remedios y las esperanzas que se les ofrecen delante.

21. De otra parte, les parecia la guerra inexcusable, segun juzgaban por las deliberaciones del rey, de que recibian continuados avisos: cada dia llegaban nuevas de las grandes prevenciones que se hacian contra su provincia.

22. No se olvidaban tambien en la propuesta á los Estados de pedir se les buscasen algunos medios suficientes, para poder alcanzar la paz que habian perdido, la restauracion de la justicia que se habia estragado, el desenojo del rey que los amenazaba, la satisfaccion de los pueblos quejosos, la seguridad de la mayor parte de los hombres, á quienes habia tocado la inquietud.

23. En estas y semejantes razones se incluia toda la propuesta de los Catalanes en su congregacion: duráron las juntas muchos dias, recusando algunos pareceres y escogiendo otros, y despues dexando estos escogidos, y volviendo á platicar los mismos que poco ántes habian reprobado, ú otros introducidos nuevamente, porque todos los caminos por donde se salia el discurso, paraban en confusion y desconsuelo.

24. Despues, volviendo á juntarse á la última accion (quando parece que ya los ánimos estaban firmes y resueltos en un pensamiento), comenzáron su nueva plática, votando mas regularmente que hasta entónces, desengañados de que por el modo de conferencia no podrian conseguir la resolucion. Es-

te es vicio comun en los grandes concursos, donde siempre se hallan hombres que ambiciosos del aplauso, aun mas que del acierto, ó con exquisitas palabras (misteriosas á los ignorantes), ó con demostraciones de afecto persuaden ó turban la gente fácil, hasta traer algunos á la idolatría de sus vanidades.

25. Habíase discurrido indiferentemente en todos los circunstantes sobre la proposicion de los diputados: la mayor parte de los votos, con poca variedad de razones, se inclinaba á la defensa de las armas. Si alguno añadia, no era sino circunstancias de dolor á la causa pública, si otro moderaba en algo el sentimiento anterior, en vano persuadia.

26. Llegó entónces la ocasion de hablar á Monseñor Juan, obispo de Urgel, hombre que nació mas felizmente de la virtud que de la naturaleza, letrado de opinion entre los suyos, práctico en los negocios de la Corte Romana, donde ocupó la plaza de Auditor de Rota, y de presente la de Canciller de Cataluña: interrumpió el silencio, y (segun de su boca le escuchamos despues) habló en este sendido.

27. *Por cierto, Señores compañeros y*

hermanos mios, yo no puedo negar que empiezo á hablaros lleno de espanto y desconsuelo, considerando que siendo ya de los últimos votos en esta junta, habeis pasado por la razon, sin que ninguno de vosotros la haya conocido. Violentamente me sacasteis de mi iglesia, para que os acompañase en esta congregacion, yo me llamara mil veces mal afortunado, si mi resistencia me hubiese valido; tanto estimo ahora el servicio que puedo haceros, hablandoos como se debe. Casi os estoy viendo todos cubiertos de la sombra de vuestra pasion: esto me pone en temor de vuestro descamino, y esto mismo me obliga á que os dé voces, que os avisen del precipicio. Véome igual á vosotros en la naturaleza, superior á algunos en la fortuna, y á mis méritos primero, á aquellas obligaciones antiguas de la sangre y de la patria se añaden estas del premio que entre vosotros he hallado contra el uso de los tiempos: no sabré determinarme en quales son mayores; sé por lo ménos que todas son amables. Ya digo, Señores, mi patria afligida, mi estado exênto de ficcion, mi experiencia provecta de algunas observaciones, mi edad

incapaz de toda esperanza, y por eso mas acomodada al desengaño, todo junto me hace cargo para que yo ós sea constante compañero y consejero fiel. Veo que constantemente entendeis todos, que para reparar las miserias é infortunios que hoy padecemos, originadas de la insolencia de los soldados forasteros, conviene tomar las armas en defensa de los naturales y de los famosos privilegios que nos han dexado nuestros antecesores. Primeramente yo no puedo negar que vuestra causa es justísima: confieso el peso que ha cabido sobre nuestra república: tambien yo he oido muchas veces las lástimas y quejas de nuestros patricios: tambien conozco la libertad de las legiones; pero, ¿porqué razon no probarémos primero otros remedios mas suaves y proporcionados, que ese que determinais tan violento, y de que podeis usar á qualquier hora? No es el cauterio ó la lanceta la primer cura de la apostema, ántes que esta instituyó la medicina los que llama madurativos, y muchos males rebeldes á la dureza del acero, obedeciéron á la facilidad de los polvos. Pretendeis vengar vuestra patria de la insolencia de los soldados,

y ¿quereis poblarla de nuevo de otros tantos? ¿Quién os ha de vengar á vosotros de estos segundos? La soberbia de estas gentes no consiste en su nacion, sino en su oficio: no son estos insolentes, porque son Castellanos (tales han sido ya Romanos y Griegos), muchos hay y de varias naciones, y todos se conforman en las costumbres licenciosas; luego no es mal fundado el rezelo, de que los mismos Catalanes que habeis de ocupar en este exercicio, os salgan tan molestos á la república, como los Castellanos, que no podeis sufrir. Ya veréis ahora en vuestra necesidad vuestro peligro, pues no es tan suave el natural de los nuestros, que no nos dé mucho que temer de su orgullo. Vamos á los extrangeros: ¿quáles han de ser estos? No hay en España nacion que no sea parcial, y apénas hay provincia en Europa, donde no llegue, ó el imperio, ó el respeto del que tenemos por Señor. Francia entre todas animará vuestra flaqueza; muchos dias ha que triunfa: eso que á vosotros os puede alentar, á mí me desanima; si la fortuna no ha mudado sus antiguas costumbres, ya la podemos contar en las horas de su declinacion;

pero yo no quiero valerme de este accidente: decidme ¿qué certeza tendréis que aquellos contra quien ayer os armasteis, se querrán armar hoy por vuestra defensa? Y quando sea cierto que os ayuden, ¿con qué gravámenes os enviarán ese socorro? ¿Quando llegará? ¿Y qual será? ¿Y qué podréis vosotros obrar sin él? La nacion francesa, así como ninguno le ha negado el valor, dexa de confesar su inconstancia: ¿seria por ventura conveniente que una vez empeñados en la guerra y declarados contra vuestro rey, os faltasen sus asistencias? Mirad bien á que cosa os ofreceis, y como por cuenta de vuestro juicio corre el peligro comun: en vuestras voluntades están las de todo el pueblo: ¡oh! no se corrompa su inocencia en vuestra pasion. Mas quando todo suceda prósperamente, ¿qué es lo que determinais? Si pretendeis quedar libre república, claro está, es imposible en medio de dos monarcas tan grandes, como se dice de aquel miserable pez, que deseando volar, ó le traga una ballena, ó le despedaza una águila. Si pretendeis nuevo príncipe, ¿quál hay entre vosotros mas digno de imperio? Si le quereis extraño ¿porqué le

esperais propicio? Decis que la libertad de vuestros fueros os permite tomar las armas por defensa de ella; todavia á vista de una demostracion tan contraria al uso de las gentes, ¿cómo os podréis excusar de ingratísimos, viendo que os quereis vengar de la misma magnificencia? Yo no me atrevo á afirmar que os sea ilícito; empero pregunto, si os es conveniente. Lícito es al ciudadano el pasearse en la dorada carroza; pero si esa excusada pompa le traxese á un costoso empeño, no le excusaria la justificacion de la imprudencia. Dos cosas son precisamente necesarias al que emprende la guerra: la primera es conocerse, la segunda conocer á su contrario. Cotejad ahora brevemente esta diferencia: quien somos Señores, y contra quien nos armamos. ¿Quién como cada qual de los presentes conoce el asiento de nuestra region ocasionada por mar y tierra á invasiones, que quizá para templarnos nos puso así naturaleza? ¿Quién mejor que vosotros ha tocado lo tenue de vuestros caudales? La moderacion, no la prosperidad nos hace ricos: vuestra prudencia son vuestras minas: ¿no véis hasta donde se extienden los términos de

nuestra república? ¿Dónde están los comercios? ¿Dónde los tratos y navegaciones? (Estos son los nervios que manejan la potencia del imperio) ¿hácia que parte son vuestras conquistas? (ahora digo, lo pasado no nos hace mas que envidia, ó por ventura cargo de que lo olvidémos.) ¿Quáles son los famosos capitanes que han de gobernar vuestras huestes? No dudo yo que la sangre de los ilustres que nos acompañan, rehusará qualquier peligrò en obsequio de la patria; empero es menester que sepais, que entre el valor y la ciencia hay grande desproporcion. ¿Cómo se llama el puerto en que asisten vuestras armadas para guardar vuestras costas? ¿En qué campañas se apacientan los briosos ginetes de que habeis de formar vuestros batallones? ¿Quáles son entre vosotros los industriosos ingenieros, que han de delinear vuestros fuertes? ¿Pues, si yo que soy un humilde é ignorante hombre, á solo la luz de la razon hallo tan fallidos vuestros designios, quántas mas faltas podrá descubrirles la consideracion de los varones prácticos en la guerra, quales debian ser aquellos que os aconsejasen? Mirad, Señores, atentamente

donde os lleva vuestro enojo; y pues os habeis visto, volved ahora los ojos al que quereis tener por enemigo. Felipe Quarto se llama rey de las Españas, y le podrémos llamar mayorazgo de las riquezas del mundo: pocos son aquellos que le ignoran el nombre y la grandeza: ¿Qué gentes se moverán contra vosotros á la muda voz de un despacho suyo? ¿Qué estudio le costará juntar sus fuerzas contra vuestro atrevimiento? Á porfia se le ofrecerán los vasallos fieles para servir de instrumento á vestro castigo: ¿qué descomodidad se les seguirá á sus exércitos, en que saque de Flándes, Lombardía, Sicilia y Nápoles algunos famosos tercios de soldados veteranos? ¿Con qué voluntad vendrán estos á libertar y vengar sus hermanos oprimidos de nuestra furia? ¿Qué de capitanes pasearán hoy en su corte, en pretension de que les fie alguna parte de vuestra ruina? Vosotros habeis de rogar á quien os defienda, él ha de ser rogado por los que quieren vengarle: las armadas de uno y otro mar poco trabajo les costará infestar vuestras costas (suyas son todas las fuerzas marítimas de Rosellon.) Quando otros tiem-

pos tuvísteis famosas contiendas con D. Juan el Segundo de Aragon, estaba entónces España repartida en muchos brazos: los mas fuertes ayudaban á levantar al mas débil cuerpo de vuestra república: hallasteis un D. Henrique en Castilla, que os ayudó con socorros; un D. Pedro en Portugal, que se puso en vuestras manos; un Renato en Francia, que tambien no os desdeñó de vasallos, y á todos ofrecísteis nueva servidumbre, que no os salia tan barato el auxîlio; ahora está el juego del mundo y de la fortuna armado de otra suerte. Advertid que no perdais de un solo lance la justa libertad que habeis gozado hasta ahora: un solo rey es para la ofensa, y muchos os parecerá para el castigo. Mirad en que paró una ligera inquietud de los Vizcainos el año de treinta y tres; ántes estaban castigados que se entendiese en España la culpa. Volved ahora la vista á los Portugueses que teneis por hermanos, que fácilmente templáron su orgullo á vista de las armas de Mérida, año de treinta y siete. Ved los Aragoneses nuestros vecinos y amigos, como se humillan al precepto, despues que D. Alonso de Várgas les hizo be-

sar el látigo : los Valencianos se contentan con solo el nombre de reyno que poseen. Navarra, ni su vecindad y deudo con Francia, ni la antigua contienda de su derecho contaminó su obediencia, ni la movió la guerra, ni la alteró la fatiga. De todos los vasallos nosotros somos los que llevamos ménos cargas, ó sea que nuestro apartamiento las desvie, ó que las modere la buena opinion en que estamos de briosos. Rey tenemos, Señores, rey y padre; no solo cristiano sino católico por renombre: quanto es mayor nuestra justicia, así debe crecer nuestra confianza: representémosle postrados nuestra miseria: hable solo nuestra fidelidad: el vasallo ó el siervo que pide inmodestamente, ya lleva la negacion escrita en el descomedimiento. Informémos á nuestro rey con una persona llena de verdad y zelo, desnuda de todos respetos humanos: justifiquemos nuestra causa con Dios, con su Magestad y con las gentes; este es el medio del sosiego de la paz y de la enmienda; entónces podemos esperar el verdadero é infalible socorro del Omnipotente Señor, Rey de los reyes, amparo de los afligidos, Dios de los exércitos. Yo por

lo ménos tomando su Divinidad por juez de mis acciones, protexto que siempre os hablaré en este sentido y con este sentimiento.

28. Calló entónces el obispo, y acabó el llanto su razonamiento. La eloqüencia (ordinariamente superior á los ánimos) no dexó de hacer en los presentes algunos interiores efectos: ninguno osó á retractarse, juzgándolo á delito, los mas libres le escucháron con desprecio. Continuóse la materia, reiterándose todos en la opinion primera, hasta que hablando los diputados generales Quintana el real en representacion del pueblo, y Tamarit el militar en nombre de la nobleza, dixéron su parecer casi en una misma sentencia, difiriendo tan poco en las palabras como en los afectos.

29. Faltaba solamente por declararse el diputado Claris de superior autoridad entre los tres; no ménos por su dignidad, que por su espíritu atentísimo á las cosas públicas. Era Claris hombre, que habiendo sido ántes olvidado, deseaba de hacerse conocido, sin pesar mucho los medios que se le ofrecerian á la fama: aspiraba al mando, que no pudo conseguir ántes de la inquietud, y despues

puso todo su mérito en la libertad, de la que se inculcaba por zeloso. Aborrecia de otros tiempos su obispo, y aunque su sentimiento fuera igual, por solo no convenir en su opinion mudara de ánimo. Habia callado con suma observacion hasta entónces, si bien las demostraciones informaban del fuego que guardaba en el pecho. Suspendióse gran espacio, y revolviendo la vista melancólicamente, pidió atencion con los ojos, y habló así.

30. *Nobilísimo y afligidísimo concurso, ni mis lágrimas, ni vuestro dolor dan lugar á que me dilate; mas aun así es la materia tan grave, que no podré ceñirla tan brevemente como deseo, pues el espíritu que mueve mi lengua, todo aquello que tardare en explicarse, le parece que os debe de tiempo en la afanosa execucion que os espera. Habeis oido atentos la plática de ese docto prelado mio, ahora os suplico como particular ciudadano, escucheis mis razones, y como cabeza de vuestra Junta os encargo, exâmineis la substancia de estas y aquellas palabras, que yo sé de mi opinion, no tomará fuerzas en mi autoridad para persuadiros, sino en sí mismo. No creo que este*

varon que escuchásteis, siente con diferencia del consejo qué os ofrece: no pienso yo tan impiamente, ni me ajustaré á entender, que el mismo pastor es quien conduce las ovejas á la estacion del lobo; ántes vengo á persuadirme que los hombres criados a la leche de la servidumbre, ignoran del todo aquella bizarria y libertad de ánimo, de que necesita el verdadero repúblico. ¿Por ventura es mas prudente, ó mas templado que todos los que aquí estais? No por cierto, la ventaja que nos lleva, no es otra que haber perdido el sentimiento de puro exercitada la paciencia en otros oprobios, pues ¿cómo, Nobilísimos Catalanes, quereis vosotros regular vuestras acciones por la pauta de las humildades, ó lisonjas de un hombre antiguo cortesano? Está Cataluña esclava de insolentes, nuestros pueblos como anfiteatros de sus espectáculos, nuestras haciendas despojo de su ambicion, nuestros edificios materia de su ira, los caminos ya seguros por la industria de nuestras justicias, ahora se hallan nuevamente infestados, las casas de los nobles les sirven de fáciles hosterias, sus techos de oro y preciosas pinturas arden lastimosa-

mente en sus hogueras; mas ¿cómo tratarán con reverencia los palacios, los que no se desdeñan de ser incendiarios de los templos? Pues á vista de todas estas lástimas hay quien pretenda ahora persuadirnos espacios, negociaciones y mansedumbres? Verdaderamente el que corrige el fuego con delicadas varas, ántes le ayuda que le castiga. Divina cosa es la clemencia; pero en las materias de la honra de su casa, el mismo Cristo nos enseña á desceñirse el cordel contra sus enemigos hasta arrojarlos de ella. Dice que usemos de medios suaves, esto es sin duda acusar nuestra justificacion. ¿Quánto ha Señores que padecemos? Desde el año de veinte y seis está nuestra provincia sirviendo de quartel de soldados: pensamos que el de treinta y dos con la presencia de nuestro Príncipe se mejorasen las cosas, y nos ha dexado en mayor confusion y tristeza; suspensa la república, é imperfectas las Córtes. Ya los medios suaves se acabáron: largos dias rogamos, lloramos y escribimos; pero ni los ruegos halláron clemencia, ni las lágrimas consuelo, ni respuesta las letras. Romper las venas al primer latido de los pulsos, no lo apruebo;

con todo mirad, señores, que el mucho disimular con los males es aumentar su malicia, lo que ahora quizá podeis atajar con una demostracion generosa, no remediaréis despues con muchos años de resistencia. Quanto mas se os encarece la piedad de vuestro Príncipe, tanto debemos asegurarnos no castigará la defensa como delito. No porque el águila es la soberana entre las aves, dexó la naturaleza de armar de uñas y pico á los otros páxaros inferiores, yo creo que no para que la compitan, mas para que puedan conservarse: los hombres hiciéron á los reyes, que no los reyes á los hombres, los hombres los hiciéron hombres, porque si ellos mismos se hubieran hecho, mas altamente se fabricaran; claro está, pues siendo ellos en fin hombres, hechos por ellos y para ellos, algunos olvidados de su principio y de su fin les parece que con la púrpura se han revestido otra naturaleza. Yo no comprehendo en esta generalidad todos los príncipes, ni propiamente nuestro rey, ántes reconozco en su Real persona virtudes dignas de amor y reverencia; pero séame lícito decir, que para el vasallo aflixido viene á ser lo mismo

que el gobierno se extrague por malicia ó ignorancia. Para nosotros, Señores, tales son los efectos, aquí no disputamos de la causa. Pues si vemos que por los modos fáciles caminamos á nuestra perdicion, mudemos la via. Ya no es menester ventilar si debemos defendernos (eso tiene determinado la furia del que viene á buscarnos), sino creer que no solamente es conveniencia temporal, mas ántes obligacion en que la naturaleza nos ha puesto; los medios parece es ahora lo mas difícil de hallarse. Entended Señores, que ninguno topa la perla en la superficie del mar, no falteis vosotros de vuestra parte con la diligencia, que no faltará la fortuna de la suya con la dicha, sino demos con el discurso una brevísima vuelta á los negocios del mundo, y á pocos pasos veréis como no nos podrán faltar amigos y auxîliares. Decidme si es verdad, que en toda España son comunes las fatigas de este imperio, ¿cómo dudarémos que tambien sea comun el desplacer de todas sus provincias? Una debe ser la primera que se queje, y una la primera que rompa los lazos de la esclavitud: á esta seguirán las mas: ¡oh no os excuseis vosotros

de la gloria de comenzar primero! Vizcaya y Portugal ya os han hecho señas, no es de creer callen ahora de satisfechos, sino de respetosos; tambien su redencion está á cargo de vuestra osadia: Aragon, Valencia y Navarra bien es verdad que disimulan las voces, mas no los suspiros. Lloran tácitamente su ruina; ¿y quién duda, que quando parece están mas humildes, estén mas cerca de la desesperacion? Castilla soberbia y miserable no logra un pequeño triunfo sin largas opresiones; preguntad á sus moradores si viven envidiosos de la accion que tenemos á nuestra libertad y defensa. Pues si esta consideracion os promete aplauso y alianza de los reynos de España, no tengo por mas dificil la de los auxîliares. ¿Dúdais del amparo de Francia, siendo cosa indubitable? ¿Decid, de que parte considerais la duda? El pueblo inclinado á vivir exênto, bien favorecerá la opinion que sigue. El rey (cuya fortuna naturalmente se ofende con la grandeza de España) prosiguiendo la guerra comenzada, ¿qué mayor felicidad se le puede entrar por sus puertas, que hallar de par en par las de nuestra provincia

á la entrada de Castilla? Si de eso os quereis temer, os anticiparéis el peligro: que observar desordenadamente los accidentes venideros, no es prudencia, bastará conocerlos para remediarlos, sin estorbar con ese rezelo las acciones convenientes. Ingleses, Venecianos y Genoveses solo aman su interes en Castilla: búscanla como puente por donde pasan á sus repúblicas el oro y plata: si sus tesoros tomasen otro camino, en ese mismo dia habrian de cesar su amistad y alianza. Los atentísimos Holandeses no habrán de aborrecer en nosotros el repetir las pisadas, por donde gloriosamente camináron á su libertad, ni nos negarán tampoco las asistencias (si se las pedimos) suministradas estos dias á otras naciones, pues introducida una vez la guerra dentro en España, los socorros de Flándes habrian de ser mas contingentes; lo que todo es favorable á sus designios. Notais nuestra provincia de apretada entre España y Francia, eso es ser ingratos á la naturaleza, á quien debeis la mar en frente, que nos enriquece con puertos, la montaña á las espaldas, que nos asegura con asperezas, pues los dos lados que miran á las dos mayo-

res potencias de Europa, con su oposicion nos fortalecen. ¿Qué es lo que os falta, Catalanes, sino la voluntad? ¿No sois vosotros descendientes de aquellos famosos hombres, que despues de haber sido obtáculo á la soberbia romana, fueron tambien azote á la felicidad de los Africanos? ¿No guardais todavia reliquias de aquella famosa sangre de vuestros antepasados, que vengáron las injurias del imperio oriental, domando la Grecia? ¿Y de los mismos, que despues contra la ingratitud de los Paleólogos, en corto núro os dilatasteis á dar leyes segunda vez á Aténas? ¿Quién os ha hecho otros? Yo no lo creo por cierto, sino que sois los mismos, y que no tardaréis mas en parecerlo, que lo que tardare la fortuna en dar justa ocasion á vuestro enojo. ¿Pues qué mas justa la esperais, que redimir vuestra patria? Fuisteis á vengar agravios de extrangeros, ¿y no seréis para satisfaceros de los propios? Mirad los Cantones de Esguizaros, gente innoble, faltos de policía y religion incierta, ¿cómo dexarán la sombra de la diadema imperial? Mirad como ahora solicitan, ó compran su aplauso los príncipes mayores. Ved

los Bátavos ó Provincias unidas sin la justificacion de vuestra causa, como la fortuna les ha dado la mano hasta subirlos en su propio trono. Si no quereis creer ninguno de estos exemplares, y el temor por ventura os fuerza á que os imagineis ménos dichosos, revolved qualquier piedra de esta vuestra ciudad, que cada qual de ellas no se excusará de contaros la famosa resistencia que hizo al sitio de D. Juan el Segundo de Aragon, hasta que capitulando á nuestro arbitrio en los ojos del mundo, él entró como vencido, y nosotros le recibímos como triunfantes. Si os detiene la grandeza del rey Católico, acercaos á ella con la consideracion, y la perderéis el temor: no hay estatua de metales preciosos, á quien el barro no enflaquezca, ni bastan las fatales armas á Achíles, si pisa con planta desarmada. ¿Veis la potencia de vuestro rey quántos años ha que padece? Cierto podemos decir (á vista de sus ruinas) que mejor se medirá su grandeza por lo que ha perdido, que por lo que ha gozado; tanto es lo que cada dia se le vá perdiendo de nuevo. Si quereis plazas, muchas os ofrecerá Flándes y Lombardía, apar-

tadas ya de su obediencia. Si quereis regiones, preguntadlo á unas y otras Indias. Si quereis armadas, el mar y fuego os darán razon de ellas. Si capitanes, responderá por ellos la muerte ó el desengaño. Algunos filósofos pensáron con Pitágoras que las almas se pasaban de unos cuerpos á otros; mas ciertamente lo pueden afirmar los políticos en las monarquías, donde parece que la felicidad que anima sus cuerpos, (dexándolos cadáveres) se pasa á dar espíritu y alíento á otras olvidadas naciones; tal podemos esperar nos suceda. Pero si ademas de lo referido, llegais á temer la confusion que os puede dar la Real presencia de vuestro príncipe, no dudo que teneis razon, dudo pero que os dé causa: no sois vosotros de tanta estimacion en los ojos de los que le aconsejan, que el rey de España por sí propio altere la serenidad de su imperio por haceros guerra: yo me atrevo á afirmar que ya todos estais destinados al despojo de algun vasallo; no será mayor el instrumento. Este es en fin, Señores, el verdadero juicio de nuestras cosas, si el estado de ellas os parece digno de nueva paciencia, el que se hallare mas abundante de

esta virtud, reparta con los otros, no con razones artificiosas, sino con medios convenientes á la moderacion de vuestro mal. Yo no soy de opinion que armeis vuestros naturales, para que siguiendo su enojo, representeis batallas contingentes: no digo que con demasias soliciteis la indignacion del rey: no digo que á su Magestad negueis el nombre de Señor; empero digo, que tomando las armas briosamente, procureis defender con ellas vuestra justísima libertad, vuestros honrados fueros: que guarnezcais vuestras villas y ciudades, que fortifiqueis lo flaco, que repareis lo fuerte, que generosamente pidais satisfaccion de los delitos de estos bárbaros que nos oprimen, que alcanceis su apartamiento de nuestra region y el descanso de la patria, y que sino lo alcanzareis, lo executeis vosotros (este es mi parecer): ó que si tambien hallareis dura esta resolucion, á ese punto tratemos todos juntos de desamparar y dexar de una vez la miserable provincia á otros hombres dichosos. Y si á mí (como aquel que mas tiernamente vive sintiendo vuestras lástimas) me teneis por pesado compañero, quando con esta libertad llego á hablaros, ó

si alguno le parece, que por mas exênto del peligro os llevo á él mas fácilmente, digo, Señores, que yo cedo de toda la accion que tengo á vuestro gobierno. Volved en horabuena á los pies de vuestro príncipe, llorad alli, acrecentad con vuestra humildad la insolencia de los que os persiguen, y sea yo el primero acusado en sus tribunales: arrojad al fierísimo mar de su enojo este pernicioso Jonas, que si con mi muerte hubiere de cesar la tempestad y peligro de la patria, yo propio desde este lugar (donde me pusisteis para mirar por el bien de la república), caminaré á la presencia del enojado Monarca arrastrando cadenas, porque sea delante de ella odiosísimo fiscal y acusador de mis propias acciones. Muera yo, muera yo infamadamente, y respire y viva la afligida Cataluña.

31. Apénas habian escuchado los congregados las últimas razones de Claris, quando en comun aplausó fué aclamada su opinion como salud de la patria, disponiendo sus ánimos de manera, que cada uno parecia haber recibido nuevos espíritus para emplear en su obsequio. Conciliáronse en fin los pa-

receres de todos, y cuerdamente camináron á infatigable paso tras de aquellas cosas convenientes al establecimiento de sus armas y resistencia de las enemigas.

32. Nombráron sus plazas de armas (segun las partes por donde podian ser acometidos), que fueron Cambrils, Bellpuig, Granollers y Figuéras: repartiéron sus veguerias en tercios distintos (es vegueria (1) en Cataluña, lo que en lo mas de España se suele llamar distrito, partido ó comarca): nombráron sus oficiales, dexando á la diputacion el militar dominio: alistáron gente capaz de aquel exercicio: visitáron sus villas atentos á la fortificacion: buscáron con desvelo y premio los hombres prácticos en la guerra, que tenian entre sí; pocos eran en número, porque el ocio de la larguísima paz en que se hallaban, así como les habia quitado las esperanzas, les quitó el precio: otros hiciéron llamar de nuevo desde las provincias donde asistian. El médico, que en salud es aborrecible, al tiempo de la enfermedad es agradable.

(1) Vegueria es lo mismo que corregimiento en Castilla.

33. Con esto juzgando que ellos por sí solos no eran capaces de resistir las desiguales fuerzas de tan grande monarca, miráron en su corazon por todo el mundo, que príncipe les podia dar ayuda y consuelo, y despues de haberle corrido con el discurso, no halláron otro que el Cristianísimo Luis, Décimo tercero Rey de Francia, cognominado el Justo; su clemencia les prometia amparo, su poder defensa. Esta era la razon comun; empero sobre esta se alegraban interiormente en la consideracion, de que para las conveniencias del estado de Francia fuesen tan propicios los accidentes de España, que ningun juicio dexaria de abrazar sus intereses: que era preciso el echar mano de las turbaciones del enemigo, como de materiales utilisimos para la serenidad propia. ¡Miserable condicion (por cierto) de la fortuna, que no tiene caudal para fabricar gran imperio á un príncipe, sino con las ruinas de otro!

34. Así resolutos, eligiéron entre todos á Francisco Vilaplana, caballero Perpiñanes, práctico y conocido en las fronteras de Francia, para haber de pasar á aquella corte con su embaxada al Cristianísimo (pocas otras

calidades tenia de embaxador; no buscaban entónces mas de la fidelidad, ella lo suplia todo). Partió brevemente lleno de lastimosas cartas al rey y la reyna, al Cardenal Duque y otros ministros: en todas referian los Catalanes su miseria, su razon y su peligro.

35. Llegó en pocos dias, festejólo el vulgo, que sin discurso ama y aborrece aquellas mismas cosas que ignora. Entre los políticos fué diverso el juicio con que se recibió aquella novedad: los ambiciosos de gloria ó de venganza creyéron haber topado el hilo, porque podian penetrar los laberintos de España á pesar de su arquitecto: prometíanse larguísimos intereses en la nueva guerra, considerando, que allá de la felicidad y reputacion en que estaban sus armas, habrian de crecer sus triunfos por aquel medio. Los hombres llanos y civiles temian que por aquel alborozo se empeñase la Francia en otros sucesos, al tiempo que su fortuna los habia regalado tanto, que no sin gran honra se podian acomodar á la quietud. Los templados y medianos ni deseaban mas glorias, ni las rehusaban tampoco, procuraban verlas seguras.

36. Los ministros del rey y sobre todos el Cardenal Duque juzgáron por cosa digna de príncipe Justo y Cristianísimo amparar una nacion cristiana y oprimida : no se les dificultó con la consideracion de algunos que decian, que á los reyes no es lícito ni conveniente favorecer facciones ó sediciones de vasallos de otro príncipe, por la ruin correspondencia que podian hallar en sus ocasiones, y tambien por el mal exemplo que forzosamente daban á sus descontentos, viéndolos amparar los escándalos ó quejas de otros.

37. Á esto se respondia, que la cortesía de los grandes no llega á quebrantar sus conveniencias : que el príncipe no puede ser liberal del bien de sus vasallos : que ninguno debe guardar igualdad á aquel que no se la guarda : que los pretextos de la inquietud pasada de Francia el año de treinta y cinco fundaban todos en las negociaciones del rey Católico y en la cautela de su valido : que el rey Cristianísimo en favorecer los Catalanes no hacia otra cosa que reconvenir, ó desforzarse de los movimientos del Poitú introducidos de los Españoles : que no habia disculpa con que satisfacer la posteridad, si

estando la guerra tan sangrienta en ambas provincias, Francia olvidase la mayor ocasion de sus mejoras: que de ordinario en los acontecimientos de la guerra, el que excusa el daño de su enemigo, viene á pagar despues con su ruina su inconsiderada confianza.

38. Por estos motivos y otros que le serian presentes al espíritu del Cardenal (por ventura no comprehensibles á nuestra cortedad), se dispuso á introducir su industria las fuerzas de su reyno, y la autoridad de su rey en el manejo de las cosas de Cataluña.

39. Al punto fueron enviados á Barcelona Monsiur de Seiñan (á quien algunos papeles Catalanes llaman de Sernia), Mariscal de campo y Monsiur de Plesís, Besanzon, Sargento mayor de batalla; dos tales hombres, quales pedia el gran hecho para que fueron escogidos, y que así hacian proporcion con aquel fin, como con la eleccion de quien los habia nombrado.

40. Volvió Vilaplana y los dos á su ciudad, donde todos fueron alegrísimamente recibidos: tratóse luego de ajustar con brevedad su negociacion en varias juntas, que hacian la diputacion, la Ciudad y los enviados:

fué fácil el acomodamiento, porque como todos se encaminaban á una razon, ella misma vencia las dificultades. No se duda que en algunos podia hallarse parte de temor, y en otros de negocio; mas como es destreza de los políticos encubrir el miserable la desconfianza y el poderoso la soberbia, unos y otros lo dispusiéron de suerte, que ni la fé, ni la prudencia parece que padecian fuerza ó duda.

41. Ajustáronse finalmente, en que el Principado haria el mayor esfuerzo posible por arrojar y resistir las armas castellanas: que el rey Cristianísimo les socorreria en espacio de dos meses con dos mil caballos y seis mil infantes: que lo uno y lo otro seria pagado por cuenta de la generalidad: que el rey solo enviaria los cabos y oficiales que le fuesen pedidos, y no mas: que miéntras durase la resistencia de Cataluña, su Magestad no mandaria invadir algunos lugares de Catalanes como enemigo del Rey Católico; salvo aquellos en que hubiese presidio y armas españolas: que el Principado pondria en manos del Rey Cristianísimo nueve rehenes, tres de cada órden, y que no haria

ajustamiento con su rey sin intervencion de Francia.

42. Con este breve tratado y larguísimas demostraciones de amistad se partiéron á Paris el Plesís y Seriñan, con la misma satisfaccion que habian dexado á unos y otros llenos de diferentes esperanzas.

43. Ahora será conveniente dar razon de las armas y progresos tocantes al Rey Católico; bien que en órden del tiempo nos habemos adelantado alguna parte, por seguir las cosas de Cataluña sin intermision de otros acontecimientos, porque mas claramente se entiendan unos y otros.

44. Asentada ya la guerra contra Cataluña (como hemos dicho), fueron luego despachadas órdenes por el Rey Católico á todas las plazas marítimas del principado, avisando sus gobernadores de la resolucion de su Consejo, y encomendándoles grandemente las prevenciones de la guerra que podian esperar cada dia; y en particular se encargó este cuidado á D. Juan de Garay, Gobernador de las armas de Rosellon, que en aquel tiempo se hallaba en Perpiñan despues de la muerte del Cardona. Es el Garay hombre, que por

la via de las armas pudo juntar el mérito y la dicha: comenzó por los pequeños puestos de la guerra, pasó por ellos con velocidad tan grande, que en algunos vino á mandar los mismos que poco ántes habia obedecido: ama la industria sin aborrecer el trabajo, presume de lo que obra, y tiene mas dicha para sí que para los suyos.

45. Á este tiempo habia llegado á Zaragoza el Marques de los Velez, de donde ministraba sus negociaciones en Cataluña. Comenzó solicitando correspondencias en las plazas, que todavía estaban en obediencia del rey: encomendaba á sus gobernadores el vivísimo cuidado que le convenia de adelantar su partido. Á los Catalanes exhortaba al arrepentimiento, prometiéndoles perdon y conveniencias. Ayudaba mucho en estas diligencias la persona del Bayle general D. Luis de Monsuar, retirado de Tortosa, donde entre parientes y amigos, y con algunas personas de religion habia tratado el cobro y reduccion de aquella ciudad. Vino oculto á Zaragoza, y dando buena razon de su industria, hizo como el Magistrado en nombre de todos escribiese al Velez, pidiéndole juntamente pie-

dad y socorro ; estaban de secreto dispuestas las cosas de tal suerte , que aun no habia salido la carta de la ciudad , quando sobre el puente de Ebro que la baña , se hallaban dos mil infantes españoles y quatrocientos caballos , á cargo todo del Maestre de Campo D. Fernando Miguel de Tejada, soldado practico y cuidadoso , que siguiendo con todo el órden del Magistrado contra el aplauso del vulgo (que ya le miraba como arrepentido), entró en Tortosa causando desiguales afectos en los corazones de sus naturales , segun era en ellos diferente la razon con que miraban sus movimientos. Muchos se retiráron medrosos ó aborrecidos , y aun ni de todos los que quedáron , se podia hacer confianza.

46. Con esta observacion trató D. Fernando de fortificar la ciudad (que por su sitio y un castillo no muy antiguo que todavía conserva , pareció fácil); por lo ménos de suerte que quedase reparada á una interpresa y motin. Pocos dias despues se descubriéron algunos cabezas de los sediciosos , y fueron condenados á muerte por la Justicia hasta cinco ó seis hombres plebeyos , no sin lástima de todos.

47. Con la impensada entrega de Tortosa, tomáron las cosas del rey mejor semblante, no solo por la importancia de la plaza de asaz utilidad á sus intereses, pues por ella se facilitaba el paso de Ebro á las armas Católicas, mas tambien porque su reduccion inducia á la esperanza de otras, y ponia en los Catalanes gran duda y temor, viendo que ellos mismos se faltaban primero que su fortuna.

48. En Rosellon se movian las armas con mas presteza, porque entendiendo D. Juan de Garay que los moradores de Illa (lugar mediano en el Condado de la Cerdaña, asaz vecino á Francia, á quien sirve de paso) tenian trato con vasallos del rey Cristianísimo, y determinaban ayudarse de ellos contra los Españoles dándoles entrada en la villa, quiso reconocer y castigar personalmente sus excesos, poniendo toda aquella frontera en mejor órden. Salió el Garay de Perpiñan á los últimos de Setiembre con suficiente número de infanteria, algunos caballos y quatro piezas de campaña. Llegó á Millas, hizose reconocer en aquel lugar sin resistencia: tomó las llaves de sus puertas á su propio dueño D. Felipe Asbert, dexándole con temor y escán-

dalo : llamó desde allí los cónsules y Bayle de Illa ; tardáron en obedecerle , temiendo con mas razon de la severidad que se usaba con sus vecinos. Salió de Millas prontamente contra Illa en intencion de embestirla y castigarla , abominando con palabras feas el hecho de sus moradores : no debia ofrecerlas al espanto , sino al remedio , porque á veces el caballo detenido en la carrera , sale mas pronto al grito que al azote. Amaneció sobre el lugar , batióle sin efecto : pretendió romper una puerta por la furia de un petardo , nada salió como se esperaba; bien que Juan de Arce gobernaba aquella faccion : defendiéronse briosamente los de á dentro. Retiróse el Arce herido del golpe de una piedra , y el Garay reconociendo en la resistencia de tan pequeño lugar la industria de Monsiur de Aubiñí (de quien tratarémos adelante) que la defendia con hasta seiscientos hombres franceses y catalanes , no quiso proseguir en la venganza por entónces, mirando ya en aquel estado mas por la opinion que podia perder , que por la plaza que juzgaba perdida : dexó el negocio para mejor tiempo ; aunque no pensó diferirlo mu-

cho, por no dar lugar á que se engrosase el enemigo. Con este pensamiento, ayudado tambien de una voz que sin causa se esparció entre la gente, de que los Franceses entraban por el Grao en el estado de Rosellon (algunos piensan que el mismo D. Juan hizo introducir esta voz por dar mejor pretexto á su retirada), volvióse en fin, y haciendo alto en San Felíu, mandó reconocer los puestos acomodados á la entrada del enemigo. En este tiempo hizo venir de Perpiñan quatro cañones enteros y dos quartos: aumentó sus tropas hasta número de seis mil infantes y seiscientos caballos, y con los tercios de la guardia del rey, que gobernaba el Arce y D. Felipe de Guevara, y el de D. Leonardo Móles, llenos de la mejor infantería que entónces tenia España en ningun exército. Volvió segunda vez sobre Illa pocos dias despues de haberse levantado de ella: dispuso sus baterias, y la batió furiosamente.

49. Es Illa cercada de un casamuro antiguo, acomodado al modo de las primeras defensas. Continuóse por algunas horas la bateria, y habiendo con poca resistencia abierto mas de veinte varas de brecha (quieren

así llamar los soldados á la rotura ó portillo que hace la artillería en las murallas), trató D. Juan de que el tercio gobernado por el Guevara embistiese al lugar, ganando la entrada; pero desórdenes no dignos de escritura lo dificultáron. Tardóse mas en disponer el asalto, de lo que tardáron los sitiados en acudir al reparo animosamente: los capitanes y soldados del tercio suspensos con el desórden, no se determinaban á embestir: impaciente entónces el Garay, dicen que baxó desde donde estaba mandando, y poniéndose delante de ellos, con las voces y mas con el exemplo (que en tales casos es la voz mas eficaz y obedecida) los persuadia y ordenaba la escalada: moviéronse tardemente, como aquellos que no llevaba la voluntad: recibió D. Juan un mosquetazo en la mano derecha y otro en el peto, de que cayo herido; bastante ocasion para descomponer gentes mas osadas, quanto mas aquellas enfermas ya del miedo. Todo esto ayudaba á los contrarios, siendo cierto que no hay mayor socorro para unos, que el temor de otros, pues á estos se les añade de esfuerzo el vigor que huye del ánimo de aquellos. Crecian las rociadas de mos-

queteria desde la plaza, con que á un mismo paso se aumentaba el daño, y desfallecia la esperanza. El Garay empachado de los suyos mostró querer apartarse del lugar, igualmente obligado del peligro y de la vergüenza: mandó tocar á recoger, y entónces fué fácilmente obedecido. Retiróse con pérdida considerable á Perpiñan, melancólico y temeroso de lo venidero.

50. Todavía los ministros del Rey Católico no se excusaban de seguir alguna esperanza de concierto, y lo deseaban sin reparar mucho en su calidad: pensaban, que puestos una vez los Catalanes en sus manos, despues enmendaria la fuerza qualquiera condicion poco honrosa, á que la necesidad primero se acomodase: intentáron muchas cosas, algunas con poco fundamento, como suele el enfermo no exâminar la virtud del remedio, creyendo que entre muchos topará alguno conveniente. Parecióle al Conde Duque medio acomodado valerse de los poderes de la Iglesia contra la dureza de los eclesiásticos, en cuyo estado mas que en ninguno ardia el zelo de la libertad de su patria.

51. Llamó al Nuncio Apostólico resi-

dente en la corte, é intentó persuadirle pasase á Cataluña, para que unas veces con su autoridad, y otras valiéndose de los poderes pontificios trabajase en la reduccion de aquella gente. No fué posible conseguirlo, defendiéndose el Nuncio, con que sin consentimiento del Pontífice no podia dexar su legacia, y emplearse en negocios agenos, para que no tenia jurisdicion: todavía por convenir en parte con su capricho, y mostrar el deseo de la paz y servicio del Rey Católico (temeroso quizá de la no bien pasada tragedia de su antecesor) vino en escribir á la provincia, llamando benignamente al diputado Claris: envió la carta con su confesor, por si hallase algun medio de introducir la voluntad del rey, lo executase y dispusiese segun su órden.

52. Llegó á Lérida el enviado, avisó de su comision, respondiósele que remitiese las cartas y se detuviese en aquella ciudad: cumpliólo así, y en pocos dias volvió á la corte, sin haber negociado mas que nuevas esperanzas á los Catalanes, fundadas en el temor que ya se tenia de sus resoluciones, pues por tantos medios se solicitaba la concordia.

53. Este mismo juicio habia hecho el Nuncio, y se lo representó al Conde, quando discurrian en el negocio; empero, vencido de su respeto, vino á aprobar en parte su opinion. Permitásenos ahora decir, que poco atentos proceden los ministros, de cuya prudencia fia la Iglesia su autoridad, quando se entremeten á esforzar sentimientos de príncipes, arrimándose á sus facciones. Raras veces los intereses políticos siguen la razon, y entónces seria fuerza, si ella los ha de seguir, doblar la justicia á la parte mas poderosa con escándalo del universo. Á la gran dignidad pontifical y paternal sobre toda la tierra, al Vicario de Cristo, suma verdad, suma entereza, ¿cómo le puede ser licito negar su agasajo igualmente á alguna de las ovejas, que le han sido entregadas en el rebaño espiritual?

54. No desmayó el Conde Duque con este desengaño, ántes por sí propio volvió á escribir y dar á entender al Principado, que el rey apartaria sus armas de la provincia, si la ciudad de Barcelona se acomodase á dexar fabricar dos fuertes Reales, uno en Monjuich y otro en la casa de la Inquisicion;

entrambos sitios acomodados á la defensa, pues era cierto que de la seguridad de aquel pueblo, como cabeza de sù provincia, pendia toda la quietud y conservacion pública. Tampoco esta plática tuvo efecto, y ántes los irritó de nuevo, porque esto de fortificarse los Españoles fué siempre lo que mas temian.

55. Prosiguió, buscando otros caminos acomodados á sus pensamientos, é hizo como D. Pedro de Aragon, Marques de Pobar (hijo segundo del Cardona, y que habia acompañado á su padre en las primeras guerras contra Francia) con pretexto de haber sido llamado á las Córtes de Cataluña, se fuese á Barcelona, publicando tambien acudia al desconsuelo y soledad de su madre viuda y de su patria afligida. Corrió la posta mas rico de industria que de prudencia; bien que llevó promesas para sí, y los que quisiesen seguirle.

56. Era la Casa de Cardona (como hemos dicho) estimada sobre todas las del principado; mas despues de la muerte del Duque, y desde aquel punto que comenzó á resonar el nombre de libertad, fué desfalleciendo su autoridad de tal suerte, que la Duquesa

hubo de retirarse en un convento, donde se hallaba al tiempo que llegó el Marques su hijo.

57. Esta visita, por tantas razones sospechosa, fué en extremo desagradable á quantos la consideraban, ó porque verdaderamente no estaban ya las cosas en estado de remedio, ó porque la industria del Pobar no alcanzó á confiarlos (que era el primer paso de aquel negocio). Ellos miraban sus acciones con suma observacion, y pocos dias despues lo encerráron en prision áspera, dándole á entender que con menor retiro no estaba seguro á la furia del pueblo, que habia concebido mala opinion de su jornada, y trazaba su muerte. Así dispusiéron asegurarse de sus designios; cosa á que los príncipes deben mirar mucho, hallándose en tal estado, y trabajar por elegir un medio para que ni la credulidad, ni la desconfianza les pongan en peligro, abrazando ó despreciando quantos le buscan.

58. Trabajaba continuamente el Velez en acomodar las tropas que baxaban por los reynos de Valencia y Aragon: habia enviado D. Pedro Pablo Fernandez de Heredia,

Gobernador de Aragon (es Gobernador en aquel reyno casi presidente de Justicia) con muchos otros comisarios, para que recibiese el mayor grueso de gente que entraba por la villa de Molina; pero el negocio que mas ocupaba su ánimo, era disponer los Aragoneses á algun fin provechoso al servicio del rey, haciendo todo lo posible por apartarlos del sentimiento de los Catalanes sus vecinos y deudos: por otra parte los persuadia á que ellos tomasen la mano en el ajustamiento de sus cosas, como ya en tiempos pasados la ciudad de Zaragoza llegó á ser medianera entre su rey D. Juan el Segundo y el mismo Principado. No era otro su fin que procurar obrasen los de Aragon de tal manera, que pusiesen en desconfianza de su hermandad á los Catalanes, de cuyas correspondencias se temía.

59. Ya los Jurados de Zaragoza (Supremo Magistrado de aquella ciudad) habian comenzado á mover estas pláticas con el rey, á que se les respondió de suerte, que ellos descifráron de las palabras de la carta mas amenazas que agradecimiento. Y á la verdad los Aragoneses no aborrecian la libertad ca-

talana, que disimulaban con cautela: el Velez que los miraba profundamente, en lo poco que habia obrado, reconocia lo poco que querian obrar; esto mismo le dispuso á que incitase segunda vez con mayores brios lo tratado cerca del acomodamiento, y platicándolo con algunos caballeros que tenian mano entre el gobierno de Zaragoza, no fué dificultoso acabar con los Jurados y ciudadanos, volver á la plática: tambien porque entendiendo los zelos del Velez cerca de su ánimo, no les parecia conveniente rehusar, ni excusarse de aquellas cosas, en que no les era costoso el empeño, pensando que así lo llevarian confiado y seguro de que les pidiese otras mayores.

60. Á este fin tratáron de enviar su embaxada á Barcelona con toda brevedad, ántes que la guerra que ya comenzaba á encenderse en Rosellon, abrasase aquella frontera, y quedase suspenso lo tratado. Dispúsose entre ellos, si podria, ó no ser conveniente enviar la persona del Jurado en cap, que era á esta sazon D. Lupercio Contamina (es Jurado en cap en Aragon la cabeza de su gobierno civil; oficio entre los Aragoneses

de asaz estimacion, aunque anual): no pareció acomodado empeñar al primer paso la mayor autoridad de su república: fué elegido en su lugar D. Antonio Frances, caballero noble y suficiente. Partió á Barcelona por la posta: fué recibido no sin cortesia: negoció cercado siempre de acechanzas, porque los Catalanes con algun escándalo del reposo de Aragon, á quien habian convidado, sospechaban mal de aquellos oficios con que nuevamente se les ofrecian; y con mayor exceso, quando llegáron á entender que los Aragoneses como pretendientes á la primogenitura de la Corona de Aragon (en que se comprehende el principado) intentaban inxerirse en aquellas negociaciones con algun otro derecho mas que el de amistad; cosa insufrible á la entereza de los Catalanes.

61. Fué escuchado D. Antonio en la diputacion, presente el Sabio Concejo: dió sus cartas, habló con templanza, introduciendo sus razones con que su reyno de Aragon, y en particular su ciudad de Zaragoza, les pedian como á hermanos y amigos tuviesen por bien admitirles por medianeros entre su razon y la queja de su Magestad Católica: que

fiasen de su amor les haria descubrir un medio acomodado á la quietud y satisfaccion: que á los intereses y castigos que se podian pretender de ambas partes, se daria un expediente tal, que todos quedasen acomodados y pacíficos.

62. Respondiéronle con grandes muestras de agradecimiento, diciéndole que no se trataban bien las cosas de la paz entre el estruendo de la guerra, que no se compadecian oficios y exércitos, medianeros y generales: que ellos deseaban la concordia mas que ningunos: que el rey apartase luego las armas con que le amenazaba, y mandase cesar las que fatigaban Rosellon, y entónces se conoceria que allí se pretendia la quietud sencillamente, y no la mejora con artificios: que de esta suerte estaban prontos, no solo para aceptar, sino para suplicar partidos á su Magestad Católica convenientes al bien público. Con esta resolucion llena de brio y constancia se volvió D. Antonio á Zaragoza, con cuya venida se excusáron por entónces otros algunos medios que se habian prevenido, encaminados á este propósito.

63. Fundaban todas las resoluciones del

rey y sus ministros sobre haberse entendido, que la gente junta para la guerra llegaria á cincuenta mil hombres y seis mil caballos; no era excesivo el número segun habian sido copiosas las preparaciones. Sobre esta certeza, que despues convenció de vana la experiencia, fabricaban los ministros todo su discurso; tales salian las provisiones y acuerdos, como asentados sobre fundamentos vanos.

64. Disponiásele al Velez, que todo el grueso se repartiese en tres partes: que la una entrase por la Plana de Urgel (que era el pais mas acomodado á campear), haciendo frente á Lérida y caminando á Balaguer y Urgel, baxase por Monserrate hasta caerse sobre Barcelona. Que la otra parte del exército pasando el Ebro en Torsosa, ocupase el Coll de Balaguer, y allanase todos los lugares del campo de Tarragona, llevando siempre la mar por el lado diestro, donde podia ayudarse en la falta de víveres: que ganase á Martorell, que se fortificaba; y por las costas de Garraf baxase á Barcelona. Que el último trozo se quedase en Aragon, mirando á Cataluña, para acudir ó entrar, segun el caso lo pidiese; y que este seria llamado exér-

cito Real, y por eso mas copioso y de mejor gente, pues el rey lo habia de gobernar por su propia persona. De la misma suerte se le ordenaba á D. Juan de Garay, que con la gente de Rosellon se moviese contra Barcelona, para que todos juntos obrasen la expugnacion de ella.

65. Fué así que el Garay habia recibido las órdenes; pero era de diferente parecer, habiendo escrito que las fuerzas se uniesen todas, que juntas atravesasen la provincia, sin detenerse en sitiar plaza: que llegasen á incorporarse con su trozo: que así ocupasen el Conflent (es el Conflent pais fértil, no muy largo, contenido entre Rosellon, Cerdaña y Ampurdan, casi corazon del principado): que desde allí baxasen á socorrer y ser socorridos de las plazas marítimas: que el mayor esfuerzo se debia poner no entre Aragon y Cataluña, donde no podía temerse cosa importante, sino entre Catalanes y Franceses, por el peligro que habia de que el Cristianísimo engrosase sus tropas (como ya hacia por aquella parte): que el invierno no era acomodado á sitios: que el exército vagando por los lugares pequeños, se podia

sustentar sin gasto, sin peligro y sin trabajo.

66. No fué recibido este parecer de D. Juan; desdicha ordinaria en las grandes resoluciones de los príncipes, ó aconsejarse con personas extrañas de aquella profesion, ó no seguir las opiniones de los mismos á quienes confian las empresas. Respondiósele, que dexando guarnecidas las plazas de gobierno, se embarcase en las galeras que allí se enviaban, con toda la infantería que pudiese sacar; que en Castilla era estimada en número de seis mil infantes: que con ellos y todo el tren que se hallaba en Perpiñan prevenido para la invasion de Francia, viniese á unirse con el exército, que habia de marchar hácia Tarragona por junto á la mar, cuyo gobierno le estaba aguardando.

67. Y porque el mando de las armas en Rosellon no quedase sin persona conveniente, se le ordenaba al Conde Gerónimo Rhó, Maestre de Campo general del reyno de Navarra (soldado mas antiguo que grande, de nacion milanes), que desde Zaragoza, donde asistia esperando su empleo, pasase á Vinaroz; y de allí (en las galeras que habian de traer al Garay) navegase á Rosellon

con dos mil infantes bisoños, que se mandaban en su compañia para tripulacion de aquellas plazas, entresacados de las levas prevenidas al exército.

68. Casi en estos dias llegó de Madrid á Zaragoza, donde se juntaban los cabos españoles, Cárlos Caraciolo, Marques de Torrecusa, caballero napolitano, capitan práctico, aunque de mas valor que prudencia: venia á servir el cargo de Maestre de Campo general del exército llamado de la vanguardia; entendíase el de Lérida, porque por aquella parte se juzgaba la primera entrada. Poco despues vino Cárlcs María Caraciolo su hijo, Duque de San Jorge, mozo en quien resplandecian grandes virtudes, dignas de mejor suerte: gozaba el San Jorge el gobierno de la caballería ligera; así diferenciaban unas de otras, llamando de las órdenes (con nombre y oficiales diferentes) aquella que constaba de los caballeros Cruzados ó sus sustitutos: esta gobernaba por sí solo (sin dependencia del San Jorge) D. Álvaro de Quiñones, del Consejo de Guerra de España; hombre en quien los muchos años de servicio dexáron poco mas de una gran vanidad de haber servido

mucho: exercia en Rosellon la tenencia general de aquella caballería, de allí baxó á Zaragoza por incorpararse en su nuevo oficio.

69. Llegó á este tiempo el Marques Xeli de la Reyna, General propietario de la artillería en la Alsacia, para que en aquel título se emplease en la guerra de Cataluña, donde habria de ser el segundo cabo en el trozo mandado por el Garay.

70. El de los Velez se hallaba dueño de todas las armas, sin que hasta aquel punto se le diese otra autoridad para mandarlas, que el título de Virey de Aragon: habíanle nombrado (como diximos) en consideracion de Cataluña; mas despues los varios accidentes del negocio tenian á los ministros como dudosos en la satisfaccion cerca de su ingenio en materia tan importante: prefiriéronle á otros por un discurso, que todo se encaminaba á conveniencias de la quietud; pero ya desesperados de ella deseaban hallar algun modo de introducir en aquel mando un sugeto de mayor experiencia en las armas; tan presto se traen el arrepentimiento como el peligro las elecciones, á quien guia el respeto.

71. Esforzábase esta confusion, con que desde la corte se daba á entender por manos de personas prácticas en los negocios unas veces, que el Marques de los Balbases venia á gobernar aquella guerra, otras que el Almirante de Castilla, á quien entónces se habia dado el título de Teniente Real á imitacion del Imperio; cosa hasta entónces no oida en España, y en que luego faltó, como la razon, el efecto de ella; no se alcanza con que necesidad, ó con que industria. Tiempo fué aquel de novedades, las mas de poco crédito á la esencia del mando. Algunos querian que otra vez se platicase la venida del Monterrey: cada qual inculcaba con su propio pregon la suficiencia del amigo, con que ningun ánimo desapasionado sabia afirmarse en nada, ni los hombres acababan de entender á cuya obediencia les dedicaban: de otra parte las provisiones y despachos que venian de la corte, se hallaban tan encontradas, ahora hablando en muchos exércitos, ahora con diferentes generales, que apénas por entre las dudas se podia atinar con la resolucion, y por eso caminaban mas tardamente las execuciones.

72. Gran daño ó casi inevitable, que los expedientes de graves negocios no se traten con aquella claridad y llaneza que conviene, si quiera por quitarles la ocasion del yerro á los que les tienen á su cargo. Dós son los modos de obedecer y servir á los reyes: unos que ciegamente se atan á cumplir la resolucion, otros que la moderan y mudan segun los accidentes: lo primero es mas seguro para los siervos, lo segundo mas provechoso para los Señores. Yo juzgo por cosa impia, que el ministro aventure á perder el negocio por obedecer irracionablemente á su órden, pudiendo remediarle con alterar en alguna circunstancia la resolucion: nada tengo por firme para caminar al establecimiento de la gracia, siendo cierto que muchos príncipes habemos visto dexarse obligar por la entereza del vasallo, y algunos ofenderse por haber sido bien obedecidos: escoga el que navega el rumbo, segun le aconsejare su prudencia: no camine sin temor á ninguna parte, que cada uno puede llevar al puerto y al escollo.

73. Fatigábase el Velez con el embarazo de las órdenes, que cada dia crecia; so-

bre todo le era de suma afliccion ver que se pasaba el tiempo sin fruto, y que pidiendo al rey vivamente la explicacion de las cosas, se despachaban con mayor duda, quando al mismo tiempo se le daba gran priesa porque formase los exércitos, que de ninguna mano dependian ménos. Obraba con espíritu amedrentado; así buscaba el modo de acabar las cosas, no el de acabarlas con perfeccion: tropezábase de unas en otras, y á veces se caía en dificultades donde no habia salida; como el que huyendo de la amenaza se precipita: á paso igual se suben las altas cuestas, el que las atropella, se rinde ántes de lo áspero.

74. Era la mejor parte del exército aquellos tercios viejos, que habian baxado de la Cantabria, y sus Maestres de Campo D. Fernando de Ribera, teniente Coronel del regimiento de la guardia del rey, D. Fernando Miguel, que ya se hallaba en Tortosa, D. Diego de Toledo, los dos tercios de Irlandeses y Walones, sus Maestres de Campo Hugo Onelli, Conde de Tiron, y Felipe de Gante y Merode, Conde de Isinguien; y el tercio llamado de los Hijosdalgo de Castilla, á cargo de D. Pedro Fernandez Portocarrero,

Conde de Montijo y Fuentidueña, á quienes seguian algunas tropas de gente suelta para efecto de reclutar los otros tercios, segun pidiese su necesidad.

75. Es Fraga último pueblo de Aragon, puesto entre los Ilergites de Ptholomeo, y llamada de los antiguos Flavia; otros con mas semejanza deducen el nombre de su aspereza. Riégala el rio Cinca ó Cinga, que la divide de los Celtíberos. Su vecindad á Lérida la hizo necesitar de fuerzas capaces á defensa y ofensa, porque el enemigo se mostraba en aquella frontera demasiadamente orgulloso: con esta ocasion envió el Velez al Conde de Montijo y otro tercio de infantería portuguesa, su Maestre de Campo Pablo de Parada, para que guarneciesen la ciudad y su partido. Deseaba el Velez apartar de sí al Montijo, porque su estado y las vanas prerogativas de su regimiento incompatible con los mas, se lo hacian molesto. Juntóle tambien alguna parte de la caballería remontada en Aragon, con lo que por entónces pareció que estaba guarnecida en proporcion á su peligro, y se dispuso aquel cuidado.

76. Los Aragoneses (y entre ellos la

gente vulgar) que no miraban la guerra sin despecho de alguna suerte, favorecian el partido de sus vecinos tácitamente, y como les era posible, persuadian y ayudaban los soldados (conducidos casi todos con violencia) para que se escapasen y volviesen á sus tierras, con lo que conseguian (sin contar los intereses de los Catalanes) para sí mismo gran conveniencia, aliviando sus pueblos de tantos hospedages y alojamientos.

77. No fué esto tan poco sensible, que dexase de dar gran cuidado al Velez; y mayor quando le certificaban los cabos y oficiales del sueldo, que de la misma suerte que llegaban las tropas, se volvian, y que del número de gente señalada faltaba casi la tercera parte. Los lugares de Castilla obligados á la contribucion de los quintados, ofrecian sus quejas, diciendo que por allá no se guardaba la gente, pues en breves dias volvian á sus pueblos los mismos, á quien habia tocado la suerte de acudir á la guerra, con que ellos jamas se podrian desobligar del número.

78. Pareció conveniente atajar este desórden con todo cuidado, y se despachó lue-

go la persona del Marques de Torrecusa, Maestre de Campo general del exército á la villa de Alcañiz, donde como mas cerca á todos los quarteles de él, pudiese atender al reparo de aquellos daños; tambien para que fuese executado la formacion de los tercios y regimientos que llegaban, porque hasta aquel tiempo nada tenia forma militar, sino el exército de Cantabria. Partió Torrecusa, y fué disponiendo las cosas conforme al estado en que se hallaban, dándole continuos avisos al Velez, así de lo que obraba, como de lo que entendia del enemigo: certificábase en que la gente que se hallaba en los quarteles, por ninguna diligencia llegaria al número prometido; que así convenia acomodar las disposiciones y juicios. El Velez lo avisaba al rey, el rey á los tribunales, ellos escribian al Velez con sequedad y admiracion.

79. Entónces los Catalanes habiendo reconocido la grandeza y poder del Rey Católico, que ya se descubria por unas y otras fronteras, entendiéron en repartir sus fuerzas acomodadamente, segun parecia, los llamaban los designios de su enemigo.

80. Habian ordenado mucho de ántes

á D. Guillen de Armengol, Castellano del Portus, se recogiese á su fuerza, como hizo con buen número de infantería y víveres, con lo qual quedaban imposibilitadas para poder unirse las armas Católicas, que se hallaban en Rosellon, estotras que pretendian invadir Cataluña, ó baxar aquellas á darse la mano con Rosas y Colibre.

81. Es el Portus antiguo castillo y lugar corto en los pasos llamados de los geógrafos Bergusios, situado en la cumbre de una gran serrania (dicha Coll de la Mazana), ramo de los Pirineos, que baxando desde el Septentrion, corre al mar de Mediodia por entre los paises del Ampurdan y Conflent, cuyas impenetrables fraguras solo en aquel espacio consienten camino; pero tan dificultoso, que defendido de pocos, como se execute con valor, se juzga inexpugnable. Á una legua del mismo paso, dicho Portus, se halla la Bellaguarda, fortaleza edificada de los antiguos Señores de Barcelona para defensa de unas y otras provincias.

82. Los de Rosellon al mismo paso hacian sus correrias ó las estorbaban, acompañando la caballería del pais con alguna

francesa, que cada dia se les entraba por Illa y otros puestos, con que los Reales tenian poco lugar de hacer salidas; bien que las intentaban, no juzgando la campaña por segura.

83. En este tiempo entendiendo la diputacion como la ciudad de Tortosa se habia puesto en manos del Rey Católico, y recibido sus armas contra el sentir universal del Principado, envió prontamente sobre ella al diputado Real Miguel Juan Quintana, para que juntando las gentes convecinas, ya por industria, ya por fuerza, tratáse de su recuperacion. Era Tortosa asaz conveniente á qualquier partido por ser paso del Ebro, á aquellos para defender entera su provincia, y á estos para tener un puente y una puerta que les aseguraba la entrada en ella.

84. Introduxo el diputado sus negocios, despachó sus convocatorias; pero habiendo llegado tarde y poco apercebido, finalmente (por obrar en cosa de que no tenia experiencia) tan presto se desconfió del artificio como del poder, siendo certificado en que los de adentro le armaban traicion por consejo del Tejada, dándole muestras de que-

rerle recibir pacífico; solo á fin de haberle á las manos y entregarle á los ministros Reales, que oficiosos les daban á entender era la suma fineza y obligacion, en que ponian á su Príncipe.

85. Retiróse luego, y volvió poco despues el Conseller en Cap de Barcelona D. Ramon Caldes con grueso número de infantería, y algunos caballos, á órden de Josef Dardéna: no les fué posible (ó no pensáron que les podria ser) embestir á Tortosa, espantados de su gran presidio; pero la corta fortificacion pudiera dar osadía á otra gente mas práctica (si quiera para emprenderlo). Retiráronse á la sierra, desde donde baxaban hácia el Coll del Alma, distante de la ciudad media legua; de esta suerte la fatigaban con escaramuzas de dia y alarmas de noche, sin daño, ni provecho de ninguna parte.

86. Pocos dias despues intentáron con algunas compañías de gente suelta quemar de noche el puente por esotra parte del rio; es de madera fabricado sobre barcas: prendió el fuego en algunas; pero siendo sentidos en la ciudad, saliéron con gran valor y cuidado á defendérselo: obraban los Catalanes como ig-

norando : no sabian hasta donde el peligro se dexa llevar de la suerte, ó donde esta se ha de trocar por aquel : desmayáron luego, pudiendo haber obrado mucho. En fin se retiráron rechazados por la mosquetería del presidio.

87. Los bergantines de D. Pedro de Santa Cilia, que en aquella sazon se hallaban en los Alfaques, avisados por el estruendo de las rociadas, subiéron por el rio y llegáron á tiempo de poner mayor espanto á los contrarios : arrimáronse á la orilla opuesta á la ciudad, y desde allí hiciéron apartar las mangas que venian en socorro de los incendiarios.

88. Dió la embestida causa á la fortificacion del puente, y tratáron de recogerle por la parte de afuera dentro de una medialuna defendida de traveses á un lado y otro, que venian á servir como de trinchera á ambos costados de la orilla ; quedando por entónces reparada contra otro acometimiento.

89. Tortosa, de quien hemos dicho y hablarémos adelante, es la primer ciudad y pueblo de Cataluña, y no siendo de las mayores de su provincia, goza el mayor obis-

pado, porque se entra en mucha tierra de Aragon y Valencia (célebre ya con la persona de Adriano Pontífice): no pasa su vecindad de dos mil moradores, es fértil y antigua; dicese ser fabricada de las ruinas de otra mas antigua poblacion nombrada Iberia, y fué uno de los lugares llamados de los Romanos Ilarcaones. No léjos le hacen espaldas los montes Idubédas (denominados así de Idubéda hijo de Íbero). Despues de varias vueltas y desvios fenecen ántes de mojarse en el Mediterráneo. El lado occidental de Tortosa se termina y extiende en la orilla de Ebro, famoso rio de España, casi padre de sus aguas, como de su nombre: nace en las montañas de Leon junto á las Asturias de Santillana, entre Reynosa y Aguilar de Campo, donde dicen Fuentibre, (que vale como Fuente de Ebro) sale, y bebiéndose las aguas de la provincia de Cámpos y los reynos de Navarra, Aragon y Cataluña, se dá á la mar en los Alfaques, distantes quatro leguas de Tortosa, llevando siempre su corriente apartada por igual de los Pirineos.

90. Deseaba el Marques de los Velez llegar con las cosas á estado que le fuese po-

sible salir de Zaragoza: era lo que por entónces le detenia mas, el despacho del tren y la artillería, para cuyo avio faltaban muchos géneros necesarios, porque como en España se hallase ya tan olvidado (ó por mejor decir perdido) el modo de la guerra, no sirviese el antigüo, y del moderno no gozasen todavia la provechosa disciplina, costaba mucho mas trabajo y precio hallar aquellas cosas pertenecientes al nuevo instituto militar, que en otras menores provincias acostumbradas á exércitos. No habia carros, y fué necesario fabricar unos, y remediar otros: no habia caballos, fué menester comprar mulas en gran cantidad: buscáronse en toda España, y aun de Francia fueron traidas algunas por Aragon y Navarra: faltaban condestables, minadores, petarderos y artilleros diestros: faltaba balería de todas suertes, tablazon, barcas, puentes, gruas, alquitran, brea, salitre, cánfora, azufre, azogue, mazas y confecciones sulfureas, granadas, lanzas, bombas, morteros, yunques, hierro, plomo, acero, cobre, clavos, barras, vigas, escalas, zapas, palas, espuertas, en fin todo género de maestranza competente al gran manejo de la arti-

llería. Lo uno se esperaba de Flándes, Holanda, Inglaterra y Amburgo, adonde se habia contratado: lo otro se buscaba en lo mas apartado de España, y habia menester largo tiempo para llegar: salir sin ello no era conveniente: el invierno ya entrado, los enemigos cuidadosos, prontos los auxîliares, marchando los socorros, todo lo consideraba el Marques, y todo lo sentia mas que lo remediaba, porque lo uno era propio, lo otro ageno.

91. Llegó alguna parte de las cosas esperadas con la venida del Xeli; pero él como extrangero ó poco activo, en todo procedia lentísimamente; con que al Velez se le añadian cada dia los cuidados de otros: hizo en fin marchar la artillería la vuelta de Valencia, por donde el camino era mas llano; aunque poco acomodado por su esterilidad: dividióla en dos trozos, el primero á cargo del teniente Arteaga; el segundo á órden de Ortelano, que exercia el mismo oficio en el castillo de Pamplona: siguiólos el Xeli con los mas oficiales de artillería: sucedió que marchando por los páramos de Valencia, como la tierra estuviese ya humedecida de las pri-

meras aguas, hallábase en partes pantanosa: faltáron tablones para esplanar ciertos pasos, rindiéronse á la violencia del tirar algunos carromatos: no se hallaban entre ellos sobresalientes de piñas, llantas y exes. Detuvóse el tren miéntras se acomodáron, y tardóse en remediarlo muchos dias: perdióse el tiempo de la marcha, notable suma de dineros en los fletes y sueldos de los que servian en los bagages: estimóse la pérdida en gran precio, la detencion no fué de menor costa á los designios. Escribióse este suceso casi indigno de historia, porque les sirva de enseñanza á ministros y cabos, que tienen el mando de las armas; donde se reconocerá fácilmente de quanta importancia sea en la guerra la prevencion aun de cosas tan pequeñas.

92. Dentro de pocos dias salió el Velez de Zaragoza; era el ocho de Octubre: habia despachado ántes de salir todos los oficiales del exército á sus tropas, que entre vivos y reformados hacian un copioso y lustroso número.

93. Goza el reyno de Aragon por antiguos fueros algunos privilegios, que ántes parecen acuerdos que gracias: es uno que ausente de

la ciudad de Zaragoza el Virey de Aragon, suceda inmediatamente en el mando universal el Gobernador (de cuyo oficio habemos dado breve noticia). Dexaba el Velez grandes dependencias en el reyno de cosas pertenecientes todavia al buen despacho del exército; y no dexaba de temer que puesto el gobierno en mano de natural, se procediese floxamente: era el Gobernador sobre mozo y no muy experto, asaz interesado en sangre y amistad con la nobleza catalana: todo le fué presente al Velez, y buscando modo de concertar la justicia y desconfianza del otro y suya, resolvió llevarle inventando alguna vana ocurrencia competente á su persona, para que su jornada se disculpase debaxo de un honesto motivo: no quiso comunicarle su resolucion, sino casi en aquella hora en que habia de partirse por no dar lugar á su excusa, obrólo con estudio, y le salió como queria. Tócale al Virey nombrar Lugarteniente, quando no asiste el Gobernador en la ciudad: dexó su poder al juez mas antiguo de la Audiencia Real: partióse con pequeña compañía y sin oficial alguno de la guerra, ú otra persona particular mas del Maestre de Campo

D. Francisco Manuel, á quien el rey habia enviado desde el exército de Cantabria, para que le asistiese.

94. Visitó algunos quarteles que se hallaban en el camino de Alcañíz, como Samper, Calanda y otros: el primer tercio que le ofreció obediencia, fué el de Portugueses, su Maestre de Campo D. Simon Mascareñas, caballero del hábito de San Juan, mozo en quien se anticipáron los frutos á las flores; tan temprano capitan como soldado: fueron los Portugueses los primeros á obedecerle, quizá no sin misterio, porque lo habian de ser tambien en despreciar su mando, como sucedió poco despues.

95. No paró el Velez por atender á ningun negocio, y en tres dias llegó á Alcañíz, famosa villa de Aragon y uno de los antiguos pueblos Edetanos, célebre en aquellas edades por vecino al campo, donde por Españoles fué muerto el Capitan Hamílcar. Yace en una eminencia, sirviéndole de espaldas el rio Guadalope, y frontero á las rayas de Cataluña y Valencia. Por merced de los reyes de Aragon le goza hoy la Órden militar de Calatrava en Castilla: era Alca-

ñíz lugar deputado para las Córtes convocadas á su corona, donde juntos residian esperándolas los ministros así de aquel reyno, como de su consejo, que asiste junto al rey.

96. Halló el Velez los negocios tocantes á las Córtes de tal suerte, como si verdaderamente el rey las hubiese de celebrar por su persona; cosa en que por entónces no se pensaba, ni se atendia á mas que entretener con aquella esperanza los ánimos de Aragoneses y Valencianos: con esto fué la primera diligencia del Marques prorogar el término de la convocacion. Luego se comenzó á tratar en el exército, disponiéndose una muestra general, para que con entereza se entendiese la calidad y cantidad de las fuerzas, y se usase de ellas segun su conocimiento.

97. De pocos dias llegado á Alcañíz el Marques recibió aviso y despachos reales, por donde se le encargaba el oficio de Virey, Lugarteniente y Capitan General del principado de Cataluña. Fué este el medio que se tomó para concertar diferencias y jurisdicciones de otros cabos, que habian de concurrir en diversos gobiernos, y era menester se uniesen todos debaxo de un solo imperio. Or-

denábale tambien el rey que despachase aviso en su nombre á Barcelona de su nuevo oficio ; no pareció decente escribir el príncipe á los que le desobedecian, ni tampoco olvidar la posesion de su dominio.

98. Á este mismo tiempo se dispuso que D. Francisco Garraf, Duque de Nochera, Virey entónces de Navarra, pasase luego á suceder al Velez en Aragon, y alojarse en Fraga, donde asistia el Montijo para hacer opósito á Lérida, entretanto que no se resolvia la segunda forma que ya pretendian dar á la guerra, y que de Navarra baxasen los tercios del Señor de Ablitas, y D. Fausto Francisco de Lodosa á cargo de D. Martin de Redin y Cruzate, Gran Prior de San Juan, y Maestre de Campo general de aquel reyno en ausencia del Rhó, pasado á Rosellon: que el Velez dexase en Aragon los mismos dos tercios que ya se estaban en Fraga para engrosar aquel trozo: que le acompañase la misma caballería que baxara desde Navarra; poco ántes á cargo del Comisario general Octavio Márquez: que su persona del Velez con todas las tropas y tercios entrasen en Tortosa: que allí se jurase Virey del prin-

cipado : que alojase el exército en los lugares vecinos , y pudiendo ser en los inquietos : que todo se executase con suma brevedad , porque de ella dependian los buenos sucesos.

99. Recibió el Marques la nueva dignidad con poca alegria , por sacrificarse á la obediencia Real ; tales son las dichas de los Grandes , que luego comienzan perdiendo el querer y el entender. Despachó al punto á Barcelona su pliego con cartas llenas de comedimiento : todos juzgáron la diligencia por vana , y él mas que ninguno , como mejor informado de los ánimos : disculpábase con ser mandado , y asi continuaba su obra en lo tocante al exército con aquel exceso , con que se aventaja el cuidado del dueño á los del siervo.

100. Entre tanto el rey Católico avisado del Velez desde Aragon y de Federico Colona , príncipe de Butera y Condestable de Nápoles , que gobernaba en Valencia , de como la salud pública de aquellos reynos pendia de la fé con que se esperaba y creia la venida de su Magestad á la funcion de sus Córtes : juzgó por conveniencia Real fomentar la credulidad de aquellos vasallos , dando

muestras mas eficaces de partir: á este fin se ordenó marchase su caballeriza á Zaragoza con la acostumbrada pompa y ceremonias: no habia otro pensamiento que abonar con las demostraciones sus promesas; pero como faltaba el espíritu de la voluntad para moverlas (espíritu sin quien no saben regirse los poderosos), todo se obraba sin brio ni sazon: por esto en un mismo tiempo y en unas mismas acciones se entendió fácilmente que todo habia de parar en amagos.

101. Era plática entónces constante en todos los hombres de discurso, que á la grandeza del rey Católico no podia ser decente salir y empeñarse en un negocio tan grande, sin que las cosas mostrasen primero á que parte se inclinaban; porque se podia contar, decian ellos, por miserable suceso en un príncipe llegar á ser testigo de sus propias injurias. Muchos casos no comprehende el juicio humano, en los quales, obrándose contrariamente, se topa con el acierto (este fué el uno), porque segun despues lo mostráron los acontecimientos, se conoce que si el rey Católico saliera en medio de todas las dudas, los negocios de aquellos reynos se acomodaran á su arbitrio.

102. Miéntras esto se pasaba en Aragon, recibiéron los Catalanes aviso de que las tropas enemigas que estaban en Fraga, Tamarit y por toda la frontera en oposicion á Lérida y Balaguer, se habian retirado la tierra á dentro, juzgando de ahí los hombres fáciles, que el rey persuadido de su razon ó por ventura de su temor, disponia las cosas como se habian pedido en el tratado de la paz. Esta nueva de gran gusto y honor á los principios se desvaneció en breve, porque volviendo á ser vistas las mismas tropas en la campaña, se entendió habian acudido á alguna órden particular; y fué la verdad de este suceso, que llamadas á la muestra general, dexáron los quarteles con la guarnicion necesaria. Esta es costumbre natural en todos aquellos que no han pasado por grandes cosas, alegrarse ó entristecerse fácilmente con los movimientos de su contrario; no puede ser mayor la miseria que llegar una provincia á estado, que su bien ó mal esté pendiente de la prosperidad ó fatiga de sus vecinos, y que aquel que pretende hacer la guerra á su enemigo, no fie en otras fuerzas que en la flaqueza del contrario: no aconsejo se desprecie

aquella observacion ; mas que no funde en solo accidentes agenos la confianza de cada uno.

103. Dispuestas las cosas segun la ocasion, y dexando algunas á cargo de D. Vicencio Ram de Montoro, Señor de Montoro, Comisario general de la infantería de aquella frontera, hombre de asaz industria y bondad, se partió el de los Velez á Aguasvivas (distante quatro leguas de Alcañíz), pequeño lugar de Aragon puesto á la falda de aquella montaña, que le divide de Valencia ; pequeño, mas famoso por el gran milagro que Dios obró en él, reservando sobre naturalmente la Sacrosanta Hostia de un incendio terrible que abrasó todo el templo, donde hoy se venera reedificado, y conservándola pura y cándida contra el órden natural por mas de doscientos años.

104. En este lugar asistió el Velez algunos dias miéntras que la infantería daba muestra, en lo que no se perdia instante, dándose despacho á dos tercios cada dia sin reparar en el tiempo, que con todo rigor lo estorbaba : no bastaban con todo su diligencia para que en la corte se creyese, que en aquel manejo se procedia con la actividad posible;

antigua costumbre de los grandes pensar que sus obras no deben respeto al tiempo, y que las execuciones son conseqüencias de su arbitrio, en que jamas puede haber falta. Con esta desconfianza fué despachado á Aragon D. Gerónimo de Fuenmayor, Alcalde de Corte de Valladolid, hombre agudo, para que ofreciéndose al Velez como enviado á ayudarle en el ministerio de reducir y castigar la gente que se huia del exército, sirviese juntamente de despertador á su condicion; que los que le enviaban allá, juzgaban por un poco detenida, y tambien fuese informando al Conde Duque de todo lo sucedido: hízolo D. Gerónimo, y si bien quisiera haber hallado algun desconcierto, ó descuido de que poder asirse, llegó á entender con experiencia, que el monstruoso cuerpo de un exército no puede moverse con ligeros pasos. El Velez conoció su comision y aun su artificio; y no sin industria le metia en las mismas dificultades, que quizá yá tenia vencido, dexándole luchar con las dudas con que habia peleado. Fuenmayor confuso entre los estruendos y violencias de cosas que jamas habia pensado, por instantes iba trocando el ze-

lo con que allí era venido. Suma maldad es de aquel que siente la inocencia de otro, porque le excusa del mérito de la acusacion, y freqüentísima en casi todos los que fiscalizan acciones agenas: juzgan por inútil su severidad, sino hallan materia de parecer justicieros, como el médico ó el piloto no se prueban sin dolor ó sin borrasca.

105. Ya el Marques trataba de partirse, porque la mucha tardanza de la respuesta de los Catalanes, en su mismo espacio daba á entender la floxedad de su obediencia; llegó en fin al cabo de veinte y dos dias.

106. Decian que habiendo hecho entre sí junta de Estados, hallaban ser cosa de gran peligro haber de entrar el nuevo Gobernador con armas, y de no menor el entrar sin ellas: que el rey les habia dado por su Virey al obispo: que pareceria accion de poca autoridad rehusar sin causa su eleccion: que ellos no habian pedido otro, ni se excusaban de obedecer á aquel: que los rumores públicos no estaban todavia olvidados: que era mucho de temer en tiempos de inquietud mudar tantas veces la forma de gobierno: que se suplicase á su Magestad lo quisiese mirar,

y mandar detener algo mas, porque entre tanto tomarian las cosas mejor camino.

107. Intentaban con esto los Catalanes detener algun espacio la furia de las armas, enseñándoles aquella distante esperanza de concordia para ganar tiempo y mejorar sus prevenciones, miéntras que no llegase el desengaño.

108. Empero el Velez, que ya no aguardaba su obstinacion ó su aplauso, mandó marchar los tercios en buen órden, sucediéndose unos á otros, y al costado izquierdo la caballería: mandó que entrando en Valencia volviesen despues sobre la una orilla del Ebro, y que sin pasarlo, aguardasen su llegada á Tortosa; como luego se executó llevando la vanguardia el regimiento Real, que gobernaba el Ribera. Es privilegio particular de aquellos regimientos ser los primeros en todos casos contra el órden militar de los mas exércitos de España; pudo fundarse en que siempre se forman de la mejor gente.

109. Como primero en las marchas, lo fué tambien en las ocasiones. Caminaba D. Fernando de Ribera, su teniente Coronel, por junto al rio Algas, que en aquella par-

te divide Aragon de Cataluña, y se entra en Ebro junto al lugar dicho Fayo. Viéronle temerosos los Catalanes de la otra parte, recelándose de la vecindad de su enemigo: comenzáron á juntarse en tal número que podian provocarlos; pero no resistirlos: baxáron á la orilla, disparando á los soldados algunas rociadas de mosquetería, y mucho mayor ruido de injurias y feas palabras contra la persona del rey y ministros; ménos ocasion era bastante para dispertar la ira de aquellos que ya les oian coléricos; la codicia tambien concitaba como la queja: arrojáronse al agua muchos sin órden ni respeto á sus oficiales, y esguazando el rio, entráron en los lugares opuestos con poca dificultad: matáron, robáron y abrasáron gentes, casas y pueblos; escapó mal de las llamas la iglesia Acudió D. Fernando á recoger los suyos, mas con temor de lo venidero, que escandalizado de lo sucedido: redúxolos á estotra parte del rio, marchó á sus quarteles, no sin alguna vanidad de que sus gentes fuesen las primeras que hubiesen derramado sangre del enemigo en esta corta ocasion.

110. Siguiéron á este los otros tercios,

y alojados todos segun la cortedad del pais, faltaba solo la entrada del Marques en Tortosa para dar principio á la guerra. Esto mismo le llevaba por las cosas con gran deseo de darles fin: salió de Aguasvivas y de Aragon, entró en Valencia por San Mateo, dió órden que le siguiese el tren que allí habia hecho alto, se alojó en Morella, pasó á Triguera, y desde allí á Ulldecona, primer lugar del principado; detúvose en él pocos dias, previniendo su entrada en Tortosa: viniéron á Ulldecona el Bayle general, el obispo de Urgel y otros algunos caballeros de la devocion del rey, y porque luego queria mostrar á los Catalanes fieles é infieles el poder de su príncipe, determinó entrar acompañado de armas. Esperábanle en unos llanos que yacen entre aquel lugar y Tortosa, el Comisario general de la caballería ligera Filangieri con quinientos caballos, formados sus batallones; eran aquellas tropas las mejor montadas y gobernadas del exército, y con su bizarría y ceremonias de la guerra hacian una agradable y temerosa vista, segun los ojos de los que las miraban Pasó el Velez, y repartiéndose en varias formas militares todo aquel cuerpo

de gente, ocupando vanguardia, retaguardia y costados, le lleváron en medio hasta junto al puente, donde lo aguardaba el Magistrado de la ciudad (es de tres diputados de diferentes suertes) con los oficiales de su cabildo, y con toda aquella pompa á que se extiende la autoridad de una pequeña república.

111. Recibiólos el Marques á caballo y con gran demostracion de alegria: habló uno de ellos brevemente, alabando la fidelidad de su ciudad, el amor y reverencia que en medio de los alborotos pasados habian conservado á su rey: dixo de lo que ofrecian hacer y padecer por su causa: encomendó la templanza de parte de los soldados, y sobre todo pidió misericordia á su patria perturbada de algunos.

112. Á todo satisfizo el Velez con gravedad y compasion; afectos que le costaban poco, siéndole naturales: agradecióles su ánimo: empeñóles la grandeza de su rey para la satisfaccion, y su diligencia para procurársela: tráxoles á la memoria la sangre catalana con que se honraba: habló de la estimacion del nuevo cargo de su principado, y difirien-

do lo mas para su tiempo, hizo su entrada acompañado de los suyos, y atravesando el puente ocupó la ciudad. Eran muchas las gentes que concurrian á verle; bien que con diferentes corazones, porque unos le miraban como salud, otros como muerte. Caminó á la sede, donde le aguardaban el Cabildo eclesiástico y su obispo electo fray Juan Bautista Campaña, General que habia sido de la Familia Franciscana, á quien el rey enviara ántes de consagrado, porque ayudase á la reduccion de aquel pueblo.

113. Habíanse convocado (segun costumbre de los Catalanes) con edictos públicos los Síndicos y Procuradores del principado para el acto del juramento en Tortosa: acudiéron solamente aquellos, cuyos lugares estaban mas expuestos al castigo de la desobediencia; y aun en ellos se conocia que no los traxera el amor, sino el miedo. Con estos y algunos jueces naturales, que desde la corte venian á este efecto, y con las personas del obispo de Urgel, prelado y ministro, el Bayle general y el magistrado de Tortosa, hiciéron como se representase todo el cuerpo y estados de la provincia, supliendo la regalia del

príncipe qualquier defecto ó nulidad que los ausentes repitiesen, y con las ceremonias usadas entre ellos delante de notario y testigos juró el Velez en manos del Urgel en la misma forma que los Vireyes pasados, prometiendo de guardar sus fueros sin quebrantar ninguno, como en tiempos de la paz lo hacian sus antecesores.

114. La forma de aquel juramento habia sido ventilada de muchos dias ántes, porque siendo constante que el ánimo de los ministros Reales y sus disposiciones parecia encontrada á lo que era fuerza prometerse; paraba toda esta duda en un escrúpulo vivo que el Velez padecia con grande afecto, y como si solo sobre su conciencia cargase el peso de aquella cautela, varias veces lo trató y propuso á su confesor fray Gaspar Catalan, religioso de Santo Domingo, varon de estimadas letras y virtudes en Aragon; en fin se halló modo decente para concertar aquellos puntos que parecian contrarios, jurando de guardar (como se ha dicho) sus libertades y privilegios al Principado; miéntras el Principado siguiese obediente las órdenes de su rey. Sobre esta cláusula tácita ó expresa, asen-

tó la forma del juramento sobredicho, con que el Velez se dió por seguro, y los ministros de la provincia entónces por satisfechos.

FIN DEL LIBRO TERCERO.

HISTORIA DE LOS MOVIMIENTOS, SEPARACION Y GUERRA *DE CATALUÑA.*

LIBRO QUARTO.

SUMARIO.

Progresos de las armas, miéntras el Velez asistia en Tortosa. Tómas de las villas y pasos de Xerta, Aldover y Tivenys. Primera forma del exército en campaña. Gánase el Perelló. Envestida y toma del Coll de Balaguer. Retírase el Conde de Zavallá. Sitio de Cambrils. Razon del caso de los rendidos. Muerte del Baron de Rocáfort. Ocúpase el Campo de Tarragona. Asalto de Villaseca. Sitio del fuerte de Salou. Frente sobre Tarragona. Negociaciones con Espernan. Retirada del pendon y Conseller. Entrega de la ciudad. Suceso de Portugal. Alojamiento del exército.

1. Érales notoria á los Catalanes la órden Real, de que el Marques de los Ve-

lez se jurase en Tortosa de Virey del principado, y juzgando que con todas sus fuerzas é industria debian obstar la celebracion y justificacion de aquel acto, declarando su violencia. Juntáronse en consistorio la Diputacion, Concejo Sabio y conselleres, donde resolviéron que la ciudad de Tortosa y todos los pueblos que siguiesen su parecer, fuesen solemnemente segregados del principado y reputados como extraños y enemigos, privando á los moradores de sus privilegios y union de su república, inhabilitándolos para qualquier oficio de guerra ó paz. De esta suerte comenzáron á obrar, no tan solamente por castigo del apartamiento de Tortosa, sino tambien para que con esta prevencion se excusase el derecho que el Velez podia alegar en su juramento; como si las grandes contiendas de príncipes ó naciones pudiesen sujetarse á los términos legales, siendo cierto que los intereses del imperio pocas veces obedecen sino á otro mayor.

2. No olvidaban por estas diligencias políticas otras que mas prácticamente miraban á la defensa; ántes con prontitud, por atajar los progresos de los invasores, ordenáron

que el Maestre de Campo D. Ramon de Guimerá con el tercio de Momblanc que gobernaba, fortificase la villa de Xerta y los pasos de Aldover junto á Ebro en el márgen opuesto á Tortosa, con que se quitaba á los Reales la comunicacion por agua y tierra con los lugares de Aragon: y de la misma suerte fué enviado D. Josef de Biure y Margarit con el tercio de Villafranca para guardar el paso de Tibisa, que era el segundo puerto despues del Coll de Balaguer, y que D. Juan Copons, caballero de San Juan, con el regimiento de la veguería de Tortosa guarneciese á Tivenys, lugar casi en frente de Xerta, del mismo lado de la ciudad y distante de ella dos leguas: que los tres se socorriesen en los casos de necesidad, á quienes habian de ayudar y seguir algunas compañías de los que llaman miquelets, á cargo de los Capitanes Cabáñas y Caséllas. Eran entre ellos los miquelets al principio de la guerra la gente de mayor confianza y valor; bien que sus compañías no parecian mas de una junta de hombres facinerosos, sin otra disciplina ó enseñanza militar, que la dureza alcanzada en los insultos, terribles por ellos á los ojos de los

pacíficos: tomáron el nombre de miquelets en memoria de su antiguo Miquelót de Prats, compañero y cómplice del Duque de Valentinois y sus hechos, hombre notable en aquellos tiempos de Alexandro Sexto y D. Fernando el Católico en la guerra de Nápoles. Ántes fueron llamados almogavares, que en antiguo lenguage castellano (ó mezcla de Arábigo) dice gente del campo, hombres todos prácticos en montes y caminos, y que profesaban conocer por señales ciertas, aunque bárbaros, el rastro de personas y animales.

3. Parecióles á los Catalanes en medio de todos los movimientos referidos, que el mas cierto camino para asegurar la defensa de su república, era acudir á Dios, á cuyo desagravio ofrecian sus peligros; y bien que fuese piedad ó artificio (ó todo junto), ellos mostraban que en sus cosas la honra de Cristo tenia el primer lugar. Con esta voz se alentaban y prevenian á la venganza.

4. Son los Catalanes, aunque de ánimo recio, gente inclinada al culto divino, y señaladamente entre todas las naciones de España, reverentes al Santísimo Sacramento del Altar. Sentian con zelo cristiano sus ofen-

sas : con este motivo , y tambien por hacer su causa mas agradable á la cristiandad , previniendo excusar el pregon de desleales, exâgeraban su dolor en declamaciones y papeles. Pretendiéron hacerle mas solemne, y á este fin celebráron fiestas en todas las iglesias de su ciudad por desagravio y alabanza de Dios Sacramentado y ofendido : juzgáron por cosa muy á propósito dar á entender al mundo, que al mismo tiempo que las banderas del rey Católico y sus armas les intimaban guerra, se ocupaban ellos en alabar y reverenciar los misterios de nuestra fe, porque cotejándose entónces en el juicio público unas y otras ocupaciones , se conociese por la diferencia de los asuntos la mejora de las causas.

5. Proseguian en sus festividades quando el tiempo les traxo otra ocasion asaz útil á sus justificaciones. Llegó el dia de San Andres el treinta de Noviembre , en el qual por uso antiguo la ciudad de Barcelona muda y elige cada año los conselleres, de quienes se forma (como diximos) su gobierno político. Muchos eran de opinion se disimulase aquella vez la nueva eleccion , atento á los accidentes de la república , entre los qua-

les (como en el cuerpo enfermo) parecia cosa peligrosa introducir mudanzas y nuevos remedios: añadian que se debia prorogar el año sucesivo á los mismos conselleres que acababan, de cuyos ánimos ya la patria habia hecho experiencia: que era un nuevo modo de tentacion á la fortuna (ó á la Providencia), estando sus negocios conformes y bien acomodados, desechar los instrumentos con que habian obrado felizmente, y buscar otros, de cuya bondad no tenian mas fiador que su confianza. Pero los mas eran de parecer, que en tiempo que tanto afectaban la entereza de sus estatutos y ordenanzas, por cuya libertad ofrecian la salud comun, no habian de ser ellos mismos los que comenzasen á interrumpir sus buenos usos: que entónces les quedaba justa defensa á los Castellanos, diciendo, que la misma necesidad que les obligaba á mudar la forma de su gobierno, los habia forzado á ellos á que se la alterasen: que los ánimos de los naturales eran así en el servicio de la patria, que no podria la suerte caer en ninguno que dexase de parecer el que espiraba: que los presentes estaban ya seguros; aunque no fuese tanto por

su virtud, como por lo que habian obrado: que era necesario eslabonar otros en aquella cadena de la union por hacerla mas fuerte y dilatada: que los que nuevamente entran en el combate, sacan mayores alientos para emplear en la lid: que esos que seguian sus conveniencias, dependientes de las dignidades, por ventura afloxaban, ó con lo que ya poseian, ó por lo que no esperaban; como es cierto que al sol adoran mas hombres en el oriente que en el ocaso. Esta voz arrimándose al uso que en ellos se convierte en naturaleza, templó la consideracion de los primeros: celebróse en fin la ceremonia sin alterar su costumbre antigua.

6. Fueron nombrados en suerte por nuevos conselleres de Barcelona Juan Pedro Fontanella, Francisco Soler, Pedro Juan Rosel, Juan Francisco Ferrer, Pablo Salinas: el primero y tercero ciudadanos, el segundo caballero, el quarto mercader, y oficial el quinto: tambien en el Concejo de ciento se acomodáron algunos sugetos capaces segun las materias presentes, con que la ciudad quedó satisfecha y gozosa.

7. Hecha la eleccion, se vino á tocar

una dificultad grande en que no habian reparado á los principios: era costumbre no introducirse los electos en el nuevo mando sin la aprobacion del rey: parecia cosa impracticable en medio de las discordias que se padecian, cumplir con aquella costumbre, en que se consideraba mucho mas de vanidad que de justificacion: todavia resolviéron en enviar despachando su correo á la corte, de la misma suerte que lo hacian en los años de quietud; de este modo daban á entender, que solo se desviaban de la voluntad de su rey en aquella parte tocante á la defensa natural, que hace lícito al esclavo detener el cuchillo con que el Señor pretende herirle; pero que en lo mas el rey Católico era su príncipe y ellos sus vasallos. Llegó el correo á Madrid, y su humillacion tan poco esperada de los Castellanos, no dexó de renovar algunas esperanzas de remedio: confirmóseles en todo su propuesta tambien en la forma antigua, y en pocos dias volvió á Barcelona respondido.

8. No dexaban los cabos catalanes, fortificados en los lugares vecinos á Tortosa, de molestar toda aquella tierra con correrias y asaltos, impidiendo particularmente la con-

duccion de víveres á la ciudad, y el despacho de los correos que se encaminaban á diferentes partes de Aragon y Valencia; era esto lo que daba mas cuidado al Tejada que gobernaba la plaza. Llegó el Velez, y le propuso como se debia remediar aquel daño con prontitud, ántes que el enemigo se engrosase: pareció conveniente á los Generales su advertimiento, y que el mismo Gobernador de la plaza se debia emplear en aquella primera faccion, por la ventaja que tenia en sus noticias, tambien por ser D. Fernando uno de los Maestres de Campo mas prácticos del exército: con esto se satisfizo á la pretension de D. Fernando de Ribera, que como dueño de las vanguardias entendia ser el que primero fuese empleado.

9. Salió el Tejada de Tortosa al anochecer con mil y quinientos infantes escogidos de su tercio y otros muchos aventureros ó voluntarios, y doscientos caballos, cuyos Capitanes eran D. Antonio Salgado y D. Francisco de Ibarra: pasó el puente del Ebro, y en buena ordenanza conducidos por el Sargento mayor de Tortosa Josef Cintis, de nacion Catalan, marcháron la vuelta de Xer-

ta : movióse la gente con espacio midiendo el paso, el tiempo y el camino (primera observacion de los grandes soldados en las interpresas) : llegáron los batidores á encontrarse con las centinelas del enemigo : tocóse al arma en el cuerpo de guardia vecino al lugar de Aldover, distante de Xerta media legua, y reconocido el poder de los Españoles, á quien hacia mas horrible su temor y la confusion de la noche, desampararon unas y otras trincheras los Catalanes, subiéndose á la eminencia, que por parte de mano izquierda les cubre y ciñe la estrada. Eran baxas las fortificaciones en aquel paso, y sobre baxas mal defendidas : no hubo dificultad en ganárselas, saltólas sin trabajo la infantería, y con un poco mas la caballería: tocábanse vivamente alarmas por toda la montaña : D. Fernando juzgándo ser ya descubierto, mandó se marchase mas aceleradamente, por no dar lugar á que el enemigo se previniese ó se escapase : llegáron primero los Catalanes que se retiraban de los puestos que no habian defendido, y haciendo creer á los de Xerta, que todo el exército contrario les embestía por dar mejor disculpa á su miedo, acordáron de retirarse

á gran priesa: hiciéron fuegos (señal constituida entre ellos para avisarse del peligro y ordinaria en las retiradas): pasáron el rio los mas en barcos, con que se hallaban temerosos de aquel suceso. Llegó el Tejada sobre la villa á tiempo que el Guimerá que la gobernaba, y casi todo el presidio se habia retirado á esotra parte: constaba su defensa de trincheras cortas é informes, de algunas zanjas y árboles cortados esparcidos por la campaña; todo cosa de mas confianza á los bisoños, que de embarazo á los soldados diestros. D. Fernando que ignoraba lo que los de adentro disponian, hizo tomar las avenidas, dobló allí su gente, dió órden de embestir á algunas mangas, abriólas á los lados, y metió la caballería en medio por atropellar la puerta, si acaso la abriesen para alguna salida: embistió el lugar nunca murado, y entónces sin presidio: ganóle como le quiso ganar: pereciéron muchos de los que su olvido ó su valor habia dexado dentro: retiráronse algunos moradores á la iglesia, y fueron guardados en ella salvas las vidas: robóse la hacienda sin reparar en lo sagrado, porque la furia de los soldados no obedeció á la religion en la

codicia, como yá en la ira le habia obedecido; parece que aun estotro es mas poderoso afecto en los hombres. Ardió brevemente gran parte de la villa: fué considerable el despojo. Era Xerta lugar rico, y sobre todos los de aquella ribera ameno y deleytable, bañado de las aguas de Ebro. Parecióle á D. Fernando pasar adelante, dexándole guarnecido, por ver si acaso topaba al enemigo en la campaña; pero los soldados mas atentos á la pecorea que al son de las caxas y trompetas, siguiéron pocos, y en desórden: baxáron algunos Catalanes á la orilla opuesta, y desde las matas con que se cubrian, daban cargas con pequeño daño de los que las recibian. Volvióse á Xerta D. Fernando, donde halló ya quinientos Walones que se le enviaban de socorro, y habian de quedar de guarnicion: acomodólos, y sin esperar órden del Velez, tocó á recoger, y encaminó su marcha hácia Tortosa.

10. Era grande el enojo con que los Catalanes miraban arder su pueblo: deseaban vengarse, y notando que la gente se habia retirado, quisiéron que el Guimerá pasase otra vez sobre Xerta; no le pareció conve-

niente sin otra prevencion, y era sin duda que la hubieran perdido y cobrado (si pasasen) en el mismo dia. Ordenó á D. Ramon de Aguaviva, que con cien hombres de los miquelets atravesase la ribera y descubriese al enemigo, reconociendo el modo de guarnicion y fuerza del lugar: executólo con valor y tan buen órden, que el capitan y los suyos se entráron en la villa por varias puertas que salian á la campaña, sin que fuese sentido de los Walones, que ocupados todos en la rebusca de los despojos, no advertian su peligro. Ocupáron los miquelets algunas casas, desde donde cargando súbitamente sobre los del presidio, matáron muchos: fué grande el espanto, y algunos se persuadian que era traicion ó motin: tocáron al arma con notable estruendo: volvió á socorrerlos el Tejada que iba marchando: saliéron los Walones inadvertidamente á la campaña, donde ya se hallaban muchos de los Catalanes que se retiraban, inferiores en número, aunque iguales en desórden. Entró en esto la caballería, y revolviéndose entre ellos con velocidad, jamas los dexó formar: embistiéronse los infantes unos á otros con asaz valor: murió D. Ramon de

Aguaviva, pasado de dos balazos, caballero ilustre Catalan, y el primero que con su sangre compró la defensa y libertad de la patria. Los otros puestos en huida, pocos alcanzáron el rio, casi todos fueron muertos, y algunos cayéron en prision.

11. Á los clamores de Xerta acudió la mayor parte de los soldados vecinos del cargo de Margarit; pero en tiempo que no podian servir á la venganza ni al remedio: los moradores de aquella tierra, oprimidos de la impaciència ordinaria, en que son iguales quantos ven perder sus bienes sin poder remediarlo, soltáron muchas razones contra los cabos catalanes: este escándalo y el temor de la causa de él, los puso en cuidado de que podrian ser acometidos en sus mismas defensas: acudiéron luego á engrosar la guarnicion de Tivenys hasta dos mil hombres: sus mismas prevenciones servian de aviso á los cabos Católicos, considerando tambien que los Provinciales determinaban rehacerse, para que saliendo el exército de Tortosa, cargasen sobre ella y ofendiesen su retaguardia. Dispúsose prontamente el remedio, y se ordenó que el Maestre de Campo D. Diego Guardiola, tenien-

te Coronel del Gran Prior de Castilla con su regimiento de la Mancha y algunas compañías de gente vieja y dos de caballos, sus Capitanes Blas de Piaza y D. Ramon de Campo, obrase aquella interpresa. Executóse, mas no con tanto secreto que los Catalanes no recibiesen aviso de algun confidente: parecióles dexar el lugar de poca importancia, y por su sitio, irreparable contra la fuerza que esperaban: retiráronse á Tibisa un dia ántes de acometerle el Guardióla; pero él creyendo lo mismo para que fuera mandado, aunque no le faltaban algunas señales por donde podia entenderse la retirada, repartió su gente en dos trozos; eran dos los caminos de Tivenys, y aun por junto al rio mandó algunos caballos: tomó con su persona el camino real, formó su esquadron ántes de llegar á la villa, hasta que D. Cárlos Buil, su Sargento mayor que gobernaba el segundo esquadron, se asomó por unas colinas eminentes al lugar. Hizo señal de embestir, acometió, y ganó las trincheras desiertas, y D. Cárlos baxando por la cuesta, peleaba con la misma furia y estruendo, como si verdaderamente el lugar se defendiese; no habia otra

resistencia que su propio antojo, porque no creyendo ó no esperando la retirada del enemigo, temian de la misma facilidad con que iban venciendo. Ocupóse la villa, y se dexó de allí á pocos dias.

12. Entre tanto el Velez trabajaba grandemente por introducir en el principado la noticia de un edicto Real, que le fuera enviado impreso desde la corte, solo á fin de hacerle público, contra la industria de los que mandaban en Cataluña, por donde la gente plebeya entrase en esperanzas del perdon y en temor del castigo.

13. Contenia, que el rey Católico habiendo entendido que los pueblos del principado engañados y persuadidos de hombres inquietos, se habian congregado en deservicio de su Magestad, por lo qual en Cataluña se experimentaban muchos daños costosos á la república, y que deseando como padre el buen efecto de la concordia, y certificado de la violencia con que habian sido llevados á aquel fin, queria dar castigo á los sediciosos, y á los mas vasallos conservarlos en paz y justicia: que les ordenaba y mandaba, que siéndoles notorio aquel bando, se apartasen

y segregasen luego, reduciéndose cada uno á su casa ó lugar, sin que obedeciesen mas en aquella parte, ni en otra tocante á su union, á los magistrados, conselleres ó diputacion, ó á otra alguna persona, á cuyo respeto pensasen estar obligados: que no acudiesen á sus mandados ó llamamientos: que de la misma suerte no pagasen imposicion ó derecho alguno antiguo ni moderno, de que su Magestad les habia por relevados: que realmente perdonaba todo delito ó movimiento pasado: que prometia debaxo de su palabra satisfacerlos de qualquier persona, de que tuviesen justa queja pública ó particular. Y que haciendo lo contrario, siéndoles notoria su voluntad y clemencia, luego los declaraba por traydores y rebeldes, dignos de su indignacion, y condenados á muerte corporal, confiscacion de sus bienes, desolacion de sus pueblos, sin otra forma ni recurso, mas que el arbitrio de sus Generales, y les intimaba guerra de fuego y sangre como contra gente enemiga.

14. Este bando, introducido con industria en algunos lugares, no dexó de causar gran confusion, y mas en aquellos, que solo

amaban su conservacion sin otro respeto, y creian que el seguir á sus naturales era el mejor medio para vivir seguros. Algunos lugares vecinos á Tortosa, que miraban las armas mas de cerca, temiéron ser primeros en los peligros: la villa de Orta y otros enviáron á dar su obediencia al Velez, pidiéndole el perdon y excusándose de las culpas pasadas. Pudiera ser mayor el efecto de esta negociacion, si los Catalanes con vivísimo cuidado no se previnieran de tal suerte, que totalmente se ahogó aquella voz del perdon que los Españoles esparcian, porque no tocase los oidos de la gente popular inclinada á novedades, y sobretodo á las que se encaminan al reposo. Consiguiéronlo felizmente, porque exâminados despues muchos de los rendidos, certificaban no haber jamas entendido tal perdon; ántes todos señales y exemplos de impiedad y venganza.

15. Ellos tambien, no despreciando la astucia de los papeles que algunas veces suele ser provechosa, hiciéron publicar otro bando, escrito en el exército Católico, en que prometian que todo soldado que quisiese pasar á recibir servicio del Principado

(no siendo Castellano), seria bien recibido y pagado ventajosamente; y que á los extrangeros que deseasen libertad y paso para sus provincias, se les daria debaxo de la fe natural con la comodidad posible; cosa que en alguna manera fué dañosa, y lo pudiera ser mucho mas, si (como sucede en otros exércitos) el Real constase de mayor número de naciones extrañas.

16. Despues de esto se despacháron órdenes á todos los lugares de la ribera del Ebro, porque estuviesen cuidadosos de acudir á defender los pasos donde podian ser acometidos; pero la gente vulgar bárbaramente confiada en la noticia de aquel exército Real, era corto para grandes empresas, despreciaban ó mostraban despreciar sus avisos, lisonjeados de su pereza aun mas que engañados de su ignorancia.

17. Entendia el Velez entre tanto en acomodar las cosas de la proveeduria del exército: dábanle á entender hombres prácticos, que aun despues de ganado el Coll de Balaguer, les habia de ser casi imposible la comunicacion de Tortosa, porque no se podrian aprovechar del manejo de los víveres

sin gruesos convoyes, ó guardias de gente, porque los Catalanes acostumbrados, aun en la paz á aquel modo de guerra, no dexarian de usarla en gran daño de las provisiones. Habíase encargado el oficio de Proveedor general á Gerónimo de Ambes, hombre inteligente en varios negocios de Aragon; pero como hasta entónces estuviese ignorante de la naturaleza de los exércitos que no habia tratado, no sabia determinarse en hacer las larguísimas prevenciones de que ellos necesitan, que todas penden de la providencia de uno ó de pocos oficiales. No se puede llamar práctico en una materia aquel que solo la ha tratado en los libros ó en los discursos: allí no se encuentran con los accidentes contrarios, que á veces mudan la naturaleza á los negocios: una cosa es leer la guerra, otra mandarla: ningun juicio la comprehendió aun dentro en las experiencias, quanto mas sin ellas: tampoco guardan entre sí, regulada proporcion, las cosas grandes con las pequeñas: el que es bueno para capitan, ni siempre sale bueno para gobernador: como el patron de una chalupa no seria acomodado piloto de una nave; trabajosa ciencia

aquella que se ha de adquirir á costa de las pérdidas de la república.

18. Habíase ofrecido D. Pedro de Santa Cilia para que con los bergantines de Mallorca, que gobernaba pocos ménos de veinte, diese el avio necesario al exército, pensando poderle ministrar los bastimentos desde Vinaróz y los Alfaques, principalmente el grano para sustento de la caballería; pero en esto se consideraban mayores dificultades por la natural contingencia de la navegacion, y mas propiamente en aquel tiempo, en que de ordinario cursan los levantes del todo contrarios para pasar de Valencia á Cataluña: despues lo conociéron quando no podian remediarlo.

19. Faltaba solo para salir á campaña la última muestra general, y se habian convocado los tercios á este fin: desde los quarteles donde se alojaban, fueron traidos á la campaña de Tortosa, donde con trabajo grande se acomodáron, miéntras se pasaba la muestra: pasóse, y se halláron veinte y tres mil infantes de servicio, tres mil y cien caballos, veinte y quatro piezas, ochocientos carros del tren, dos mil mulas que los tiraban,

doscientos y cincuenta oficiales pertenecientes al uso de la artillería.

20. La infantería constaba de nueve regimientos bisoños, encargados á los mayores señores de Castilla, quatro tercios mas de gente quintada, uno de Portugueses, otro de Irlandeses, otro de Walones; el regimiento de la guardia del Rey, el tercio que llamaban de Castilla, el de la provincia de Guipuzcoa, y el de los presidios de Portugal, con algunas compañías italianas en corto número. La caballería se repartia en dos partes, la de las Órdenes militares de España (excepto las Portuguesas), todas hacian un cuerpo que gobernaba el Quiñones, su Comisario general D. Rodrigo de Herrera, en número de mil y doscientos caballos, con oficios á parte, todos caballeros de diferentes Órdenes. En las elecciones de capitanes no entró todo aquel respeto, que parece se debia á cosa tan grande: eran mozos algunos, y otros inferiores á la grandeza del puesto; bien que algunos suficientes. Concurrian tambien con la caballería los estandartes de sus Órdenes, llevados, no por los Clavarios á quienes tocaban, sino por caballeros particulares:

D. Juan Pardo de Figueroa fué encargado del de Santiago; los dos no advertimos: despues por consideraciones justas se dexáron venerablemente depositadas aquellas insignias en un convento de San Bernardo en Valencia, y los tres caballeros seguian la persona de su Gobernador.

21. La otra caballería mandaba el San Jorge y Filangieri: asistíale Juan de Terrasa, el año ántes su Comisario general, que entónces se hallaba sin exercicio.

22. La Veeduria general del exército ocupaba D. Juan de Benavides: la Contaduria Martin de Velasco: la Pagaduria D. Antonio Ortiz; y por Tesorero general Pedro de Leon, secretario del rey, en cuya mano se entregaba todo el dinero del exército, y allí se separaba y salia dividido para los diferentes oficiales del sueldo que concurrian.

23. Pareció que con esto se hallaban vencidas las dificultades de aquella gran negociacion; bien que la mas poderosa se reconocia invencible: era la sazon del tiempo irrevocablemente desacomodada á la guerra que determinaban comenzar; pero fiando en la benignidad del clima español, ó (lo que es

mas cierto) pensando que su poder no hallaria resistencia , temian poco la campaña y rigores del invierno , porque esperaban hallar agasajo en los pueblos, y que la descomodidad no duraria mas que lo que el exército tardase en llegar á Barcelona.

24. Dispuesta ya la salida del exército, llegó aviso de como el enemigo , previniendo sus intentos , habia zanjado algunos pasos angostos en el camino real del Coll , á fin de impedir el tránsito de la artillería y bagages : ordenó el Velez que Felipe Vandestraten, Sargento mayor de Walones , uno de los soldados de mas opinion del exército , y Clemente Soriano , Español , en puesto y reputacion nada inferior al primero , con doscientos gastadores , trescientos infantes y cincuenta caballos saliesen á reconocer los pasos , acomodar las cortaduras y desviar los árboles , porque la caballería y tren no hallasen embarazo.

25. Saliéron y executáron cumplidamente su órden : baxáron á impedírselo algunas pequeñas tropas de gente suelta , que el enemigo traia esparcida por la montaña : fueron poco considerables las escaramuzas : acabáron

su obra, y se volviéron dando razon y fin de lo que se les habia encargado.

26. Entendióse con su venida como en el Perelló, lugar pequeño, mas cerrado, puesto en la mitad del camino, se alojaban con alguna fuerza los Catalanes, que no debia ser poca, pues ellos mostraban querer aguardar allí al primer ímpetu del exército. Con esta noticia fué segunda vez enviado el Vandestraten con mayor poder de infantería y caballería, para que ganase los puestos convenientes al paso del exército, que habia de mantener hasta su llegada; y si la ocasion fuese tal, que sin perder su primer intento, pudiese inquietar al enemigo, lo procurase: que el exército seguia su marcha, y le podia esperar consígo dentro de dos dias.

27. Vandestraten tomó su primer camino, y topando algunas tropas de caballos catalanes, los rebatió sin daño: eligió los puestos, y ocupó una eminencia superior al lugar y estrada que baxa á Tortosa: mandó que algunos caballos é infantes se adelantasen á ganar otra colina, que aunque desviada, divisaba toda la campaña hasta el pie del Coll, por donde era fuerza pasasen descubiertos los

socorros á Perelló; en fin disponiéndolo todo como práctico, avisó al Velez de lo que habia obrado.

28. Los Catalanes viendo ya las armas del rey señoreando sus tierras, puestas como padrones (que denotaban su posesion) en los lugares altos, entráron en nuevo furor: despachaban correos á Barcelona, desde donde salian órdenes, avisos y prevenciones á toda la provincia: no se descuidaba el Vandestraten de inquietarlos, solo á fin de saber que fuerza tenian; pero ellos cuerdamente se retiraban, tanto á su noticia, como á su daño. Algunos caballos catalanes de los que salian á la ronda, embistiéron el cuerpo de guardia puesto en la colina: fué socorrido de los Españoles, y no se aventuráron otra vez temerosos de su fuerza.

29. La guarnicion del Perelló constaba de alguna gente colecticia de los lugares comarcanos sin cabo de suficiencia, y ellos sin otra disciplina que su obstinacion, mas firme en unos que en otros: parte de ellos esperando por instantes ser acometidos, se escapáron valiéndose de la noche: á estos siguiéron otros; todavia quedáron pocos, á quienes

sin falta detuvo, ó el temor, ó ignorancia de la salida de los suyos.

30. Era el aviso del Vandestraten el último negocio que se esperaba para la salida del exército: recibióle el Velez con satisfaccion, y señalóle el dia viernes siete de Diciembre del año mil seiscientos y quarenta; dia que por notable en el tiempo, debe ser nombrado en todos siglos (cuya recordacion será siempre lastimosa á los descendientes de Felipe) y año memorable de su imperio, vaticinado de los pasados, temido de los presentes, fatal el año, fatal el mes, y la semana. El sábado primero de Diciembre perdió la corona de España el reyno de Portugal, como dirémos adelante: el viernes siete de Diciembre perdió el principado de Cataluña, porque desde aquella hora que se usó del poder por instrumento de la justificacion, se puso la justicia en manos de la fuerza, y quedó la sentencia á solo el derecho de la fortuna. Notable exemplar á los reyes, para poder templarse en sus afectos. Perdió D. Felipe el Quarto ántes de guerra ó batalla dos reynos en una semana.

31. Habíase pensado sobre si podria ser

conveniente, que desde Tortosa se repartiese el exército en dos partes, llevando la una el camino del Coll, y la otra el de Tibisa, porque la marcha se hiciese mas breve; pero cesó luego esta plática, entendiéndose que el enemigo estaba ventajosamente fortificado en el paso del Coll, y era mas seguro embestirle con todo el grueso del exército: de esta suerte ajustándose en que la marcha siguiese el camino real de Barcelona, y recibiendo todos las órdenes del Maestre de Campo general, segun lo que cada uno habia de seguir. Amaneció el viernes, dia señalado, lluvioso y melancólico, como haciendo proporcion con aquel fin á que servia de principio.

32. Comenzó á revolverse el exército al eco de un clarin (que fué la señal propuesta): movióse, y marcháron en esta manera: era el primero el Duque de San Jorge, á quien tocó la vanguardia aquel dia: llevaba delante, como es uso, sus tropas pequeñas, y estas sus batidores: constaba su batallon de quinientos caballos, que se doblaban ó desfilaban segun se les ofrecia el camino: á poco trecho de esta caballería siguió el regimiento de la Guardia, su teniente Co-

ronel D. Fernando Ribera : á este el regimiento propio del Marques de los Velez, su teniente Coronel D. Gonzalo Fajardo (ahora Conde de Castro) : despues el Maestre de Campo Martin de los Árcos, tras quien marchaba el regimiento del Conde de Oropesa, su teniente Coronel D. Bernabé de Salazar: al Salazar seguian dos tercios que olvidamos, (cuentése entre los mas defectos de esta historia); y de retaguardia el tercio de Irlandeses, su Maestre de Campo el Conde de Tiron : de estos se formaba la vanguardia del exército, que propiamente gobernaba el Torrecusa.

33. Seguia poco despues, aunque en partes distintas, el segundo trozo llamado Batalla en estilo militar : era de la Batalla el primer tercio el de Pedro de le Saca : al de le Saca, seguia el regimiento del Duque de Medinaceli, su teniente Coronel D. Martin de Azlor, y á este el del Duque de Infantado, su teniente Coronel D. Iñigo de Mendoza : á D. Iñigo seguia el regimiento del Gran Prior de Castilla, su teniente Coronel D. Diego Guardióla : tras de este el Marques de Morata, su teniente Coronel D. Luis

Gerónimo de Contréras: despues del de Morata el del Duque de Pastrana, su teniente Coronel D. Pedro de Cañaveral, á quien seguian los Maestres de Campo D. Alonso de Calatuyud y D. Diego de Toledo, que llevaba la retaguardia de la Batalla: gobernábala por su persona el Velez, y marchaba entre ella segun la parte conveniente, con cien caballos continuos de la guarda de su persona, á cargo de D. Alonso Gaytan, Capitan de lanzas españolas.

34. El costado derecho de la Batalla guarnecia D. Álbaro de Quiñones con hasta seiscientos caballos de las Órdenes, puestos tambien en aquella forma que el terreno les permitia: el siniestro con otros tantos cubria el Comisario general de la caballería ligera Filangieri.

35. Seguia la retaguardia á la Batalla en la propia distancia, que está seguia á la vanguardia: en primer lugar marchaba el tercio de los presidios de Portugal, su Maestre de Campo D. Tomas Mesia de Acevedo: seguíale el de D. Fernando de Tejada, luego empezaba la artillería en este órden: de vanguardia los mansfelts y algunas otras piezas

pequeñas de campaña : á estos seguian los quartos, á los quartos los medios cañones, en medio los morteros : de esta suerte se deshacia hácia la retaguardia, acabándose otra vez en los mansfelts. Tras de la artilleria los carromatos, y tras ellos las municiones, segun el uso de ellas. Lo último era el hospital y bagages de particulares. Las compañias sueltas de Italianos guarnecian los costados del tren, luego el tercio de Walones, su Maestre de Campo el de Isinguien, y de retaguardia el de Portugueses, su Maestre de Campo D. Simon Mascareñas.

36. Á los Portugueses seguian otros quinientos caballos de las Órdenes, mandados por D. Rodrigo de Herrera su Comisario general, y á los lados de la artillería marchaban algunas compañías de caballos, que le servian de batidores á una y otra parte.

37. Y aunque el estilo comun de los exércitos de España hace, que con todos se reparta igualmente del honor y del peligro, pasando los de adelante atras, y estos al lugar de aquellos, todavia fué forzoso alterar este uso con atencion á la angostura de los caminos y copia del exército, porque se juz-

gaba impracticable, y lo era, que aquel tercio que un dia llegase postrero, se adelantase á todos para marchar al siguiente de vanguardia. Así por obviar este daño, fué determinado que los tercios se remudasen y sucediesen unos á otros (conforme aquel estilo) en sus mismos trozos, hasta que haciendo frente de banderas, se alterase la forma de la marcha, y que de esta suerte se podia repartir con todos de la confianza y del reposo; solo el regimiento de la Guardia no se mudaba con ninguno.

38. Así salió el exército de Tortosa, y no solo podemos contar por infeliz agüero la terribilidad del dia (como algunos observáron entónces), sino tambien el haberse dispuesto las cosas en tal forma, que el Velez dueño de la accion, saliendo de noche á la campaña, fué tan grande la confusion y obscuridad, que sin advertir en los fuegos del exército ni el camino anchísimo, le erráron las guias, y se perdió el Marques con los que le seguian, ántes de llegar á su quartel, que alcanzó tarde y trabajosamente: á veces con estas señales nos suele avisar la Providencia, porque nos desviemos del daño.

39. Marchóse orillas del Ebro por gozar de sus aguas, y de la leña que ofrecia el bosque vecino: hizo alto la vanguardia en un llano dos leguas de Tortosa, y aun habiéndose apartado tanto, no pudo la retaguardia seguirle aquel dia: se alojó fuera de la muralla, y comenzó su marcha la otra mañana.

40. Pretendia el Velez alojar del segundo tránsito en Perelló, dos leguas distante de su primer quartel: madrugó el Ribera prevenido de artillería é instrumentos, llegó presto, y en sus espaldas los tercios de la vanguardia: salió el Vandestraten á recibirle con las noticias de lo que era el lugar, tardó poco el Torrecusa, y reconociendo la campaña, mandó que la caballería ocupase el puesto que para sí habia elegido el Vandestraten, y con la infantería que llegaba, fué ciñiendo la villa por todas partes, alojando los primeros tercios por esotra que miraba al pais enemigo.

41. Era el Perelló pequeño pueblo; pero murado, segun el antiguo uso de España: tenia dos puertas, y esas guardadas de torres que las cubrian á caballero. Defendió-

se, llegó la artillería, y fué batido por casi un dia entero, y resistiera otros, si uno de los de adentro temeroso por la vista de todo el exército que se hallaba ya junto, no se determinara á rendirse. Hizo llamada secretamente sin dar parte á los suyos: negoció la vida, y dió una puerta: fué entrado el lugar, y se halláron solamente trece hombres; cosa digna de saberse, si es cierto que la ignorancia no se llevó la mayor parte de aquel hecho. Llegó el Velez, y el lugar fué repartido á los que le seguian, mas como quartel, que como despojo: el exército alojó en campaña en torno de él; y aunque con gruesos cuerpos de guardia se estorbó la entrada á la multitud de la gente, ni por eso dexáron de pegarle fuego: ardiéron muchas casas con tal violencia, que los cabos saliéron arrojados de las llamas: todavía, por ser la villa cercada y en paso importante pareció se debia guardar, y se dexó guarnecida de doscientos infantes y cincuenta caballos, á cargo de D. Pedro de la Barreda, Capitan en el tercio de los presidios de Portugal.

42. Dispúsose la marcha en demanda del Coll, que era lo que por entónces daba

mayor cuidado. Las guias y gente del campo exâgeraban el sitio de áspero y la fortificacion de invencible: en la aspereza decian ménos, en la defensa mas; pero lo que causaba mayor duda, era saberse que en todo el camino desde Perelló al Coll no se hallarian otras aguas que las de unas lagunas ó charcos (encenagados y casi enxutos) que los Catalanes sin trabajo podian sangrar ó cegar, con lo qual se hacia consumadamente estéril el camino. No temian sin razon los Españoles; pero temian inútilmente, porque ya en aquel tiempo el exército no podia volver atras, ni el remedio estaba en manos del rezelo, sino de la industria.

43. Á este fin de imposibilitar el campo Católico intentáron los Catalanes su ruina por otro mas extraño medio, como pareció despues en cartas del Conde de Zavallá, Gobernador de las armas de aquella frontera: escribíalas á Metrola que mandaba en el Coll, y le ordenaba envenenase las aguas de aquellos cenagales con ciertos polvos: enviábale al artífice y artificio, especificándole el modo de usarle con toda cautela y secreto. No me atreviera á escribir una resolucion tan rara

en el mundo, de que se hallan pocos ó ningun exemplo en las historias, ni hiciera memoria de esta escandalosa novedad, si con mis ojos no hubiera visto y leido los papeles, que hablaban del caso repetidamente. César sobre los campos de Lérida embargó el agua en la guerra contra Afranio y Petreo, detúvola y se la defendió; pero conservóla sana: venciólos con el arte y lícita industria; parece que ignoraban los antiguos otro modo de matar hombres, sino á yerro: nosotros ahora mas peritos en la malicia fuimos á revolver la naturaleza, haciendo practicables la pestífera calidad de algunas cosas que la Providencia recató de nosotros, escondiéndolas en las entrañas de la tierra. Todavía no quiso Dios que este mandamiento se cumpliese, retardando su execucion por sus secretos juicios, ó porque prevenia á aquellas armas otro mas notorio castigo.

44. Llegó el exército á la campaña de las lagunas, y la gente fatigada de la sequedad del camino bebia con ansia y rezelo, porque temian lo que despues vino á certificarse; pero desengañados unos, con el atrevimiento de otros, perdiéron el temor

en que se hallaban, y los soldados saliéron de la afliccion causada de la sed.

45. Dispusiéron entónces la frente contra el Coll, repartiendo sus quarteles con respecto á las avenidas poco mas de una legua distantes de las fortificaciones contrarias, y porque los cabos no tenian otro conocimiento del pais mas de aquella incierta noticia que ministraban los naturales temerosos é ignorantes. Pareció mandar reconocer la campaña sin empeño de las mayores personas: salió á reconocerle D. Diego de Bustillos, teniente de Maestre de Campo general, y en su guarda una compañía de caballos y algunos voluntarios. Á poco mas de media legua tuviéron vista de los batidores del enemigo que discurrian por la campaña á la misma diligencia. Mandó D. Diego se adelantasen los aventureros, hiciéronlo; pero esperando los batidores, diéron la carga, y sin recibirla, se retiráron dexando muerto de los Reales á Josef de Agramonte, soldado particular: fué el primero que dió la vida por su rey en aquella guerra, no será justo dexar su nombre en olvido.

46. Baxa desde el pie del Coll hácia

la marina un valle ancho, que quanto se acerca á la mar, se allana y dilata, donde los antiguos fabricáron algunas torres para guarda de la costa y reparo de los ancones, que allí forma la tierra: entendíase por las espías, que los Catalanes habian guarnecido las atalayas con intencion de mantenerlas para todo suceso. Juzgábase en ello por informacion de los naturales, y se creia mucho mas de lo que debia temerse: con esta noticia., en habiéndose aquartelado el campo, mandó el Torrecusa adelantar quatrocientos infantes con órden de que ganasen ó quemasen las torres, y que despues se incorporasen con el exército.

47. Llaman los Catalanes Coll á todas aquellas eminencias que los Castellanos llaman collado con alguna semejanza de los Latinos; es célebre entre los mas de la provincia este llamado Coll de Balaguer, ó porque le atraviesa el camino que baxa desde Balaguer, ó porque se deduce de unas montañas junto á aquella ciudad, y desde allí corriendo hácia el Ginestar y otros pueblos fronteros á Ebro contra el mediodia, viene á caerse en la mar por esotra parte de Tortosa. Es la

tierra áspera y llena de piedras, partida de algunos valles profundos á un lado y otro del camino, que quebrando en muchas partes, se halla siempre dificil al paso de los caminantes: corre por la cima de un monte, á quien otro repecho, que queda á la parte de levante, sirve de caballero: divídele un precipicio de otra montañuela nó superior, que se va levantando hácia el poniente. Habemos anticipado su descripcion, porque se entiendan mejor las disposiciones, las defensas y los acometimientos.

48. Llegó el San Jorge y su caballería, y poco despues el Torrecusa y la vanguardia: paróse en descubriendo el Coll por reconocer su fuerza y aquel terreno que no habia visto jamas; es observacion precisa de capitan prudente el descubrir y entender la tierra en que se ha de campear, á que los prácticos llaman Ojo de la campaña, y se cuenta como virtud particular en algunos hombres.

49. Los Catalanes buscaban su defensa como les era posible; mas no por aquellos caminos que descubrió el arte: habíanse prevenido de grandes cavas, que de alguna manera ayudasen su fortificacion, muchos árbo-

les cortados y acomodados en los pasos angostos : era su mayor fuerza la de una trinchera de piedra y alguna fagina en forma quadrada á semejanza de fuerte ; pero sin ningun artificio capaz de dos mil infantes, con que la tenian guarnecida. En la eminencia superior , algo á la trinchera y mucho al camino del mismo costado diestro , tenian una plataforma con dos quartos de cañon , que descortinaba como traves la ladera :, en la cumbre opuesta á la mayor fortificacion , fabricáron un reducto , que no se daba la mano con las mas defensas por estorbárselo el valle que divide ambos montes ; tambien en él tenian alguna parte de su infantería. Sus quarteles estaban puestos en la tierra que va cayéndose hácia el campo de Tarragona ; de tal suerte , que desde el pie del Coll no podian ser vistos ni ofendidos ; eran capaces de mucho mayor número de gente , y sin duda , si los Catalanes se fortificaran así como habian sabido elegir los puestos de la fortificacion , fuera cosa asaz dificultosa poder ganarles el paso sin gran pérdida ó detencion.

50. No tardó el Maestre de Campo

general en haberlo reconocido todo, haciendo lo mas por su propia persona, y habiéndolo considerado como convenia, juzgando que allí el terror acabaria mas que la fuerza, pues peleaban con gente bisoña, mandó adelantar las dos piezas que llevaba; y ordenando se formasen los esquadrones á la raiz del monte, ordenó que el tercio de Martin de los Árcos y el regimiento del Velez marchasen abriendo camino, todo lo que se pudiese junto al agua, porque ciñiesen por aquella parte el Coll, que (como diximos) se humilla en el mar, y prosiguiesen su camino hasta no poder pasar adelante, ó desembocar al campo de Tarragnona. Entendia que solo aquella retirada le podia quedar libre al enemigo, si quisiese embarazarse en la defensa: luego mando á D. Fernando de Ribera, que con trescientos mosqueteros en tres mangas subiese á paso vagaroso por el camino ordinario, y que en habiéndose mejorado, jugase la artilleria (que por su calidad y distancia no podia ser de algun efecto), y que todos los esquadrones se pusiesen en órden de marchar y acometer á la primer seña.

51. Pensaban los Catalanes con poca noticia de la guerra, que su multitud, su reparo y aspereza del lugar los hacia inexpugnables: pareciales cortísimo el exército, de que hasta entónces no habian visto sino la menor parte: creció su confianza, notando el pequeño número de los esquadrones Reales: saliéron algunos desde las trincheras mostrando despreciar su fuerza; sin embargo marchaba D. Fernando, y se movian algo los que subian. Á este punto comenzó á disparar la artillería del Torrecusa sin ningun peligro; pero con grande espanto de los contrarios: quisiéron valerse de sus cañones; mas estaban los Españoles muy al pie del monte, y no hacian puntería, ni podian ofenderles sus balas, ménos á las mangas que ya atacaban la escaramuza, porque se hallaban mas cerca que los esquadrones. Diéronse algunas rociadas unos á otros; pero los Castellanos soldados de experiencia subian no obstante la defensa del enemigo y algunas muertes de los suyos. Dió la segunda y tercera carga la artillería española, quando despues de media hora de escaramuzas poco importantes, adelantándose ya algunos pasos todo el cuerpo

de la vanguardia, los Catalanes desampará-ron las fortificaciones de una y otra parte, dexando todos las armas y muchos las vidas: avanzó el San Jorge lo posible con sus caballos, porque la infantería fatigada de la cuesta y manejo de las armas no podia aprovecharse de la fuga del enemigo para en mas de ocupar los puestos, así como ellos los iban dexando: otros atendian con mayor prontitud al despojo de los alojamientos en extremo regalados y llenos de toda vitualla.

52. Habia el Conde de Zavallá recibido aquella mañana aviso del Metróla, Gobernador del presidio, como el exército se determinaba en subir al Coll, y salió de Cambrils donde asistia á socorrerle con alguna infantería y una compañía de caballos; pero á tiempo que topó muchos de los que se iban retirando: retiróse con ellos, participando tempranamente de aquel mismo temor, certificado de los suyos, que los Españoles no paraban en quanto vencian. Mandó todavía que sus caballos llegasen hasta descubrir el enemigo: mejoráronse á los quarteles del Coll, quando ya algunas tropas del San Jorge baxaban sobre ellos: duró poco la con-

tienda, porque el poder era desigual: fué todo uno dar la carga, recibirla y tomar la vuelta. Escapáronse casi todos por ser mas prácticos en la tierra: la infantería se esparció por diferentes partes: salváronse quantos dexáron el llano, y se subiéron á la montaña, desde donde juntos hacían gran daño á los Castellanos, que poco advertidamente se entregaban al saco: muchos pensáron retirarse sin peligro por la lengua del agua, y todos cayéron en manos de los tercios que marchaban por aquella parte; era esta la primer venganza de los soldados Reales, tal fué el estrago: hallaban poca piedad los rendidos, y ni los muertos estaban seguros de la indignacion de los victoriosos; son terribles los primeros golpes de la ira. Allí vengaba el uno la ausencia de su casa, el otro la violencia con que fué llevado á la guerra, aquel daba satisfaccion al agravio, este obedecia á su ferocidad, los mas servian á la furia, los ménos al castigo: fuera mayor el daño, si se prosiguiera en su alcance: llegaban hambrientos y fatigados, y habiéndose hallado abundantes los quarteles de todas provisiones, detúvolos el regalo; que no era la primer vez que estor-

bó las grandes victorias: entregáronse al vino y otras bebidas con desórden, y fué causa de que se detuviesen en su mayor ímpetu, venciéndose de su destemplanza los mismos que poco ántes habian sido vencedores de la fuerza de su enemigo. Fué escandaloso aquel modo de aplauso; pero permitido de los cabos, que en los yerros comunes viene á ser remedio la disimulacion, pues no los puede ahogar el castigo.

53. El Torrecusa que por su persona acudia á todas las disposiciones, y confiriendo consígo mismo las noticias que tenia de la fuerza del enemigo, y la facilidad con que le habia postrado, entró en opinion de que no seria aquella su mayor defensa, y que sin falta podian tener adelante algun otro fuerte ó plaza; causa á la voz comun de su admirable fortificacion. En esto andaba ocupado su discurso.

54. Hallábase el Velez con la batalla y retaguardia del exército sin moverse del lugar en que habia hecho la frente, ni lo determinaba ántes de acabar con las torres de la marina, temiendo que apartándose, corriese algun peligro la infantería que habia ba-

xado á rendirlas : con esta duda envió por el Maestre de Campo D. Francisco Manuel á comunicar su intento al Torrecusa : hallólo ántes de la subida del Coll, y como de aquel suceso pendia la resolucion de su voto, no respondió sino despues de todo acabado, siendo de parecer que el Velez á toda priesa no quedase aquella noche desunido de su vanguardia. Fueron ganadas las torres casi á este mismo tiempo, de que avisado el Velez, no aguardó la respuesta de lo que preguntaba; ántes mandó marchasen los tercios, y de esta suerte le alcanzó la nueva y el enviado. Promulgóse con alegria como primera victoria, y la cosa que mas importaba acabar que todas las presentes : volvió luego á mandar al Torrecusa no parase hasta baxar al campo de Tarragona : cumpliólo, y volviendo á marchar la vanguardia, hizo punta á una casa fuerte, llamada Hospitalet, que está junto al mar, donde hasta entónces habia sido el alojamiento del Conde de Zavallá : llegáronse al pie de la muralla algunos caballos y gente suelta, á quien el vencimiento, ó quizá la embriaguez, habian dado mas desórden que aliento : intentáron por fuerza la entra-

da; bien que la miraban dificultosa por aquella via, los de adentro pidiéron las vidas, y se las concediéron. Eran poco mas de sesenta hombres los de la guarnicion: entró primero D. Fernando de Ribera, despues el Velez, á quien siguió el exército: aquartelóse, haciendo frente al camino real, que mostraba querer seguir: hallóse el sitio acomodado, y tan abundante de todas cosas necesarias para alojar un exército, que se obligó á descansar en él (aunque por pocos dias) de las largas marchas y alarmas continuas, con que se fatiga la gente inexperta.

55. Fué considerable el despojo del Hospitalet, midiéndose con su cortedad; pero hizo lo mas estimable haber topado un soldado entre la ropa del Conde de Zavallá el libro, en que se registraban las órdenes que recibia y daba para la guerra: por el qual se entendiéron fácilmente muchas cosas de que no habia noticia, y fueron de gran utilidad á los pensamientos del Velez; particularmente alcanzándose por algunos despachos que la diputacion no estaba segura en la fe de la ciudad de Tarragona, y que en ella se temian del ánimo y oficios de algunas personas,

conocidamente afectas al partido Real ; cosa que entónces fué á los Españoles de gran consideracion, porque se hallaban faltos de noticias de lo que se pasaba entre sus enemigos. El libro contenia tantos secretos y tan provechosos para el servicio del rey Católico, que podemos decir que en él se halló un retrato de los ánimos de sus enemigos y un cofre de sus secretos : conociólo el Ribera de esta suerte, y recogiólo á su poder con destreza; demasiado político! : pensó ganar gracia con el Conde Duque enviándole aquel presente, por el qual (como el piloto en la carta) podia seguir sin peligro la navegacion de aquel negocio. Fué avisado el Velez, y pidió el libro como General, á quien verdaderamente tocaban aquellas observaciones ; pero el Ribera, ó bien de vanidad ó desconfianza, se excusaba de entregárselo : instaba el Velez en haberlo, y porfiaba el Ribera vanamente en su excusa : ¡caso raro! ¡qué pudiese tanto la apariencia de una pequeña lisonja, que le encaminase á faltar á un hombre de sangre y de juicio en las obligaciones de súbdito, de cuñado y de amigo ; que todas estas quebrantaba D. Fernando en resistirse! Creció el

enojo en el poderoso, y la obstinacion en el descontento, y llegóse cerca de un extraño suceso, porque aquel pensaba obrarlo todo por hacerse obedecer, y este no rehusaba ninguna desesperacion á trueco de no humillarse: quiso prenderlo el Velez, y lo ordenó así; pero la industria de algun medianero, á quien uno escuchaba con amor, y otro no sin respeto, pudo acomodarlo todo. El libro fué traido al Velez, y de él se sacáron noticias importantes á la guerra.

56, Corrió al instante la nueva á Barcelona de todo lo sucedido en el Coll y Hospitalet, y fué recibida con gran sentimiento y no menor temor, considerando la facilidad con que habian perdido la mayor defensa; entónces llegáron á entender que la multitud desordenada por sí misma se enflaquece. Despacháron con gran prontitud correos á Monsieur Espernan (de quien dirémos adelante), á cuyo cargo pusiera el rey Cristianísimo las armas auxîliares de Cataluña: dábanle cuenta de como habian perdido los mejores pasos: pedíanle no dilatase su venida, porque por instantes se les aumentaba el peligro, que á los contrarios igualmente crecian fuerzas y

reputacion, y se abatian los ánimos de los naturales, viéndolos comenzar victoriosos.

57. No se descuidó el Frances, ántes como hombre que verdaderamente deseaba acudir al remedio de aquellas cosas que tenia á su cargo, tomó la posta, y dexando órden á las tropas de que le siguiesen, entró en Barcelona, donde fué recibido con honra y alegria. Pocos dias despues llegáron hasta mil caballos de los suyos, dando razon de que á sus espaldas seguian los regimientos del Duque de Anguien, del mismo Espernan y el de Seriñan: alentóse la ciudad con la primera esperanza del socorro, y se comenzáron á executar las levas prevenidas en las cofradias (son allí cofradias lo que en Castilla gremios); de estos se habia de formar el tercio de la bandera de Santa Eulalia debaxo del mando de su tercero Conseller Pedro Juan Rosell.

58. Dexólo ajustado el Espernan, fiando mas que debiera en las promesas de gente necesitada: refrescó su caballería, y marchó á Tarragona, donde el exército Catolico se encaminaba, y donde su desconfianza de los Catalanes lo temia.

59. Descansó el Velez junto al Hospitalet los dias que tardó en subir y baxar el Coll su artillería: deseaba vivamente marchar la vuelta de Cambrils, primera plaza de armas de los Catalanes, ántes que ellos tuviesen tiempo de acomodarse á la resistencia. Era grande la fama que corria en el exército Católico de la multitud de gente que habia acudido á su defensa; aunque en medio de estas informaciones no faltaban algunos que sospechaban, y querian hacer creer á los otros, hallarian la plaza desierta: esta voz tomó fuerzas en los ministros catalanes del partido del rey, que sin otro motivo mas que lisonjear el poder católico, ántes querian ocasionarle, que ofrecerle una duda.

60. Habia sacado el Velez desde Aragon algunos religiosos Capuchinos, de cuya autoridad pudiese ayudarse, por ser su hábito grandemente venerado en Cataluña: pareció conveniente enviar uno de aquellos varones á Cambrils, porque les amonestase el arrepentimiento, y les comunicase el perdon: ofrecióse para este servicio fray Ambrosio: partió del exército, y en su guarda una compañía de caballos, que dexándole á vista de

las primeras trincheras (y á un trompeta para hacer llamada, segun uso de la guerra), se volvió luego : entró fray Ambrosio , y le recibiéron con reverencia y cautela contra la esperanza ó temor de los Castellanos, que ya por su demora interpretaban alguna barbaridad ; pero al dia siguiente llegó el enviado sin daño ni provecho de su jornada : dixo que los cabos de aquel presidio se determinaban á morir por su libertad ; es calidad del miedo crecer las cantidades , y disminuir las distancias de aquellas cosas que se temen. Dió con su informacion fray Ambrosio bastante obediencia á esta costumbre : contó que el lugar tenia gran multitud de gente, que los de adentro subian su número á quince mil hombres; pero que el ruido que habia escuchado, no parecia de menor multitud. Poco despues aportó una barca en la marina , escapada aquella mañana desde el muelle de Tarragona, y confirmó no ménos la confusion que el temo- de la ciudad y su campo : que en ella se rer cogia la riqueza de los lugares vecinos : qulos socorrcs no habian llegado hasta entóncee en número considerable , y que los ciudadas nos no estaban desaficionados al concierto.

61. El Velez confiriéndolo con otros avisos, halló ser conveniente dar vista por aquellas plazas con la mayor brevedad posible por gozar tambien de la ocasion de su duda; y aunque el campo se hallaba afligido por falta de víveres, no dando lugar el tiempo á su conduccion por agua, todavía entendiendo que de qualquier suerte era una misma la necesidad, mandó marchar el exército, habiendo primero condenado á muerte por los jueces catalanes que le seguian y su Auditor general, nueve de los prisioneros por dar cumplimiento al bando. Fueron ahorcados de las mismas almenas del Hospitalet, hasta entónces hospital de peregrinos, dedicado al descanso y clemencia de los miserables, y ahora lugar de suplicio y afrenta.

62. Ausente por la pérdida del Coll (con poca reputacion) el de Zavallá, gobernaba la plaza de armas de Cambrils D. Antonio de Armengol, Baron de Rocafort: era cabo de la gente del Campo de Tarragona, de que constaba el presidio, Jacinto Vilosa, y Sargento mayor de la plaza Cárlos Metróla y de Caldés; hombres todos de valor y fidelidad á su patria. Estos tres mandaban;

pero mas podemos decir que obedecian á la furia y desórden de los súbditos ; infeliz y dificultoso gobierno aquel que se constituye sobre gente vil y bisoña , donde jamas la industria pudo hallar consonancia entre la multitud de sus voces y sentimientos.

63. Descubrióse el exército á tiempo que los de la plaza se daban priesa, unos por salir y por entrar otros , porque la misma fama del peligro á unos hacia temer, y á otros osar. De esta suerte se hallaba casi toda la campaña cubierta de gente del campo , que concurria al socorro , quando improvisamente fué asaltada de quinientos caballos de los cruzados , con que su teniente D. Álvaro llevaba aquel dia la vanguardia.

64. Formó sus batallones , pensando que el enemigo le esperaba fuera de la fortificacion por impedirle los puestos que pretendia ocupar; empero conociendo en su desórden la buena fortuna, dividió en tropillas los dos batallones de los lados , quedándose firme el de en medio : hizo señal de embestir, y se executó con valor : los contrarios inadvertidos de su daño , ni sabian huir , ni defenderse : deseaban la resistencia, mas no la

concertaban. Fueron degollados hasta quatrocientos hombres no sin algun daño de los Españoles, porque algunos Catalanes amparados de los troncos de los árboles, podian tirando cubiertos, ofender los caballos: muriéron y saliéron heridos algunos soldados de las tropas, entre ellos la persona de mas importancia, D. Miguel de Itúrbida, caballero Navarro del Órden de Santiago, Capitan de caballos reformado.

65. Recibió el Marques este confuso aviso en medio de la marcha, y mandó que la vanguardia apresurase el paso por dar abrigo á la caballería: hízose; pero no de tal suerte, que el exército viniese en desórden, porque segun las informaciones, cada instante se podia esperar el enemigo con su grueso, dando á este rezelo mas ocasion los bosques, que aun los avisos.

66. Esto mismo les sucedia á los de la plaza, que viendo crecer tanto el número de los sitiadores, y conociendo por otra parte la desigualdad de sus fuerzas, sin llegar el socorro y artillería que esperaban, entendiendo ser su perdicion irremediable, enviáron un religioso Carmelita descalzo, pidiéndole al

General mandase suspender la hostilidad por espacio de quatro dias, miéntras daban aviso á Barcelona.

67. No era todo temor en los sitiados, sino tentar al Velez con la promesa, por ver si podian dilatar su peligro hasta ser socorridos como lo esperaban; mas él reconociendo sus ruegos, respondió, que si libremente entregasen la villa á las armas de su rey, les valdria las vidas esta diligencia, y que si se resistian, prometia de pasarlos á todos al filo de la espada, y que él no aguardaba mas por su reduccion que lo que sus tropas tardasen en ponerse sobre la villa.

68. El Quiñones, despues de haber con su caballería apartado de la muralla la gente que no pereció en la campaña, repartió sus cuerpos de guardia á la larga por las avenidas, y con lo restante de sus caballos ocupó los puestos importantes. Era el mas conveniente un convento de San Agustin, fundado al salir de la villa frontero de la puerta principal, en parte donde las baterias podian ser provechosas á los sitiadores: procuró hacerse dueño de él, encomendándolo á algunos de los suyos. Entráron como armados, acudiéron

prontamente á la defensa los frayles; hacen aquellos casos lícitas las armas á todos; pero tambien hacen igual el peligro: hirió de un pistoletazo un religioso á un soldado, retiróse aquel, y otro en su lugar vengó con la vida del que se defendia, las heridas de su compañero: no paró allí la furia; mas ocasionada de la imprudencia pasáron á mayor número las muertes, á mayor grado los escándalos; quedó en fin el convento en manos de los soldados.

69. Hallábase junto el exército, y repartidos los quarteles y ataques contra la villa, comenzóse la bateria con las piezas menores sin algun efecto; de que tomaban ocasion los sitiados para defenderse con mayores brios. Salió el Velez con pocos que le seguian, á ver una plataforma que batia la puerta principal de la plaza: era este el lugar mas empeñado con el enemigo, y donde se reconocia hasta el pie de la muralla; mas habiéndose descubierto con demasiado despejo, cargáron á aquella parte las rociadas de la mosqueteria contraria, de que súbitamente cayó el Marques y su caballo herido por la frente de un balazo. Todos pensáron haber aque-

lla hora perdido su General, juzgándole muerto: volvió presto el Velez, y con sosiego digno de gran capitan, subió en otro caballo, templando maravillosamente en su semblante el temor y la alegria.

70. Hallábase el exército en esta sazon por todo extremo miserable y falto de vituallas; cosa que á los Generales ponia en gran desconsuelo, porque la queja ó la lástima de los hambrientos no dexaba lugar seguro de sus voces: obedecian sin gana; no era tema ó desagrado, porque con la larga abstinencia se iban postrando las fuerzas: acordóse mandar la caballería á refrescar por los lugares del campo, y fueron entrados Monroig, Alcover, la Selva y otros que se halláron abundantísimos de todos granos y bebidas. Reus, lugar mayor y mas rico, se ofreció voluntario á la servidumbre por escaparse de la furia de los invasores: Valls y algunos mas entrados á la montaña, lo prometian tambien: fué todo de considerable alivio para la hambre del exército; aunque este mismo remedio usado desordenadamente, hubo de traer otro mayor daño, porque los soldados sin respeto á ninguna disciplina, dexaban sus puestos y

aun sus armas, y caminaban á buscar lo que veian gozar á los otros. Este descuido dispertó la indignacion con que los paisanos miraban el estrago de sus pueblos y haciendas: salíanles á los caminos, y hacian en ellos crueles presas: muchos se topaban cada dia muertos por la campaña, y algunos disformemente heridos.

71. Continuábase la bateria de la plaza entre tanto, y se mejoraban los aproches encargados á D. Fernando de Ribera y al Conde de Tiron, porque como los sitiados no tenian artillería gruesa con que detener al enemigo, ganábase fácilmente la tierra. Esto mismo hacia mayor el peligro de parte de los sitiadores, porque despreciando la defensa de la plaza, se acercaban sin respeto á la mosqueteria, con que los tercios cada instante recibian gran daño. Excusóles la facilidad de la empresa el trabajo de abrir trincheras, y así como no habia lugar reparado, no le habia seguro. Defendiéronse con valor algunos dias; pero viendo que por horas se les acercaba el enemigo, y que ya no podian excusarse del asalto, comenzó la gente popular á inquietarse; á que la obligaba tanto como el poder del

exército el descuido de Barcelona, donde sucedia lo que suele á veces con la naturaleza, que no sin providencia se descuida de enviar espíritus á la parte del cuerpo ya mortificada. Así la diputacion creyendo la pérdida de Cambrils, no disponia su socorro por no desperdiciarle, previniéndolo á otra defensa.

72. Algunos Catalanes piensan, y lo han escrito, haber dentro en la plaza hombre, que sobornado del miedo ó del interes, tuvo órden de arrojar gran cantidad de pólvora en un pozo, porque su imposibilidad los traxese mas brevemente al concierto. Ellos en fin lo deseaban, perdida toda esperanza de otro remedio; pusiéronlo en plática, y llamáron por el quartel del Ribera: respondióseles, y se entendió, querian introducir algun tratado: arrojáron poco despues un papel abierto en que pedian tregua por quatro dias, y se disponian á escuchar qualquier justo acomodamiento. Recibió D. Fernando el aviso, remitióle al Velez con la persona del Maestre de Campo D. Luis de Ribera, porque le informase de todo lo sucedido; llegó D. Luis á tiempo que halló al General con casi todos los cabos del exército en su estan-

cia: propuso á lo que venia, poniendo el pliego en manos del Velez, que ni atendió cuidadosamente á recibirle, ni mostró despreciarle; pero el Torrecusa que se hallaba presente, hombre de natural veloz y colérico, mostró gran desplacer de la proposicion y aun de la embaxada, hablando contra todo con aspereza. No era aquel su ánimo del Velez, ántes interiormente deseába escuchar los sitiados; mas detenido en ver que el Torrecusa, no Español, se declaraba tanto contra el atrevimiento de los Catalanes, paróse cuerdamente pensando en como podria concertar aquellas contradicciones: hallábase á la mesa quando llegó el aviso, mandó á D. Luis se volviese sin haberle respondido nada: platicó con los mas, y encaminó el discurso á otras cosas.

73. No se divertia el Torrecusa; mas ántes considerando profundamente el negocio, el estado en que se hallaban las armas del rey, y en la súbita resolucion que habia tomado en todo, vino á caer en gran silencio, y sin hablar, mirar, ni oir á ninguno, se estuvo así un espacio, al cabo del qual, como si verdaderamente saliera de un parasismo, levantóse en pie, y dixo al Velez:

74. *Que él conocia de su natural ser mas acomodado á la obra que no al consejo: que le suplicaba se sirviese ántes de su corazon, que de su discurso: que á veces procuraba huir de sus caprichos; pero que su mismo espíritu lo llevaba á encontrarse con exquisitas opiniones: que habia hablado con poca consideracion en lo que dixera: que el haberlo pensado despues, le ponia en obligacion de desdecirse por sí mismo, ántes que el daño fuese irremediable: que ya se le estaba representando aquel exército fatigado de la hambre, todas las esperanzas de su socorro puestas en los vientos, y ellos sin señales de compadecerse, segun porfiaban: que el lugar se habia defendido algunos dias, y lo podia hacer otros tantos, siendo así que ménos bastaban á caer su gente en desesperacion: que el sitio de la miseria que el exército padecia, era mas apretado que el en que se hallaba la plaza: que si aquella impaciencia les obligase á anticipar el asálto, forzosamente habrian de perder en él buena parte de gente principal, pues siendo la primera accion de su valor, se arrojaria toda al temprano peligro: que no solo les daban el lugar los que*

se lo entregaban; mas que tambien de sus manos recibian las vidas, que excusaban de perder: que por la misma razon que eran vasallos, no se debian apartar del perdon; ántes concedérseles á todos tiempos: que lo contrario pareceria buscar la ruina y no el remedio: que su parecer era se oyesen los que llamaban, y se les hiciese todo el favor posible, recibiendo la plaza.

75. Dixo, y dexó á todos admirados, no ménos de su mudanza (siendo cosa contra su condicion) que del gran valor que mostrara en reducirse solo á las voces de la razon, pudiéndose notar como caso raro en siglos donde se practican las obstinaciones, como grandeza de ánimo; principalmente en los poderosos, cuyos errores parece que nacen agenos de arrepentimiento, como si la terquedad fuera mas decente á las púrpuras que la enmienda.

76. Escuchó el Velez benignamente las palabras del Torrecusa; mas con gentil artificio no quiso seguirlas sin otras ponderaciones: mandó luego á todos los que podian votar, dixesen lo que se les ofrecia. Fué comun el aplauso en los circunstantes, y los que habláron, solo engrandeciéron el sentimiento del

Torrecusa. Mostró que lo pensaba algo mas el Velez, y resoluto en lo mismo de que nunca habia dudado, ordenó al Maestre de Campo D. Francisco Manuel se fuese á ver con el Ribera, y advirtiéndole de su voluntad (sin llamarle mas de permision), entrambos ajustasen el negocio, rehusando todo lo posible el modo comun de capitulaciones, que los Reales juzgaban por cosa indecente; pero que la plaza se recibiese de qualquier suerte.

77. Habia D. Fernando ajustado con los sitiàdos una suspension de armas por dos horas, porque como el Marques alojaba distante, era necesario todo aquel espacio para darle y recibir el aviso. Duraba todavia la suspension quando llegó D. Francisco con la nueva órden; ántes que los Catalanes recibiesen el primer desengaño, hiciéron llamada los sitiadores, y saliéron al pie de la muralla D. Fernando, D. Francisco, D. Luis de Ribera y D. Manuel de Aguiar, Sargento mayor del regimiento de la Guardia. Baxó de los sitiados el Baron de Rocafort, Vilosa y Metróla, y quando se comenzaba á introducir entre ellos la plática de las cosas, se tocó al arma improvisamente en los quarteles

y villa: con esta ocasion dexándo el negocio imperfecto, se retiráron unos y otros con gran peligro de los de á fuera, que pasáron á su ataque descubiertos á las bocas de los mosquetes contrarios. Fué, que como los Irlandeses por estar mas cerca y haber recibido mayor daño de la plaza, deseasen que por sus quarteles se hiciesen las llamadas y negociaciones (zelosos de los Españoles), apénas se habia acabado precisamente el término de las dos horas, quando ignorante ó disimulando el Conde de Tiron las pláticas del tratado, hizo romper la tregua contra los que en aquella seguridad se asomaban descuidados por la muralla. Entendió D. Fernando el suceso, y avisó al Irlandes que no acababa de reducirse; pero en fin habiéndose detenido, volvió á salir el Aguiar con muestras de gran valor á solicitar la segunda plática: continuóse la tregua, y se volvió al tratado. Duró poco la negociacion, y sin otro papel ó ceremonia (como gente inexperta en aquel manejo) el Baron y los dos prometiéron poner la plaza en manos del Marques de los Velez, en nombre del Rey D. Felipe, sin mas partido ó concierto, que esperar toda clemen-

cia y benignidad, como se podian prometer de un General del Rey Católico, casi natural, de sangre ilustre y de ánimo pio.

78. Con este ajustamiento, que se quedó en la verdad de unos y en la esperanza de otros, se partió D. Francisco á dar razon al Velez de lo sucedido; que con mucho aplauso recibió la nueva, y aprobó todo lo que se habia obrado, juzgándole por conveniente al estado de las cosas, sin ofensa á la Magestad del Rey y reputacion de las armas.

79. Dexóse la entrega para el otro dia, temiéndose que si luego se executaba, podia causar gran turbacion al exército, donde todos esperaban el saco, no con ménos ira que ambicion. Es uso en tales casos poner el exército sobre las armas, porque estando firme cada uno en su puesto, no dé ocasion al tumulto: olvidóse ó disimuló el Torrecusa esta diligencia; quizá por entender que la ocasion no merecia ser tratada con los mismos respetos que las grandes. Mandó que solas dos compañías de caballos ciñiesen la puerta por donde habian de salir los rendidos; pero despues de cerrada la medialuna

de la caballería, se comenzó á inquietar la gente y cargar allí con sumo desórden: en fin se executó la salida en presencia del Torrecusa y algunos Maestres de Campo.

80. Salian, y los soldados (gente que por su oficio piensa es obligada al daño comun) hacian excesos por desbalijar los Catalanes: algunos lo sufrian, segun la miseria en que se hallaban, otros con entereza se defendian como les era lícito. Dió principio al lamentable caso que escribimos la codicia é insolencia, antiguo orígen de los mayores males: metióse por entre los caballos un soldado á quitarle á un rendido la capa gascona, con que venia cubierto, forcejó el rendido en defenderla, y el soldado porfió en quitársela: sacó un alfange el Catalan, hirió al soldado, quisiéron los de la caballería castigar su atrevimiento dándole algunas cuchilladas, por lo qual temerosos aquellos que lo miraban mas de cerca, pensando que la muerte les aguardaba engañosamente, procuráron escaparse por todas partes, sin mas tino que el débil movimiento que les ministraba el temor. Otros soldados de la caballería que no habian sabido el principio de su alteracion,

sacáron las espadas, oponiéndose á la fuga de los que miserablemente huian del antojo á la muerte: esparcióse luego en el campo una maldita voz, que clamaba: traycion repetidamente: de quien sin falta fué autor alguno de los heridos, porque entre ellos tenia mas apariencia de poder pensarse y temerse, que no dentro de un exército armado y vencedor. Todos gritaban traycion, cada uno la esperaba contra sí, y no fiaba de otro, ni se le acercaba sino cautelosamente: no se oian sino quejas, voces y llantos de los que sin razon se veian despedazar: no se miraban sino cabezas partidas, brazos rotos, entrañas palpitantes, todo el suelo era sangre, todo el ayre clamores, lo que se escuchaba ruido, lo que se advertia confusion: la lástima andaba mezclada con el furor, todos mataban, todos se compadecian, ninguno sabia detenerse. Acudiéron los cabos y oficiales al remedio, y aunque prontamente para la obligacion, ya tan tarde para el daño, que yacian degollados en poco espacio de campaña casi en un instante mas de setecientos hombres, dándoles un miserable espectáculo á los ojos. Aumentó su turbacion ver el exército

puesto en arma, atónitcs se preguntaban unos á otros la causa, y el órden con que habian de haberse: sosegóse la furia de la caballería, porque faltáron presto vidas en que emplearse: pasó aquel obscuro nublado de desastres, y se mostró la razon y tras ella el dolor y la afrenta de haberla perdido.

81. Salia el Velez de su quartel á caballo, quando recibió la nueva del suceso, y aunque todos le disminuian á fin de templar su desconsuelo, todavía habiendo oido el lamentable caso, y juzgando por la gran inquietud de todos su violencia, volvióse atras, y se retiró á su aposento, dende ninguno le vió aquel dia, sino los muy suyos. Lloró el suceso cristianamente: abominó el hecho con palabras de grandísimo dolor, diciendo que si viera delante de sus ojos despedazar dos hijos que tenia, no igualara aquel sentimiento: qũe ofreciera con gran constancia las inocentes vidas de sus hijuelos, á trueco de que no se derramase la sangre de aquellos miserables; palabras cierto dignas de un caballero católico, y que yo escribo con entera fe, habiéndolas oido de su boca, y me hallo obligado á escribirlas por la gran diferencia con

que algunos papeles (de los que se han hecho públicos) hablan de este caso.

82. No descansaba el Torrecusa y los Maestres de Campo de sosegar el exército, trabajando lo posible por reducir la gente á órden militar : consiguióse tarde : enterráronse los muertos con gran diligencia, disimulando su número, como si verdaderamente con ellos se enterrase el escándalo : apartáron de los ojos los lastimosos cadáveres : cubriéron los cuerpos y la sangre, mas no la memoria de un tal hecho. (Semejante lo escribe en Juviles, nuestro D. Diego de Mendoza en la guerra de Granada, parece que como nos dió la luz para escribir, nos ministra el exemplo). Despues se entendió en el saco, repartiéndose la villa por quarteles á los tercios segun uso de la guerra.

83. Habíase tratado en junta particular de los jueces catalanes que seguian al exército, que género de castigo se daria á los comprehendidos en el bando Real impuesto al principado; porque segun él, todos eran convencidos en crímen de traycion y rebelion, y por esto dignos de muerte, porque el tratado no les concedia mas de la esperanza del

perdon que no obligaba al rey, quando la piedad se contraviniese con la conveniencia: que ellos se habian entregado á disposicion y arbitrio de los vencedores: que sus vidas eran entónces dos veces de su Señor, la una como vasallos, la otra como delinqüentes. Dedeterminóse que para poder satisfacer al castigo sin faltar á la clemencia, convenia una exemplar demostracion en las cabezas, ordenada al temor de los poderosos, en cuyas manos estaba el gobierno comun; y que con los otros se podia usar misericordia, dándoles vida.

84. El Velez no se atrevia á perdonar, ni deseaba el castigo: parecióle mas seguro (hallando dificultades en todo) dexar á la justicia que obrase; pero aquellos ministros, hombres de pequeña fortuna, ambiciosos de los frutos de su fidelidad, no descubrian otra satisfaccion, sino la sangre de sus miserables patricios. Con este pensamiento y la libertad en que el Velez los habia dexado para que executasen sin dependencia las materias de justicia, prendiéron al punto los cabos y magistrado de la villa: eran el Rocafort, Vilosa y Metróla con los Jurados y Bayle: ful-

minóseles el proceso aquella misma tarde, sin que se les diese noticia de sus cargos, ó admitiese alguna defensa de ellos. Lo primero que entendiéron despues de su temor, fué la sentencia de muerte que se executó aquella noche, dándoles garrote en secreto: amaneciéron colgados de las almenas de la plaza, y con ellos sus insignias militares y políticas, porque la pena no parase en solo la persona, ántes se extendiese á la dignidad, amenazando de aquella suerte todos los que las ocupaban en deservicio de su rey.

85. Miróse con gran espanto de todo el exército, y se escuchó con excesivo enojo del principado la muerte de los condenados. Entre los Castellanos pensaban algunos se habia hecho violencia á las palabras de su entrega, porque los Catalanes verdaderamente creyendo que negociaban con mas liberalidad el perdon, no le especificáron en el tratado; es fácil cosa de entender, que ninguno habia de concertar su muerte, por mayor que fuese el peligro. De este parecer eran todos los que manejáron la entrega; pero sentian, mas no remediaban.

86. Con los mas rendidos se usó diver-

samente, segun los diferentes pueblos de que eran naturales: saliéron libres los vecinos de los que habian recibido las armas Católicas, condenando á galeras los moradores de las villas que seguian la voz del principado.

87. Tambien á la plaza no quedó solo el castigo de las baterias y el saco, mandóse arrasar la muralla; era grande la obra, pedia mas largo tiempo de lo que el exército podia detenerse, contentáronse de batir una cortina principal hasta ponerla por tierra, y volar con una mina la mayor torre.

88. Era Cambrils lugar de quatrocientos vecinos, puesto casi junto á el agua en medio de una vega, fértil de viñas y olivares; y así por esto, como por su ancon (capaz de embarcaciones pequeñas) rico y nombrado entre los del famoso campo de Tarragona, plaza de armas principal de toda aquella frontera, desde entónces acá célebre por su estrago.

89. Alegrábanse en demasia los hombres fáciles é inconsiderados con los buenos sucesos del exército, y júzgaban la guerra por acabada brevemente, segun el paso á que caminaban venciendo. No se puede llamar buena suerte aquella que solo favorece los

cortos empleos; ántes entre los prudentes causa algun género de temor ver que la felicidad se encamine á cosas pequeñas, porque segun la experiencia muestra, de ordinario se siguen grandes trabajos á las menores prosperidades. Así discurria el Velez casi temeroso de lo sucedido, quando pensaba en el valor de las cosas que le faltaban por emprender.

90. Hallábase junto á Tarragona, ciudad grande y fortificada (segun los avisos), socorrida con armas auxîliares y cabos expertos: su exército falto, particularmente de artillería conveniente para las baterias gruesas, pobrísimo de vituallas, y casi cerrado el puerto que dexaba á las espaldas, para ser socorrido. Ni el Garay y sus seis mil infantes, de que el rey avisaba, ni las galeras para servicio del exército habian llegado: conocíalo, y lo temia todo, porque de la falta (y aun de la tardanza) de qualquier de estas cosas pendia el acierto y dichoso fin de aquella guerra, en que todo el mundo tenia los ojos, y de que España esperaba su bien y quietud.

91. Entendió su cuidado el Duque de San Jorge, á quien la edad y gallardia de espíritu incitaba á que buscase una gran fama

por medio de algun eminente suceso ; cosa contra todas las reglas de la prudencia , porque á los famosos varones no será tan loable emprender los casos arduos voluntariamente, quanto el llevar constantes aquellos en que los metió la fortuna.

92. Habia (como diximos) entendido sus pensamientos del Velez , y ofreció fácilmente ganarle á Tarragona por interpresa la noche siguiente : ni la habia visto , ni sabia de su defensa mas de lo que le informaban : resolvióse temerario , mas aun así , supo dar tales razones , que juntas á la necesidad y á lo que se fiaba de su valor , hacian apariencia de posibilidad , en que el deseo suele acudir á los ánimos que dexan atropellarse de fantasmas. Tanto dixo el Duque y con tal afecto , que el Velez intentó enviarle : detúvose admirablemente difiriéndolo hasta el otro dia ; pero tratándolo despues con personas de su consejo , salió de aquella inclinacion, mandó que marchase el exército ; y tambien sobre el camino que debia seguir , se levantáron dudas.

93. Hacen el mar y tierra entre Cambrils y Tarragona un puerto asaz nombrado

en toda la costa meridional de España, dicho Salou (famoso antiguamente por el hospedage de la armada de Cneyo Escipion, donde la guardó y detuvo contra Aníbal): allí por conveniencia de las galeras, que desde Barcelona á Vinaroz no hallan otro abrigo acomodado, comenzó á fabricar Cárlos Quinto un fuerte pequeño de quatro baluartes en la eminencia del puerto: llegó la obra casi á ponerse en defensa por la parte de la marina; pero en los dos caballeros que miran á la campaña, como cosa entónces menos necesaria, no igualó los mas. En este estado la dexó aquel gran capitan y glorioso monarca, y lo conservó el descuido de las edades pacíficas, que sucediéron á su imperio, hasta que (abiertas en España como en Roma, las puertas de Jano) volvió otra vez la guerra á levantar su edificio por manos de los Catalanes con vivísimo cuidado de prevenir la defensa de aquel puerto, mas que ningun otro dispuesto á sus designios, y peligroso por invasion de armadas. Habíanle puesto de tal suerte, que pareció capaz de recibir y conservar presidio: esta era la noticia de sus fuerzas con que el exército se hallaba, y si bien en lo mas se

habla siempre dudoso, todos creian que el fuerte se prevenia para la defensa.

94. Marco Antonio Gandolfo, teniente de Maestre de Campo general, Ingeniero mayor del exército, hombre de gran suficiencia en las fortificaciones, habiendo reconocido el fuerte era de parecer no se embarazase el exército en cosa de tan poca importancia, que á la vista de los esquadrones solamente esperaba se entregase: decia que no era conveniente, quando sabian que Tarragona (plaza principal) hallaba corto el tiempo para sus preparaciones, se lo aumentasen ellos, tardando muchos dias en ir sobre ella: que esta tardanza vendria á ser el mayor socorro que le deseaban sus amigos: que hecha la frente sobre la ciudad, quando el fuerte se resistiese, se podia entónces fácilmente enviar alguna gente suelta á aquel servicio; quanto mas que la costumbre de los exércitos era postrar con la opinion todo lo que no podria defenderse.

95. Opúsose á su parecer el Torrecusa, ó porque entendiese lo contrario (como mostraba), ó porque naturalmente aborrecia al Marco Antonio, viéndole en suma estima-

cion de soldado, y mayor crédito cerca del Conde Duque, que ningun otro de su órden. Arrimábase el Torrecusa á aquella máxîma de la guerra (á su parecer indispensable) de no dexar plaza á las espaldas: añadia que sobre ser plaza, era puerto capaz de recibir socorros dañosos al exército, que no podia llegar á impedírselos de léjos: que si llegasen en aquella sazon las galeras de España y la gente que esperaban de Rosellon, se hallarian sin puerto en que recogerlas: que el invierno riguroso no hacia fácil, sino imposible la desembarcacion en la marina: que entónces les seria forzoso volver atras por ganar lo que habian despreciado primero.

96. El Velez se inclinaba mas al parecer del Gandolfo; mas viendo que su Maestre de Campo general lo impugnaba constante, mandó siguiesen su órden, y el exército se fué á alojar en un llano que yace entre Salou y Villaseca; esta al septentrion, y aquel á mediodia, distantes uno del otro poco mas de media legua. Era Villaseca lugar corto, mas cerrado, fortalecido de una iglesia antigua y fuerte, eminente por su fábrica, no por su sitio, á todo el pueblo; con lo

que se prevenia á la defensa, obligado de las órdenes de Tarragona.

97. Marchaba el Velez la vuelta del puerto y villa, quando en el camino recibió un pliego y mensagero de persona particular (cuyo nombre se calla por ser ageno de mi intencion dañar á ninguno con esta escritura, ofrecida solamente al aprovechamiento de todos). Dábale cuenta del estado de Barcelona: hacia juicio de los ánimos de sus moradores: avisaba y prevenia algunas cosas tocantes al partido Real: pedia moderacion en la hostilidad de algunos lugares. La atencion del Velez en recibir la carta, y las cautelas con que fué agasajado el que la traia, hizo que de ella se esperasen mayores cosas de las que á la verdad contenia; si fueron otras, no llegáron entónces á nuestra noticia.

98. Continuóse la marcha, y el Torrecusa con quatro tercios de la vanguardia se puso sobre el fuerte, formando sus esquadrones al pie de la montaña mas dilatada que eminente, en que está fundado el castillo, y ocupando con el regimiento de la vanguardia el quartel de la bateria: compúsola de quatro medios cañones, hizo cubrir la gente, re-

partió los cuerpos de guardia de caballería é infantería á las partes por donde podia baxar el socorro, y habiéndolo dispuesto con suma brevedad, comenzó á batir al primer quarto de la noche.

99. La retaguardia gobernada del Xeli, avanzó todo lo posible, y fué á amanecer sobre Villaseca: defendíala Monsieur de Santa Colomba, teniente de Mariscal de Campo con trescientos naturales y algunos Franceses que le acompañaban: habíale convidado el Espernan el dia ántes para reconocer la capacidad del sitio y defensas, por si fuese conveniente embarazar allí al contrario, quando intentase Tarragona.

100. Batíale el Xeli furiosamente, como en oposicion al Torrecusa que habia comenzado primero: continuáronse unas y otras baterias, hasta que casi en una hora misma Villaseca fué entrada por brecha y asalto con poca resistencia y menor daño del exército, y Salou se entregó por Monsieur de Aubiñí, que la defendia; fuera venido al mismo tiempo y servicio que el Santa Colomba á Villaseca. Quedáron los dos prisioneros y un consul de Tarragona que se hallaba dentro

del castillo, y tratáranlos con gran diferencia, á que su natural dió causa. Al Santa Colomba se guardó aquel respeto que en la guerra se debe á tales hombres, porque el imperio no contradice la urbanidad, ántes la engrandece. El Aubiñí fué llevado á prision, retirándole con poca cortesia, despues de haber hablado sin comedimiento á los Generales en demanda de su libertad.

101. Enviára Espernan el dia ántes (no sin industria) un trompeta y carta al Torrecusa, en memoria del conocimiento que habian tenido desde la guerra de Salses: fundaba así la razon el haberle escrito, preciábase de tenerle por contrario (llega la vanidad de algunos á hacer gloria del odio, como la pudiera hacer de la amistad): decíale que se hallaba defendiendo aquella plaza, que deseaba entender el modo de hacer la guerra: que pareciéndole conveniente, podian asentar el quartel y cange sin diferencia de Catalanes y Franceses, segun el uso de las naciones políticas. Causó esta proposicion gran cuidado en los ánimos de muchos: llamó el Velez á consejo, y allí fué mayor la diferencia: despues se reduxéron todos al parecer del San

Jorge : respondióse al Espernan , que primero quisiese declarar por qual razon se hallaba dentro de los reynos de España haciendo guerra , si como capitan del rey Cristianísimo enemigo y quejoso del Católico , ó si como auxîliar de una nacion rebelde á su Señor natural. Á dos fines se encaminaba esta respuesta: el primero á excusarse de diferir luego en materia de tanta importancia , en que la experiencia podia aconsejar mejor que el discurso : el segundo á darle á conocer á Espernan , que quien advertia la diferencia de los asuntos de la guerra , sabria no ménos acomodarse á ellos en el modo de ella segun su resolucion. Con esto pretendian tambien templar su orgullo , dándole á temer lo mismo que temian; aunque su intencion era firmísima de conceder el quartel, así como lo podia el Frances.

102. Tardó la respuesta de Espernan, porque igualmente esperaba le aconsejase el suceso para saberse determinar , y tomando esta ocasion el San Jorge , hombre aficionado á la nacion y lengua francesa , introduxo su plática con el de Santa Colomba , diciéndole que extrañaba mucho que su General

quisiese confundir las razones de aquella guerra, persuadiéndose que los Españoles no distinguieran el tratamiento, que se debe al contrario ó al rebelde: que no sabia con que ocasion podia detenerse en la respuesta, siendo cierto que comenzándose las escaramuzas y reencuentros, habia despues la razon de seguir á la furia, que ninguno en la venganza es prudente. Entendiόle el Santa Colomba, y que su razonamiento se encaminaba á algun partido; ofrecióse á tratarlo, si gozaba libertad: pareció que convenia, y fué enviado cortesmente y con mejores noticias del poder del exército, que los Franceses no juzgaban por tal, segun las erradas informaciones de los Catalanes que ó no lo creian, ó lo disimulaban.

103. Entre tanto Monsieur de San Pol, que gobernaba las armas en Lérida, entendió que para estorbar alguna parte de los progresos del exército en todo aquel distrito, seria conveniente hacer entrada en Aragon y algunos lugares de la ribera, que estaban á devocion del rey Católico; y tratándolo con el magistrado, pareció se diese luego aviso á D. Juan Copons, para que con la gente

de su cargo intentase al mismo tiempo alguna faccion en Tortosa ó en la villa de Orta, que tambien seguia el bando Real. Juntó el San Pol su gente en copioso número: constaba todo el grueso de siete tercios de los partidos de Tárraga, Agramunt, Pallás, Manresa y Cervera, con la gente de Lérida, sus Maestres de Campo el Paher (1) en cap de la misma ciuddad D. Luis de Peguera, D. Josef Pons de Monclar, D. Francisco de Villanueva, D. Miguel Gilbert, D. Pedro de Aymerich, D. Luis de Rejadell. Con esta infantería y algunos pocos caballos saliéron á campaña, y discurriendo sobre que lugar podrian acometer, halláron ser mas acomodado á sus designos Tamarit de Litera, puesto en la ribera del Cinca, que los Españoles habian hecho quartel de los tercios de Navarra, á cargo del Señor de Ablitas; pero el San Pol por evitar la prevencion con que el contrario podia esperarle, mostró mover sus tropas á otra parte. Revolvió al anochecer, y enderezóse á Tamarit: llegó sin ser sentido, y escaló improvisamente el quartel, que no pu-

(1) Nombre que tenian los Regidores en Léridda.

do resistirse, ayudando la buena ocasion al mas poderoso: muriéron algunos de los Navarros, y fueron prisioneros hasta ciento y cincuenta, de que avisados los de Fraga, acudiéron á su socorro el Conde de Montijo y el Parada; llegáron tarde, porque el San Pol, habiendo hecho su asalto, marchaba ya la vuelta de Lérida.

104. Es Lérida principal ciudad entre las de Cataluña, llamada de los geógrafos Ilerda (y Leyda bárbaramente): fué edificada de los antiquísimos Sardones, pobladores de la Cerdaña, en la ribera del rio dicho entónces Sicóris y ahora de nosotros Segre, famoso en las historias romanas, mas que por su caudal, por las batallas que se diéron en sus campos, quando los Romanos domináron en España, Escipion y Aníbal, César y Afranio. No bastáron tiempos ni el diferente exercicio, trocando las armas por las letras de su universidad, para que Lérida olvidase su belicoso principio, volviendo otra vez á ser presidio observantísimo de la disciplina militar.

105. El Copons con su tercio y algunas otras compañias de almogavares (ó miquelets) baxó sobre la villa de Orta, deses-

perado de que en Tortosa pudiese obrar cosa importante : sitióla, y apretóla tanto, que los moradores obligados de la necesidad pidiéron tiempo para entregarse : concedióselo el Copons, y habiéndose acabado el término, pidiéron segundo y les fué dado : gastóse sin fruto una y otra tregua : tercera vez la intentáron los sitiados, esperando por instantes el socorro de Tortosa; pero el Copons como despechado de sus irresoluciones, embistió la villa, y la ganó. Dicen que pudiera defenderse mas por ser bien cercada de muro y fortalecida de un castillo ; pero que el mismo temor que sin otra ocasion obligó sus moradores á entregarse á las armas Católicas, quando las tenian vecinas, hizo como ahora se postrasen á su enemigo.

106. El Gobernador de Tortosa Diego de Medina, soldado de larga experiencia, trabajaba en tanto por socorrer la villa, temió al principio el peligro, así como miraba contra sí la amenaza del poder contrario; no obstante envió quinientos infantes á cargo del Sargento mayor D. Diego de Mendoza, y le mandó que con ellos se adelantase todo lo posible hasta socorrer la villa. Llegó

D. Diego, y la halló atacada por el enemigo: no quiso tentar la fortuna, ni haberle menester: volvióse otra vez sin hacer mas que darle aquella mayor circunstancia á la gloria del Catalan, de ganar la plaza á vista del socorro. Con la pérdida de Orta y asalto de Tamarit creció la reputacion á las armas Provinciales, y las del rey desfalleciéron en el crédito que las ocasiones pasadas les habian dado,

107. Apénas el Velez pudo acomodar las cosas del fuerte y puerto de Salou, quando mandó marchar el exército la vuelta de Tarragona en tal concierto, como si la esperanza del tratado no estuviese asegurando todo acomodamiento. Diósele cargo al Duque de San Jorge, que con mil caballos y quatrocientos mosqueteros fuese á ganar los puestos sobre Tarragona, y le seguian dos mil infantes para formarse en aquellas partes que eligiese. Prevínose el San Jorge, como hombre ambicioso de una gran fama: sintió despues que los negocios se encaminasen por otra via que las armas.

108. Hallábase Espernan en la plaza afligido y engañado, porque mirando ya tan

de cerca y tan poderoso al enemigo, no reconocia en los moradores verdadero ánimo de resistirle, ni tampoco medios para la resistencia. De los socorros prometidos por la diputacion solo habia llegado el tercio dicho de Santa Eulalia, de ochocientos infantes bisoños: no se juntaba otra infanteria, ni de los regimientos de Francia tenia seguras noticias. De otra parte, la ciudad grande y sin defensa capaz no prometia firme resistencia: el vulgo dividido en bandos solo servia al temor: unos querian al rey, otros la república, estos y aquellos se conformaban en disponer su daño. Hallábase Tarragona falta de forrages y aun sin los víveres necesarios, falta de municiones; cosa que sobre todas se le representaba terrible á Espernan, por no ser visto jamas que una plaza comience á esperar sitio con menos caudal que otras, quando le acaban. Estas dificultades que reconocia cada hora mas que el horror del exército, le ponian en desesperacion de la victoria. Haciásele dificultoso el haber entrado en la ciudad; pero llegó á creer que no estaba obligado á la defensa de los mismos hombres, que se desayudaban en ella: que ninguno debe hacer

mas por otro, que él hace por sí mismo, ni esperar de él mas de lo que sabe ayudarse. Esforzó su desconfianza la plática del Monsieur de Santa Colomba, que con verdad y experiencia le informaba del poder contrario, de la inclinacion que hallara en sus cabos para el acomodamiento: pensólo, y halló no ser para despreciar el peligro. (Otros dicen que cotejándole con su instruccion secreta, juzgó ser este el uno de los casos en que se le ordenaba la retirada): aficionóse al remedio, y púsolo por obra.

109. Pretendia el Velez que no solo los Franceses desamparasen la ciudad, sino que el mismo Espernan trabajase lo posible por reducir el magistrado á que se entregáse modestamente en manos del rey: dábale á entender con destreza lo mismo que el Espernan estaba experimentando, que la gente mas principal de Tarragona no afectaba á la defensa, y el pueblo la temia; pero Espernan, no obstante que lo entendia, le excusó de aquel discurso; ántes por cumplir la satisfaccion de su ánimo, envió á proponer á los diputados la resistencia. Despachó á Francisco de Villaplana, Teniente General de la caba-

llería del pais: decíales como habia llegado á Tarragona, y que si bien los medios no eran acomodados á la defensa, que él ofrecia su vida por el bien del principado: que la infantería era poca, que le socorriesen de alguna, y que haria desmontar la mitad de la caballería para guarnecer y defender su muralla, y con la otra parte saldria á campaña por inquietar el enemigo: que esto era lo mas que podia hacer de su parte, que ellos dispusiesen de la suya de tal suerte que su voluntad no se malograse.

110. Pero los diputados, ó con mas reconocimiento de sus pocas fuerzas, ó con mayor deseo de emplearlas en cosas útiles y posibles, ó tambien persuadidos de algunos aficionados secretamente al rey, se fueron dilatando de tal suerte, que el Espernan descifró en su confusion su respuesta, juzgando que ellos no osaban á elegir su perdicion, y ántes se acomodaban á sufrirla. Resolvióse con esto, y envió el Santa Colomba al exército Católico, que halló ya tendido hermosamente por la cima de un repecho opuesto á la mejor frente de la ciudad, que mira al ocaso.

111. Hallábase el exército en bellísima forma, y tal que visto desde la plaza parecia mas numeroso. El arte sirve útilmente á la fuerza: la caballería se alojaba en lo llano, la artillería en la batalla, la vanguardia ocupó el cuerno derecho, la retaguardia el izquierdo. El Velez hizo su quartel en una casa de campo, fábrica del Groso, Genoves, junto á la marina. Así recibió al Santa Colomba, á quien escuchaba y respondia el San Jorge, y despues de haberse ajustado en algunas dudas, se resolviéron los dos en el nombre y fe de sus Generales.

112. Que el Maestre de Campo general Monsieur Espernan desocupase la ciudad de Tarragona de su persona, y de las armas Cristianísimas que se hallaban en ella. Que de la misma suerte retiraria todas las tropas de su cargo, así de caballería como de infantería, que en aquella sazon se hallasen entre Barcelona y Tarragona. Que su persona de Espernan no entrase en ningun lugar fuerte del principado, ni defendiese alguna plaza que le fuese encargada por la diputacion. Que haria todo lo posible por reducir al servicio del rey Católico el tercer conseller de Bar-

celona, Coronel del tercio de Santa Eulalia, y que su gente se incorporase entre el exército Real. Que dispondria, mediante su autoridad y oficios, se entregase en manos del Marques de los Velez aquella venerable insignia y pendon, que se hallaba dentro en la plaza. Que aconsejase á la Ciudad como por sus diputados viniese á solicitar la gracia del rey, pidiendo perdon de sus yerros.

113. Algunos papeles que se han escrito en Cataluña, y han llegado á mis manos impresos y manuscritos, quieren que Espernan capitulase con el Velez sin dar noticia al magistrado de lo que pretendia hacer; pero no parece creible que un hombre cuerdo y extrangero concertase la reduccion de una ciudad sin consentimiento de sus ciudadanos.

114. Los naturales atentos al peligro que les estaba esperando, recibian sin hostilidad al exército, no impidiéndole el paso; cosa de que claramente se entendió que ellos aspiraban mas al negocio, que á la resistencia.

115. Volvió el Santa Colomba á la plaza, y aquella misma noche remitió el Espernan firmadas las capitulaciones pormanos

de Monsieur de Boesac, General de su caballería. Recibióle el Velez cortesmente, firmó tambien lo capitulado con el Frances, y á otro dia se viéron en el campo Español, comiéron juntos unos y otros cabos castellanos y franceses.

116. No tardó la Ciudad y Cabildo eclesiástico en venir á humillarse á la magestad del rey en la persona de su General: vino, y con aquella pompa y autoridad usada entre ellos á imitacion de las repúblicas; pero el Velez notándolo atentamente, les mandó dar á entender, ántes de escucharles, como aquella era ocasion de toda humildad y reverencia, y que así se debian ofrecer delante su persona con la mayor postracion posible, y no en aquella forma. Cumpliéron los diputados la órden impuesta, no dexando de temer que topasen luego al primer paso de su congratulacion efectos del enojo; pero juzgando por otra parte á buena suerte, que sus castigos parasen en demostraciones vanas ó poco sensibles, obedeciéron gustosamente, y entráron como les fué ordenado.

117. Recibiólos el Velez á pie y descubierto poco espacio fuera de su quartel:

llegáron ellos de la misma suerte, y añadiendo algunas lágrimas y señales de temor, habló primero D. Antonio de Moncada, Canónigo de su iglesia por el estado eclesiástico: luego los diputados, casi dixéron todos unas mismas cosas, y lleváron la misma respuesta con gravedad y entereza pronunciada. Decia que en nombre de su Magestad Católica recibia aquella ciudad en su obediencia, por estar seguro de que sus ánimos se arrepentian mucho de los errores pasados, y qué habian de dar al mundo en finezas y en servicios grande satisfaccion de sus culpas.

118. Miéntras duraba esta ceremonia, y las cortesias y convites del Espernan y los suyos, el conseller Coronel, desesperado de remedio, se escapó de la ciudad, llevando consigo el pendon, con que habia entrado en ella: siguiéronle de los fieles á la república, los que quisiéron seguirle, salió con facilidad y secreto.

119. Habíase ajustado que la entrega de la plaza se hiciese al otro dia veinte y quatro de Diciembre: cumpliólo el Espernan, y envió luego á excusarse de la retirada del conseller y pendon en la forma que habian con-

certado ; ordinarios peligros en que suelen hallarse todos los que prometen sobre acciones agenas.

120. El Velez todavia conservaba aquel engaño comenzado en la corte, procedido de las falsas inteligencias que habia con Catalanes : entendia (obligado á entenderlo) de los avisos del rey, que en Tarragona se hallaban solamente doscientos caballos : despachó el San Jorge para que contemporizase con las últimas ceremonias de Espernan, encargándole advirtiese cuidadosamente el número y bondad de su caballería, atento á lo venidero.

121. Habian los Franceses sacado sus tropas á campaña por la parte que mira al camino de Barcelona, formándose en diez y siete batallones medianos, que entre todos hacian mas de mil caballos ; no fué solo urbanidad, sino artificio, para que entre tanto la infantería catalana que se retiraba, sus caballos y bagages, tuviesen tiempo de mejorarse en las marchas.

122. Despedido enfin el Espernan, y vacia la ciudad de las armas francesas, se dispuso luego la entrada del Velez, y se alo-

járon en ella quatro tercios de infantería, repartiendo los mas por los lugares convecinos. Entró el Marques aquella tarde, acompañado de toda la corte del exército, el magistrado de Tarragona y otros nobles de la ciudad: caminó á la Iglesia Mayor, donde fué recibido con las pias ceremonias, con que la Iglesia se alegra en los triunfos de sus hijos: los demas tercios y caballería marcháron á sus quarteles.

123. Es Tarragona uno de los mas antiguos pueblos de España, y que en ella ha dado mayor ocupacion á las historias. Muchos autores la tienen por edificio de Tubal, llamándola Tarazoan, que en vòz arménia y caldéa (propias entónces) dicen significa ayuntamiento de pastores, por comenzar su poblacion en esa manera. Otros deshaciendo algo en su antigüedad, quieren la fundase Taraco ó Tearco, príncipe de Etiopia sobre Egipto, natural de los pueblos Leucotiopes; el qual venido á España, y despues de retirado de Cádiz mañosamente por los Feníces, pasó á las riberas del Ebro, donde batalló con Teron, Capitan de los Ébricos españoles (que hoy son los Cántabros) y fué por él

vencido y arrojado. En la edad de Romanos subió Tarragona en gloria y edificios. Ántes de Cneyo Escipion se hallaba ya cercada de muros; pero de los Escipiones alcanzó su mayor lustre, haciéndola plaza de armas general contra los Cartagineses. Recibió la fe católica quando los primeros pueblos españoles, por lo que su iglesia, sobre metrópoli en su provincia, pretende con Toledo y Braga la primacía de las Españas. Edificóla su fundador en una eminencia que viene á caerse poco á poco en el mar, donde despues la tierra humilde se dilata en una aguda punta, y ayudada del muelle, forma abrigo, aunque corto, á los baxeles: la cuerda de los cerros que sube á septentrion, va siempre creciendo y levantándose hasta que se remata en algunas peñas, que del todo encubren la ciudad á los que la buscan por la parte oriental: el medio arco que describe de poniente á mediodia es mas descubierto; pero no sin alguna defensa de antiguas torres y baluartes modernos. El número de sus moradores con pocos pasaba de tres mil, sus calles angostas, sus fábricas demuestran mas años que grandeza. Tal fué Tarragona has-

ta aquellos tiempos que comenzó la guerra (que es quando la vímos), ahora será solo esta en el estado de sus principios.

124. Siguióse al buen suceso del Velez en la reduccion de la ciudad otro no ménos favorable á sus intentos. Amaneciéron surtas las galeras de España y Génova en número de diez y siete : poco despues el mismo dia llegáron los bergantines de Mallorca, con que el exército recibió alegría, porque de ambas flotas esperaba ser socorrido con gente, municiones y la artillería prometida de Rosellon. Pero en breve se entendió que las galeras no traian mas de la persona de D. Juan de Garay, conforme á las antiguas órdenes que se le habian enviado de la Corte.

125. Gobernaba las de España D. García de Toledo, Marques de Villafranca, y las de Génova Juanetin de Oria (hermano del Duque de Túrsis) á las órdenes del Villafranca. Desembarcó D. Juan, y fué bien recibido del Velez, que aunque deseaba mas su exército, mostró estimar igualmente su persona; (á veces vale mas la de un capitan grande). Solo el Torrecusa dió á entender le desplacia su venida; y mucho mas viéndole solo y sin armas

que gobernase, porque entónces temia que, ó se le diesen por compañero en el manejo de aquel exército, ó que de sus tropas le separasen algunas con que emplearle: era tal la opinion del huesped, que ninguno lo esperaba ocioso; y verdaderamente ello se fué disponiendo de tal suerte (ayudado de algunas calumnias de hombres entremetidos) que el Velez se vió á peligro de perderlos á entrambos, ó por lo ménos en desesperacion de aprovecharse de los dos; cosa que deseaba, y de que supiera usar con destreza, si la sequedad del Torrecusa y presuncion del Garay le dieran algun espacio para hacerlo.

126. Excusábase D. Juan de no haber traido la infantería de Rosellon, diciendo que la guerra estaba por aquella parte tan viva, que mas se hallaba en estado de ser socorrida, que de socorrer á ninguno: que las plazas eran muchas, y poca la gente para guarnecerlas: que los Catalanes andaban en campaña, y que las tropas del Ampurdan hacian cada dia mas fuertes y venganzas en los paises fieles. No le faltaban razones para poder excusarse de no venir armado; pero con ninguna satisfacia el haber ve-

nido ; donde se entendió entónces que el Garay temeroso de los progresos de Rosellon, tomó aquel motivo para dexar la provincia, juzgando que en el nuevo empleo de las armas prometidas aseguraba sus mejoras : que en Rosellon se peleaba con Franceses, y en Cataluña con naturales bisoños y mal armados, de quienes no se podia dudar la victoria, embistiéndoles tan copiosos exércitos.

127. Dispúsose luego la desembarcacion de la artillería : eran seis cañones enteros y otras piezas necesarias hasta el número de veinte, y los mas pertrechos convenientes á su cantidad. Tratábase tambien del despacho de los bergantines, porque hiciesen segunda provision de grano á la caballería ; pero en medio de este negocio y de las muchas observaciones, en que por entónces inútilmente se ocupaban cerca de sus preferencias el Velez y Villafranca, llegó un correo de Madrid, que dió principio á otras novedades.

128. Abriéronse los pliegos, y con ellos las puertas á muchos y varios discursos por la novedad que se hizo notoria, de la qual podrémos decir, vino despues á depender

buena parte de los sucesos que escribimos.

129. Avisaba el rey Católico al Velez como el reyno de Portugal se habia declarado en su desobediencia, separándose de su monarquía y entregándose á nuevo rey: ordenábale muchas cosas sobre este caso, encomendándole detuviese todo lo posible su noticia por no dar con ella mas aliento á los Catalanes, y causar alguna inquietud en los muchos Portugueses que se hallaban sirviendo en aquel exército. Empero por ser la cosa tan grande en Europa, de tanto cuidado á los príncipes de ella y de tales dependencias con mi historia, habré yo de contar lo sucedido en breve digresion, segun mi costumbre.

130. Sesenta años habia que la corona de Portugal ocupaba las sienes de los Reyes castellanos, con que no solo consumáron su imperio en toda España, mas tuviéron entónces ocasion de ceñir con sus armas fácilmente el universo. Fué D. Felipe el Segundo, rey de Castilla, hijo de la Emperatriz Doña Isabel, muger de Cárlos Quinto, ella hija de D. Manuel, único de este nombre, rey de Portugal, cuya baronia extinta (por muerte D. Sebastian) en el Cardenal rey D. Henrique

su tio, pretendiéron muchos príncipes la sucesion de la corona; y no sin derecho pretendia tambien el mismo reyno heredarse á sí propio y nombrar sucesor (como ya lo hiciera en otras ocasiones). Contendian en fin por mejor razon Catalina, Duquesa de Braganza, hija entónces sola (muerta María su mayor hermana, princesa de Parma) de Duarte, Infante de Portugal, hijo de D. Manuel y hermano de la Emperatriz y del último rey Cardenal. Duarte bien que por su edad menor que el mismo rey su hermano, por su sexô mejor que la Emperatriz su hermana; Catalina hija de Duarte y Felipe hijo de Isabel. Vino el caso de valerse cada qual de la representacion de aquella persona, de quien recibia la accion, como si verdaderamente concurriesen vivos, Duarte varon con Isabel hembra (inferior en sexô, bien que superior en años); de tal suerte que Catalina por la gracia á que el derecho llama beneficio, quedaba representando el Infante su padre, y Felipe por la misma ocasion enflaquecia su causa significando la Emperatriz su madre. Intentó luego D. Henrique, hombre santo y viejo satisfacer la justicia de todos los prín-

cipes contenciosos, por excusar á su reyno la nueva fatiga de una guerra; poniendo el negocio en términos de derecho comun. Muchos le acusan esta resolucion, y algunos la juzgan por la mayor de sus acciones; porque quanto mas fiaba de su justificacion, pudo entregarse mas confiadamente al sentimiento de otros juicios, teniendo por hecho indigno de rey Católico y Evangélico, que aquellas cosas tan fáciles de acomodar por la razon con aplauso del mundo y paz de su conciencia, se hubiesen de poner en manos de la furia. Nombró jueces, hombres tales que pudiesen juzgar sobre tan grandes intereses. Murio ántes de acabarlo D. Henrique, comun infelicidad de Portugal y Castilla, á quienes dexó por herederos de la discordia. Mas D. Felipe ántes de la sentencia en los términos legales, ordenó se lo pleyteasen con negociaciones el Duque de Osuna, D. Pedro Giron y D. Cristobal de Mora, ya su favorecido; pero en su defecto no despreciando la fuerza como el artificio, dispuso que tambien de otra parte mejorase sus respetos D. Fernando Álvarez de Toledo, Duque de Alba con treinta mil combatientes: y de las dos poderosas manos

que D. Felipe puso en este negocio, la una liberal y la otra fuerte, no se puede decir qual fué mas oficiosa contra la libertad del reyno; tal el interes, y tal el asombro opuesto á los ánimos, donde algunos resistiendo al temor, no llegáron á alcanzar victoria de la codicia. Retiróse Doña Catalina de la pretension, no desengañada mas temerosa, guardando en su sangre y en la de sus hijos y nietos su propia justicia y derecho anterior á la corona; y guardando tambien los Portugueses (hasta los mas obligados al rey Católico) en su corazon ó en su escrúpulo, la memoria del arte y la violencia de aquel monarca, obedecida en aquella primera edad con la fuerza, y en la segunda de su hijo D. Felipe Tercero, tolerada con la apacibilidad del gobierno; mas del todo á ellos insufrible en la de D. Felipe Quarto. Hallábase la nobleza mas que nunca oprimida y desestimada, cargada la plebe, quejosa la iglesia; era sobre todo acabado el tiempo de aquel castigo. Despertó la queja comun las memorias pasadas, que ya parece dormian pesadamente en el sueño de sesenta años. Pretendió el rey que la nobleza de Portugal saliese á servirle en

el castigo de la libertad catalana, en que los Portugueses reconocian hermandad, y en cuyas acciones (como á un clarísimo espejo) estaban concertando sus ánimos á un dichoso fin. Amenazaba D. Felipe por boca de dos ministros terribles (que entónces manejaban los negocios de Portugal) con crímen de indignacion aquel que no saliese á obedecerle: esta asperísima administracion de imperio, añadida á las primeras razones, dió motivo á algunos caballeros y prelados del reyno, en corto número, para que se resolviesen á comprar con sus vidas la libertad de la patria, á imitacion de algunos famosos Griegos y Romanos, que no hiciéron mas, ni tan dichosamente. Concertáronlo, y se dispusiéron á quitar y le quitáron aquella corona á D. Felipe, que en el modo porque dicen la trataba hizo la mayor informacion contra sí mismo, ofreciéndola á su propio dueño, que tambien en aceptarla sin temor de la contigencia, manifestó al mundo su derecho. Era este D. Juan, el Segundo en el nombre de los Duques de Braganza, octavo en el número de ellos, hijo de Teodosio Primero, Duque Séptimo y nieto de Catalina la despojada princesa de Portugal,

y el que fué saludado rey legítimo de los Portugueses en Lisboa á primero de Diciembre. Á cuya voz humilló el Señor el poder contrario, de tal suerte que sin defensa ó contradiccion el nuevo rey se hizo obedecido en espacio de nueve dias por todas sus gentes y provincias; y las muchas plazas marítimas que guardaban los puertos, fueron puestas en sus manos por los mismos capitanes del rey Católico, que las defendian, movidos ellos (dicen algunos) de una fuerza interior que les hacia obedecer á su propia injuria; tal fué la princesa Margarita de Savoya, Duquesa de Mantua, que entónces gobernaba el reyno, cuyos despachos hiciéron medio á la entrega de las mayores fuerzas.

131. Con extrañeza y admiracion fué recibido en el exército este gran suceso de Portugal; aunque pareció mas grande en la variedad y recato con que se trataba. Poco despues se conoció en señales exteriores, habiéndose preso por órdenes secrétas algunas personas de aquella nacion y alguna de estimacion y partes que se hallaba en el exército, cuya gracia cerca de los que mandaban, la pudo hacer mas peligrosa.

132. Muchos pensaban que este accidente podia resultar en beneficio de Cataluña, porque el rey por vengar el agravio recibido de Portugueses, se habia de acomodar á qualquiera honesto partido con el Principado, aprovechándose de las armas empleadas en él para el otro castigo.

133. Algunos entendian diferentemente, temiendo que las asistencias y socorros de aquel exército no podian ser quales pedia la necesidad, porque divertido el poder del rey Católico á otra parte, era forzoso faltar allí, lo que se aplicase al nuevo exército.

134. Con la misma diferencia juzgaban los Catalanes (bien que para lo venidero todos lo tenian por conveniente); tales habia que desde luego lo estimaban como gran fortuna, pareciéndoles que ya el enojo del rey se habia de repartir entre ellos y la segunda desovediencia; y aun creian que la de Portugal llevase la mayor parte de la indignacion, porque en los ojos del rey Católico (y de todos los monarcas del mundo) no pareceria tan grande el delito de la sedicion, como el de la competencia: que el suyo de ellos se podria rehusar, era fundado en miseria; pe-

ro el de los Portugueses en soberbia y altivez, donde inferian la templanza de su peligro.

135. Tambien no faltaban otros que pensasen consistia en esta novedad su mayor daño, porque el rey deseoso y aun necesitado de hacer la guerra á Portugal, debia poner todas sus fuerzas por acabar mas brevemente la de Cataluña, pues no era sano acuerdo abrir los cimientos á un tan costoso edificio, sin haber dado fin á la primera obra.

136. Así discurrian las gentes de una y otra nacion; y los que mas temian, mas acertaban, enseñándoles despues la experiencia como el temor discurre á veces mejor que la esperanza.

FIN DEL QUARTO LIBRO.

HISTORIA DE LOS MOVIMIENTOS, SEPARACION Y GUERRA *DE CATALUÑA.*

LIBRO QUINTO.

SUMARIO.

Preparaciones del principado. Disposicion del campo Español. Instancias á Espernan. Su vuelta á Francia. Piérdese Villafranca y Sansadurní, Martorell es embestido. Socórrele Barcelona. Juicios y consejos de Españoles y Catalanes. Inténtase la cuidad. Habla el Velez á los suyos. Aclama la generalidad al Cristianísimo. Expugnacion de Monjuich. El San Jorge pretende entrar las puertas. Muere en ellas. Atácanse las escaramuzas. El fuerte se defiende. Rómpense los esquadrones. Derrota del exército. Su pérdida y mortandad. Retírase el Velez á Tarragona. Acaba su gobierno.

1. Miéntras el Velez descansaba en Tarragona, ni bien amado como amigo, ni

bien aborrecido como contrario, seguia el Espernan su retirada melancólico y poco seguro de todo el pais, que le miraba con dolor y odio. Cargábanle comunmente la culpa de la pérdida de Tarragona, diciendo que no estaba obligado al cumplimiento de lo prometido, porque no podia capitular en perjuicio del acuerdo entre el rey Cristianísimo y el principado. Intentaban con esto impedir su retirada, y que por lo ménos aguardase aviso del rey para executarla: á ninguna razon obedecia el Frances, ántes como cada dia crecia la confusion de las cosas públicas, así se afirmaba mas en la resolucion de cumplir lo capitulado con los Españoles.

2. Procuraba entónces la diputacion detener al enemigo en Martorell, porque los pasos angostos y el rio dificultoso le prometian mas segura defensa: incansablemente solicitaban sus levas, que con suma brevedad se iban engrosando con la gente de Vich, Manresa, Ripoll, Granollers, Vallés, Metaron, Arens, Sancelonio, Hostalric, Mataró, Cabrera, Bas y costa del mar.

3. Tal era el grueso de todas las gentes, de que pretendian formar su exército, y á

este fin salió de Barcelona el Doctor Ferran, ministro de su magistrado, que introducido en aquellos negocios, procuraba con zelo de verdadero república dar forma á la defensa, así por lo que tocaba á la fortificacion, como al campo; pero en ambas diligencias fué inútil su cuidado, conforme lo mostró la experiencia, dándonos exemplo, de que no basta solo el zelo en el varon, sino se ayuda de la industria y suficiencia; (buen advertimiento para los príncipes). Era Ferran Oidor eclesiástico, ignoraba totalmente la ciencia militar, y por mas que su ánimo le inclinaba al servicio de la patria, todavia no fué bastante su deseo para vencer la ignorancia; de suerte que el expediente se dilataba por aquel mismo instrumento que fué aplicado á la execucion.

4. Crecian las fortificaciones al lento paso que llegaba la gente: era mayor su trabajo que su fruto, porque si bien habia entre ellos algunas personas de medianas noticias en aquel arte, todavia padecian la costumbre de querer arbitrar todos sobre la profesion agena, que los mas ignoraban, entendiendo que la voluntad de acertar bastaba para guiarlos al acierto. Introduxéronse en el

gobierno militar algunos hombres mozos, á quienes el ánimo ardiente del bien de su patria habia hecho creer de sí, mas de lo que era justo, los quales interpuestos en las execuciones de los negocios, los sacaban de su estado competente hasta traerlos á su parecer. Es en los mancebos tan loable cosa el amar las ciencias, como será peligrosa el entender que las han conseguido, porque por lo primero se hacen capaces de alcanzar la sabiduria, y con lo segundo se disponen á la presuncion, que los lleva al temprano riesgo del mando hasta acabar en él.

5. Varios avisos recibia la diputacion de los intentos del Velez, y no cesaba de instar al Espernan que con su caballería y algunos infantes franceses (que ya se juntaban) entrase en el Panades. (Es una pequeña provincia, que comprehende algunos buenos lugares de aquel contorno). Á que se habia de seguir la catalana, que ya marchaba, porque todos saliesen al opósito de los Reales, que sin duda mostraban querer ocupar aquellos pasos. Era esta su misma intencion del Velez, reconocido ya de la necesidad del exército, que apretado en Tarragona de los Catalanes suel-

tos que fatigaban la campaña por todas partes, no sabia como valerse ó resistirlos. Usó desordenadamente de la fertilidad de aquellos pueblos, y en brevísimos dias se vino hallar en la misma miseria con que entrara en ellos, sin otro remedio que buscar por las armas el sustento ordinario.

6. Ninguna diligencia fué bastante para que Espernan mudase su intencion; bien que con sumo artificio procuraba no desesperar los Catalanes que ya temia; pero quanto sabian acomodar sus palabras, desmentian las acciones de tal suerte, que entendiendo la diputacion como se habia retirado á la retaguardia de Martorell por no hallarse en aquel servicio, mandó salir de Barcelona su diputado eclesiástico, Presidente de su consistorio, porque se desengañase del ánimo con que Espernan procedia. Llegó, y asistido del Ferran y conseller tercero, asentáron que con la persona de Monsieur de Plesís (capaz, segun ellos entendian, de reducir al Espernan) se le ordenase imperiosamente que su caballería pasase luego al Panades, y que con la infantería guarneciese á Villafranca, que habia de ser la que primero probase la furia del exér-

citó Católico; pero con tal aviso, que si el enemigo la hubiese entrado primero que ellos, se excusase la escaramuza y se retirasen á Martorell, donde sin duda habian de ser de mayor efecto. Temian (con razon) perder qualquier pequeña parte de su tierra, porque aun sin contar el precio y lástima de los pueblos, consideraban por el mayor daño la pérdida del aliento en los vasallos; ordinario accidente, con que la gente inadvertida suele recibir las primeras desgracias de una república, donde la guerra es extraña.

7. Con este ajustamiento le pareció al diputado que las cosas quedaban de suerte que ya podia excusarse su asistencia, quando en su córte concurrian tantas que la pedian. Volvióse, y con su apartamiento volviéron tambien los negocios al mismo estado en que se hallaban ántes; no se obraba nada de lo prometido, sino crecia la confusion y desórden.

8. Vino segunda vez, y esto mismo le puso en obligacion de no dexar aquel negocio sin acabar de entender el ánimo de Espernan: juntó al Plesís y Seriñan como para testigos de sus promesas, y nuevamente afirman

ellos que prometió el Frances seguir la fortuna del Principado y su servicio, con que le diesen licencia para dar aviso al Velez; haciéndole notorias las causas de su imposibilidad. Yo creo que él lo pensaba hacer así; previniéndose para qualquier suceso: procuraba dexar el Principado y temia no poder hacerlo: pretendia justificarse con su enemigo, porque si la fortuna le traxese otra vez á sus manos, no perdiese por la palabra quebrantada la cortesia de los vencedores: igualmente le asombraba el enojo de los naturales, si una vez llegasen á desesperar de su compañía; así obraba dudoso, como entendia lleno de duda.

9. Deseaban los Catalanes que los caballos franceses entrasen á darse la mano á su teniente General Vilaplana, que con solas tres compañías de caballería ligera discurria por los lugares, donde el exército Católico hacia frente, á fin de reconocer sus intentos.

10. Caso es este digno de gran consideracion, particularmente para todos aquellos que fundados en el favor de sus amigos, se aventuran á pretender cosas grandes. Aquí se vé que un hombre estimado por capitan, vasallo

de un rey Cristianísimo, justo y con empeños de la misma accion, no solo se determinase á faltar en el mayor peligro de los que venia á defender, sino que despues de haber faltado (ó por su respeto, ó por su discurso) los embarazase con nuevos prometimientos, pudiéndoles salir mas costosa la segunda confianza que la primera quiebra. No es mi intencion en lo que digo, condenar el cumplimiento de la palabra que se ofreció: admírome de que habiéndola ofrecido, consintiese á los Catalanes nueva esperanza de su auxîlio. Tiránicamente desterró la política de los estadistas á la llaneza y la verdad, haciendo que del engaño se formase ciencia. ¡Qué dirémos de cosas tan grandes, sino contarlas como han sido!

11. El Velez entre tanto en Tarragona disponia su salida, con deseo de que no se dilatase: habia ordenado que algunas tropas de gente discurriesen por los lugares de aquel partido, no solo por ponerles en obediencia y órden, sino tambien para que los soldados pudiesen valerse de su saco, y se socorriesen contra el hambre que generalmente los afligia.

12. Poco despues pareciendo que el exército estaba ya capaz de moverse, nombró por Gobernador de Tarragona al Maestre de Campo D. Fernando de Tejada, para que con su tercio y alguna caballería quedase asegurando aquella plaza tan á propósito á los intentos de unas y otras armas, y que los enfermos se pasasen á la villa de Constantí, porque la ciudad no recibiese algun contagio de su compañía.

13. Ninguna cosa pareció, ni era mas dificultosa de acomodar, que aquella misma sobre que se fundaban todas las otras, como si fuese fácil: no se hallaba medio á la conduccion de los víveres para alimento continuo del exército: el pais arruinado y prevenido por sus naturales habia retirado hácia dentro de sí aquellos pocos frutos que pudo escapar á las manos de sus mismos ofensores y defensores, porque la ambicion ó desprecio en la guerra, casi viene á ser igual entre enemigos y amigos.

14. Luego paraba la confianza en la buena compañía de las galeras y bergantines, y aquel cuidado que justamente se podia tener por seguro, cargando sobre el Villafran-

ca su General. Es D. Garcia de Toledo hombre, en quien se halla valor heredado y adquirido: camina á la grandeza por la singularidad, afectando muchas extrañezas agenas de un sugeto nacido y criado para el mando: vive en él la prudencia como esclava del gusto, y es aun así de los mayores ingenios de España.

15. Deseaba el Velez pedir le ayudase; empero creia que el Villafranca no tardaria mas en desviársele, que lo que tardase en entenderlo, porque á la verdad él en su ánimo tenia por cosa indigna haber de servir de instrumento á los aciertos de otro; ordinario vicio entre hombres poderosos, de que el príncipe viene á pagar la mayor parte de sus intereses.

16. Pretendióse que el Garay fuese el medianero, y no bastó todo su artificio para llevarle á ninguna conveniencia: respondió con destreza, y obró con industria.

17. Pero ya desengañados los cabos de que por la mar no podian ayudarse, segun convenia, pensáron que de Tarragona y de los pueblos que quedaban á las espaldas, era cosa posible abastecer su exército: no dexa-

ban de entender que los Catalanes habian de procurar cortarles el paso; pero tambien esperaban que el exército de Fraga á la órden del Nochera obraria de tal suerte que, llamando á su oposicion las fuerzas provinciales, no podian ellos juntar en otra parte lo posible para estorbar sus comboyes, con lo que el campo habria de ser suficientemente socorrido.

18. Era la intencion del rey Católico (por lo ménos lo daban así á entender sus ministros) invadir el principado con tres exércitos á un mismo tiempo; (cosa que si pudiese executarse, sin duda postrara las fuerzas y estorbara la entrada de los auxîliares). Conforme á esta disposicion salió el Nochera de Zaragoza y su Maestre de Campo general el Prior de Navarra, á fin de que se diese forma en las rayas de Aragon al nuevo y prometido exército; pero como por natural achaque del gobierno español, se siguió siempre un profundísimo olvido á las mas vivas preparaciones, no duró mas el cuidado de aquella accion, que lo que fué necesario para darla principio con asaz fatiga de Aragon y Navarra. No se le acudia con los efectos competen-

tes á la execucion : escribia el de Nochera é importunaba, y no era socorrido ; ántes se recibia la eficacia de sus avisos casi con escándalo ; por ser culpa comun en ministros desatentos reputar la providencia de otros como cobardía.

19. De otra parte, desayudado el Nochera por algunas desconfianzas entre su persona y la del Prior (altivos ambos y ambos caprichosos) ninguno quiso, ni supo convenir ó humillarse á la condicion ó al mando ageno : prosiguióse la competencia, poco despues fué venganza, y luego desconcierto del servicio de su rey, y sus tropas ; de cuyos empleos por la diversion tanto dependia el exército del Velez, se estuviéron ociosas todos aquellos tiempos.

20. Saliéron los Reales de Tarragona, y se ordenó que la caballería se mejorase siempre quanto le fuese posible, hácia Villafranca del Panades. Executólo intrépidamente el San Jorge ; hallábase en la plaza el teniente General Vilaplana con desigual poder : fué forzado á retirarse, y lo pudo hacer sin pérdida de fuerzas ni de opinion, por ser práctico en el pais : al punto ocupáron los Reales el pa-

so, contentándose con haberle ganado, sin intentar por entónces otra cosa miéntras no se juntaba todo el exército.

21. Causó la retirada de Vilaplana grandísimo desconsuelo en Barcelona: entónces volviéron á llorar la impiedad del Espernan, que en tal peligro los habia metido y dexado; teniendo por seguro, ó por las disculpas de Vilaplana ó porque verdaderamente les pareciese así, que habiéndola socorrido, la villa pudiera resistirse.

22. Pero el Frances observante de las atenciones de los Catalanes, y no ménos de los pasos del exército Católico, dispuso su última retirada y la de todos sus cabos y tropas á Francia: contradeciánsela con vivas razones los diputados, que su mismo dolor, quando no su justicia, les estaba dictando.

23. No se detuvo Espernan á ningun oficio, ántes prosiguió su camino con tanta determinacion, que dió motivo á que se pensase (y aun escribiese) no era solo el sencillo deseo de cumplir su palabra el que le llevaba tan resoluto. Volvió á Francia, donde exteriormente fué no bien recibido; todavia ocupó luego su gobierno propietario de Leu-

cata. Algunos se persuadiéron que mayor espíritu obraba su movimiento ; yo no puedo escribir todo lo que he oido , por lo que se vé, se juzgue: lean aquí atentísimos todos los que aconsejan sus príncipes, que el caso no es de tan pequeña doctrina ; asaz de útil ofrece al advertimiento de los que mucho fian de otro.

24. Fué la salida de los Franceses sentidísima en todo el principado , é hizo cejar mucho en la aficion con que los miraban como á sus libertadores. Entónces viéndose ya asombrados de su enemigo , recurrian tal vez á culpar la primera resolucion : otros lo juzgaban á infelicísimo pronóstico ; y tales habia que lo consideraban por último desengaño , creyendo que la desconfianza de su conservacion llevaba primero aquellos , que primero la conocian.

25. Pero los hombres, en que el valor ardia como elemento , sin otra materia de interes mas que su propio zelo , no desmayando con la ausencia de los socorros , decian que así les habia de quedar mayor la gloria del triunfo , no habiendo de partir de su laurel con otras cabezas : que su nacion unida y

sin la correspondencia de otras gentes quedaria mas fuerte y mas segura, pues entre ellos ya no era tiempo, se hallasen los ánimos diferentes ó indiferentes; de esta suerte alentaban á los temerosos.

26. Marchaba el Velez en tanto al Panades, donde ya la vanguardia habia ganado á Villafranca: ocupó en llegando con su grueso el lugar capaz de poder recogerle todo. Era Villafranca pueblo de gran vecindad y de los mas abundantes de España en su provincia. Aquel mismo dia se ordenó que todos los caballos ligeros se adelantasen á ganar San Sadurní, distante poco mas de una legua hácia Martorell, donde se sabia que el enemigo aguardaba con parte de la gente retirada de Villafranca, y todo el poder que tenian junto para oponérsele.

27. Está San Sadurní puesto en una eminencia acomodada para defenderse, desde la qual hasta Martorell se siguen algunos valles hondísimos que van siempre ceñidos de dos cordilleras de montes, que unos baxan de las serranías de Monserrate, y otros corren la tierra adentro, pasando poco distantes de Barcelona.

28. El pueblo, siendo súbitamente asaltado, ni por eso dexó de resistirse confiado en que por la vecindad del socorro no podia faltarle; pero la gran fuerza con que fué furiosamente embestido y luego entrado, no dexó ver la constancia de los que le defendian, ni la diligencia de los que ya caminaban á juntarse con ellos.

29. Comenzaban desde allí todas sus fortificaciones de los Catalanes, asentadas en sitios favorables á sus designios y al modo de guerra comun á los hombres rudos: pretendian con tropas de gente bisoña puestas en aquellos lugares altos, libres á la furia de la caballería, defender todo el paso, que por larguísima distancia continuaba en aquella angostura; este fué su intento, y lo pudieran lograr á poner en ello mas cuidado. La naturaleza convida con la defensa, el arte la perfecciona: la necesidad hace poco mas que desearla y la estraga á veces: el temor no ayuda al acierto, quien teme no sabe, el que sabe tiene ménos que temer: la guerra se ha reducido á términos de ciencia, el órden alcanza mas que la fortaleza.

30. Detúvose el Velez por discurrir con

templanza en el modo de la empresa de Martorell, que como mas propia (por ser suyo el lugar, como hemos dicho) deseaba acertarla. Hallábase con buenas noticias del pais enemigo, porque en su campo habia muchos naturales y otros no ménos prácticos: todavia procuró haber algunos paisanos por cuya industria no solo fuese avisado, sino guiado: mandó se buscasen, y le fueron traidos por las tropas de la caballería, de los quales se entendió cumplidamente todo lo que deseaba saber.

31. Habia gobernado hasta aquel dia las armas de los Catalanes su Oidor eclesiástico Ferran, acompañado de D. Pedro Desbosch y D. Francisco Miguel, caballero de San Juan, en quienes (por mas que se adornaban del zelo y fidelidad) no se hallaban aquellas calidades suficientes al grande oficio que exercian. Con este conocimiento fué llamado el diputado militar Francisco de Tamarit (á cuyo puesto tocaba el mando de las armas naturales), que hasta entónces se hallaba ocupado en el Ampurdan, haciendo frente y resistencia á las tropas Reales de Rosellon. Era el Tamarit hombre, que juntamente llegó á en-

señar la milicia á los suyos y aprenderla entre ellos; pero ya en opinion de capitan, porque los buenos sucesos anticipan á veces la gloria del aplauso, á que parece caminan otros y rodean por el merecimiento.

32. No ménos los negocios del Ampurdan eran á este tiempo dignos de todo cuidado: no se atrevia el Tamarit á dexarlos expuestos á la mejor suerte de sus enemigos, ni tampoco pudo excusarse de acudir al aviso de su república. Dispuso y encargó la defensa de aquella provincia como le pareció mas conveniente, y dexó en su guarnicion á los Maestres de Campo D. Anton Casador, D. Dalmau Alemany, D. Bernardo Montpalau, D. Juan Sanmenat y el Vizconde de Joch, cuyos tercios si bien no eran copiosos, parecia que por entónces podian hacer resistencia al contrario, que ya se hallaba con mayores pensamientos en la parte donde tenia las mayores fuerzas; y habiendo tambien ordenado á las compañías de caballos de Henrique Juan, el Bayle de Falsá y Manuel de Aux le siguiesen, entró en Barcelona al mismo tiempo que le llamaba la necesidad y la desconfianza comun. Cobró el pueblo nuevo alien-

to con su llegada, haciéndola aun mas alegre haber entrado casi en aquellos dias Monsieur de Plesís y Monsieur de Seriñan con un regimiento de infantería francesa, y trescientos caballos no comprehendidos en las capitulaciones de Tarragona.

33. Consistia toda su esperanza de los Catalanes en defender el paso de Martorell, juzgando ser aquella la verdadera defensa y fortificacion de Barcelona: habian perdido el Coll con facilidad, cosa entre ellos tenida por insuperable: esta consideracion los llevaba mas al propósito de aquella resistencia.

34. Procuraban dar satisfaccion al Principado, cuyas fuerzas tenian juntas, siendo cierto que todos sus naturales parece, habian puesto los ojos en aquella accion para acabar de creer ó desesperar en su defensa: á lo que mas se aplicaban, era á intentar algun buen efecto por manos de la industria. Pareció conveniente dar aviso al Margarit (que emboscado en las espesuras de Monserrate hacia la guerra en continuos asaltos), para que en la mejor forma que el tiempo y sus fuerzas diesen lugar, se acercase á Tarragona y picase al exército vivamente por las espaldas.

35. Recibió D. Josef la órden, y recogió á sí toda la gente que le quiso seguir, y con algunos almogavares fué á tentar la fortuna con determinacion de dar sobre los lugares, que el exército Católico dexase con alguna guarnicion: asegurábase en que la caballería tenia desocupado el campo de Tarragona, y así no le quedaba el negocio dificultoso.

36. Marchó, y crecia cada instante tanto en poder y pensamientos, que determinó ir á dar vista á la misma ciudad de Tarragona; empero siendo informado de su gran presidio, revolvió por hácia la montaña á la villa de Constantí, distante de Tarragona una pequeña legua. Es Constantí lugar mediano, pero fortalecido de un castillo de los que la antigüedad fundó con mayor arte: está eminente á todo su pueblo y á toda la campaña, desde donde se mira no ménos fuerte que agradable: servia de hospital y cárcel á Castellanos y Catalanes: parecióle al Margarit esta empresa acomodada á sus fuerzas, pensando por ventura divertir con aquella accion la fuerza del exército, como suele la leona dexar algunas veces la presa á los rugidos de los cautivos hijuelos: embistió la villa en el mayor

descuido de la noche : ganáron las puertas con brio los Catalanes (no poco defendidas de los soldados de la guarnicion). Es celebrado entre los mas el aliento de un Pedro de Torres, Sargento catalan : nombrámosle contra costumbre, porque le hallamos nombrado de todos. Defendióse el castillo como pudo, y fué entrado con la primera luz de la mañana: muriéron algunos Castellanos en número como treinta : cobráron su libertad mas de trescientos naturales prisioneros ; y sin duda pudiéramos contar este por un dichoso suceso, sino obscureciera mucho de su gloria la crueldad con que fueron tratados los heridos y enfermos, porque habiéndose reconocido por los vencedores los hospitales donde yacian hasta quatrocientos soldados defendidos solo de la humanidad y religion ; últimos privilegios de los miserables, fueron entrados furiosamente, y sin ninguna piedad despedazados y muertos : corrió la tristísima sangre por en medio de la sala en forma de arroyo, nadaban sobre ella brazos, piernas y cabezas : los cuerpos humanos, perdida su primera forma, parecian monstruosos troncos de carne : al principio las quejas, lágrimas y voces formáron un

horrible estruendo, y el miedo y la confusion fueron para algunos tan crueles como para otros el acero: los lechos fabricados á la paz y descanso natural, se veian torpísimamente bañados en sangre, y sucios con las entrañas de sus dueños figuraban lastimosamente las bárbaras carnicerias de los gentiles. No pudo detenerse á ningun respeto el furor de los que vencian, porque parece es calidad de la victoria asentarse sobre la mayor ruina: tampoco la venganza obedece á algun consejo de la piedad: hallábanse rabiosos los Catalanes del suceso de Cambrils, y obraban de suerte en Constantí, como si con aquella violencia enmendasen la ya padecida.

37. Entendióse con brevedad en Tarragona la interpresa de aquel lugar, y aun sin prevenir tan grande daño, mandó el Tejada salir la caballería é infantería que pudo la vuelta del enemigo; pero el Margarit, que no dexaba de temerse de los socorros de Tarragona, habia puesto de reserva fuera de la villa al Capitan Cabañas y su compañía, (hombre entre ellos de buena opinion) con órden que escaramuzase con los socorredores, miéntras se juntase la gente que se ocupaba en el

saco. Tocáron al arma las centinelas del Cabañas, que se habian adelantado por todas las avenidas, y su cuerpo de guardia se opuso con gran valor á las tropas contrarias: llegáron los Reales, y atacándose entre unos y otros vivisimamente la contienda, peleáron hasta que dispuestos ya en forma militar todos los Catalanes, se resolviéron á dexar la villa, cuya conservacion casi parecia imposible é inútil por la mucha vecindad del poder contrario.

38. No ignoraba el Velez todas las prevenciones del enemigo, y así desde luego determinó servirse del artificio. Llamó á consejo casi á vista de Martorell, y por todos fué ajustado que los Catalanes fuesen embestidos en sus fortificaciones, mas con intencion de medir sus fuerzas, que de ganárselas: que si ellas fuesen tales que diesen lugar á proseguir el asalto, no se perdiese coyuntura, y se apretase lo posible por desembarazar el paso; pero que hallando así fuerte la resistencia y que el peligro pareciese mayor que el útil, se retirasen, y entreteniendo al contrario con escaramuzas, se enviase un trozo de exército bien gobernado, que subiendo la montaña á mano izquierda, baxase al collado (dicho del

Portell) desde donde se tomaba al enemigo de espaldas, y se pasaban de esotra parte del rio Llobregat, con que los Catalanes quedaban imposibilitados de la retirada ó socorro.

39. Era de pocos dias ántes entrado en el gobierno de aquellas armas el Diputado militar Tamarit, que no despreciando el valor de los Católicos (como aquel que lo habia experimentado de cerca), luego que reconoció su exército, pidió nuevos socorros á Barcelona, porque con las mudanzas de los cabos que entre los Catalanes habian sucedido, se desbaratara buena cantidad de gente faltando de una y otra casi la tercera parte.

40. Fué esta nueva escuchada en la ciudad con mucho enojo y tristeza: oyen mal, y creen peor los hombres pacíficos los aprietos de la guerra: acusa el civil de perezoso al soldado y al capitan que no vence segun su antojo: ninguno acierta á medir la desigualdad que hay entre sus estados: el ocio de la guerra es terremoto en la república, lo que es confusion en la ciudad, es quietud del exército: desdicha original, juzgar

de las acciones imperceptibles de la guerra el tribunal de los políticos, tan liberales en averiguar las calidades del peligro que ignoran, donde suele salir condenado á veces el valor y á veces la prudencia, como si Marte pesase en la balanza de Astrea, y entre la fortuna y la razon hubiese gran conformidad.

41. Quejáronse los Catalanes, mas no se entorpeciéron del afecto con que se quejaban: prevenian con todas diligencias posibles el socorrer al Tamarit: convocólos y pidiólos la Diputacion con imperio de Señora y lágrimas de madre igualmente afligida que temerosa. Valióse la Ciudad de todas sus parroquias, conventos, cofradías, gremios y universidades, porque aquellos que se podian negar al mandamiento, no hallasen modo para excusarse del ruego: esforzáronse á dar ó cortar el brazo por salvacion del cuerpo de su república: todos se ofreciéron al remedio sin reservar la sangre ó la hacienda. Obligacion es del vasallo ó del repúblico acudir á su príncipe, ó á su patria afligida, de tal suerte, como si solo por su cuenta estuviese el remedio: fácilmente se pudiera reparar la ruina de un reyno, donde todos pensasen que el

daño era solamente suyo, de lo contrario se dá á entender ambicion; certísimo es el peligro, donde los intereses parecen de uno solo y el riesgo de todos.

42. Venció la diligencia de la Ciudad el alboroto del pueblo, haciendo como marchase la gente de la misma suerte que se juntaba: los clérigos y frayles desde el altar y el coro pasaban á la campaña: niños, ancianos y enfermos ninguno dexaba sosegar el zelo de su defensa: cada qual media sus fuerzas por su espíritu (no este por aquellas como siempre). Juntáronse en brevísimo tiempo mas de tres mil personas; pero con poca suficiencia para las armas en extremo agenas de su exercicio.

43. Entre tanto los del exército Católico, dispuestas ya sus acciones, segun el órden que habian tomado, y desengañados de que por el frente del paso era tanta la resistencia que no habia que proseguir por aquella parte, se dividió todo el grueso en dos trozos. Tomó la vanguardia por su cuenta el Torrecusa, á quien seguian seis mil infantes en los tercios de la guardia, en los del Duque del Infantado, Portugueses, Walones y

el de los presidios de Portugal, y hasta quinientos caballos; dexó el camino real á mano izquierda, y entrándose en las asperezas de aquellas serranias que suben creciendo desde el agua á la montaña, fué marchando y haciendo su camino en forma de arco por toda la tierra, que los Catalanes pensaban se defendia por manos de la naturaleza.

44. El Velez entendiendo que su viage habria de ser un poco mas dilatado, y aquella suspension podria ocasionarles alguna sospecha, mandó de nuevo atacar diferentes escaramuzas en el frente con las trincheras y reductos, que se hallaban bien guarnecidos y eminentes en todos los pasos á propósito de la defensa en el camino real; mas, ó que fuese floxedad ó artificio de los Castellanos, ninguna vez pretendiéron arrimarse á las fortificaciones contrarias, que no fuesen rechazados con gran valor y destreza por los Catalanes. Ocupóse todo aquel dia en las escaramuzas, y el segundo se tocáron muchas alarmas á la villa por el costado siniestro, con que crecia en los embestidos cada hora el asombro, viéndose atacados por tres partes á un mismo tiempo.

45. Ya entónces se descubrian las tropas del Torrecusa: tardó un poco mas de lo que se pensaba, habiéndose detenido en quemar un burgo que se puso en resistencia, no sin algun daño de los Reales por ser de noche la contienda: llegó en fin sobre Martorell intempestivamente, y resonándoles á los sitiados los clarines contrarios por las espaldas, diéron su perdicion por segura. Aquellas voces á un mismo paso servian de desmayo y aliento: unos afloxaban como perdidos, y otros se alentaban como vencedores: apretáronse las escaramuzas y juego de la artilleria con horrible estruendo, multiplicándose en los senos de los valles vecinos: crecia el horror, y se desesperaba en la defensa de tal suerte que el Seriñan, reconociendo el riesgo comun, comenzó á introducir la plática de salvacion. Tuviéron su consejo el Tamarit y tercer Conseller, á quienes asistian el Seriñan y D. Josef Zacosta, y ordenáron que Monsieur de Aubiñí saliese á reconocer el poder del Torrecusa, que era quien mas les afligia; pero siendo informados prontamente de que el enemigo baxaba con todo su grueso, acompañado de nuevas tropas de caballeria y

seis esquadrones, con los quales igualaba quando no superase su número, resolviéron no exponer al último daño aquel pequeño exército: que el postrer peligro no debia ser, sino quando se hubiese desbaratado toda la fuerza é industria: que Martorell no merecia ser el final teatro de sus desesperaciones: que el corazon de la patria eran aquellas ar-armas: que de ellas se derivaba el aliento á todo el cuerpo de su república: que quizá en Barcelona los aguardaba la suerte próspera: que allá era la resistencia mas segura, mas cercanos los socorros, mas executiva la desesperacion, mayor el pueblo, mayores las obligaciones: que ningun cuerdo dexaba de tomar de su fortuna aquella tregua con que le convidaba, porque entre el cuchillo y la garganta topáron muchos su remedio: que el entregarse á los peligros no es valor, sino torpeza del miedo que no dexa solicitar su remedio al sumamente cobarde.

46. De estas razones persuadidos, mandáron se retirasen los tercios en buen órden, y se temian de no poder conseguirlo, porque se dificultaba tanto en el indomable furor de los suyos, como en la pujanza y atrevimiento de los contrarios.

47. Los cabos Españoles reconociendo la misma razon que obligaba á retirarse los Catalanes, apretaban con toda furia por no darles lugar á la salida; empero ellos con mayor noticia del pais hiciéron avanzar las tropas de su caballería, á cuyo abrigo salian los infantes porque no era ménos la resistencia en el frente, donde el Velez determinó de hacer dar el asalto despues de la venida del Torrecusa. Habíanse acercado las mangas á sus fortificaciones por ménos distancia que á tiro de arcabuz, lo que habiendo reconocido Monsieur de Senesé, á cuyo cargo estaba la artillería, con el de Balandon y otros que les seguian, dispusiéron de tal suerte su manejo, que la infantería española se detuvo todo el tiempo que la catàlana hubo menester para dexar el puesto, y seguir la otra en su retirada.

48. Entónces fué entrado el lugar por las espaldas: satisfízose allí la venganza de unos de la resistencia de otros, como si fuese culpa la defensa: no perdonaba la furia á edad ó sexô, á todos igualó la crueldad en una misma miseria. Costó la entrada de Martorell las vidas de algunos soldados y oficiales,

y entre ellos fué mas sentida la muerte de D. Josef de Saravia, caballero del hábito de Santiago, teniente de Maestre de Campo general, y el hombre mas práctico en papeles y despachos de un exército que otro ninguno. Faltáron de los Catalanes mas de dos mil hombres entre infantes y caballos ligeros. Por la misma razon que el Velez esperaba de aquel lugar mas obediencia, permitió que fuese allí mayor estrago.

49. No habian las tropas de su caballería del Torrecusa acabado de baxar por el collado, quando juzgando ya la victoria por suya se aventuráron á divertirse y entrarse por los pueblos vecinos, porque el descuido del contrario acrecienta las fuerzas, y aun la dicha del que acomete. Algunas partidas de caballos sueltos tomáron el camino de San Feliú con pretexto de cortar los socorros de Barcelona.

50. Eran de poco tiempo llegados á aquel paso todos aquellos, con que la ciudad pudo acudir á su exército: la gente bisoña y de profesion extraña descansaba sin tino de la fatiga de las armas: llegáron súbitamente sus corredores, y les diéron aviso del peligro

en que se hallaban : constaba el socorro de hombres los mas de ellos eclesiásticos, y otros algunos oficiales y gente llana que, viéndose vecina á la muerte, no se acababa de disponer, ni bien á la fuga, ni bien á la resistencia : vueltos á su discurso por algun particular aliento que les asistia, y acompañados de los infantes franceses, á quienes se arrimáron, consiguiéron el ponerse en forma de esperar al enemigo. Cobráron una colina harto favorable á su defensa, y socorridos tambien de una compañía de caballos del Capitan Borrell, alcanzáron mayor confianza de la victoria. Llegaban las tropas con intencion de embestirlos, convidadas de su primer desórden, y no obstante que ellos así pudieran defenderse, dexáron aquel sitio, y poco á poco se subiéron la montaña, donde sin la contingencia de la defensa alcanzáron mayor seguridad por la retirada, entrándose en los bosques : quedó el lugar en manos de los vencedores, y sirviéles de quartel asaz á propósito para su intento y descanso.

51. Detúvose el Velez un dia todo (como llorando las ruinas de su Martorell), porque si bien deseaba pasar adelante, no le

era posible por entónces: el exército sumamente fatigado de las marchas y escaramuzas pasadas no se hallaba en la disposicion y sosiego de que necesitan las gentes, que han de comenzar el gran hecho de una batalla ó sitio.

52. Pareció, se debia dexar allí el presidio conveniente para defensa del paso del Cangost, donde se habian de asegurar los víveres que baxasen de San Sadurní, y así fué ordenado que el Comisario general de caballería de las Órdenes con quinientos caballos se quedase guardándole, y que en Martorell se detuviesen dos tercios prontos para marchar hácia donde les fuese ordenado.

53. Con estas prevenciones salió el Velez al dia siguiente, y ordenó de nuevo que su vanguardia en buena disposicion avanzase todo lo posible hasta los lugares de Molins de Rey, San Feliu y Esplúgas, donde pretendia dar forma de batalla á su campo, segun la accion en que asentase que debia ser empleado. Mandó adelantar sus esquadrones, segun hemos referido, y sin dificultad ninguna se hizo dueño de todos los pueblos y tierra de aquel contorno: no se topaba de parte del contrario defensa alguna, ni habia

batidores ó centinelas que procurasen descubrir sus movimientos : toda la tierra parecia triste y llena de silencio , de cuya quietud inferian los Españoles el temor de sus contrarios , todo lo interpretaban dichosamente: es costumbre del deseo errar siempre el juicio en las figuras de los sucesos prósperos.

54. Hallábase ya aquartelado el exército en los pueblos vecinos á Barcelona , adonde habiendo llegado el Velez, entendió no debia fiar una cosa tan grande de solo su arbitrio : quiso justificarse con su exército, obligado no ménos de su modestia , que de otros vivos pensamientos que no le dexaban afirmar en ninguna resolucion , porque á la verdad su espíritu jamas le dió esperanza de la victoria. Temia interiormente , y procuró ayudarse de los hombros de muchos, ó sus esperanzas para llevar el peso de la contingencia. Es esta la mayor usura de los políticos , obrar solos aquellas cosas de que se satisfacen , por no repartir la gloria del acierto con ninguno , y ayudarse de otros en aquellas que temen , por descargarse con ellos de la vergüenza que sigue á los ruines acontecimientos.

55. Llamó á consejo los primeros y segundos cabos de su campo y otras algunas personas, cuya intervencion podia ser provechosa para el acierto, ó para la justificacion: llamó á D. Luis Monsuar, Bayle General de Cataluña, hombre muy confidente á su rey, (como atras habemos dicho) y en extremo práctico en todas las cosas públicas y particulares del Principado: hizo tambien llamar á D. Francisco Antonio de Alarcon del Consejo Real de Castilla, á quien el Conde Duque habia enviado (debaxo de otros pretextos) como para fiscal de las acciones del Velez. No habia en el Alarcon parte ninguna suficiente para lo que se trataba; empero mucha disposicion para ser creido por su boca el gran desvelo, con que el Velez procuraba los buenos sucesos: juntos, entónces dixo así.

56. *Que pues la buena fortuna, guiada de la justificacion del rey, los habia traido vencedores tan cerca del lugar, donde los delitos pasados clamaban religiosamente por castigo, faltaba solo discurrir en el modo mas conveniente de la venganza (si así podian llamarse los efectos del justísimo enojo*

de su monarca): que ya habian conocido en muchas experiencias el poco valor de aquellas gentes miserables (en fin como faltos de razon), pues en aquellos dias fueron tantas las victorias, quantas las veces que se pusiéron á vencerlos: que la espada de aquel exército, ya pendiente sobre el cuello de Barcelona, estaba tambien destinada para castigo de otras provincias: que el tardar en el primer golpe era retardarse la gloria del segundo triunfo: que allí no iban á mas que á ensayarse para mayores cosas: que haberse contentado con pequeños hechos, era deshojarse los copiosos laureles que los aguardaban: que todo España, todo Europa y todo el mundo estaba mirando atentísimamente sus sucesos: que ya era menester darles satisfaccion á la esperanza de los amigos y á las dudas de los neutrales: que muchos en la ciudad, depositando la fé en el silencio ó temor, no esperaban mas que ver tremolar las banderas Reales, para levantar una gran voz en favor de España: que de la misma suerte los obstinados, por ventura que esta misma diligencia aguardasen para reducirse, dando así alguna disculpa á su mudan-

za : que esto no podia ser dudoso , pues donde la resistencia les convidaba con el sitio, ellos no habian atinado á defenderse , ni parece que lo solicitaban , segun todo lo perdian sin pérdida.

57. Templó luego con gran destreza el orgullo , á que vanamente podian inducir sus razones , porque sin duda parece , que en estos casos pende de la boca del caudillo el temor ó aliento de los súbditos. Puso , no sin cuidado , ántes las consideraciones apacibles , por dar á entender á los que escuchaban , que su lengua le ministraba primero aquellos afectos , que primero topaba en el corazon ; ó fué tambien traerles últimamente á la memoria sus peligros , deseando que los tuviesen mas cerca de los ojos , al tiempo que se determinasen : él no amaba ni elegia lo que alabó , ántes sentia lo contrario , y añadió luego.

58. *Que ninguno debia arrojarse al precipicio por ver precipitado al que pasó delante : que no les obligase á torcer ó encubrir alguna parte de su sentimiento el haber entendido , que su ánimo apetecia aquella empresa : que midiesen atentamente las fuer-*

zas del exército, y su disposicion con la multitud de aquel pueblo y obstinacion de aquella ciudad: que tampoco tuviesen por infalibles las señales de recibir sus armas y aclamar su nombre, porque en la astucia de los afligidos no hay promesa imposible ni segura: que si se les ofrecia otro modo mas acomodado de castigo que la batalla ó sitio, lo practicasen: que él sabia de su rey, que mas deseaba el acierto que la venganza: que los alborotos presentes de España pedian atentísimo juicio cerca de los empleos de sus armas, porque siendo muchas las ocasiones y uno el poder, era menester no ofrecerle á casos dudosos.

59. Mandó luego que hablase públicamente el Gobernador de Monjuich, caballero catalan, que la noche ántes mas obligado del temor que de la fidelidad se pasó al exército Católico: informó en público de las cosas; particularmente de su castillo y de otras de la ciudad facilitándolas, como es uso en los que pretenden lisonjear y persuadir.

60. Callado este, ordenó el Velez se leyese públicamente la carta de su rey y

las órdenes del Conde Duque sobre el negocio de Barcelona ; todo encaminado á las prontas execuciones. Instaba el Conde en la expugnacion , prometia el suceso , facilitaba los inconvenientes , y mostrábales el modo de la segura victoria : en fin la disponia y juzgaba sin otro fundamento que su deseo vivo en cada palabra, y letra.

61. No hay juicio tan experto que ántes de la experiencia comprehenda el ser de las cosas ; muchos , ni aun despues del estudio lo han conseguido. El favor de los príncipes puede hacer los hombres grandes , pero no cientes : algunos fundados en aquella gracia del Señor , como se ven superiores á los otros en la fortuna , piensan que lo son tambien á la misma fortuna : el que subió ignorante al magistrado , ignorante caerá del magistrado : los hombres le aplauden y le engañan , la suerte los aborrece y escarmienta, ellos le suben sobre ella , y él se arroja desde allá despues de subido. Erradamente suele mandarlo todo , el que primero no mandó á pocos y obedecio á algunos; mas ¡qué erradamente dispone los exércitos , el que no ha manejado los exércitos! : palabras estudiadas

y bien compuestas no son mas que sonido deleytable, sueño al príncipe que las escucha, poco despues precipicio del principado: ninguno vence desde su retrete (bien que desde allí mande) contra la supersticiosa fé de un político: la guerra, animal indómito, jamas acabó de obedecer al azote, quanto mas al grito. Son testigos los ojos de Europa de que en aquel célebre bufete, tan venerado de la adulacion española, se han escrito muchas mas sentencias de perdicion, que instrucciones de victorias.

62. Oian prontamente los del consejo todas las razones referidas del Velez, y ninguno ignoraba ó desconocia los fines de cada qual: no hubo entre ellos hombre que seguramente entrase en aquella misma resolucion, de que tampoco dudó ninguno, porque todos temian lo mismo que su mayor temia, y como ménos poderosos humillábanse mas presto á la direccion de aquel que los mandaba. Sabian que Barcelona estaba en defensa: terraplenada su muralla: capaz toda de artillería, y con mas de cien cañones alojados en forma suficiente: llena de hombres desesperados: socorrida de soldados viejos, y no desam-

parada de cabos expertos : suya la mar, los puestos importantes ocupados y defendidos, los vasallos fieles al rey pocos y encubiertos, abundantísima la plaza de bastimentos. De otra parte miraban su exército ya disminuido en infantería y caballería por la hambre, por la guerra y por la enfermedad ; y principalmente por las muchas guarniciones que iban dexando atras : el enemigo á las espaldas con poder considerable de gente y en su pais : el paso de Martorell poco seguro para la retirada : mucha gente bisoña, toda hambrienta : el manejo de las provisiones casi imposible : el mar no defendido : pocas galeras y mal armadas : en los cabos alguna desconformidad : los socorros de Castilla, Aragon y Valencia lentos y apartados ; todo los ponia en gran desconfianza.

63. El Garay pretendió á los principios se hiciese la guerra por Rosellon (como habemos dicho) : todavia proseguia en su parecer, nunca se acomodó al sitio de Barcelona por aquella parte ; consentíalo forzado, ó respetoso. El Torrecusa juzgábalo ordinariamente : entendia que la empresa no era mas de sitiar una ciudad grande, cuya

defensa no podria ser larga. Xeli mostraba alguna dificultad en el sitio, creyendo que el poder no era proporcionado. El Oidor Alarcon instaba porque se cumpliesen las órdenes Reales: los Catalanes que seguian al exército, tambien incitaban por la recuperacion de Barcelona, no mirando ni discurriendo mas que sobre sus intereses. De los cabos menores, algunos eran de parecer se dexase la ciudad (conforme al antiguo del Garay), y que el exército vagase por la provincia: que destruyese los campos y lugares cortos, sin detenerse en cosas de mucha dilacion y lidia: que el enemigo sin exército capaz les dexaba libre el campo donde se podian mantener, y dentro en los pueblos apretarlos de tal suerte, que los mismos naturales pidiesen sobre sí el castigo.

64. El Velez no se desviaba mucho de esta opinion; pero el silencio de los tres cabos Torrecusa, Garay y Xeli le quitó la osadía para resistirse á los mandamientos del rey. Fué resuelto por todos, que el exército se mejorase hasta el lugar dicho Sans, media legua de Barcelona, que la ciudad se intentase, que se reconociese Monjuich como lugar

principal de la expugnacion, y que las fortificaciones de afuera llegasen á ser acometidas, porque con verdad se entendiese su fuerza: que últimamente, manifestándose la justicia Real con todas las gentes del mundo, segunda vez fuesen los Catalanes convidados con el perdon, porque jamas se pensase que el rey de su parte habia faltado con alguna diligencia de padre, ú oficio de Señor piadoso.

65. Con esto marchó el exército hasta el lugar señalado, y se gastó todo aquel dia en reconocer los puestos, avenidas y partes por donde la ciudad debia ser embestida. Encargóse de esta diligencia el Torrecusa con otros algunos oficiales en corto número. La grandeza del mando no desvia los riesgos, ántes los solicita. No se excusó jamas de ningun peligro por dar satisfaccion á su cargo; y mas á su opinion entre Españoles, con quienes vivia siempre poco confiado.

66. Habíase últimamente entendido y propuesto la disposicion de la empresa, como les era posible; y entónces pareció conveniente enviar la carta propuesta á la ciu-

dad; final protextacion por la conciencia del rey, y que hábia de ser excusa de los daños propinqüos. Despachóse con un trompeta segun forma de la guerra.

67. Contenia en nombre del Velez, que hallándose con el exército Real sobre aquella ciudad, queria darse por obligado á advertirles que la órden de su rey y sus propios designios eran solo castigar los perturbadores de la paz pública: que le recibiesen como á ministro de justicia, y no como caudillo: que la clemencia católica, aunque ofendida de los excesos pasados, les ofrecia perdon y quietud, y estaba pronto á recibirlos como á hijos: que de esta suerte se podria remitir la saña de un exército, que jamas suele parar en ménos daños que en la ruina universal en honras, vidas y haciendas: que habriesen los ójos, y mirasen su peligro: que se compadecia como cristiano, los amonestaba como amigo y los aconsejaba como natural é hijo de su provincia, y uno de los mas interesados en su bien y conservacion.

68. Acompañaba la carta del Velez á otra del rey escrita con gentil artificio, porque encaminándose tambien al perdon, aun-

que firmada en aquellos últimos dias, quando ya no parecia decente, su data era muy anterior, mostrando haber sido escrita en aquel tiempo en que las cosas merecian tratarse de otra suerte.

69. Era en estos dias grandísima la turbacion en la ciudad, afligida de los malos sucesos pasados, y temerosa del poder y fortuna que la estaba amenazando: recurrian todos á Dios con ayunos, oraciones y abstinencias: las manos de los sacerdotes no dexaban las mañanas de obrar sacrificios apacibles al Señor; y las tardes no cesaban sus lenguas de persuadir al pueblo tristísimo la enmienda y penitencia de la vida.

70. Llegó en medio de estos desconsuelos comunes el pliego del Velez, que les causó no pequeña novedad y mayor cuidado, quando por aquella diligencia se conocia que sus contrarios no habian olvidado los instrumentos de la industria allí dentro de su mayor fuerza. Empezáron á temerse de nuevo de ellos y de sí mismo; tan cuidadosos contra el arte, como contra la fuerza.

71. Juntáronse en concejo, y leidas públicamente las cartas, halláron que no tenian

nada que prometerse de un ánimo, que solo procuraba endulzar los oidos ignorantes con palabras pias, por hallar mejor medio á la violencia y crueldad. Respondiéron de comun parecer, que los progresos del exército no daban lugar á que le esperasen en su favor; ántes para desolacion de la patria: que no habia modo de creer una fe, de que las obras eran tan diferentes: que sus manos en las ocasiones pasadas se habian visto igualmente crueles en los que se entregaban, y los que se defendian: que el que caminaba á la quietud, no se acompañaba de estruendos y escándalos: que apartase de sí las armas, y seria obedecido; porque entónces se conoceria que lo negociaba el amor y no el miedo: que este debia ser el primer paso de la concordia, y que habiendo de ser tal el medio de la paz, ¿cómo podria dificultarlo siendo cristiano, amigo y natural?

72. Disponia el Velez entretanto su exército, como quien no esperaba cosa de aquella diligencia; pero habiendo recibido el último desprecio en la respuesta de la Ciudad (ordenó con parecer de los cabos) que de todos los tercios se entresacasen dos mil mos-

queteros, á satisfaccion de los que habian de mandarlos: que de estos se formasen dos esquadrones volantes, de que se dió cargo al Maestre de Campo D. Fernando de Rivera y al Conde de Tiron, Maestre de Campo de Irlandeses: que los dos subiesen la montaña de Monjuich por ambos costados: que el primero le atacase por la parte izquierda entre la campaña y fuerte de la eminencia, y el segundo por entre la ciudad y la montaña: que á estos esquadrones siguiesen ocho mil infantes, que se alojasen en forma de batalla por la falda del monte, mejorándose quanto fuese necesario á los volantes: que el San Jorge con sus batallones ocupase la parte mas llana de aquel costado para cubrir toda esta gente: que lo restante de la infantería se reduxese á esquadrones de la forma que el terreno diese lugar; y que con este trozo se hiciese frente á la ciudad: que la caballería de las Órdenes poblase un vallete que podria servir de avenida sobre el cuerno izquierdo, y desde allí procurase cortar la caballería enemiga, si acaso se aventurase á salir contra los esquadrones: que el teniente Chavarría tomase con algunas piezas un pues-

to, que se juzgaba acomodado para batir el fuerte: que el general y su corte se detuviesen en el Hospitalet: que despues de arrimados los volantes al fuerte hiciesen todo lo posible por ganarle, socorriéndolos todos los tercios de la vanguardia: que el dueño y cabeza de esta accion fuese el Torrecusa, propio Maestre de Campo general del exército: que el Garay gobernase como tal la otra parte de él, correspondiéndose y ayudándose unos á otros, conforme lo pedia la importancia del caso.

73. Igualmente desesperáron de la concordia los Catalanes, luego que recibiéron la carta del Velez: parecióles habia llegado el último aprieto de su miseria: temiéron el fin de aquel gran negocio, y aunque ya (segun las cosas) parecia sin fruto, volviéron á llamar su concejo sabio, si quiera para perderse (si se perdiesen) como cuerdos Juntáronse en número de doscientos votos, y entónces, mas como en conferencia que concejo, habiendo exclamado primero sobre su peligro, manifestáron los Diputados la cortedad de sus fuerzas, la potencia contraria, la opresion de una guerra dilatada, el estrago de una venganza apetecida de tantos dias, la inten-

cion de su enemigo y la justicia de su patria.

74. Ministrábales entónces el dolor quantas consideraciones olvidáron al principio; resolviendo últimamente que la república se hallaba incapaz de defenderse por sus fuerzas solas : engañábales el espanto, porque en el estado presente ellos no podian sino entregarse, ó defenderse. Oyéronse unos á otros con asaz confusion, mezclando las lágrimas del temor con las del enojo ; en fin se conformáron.

75. Que ellos se hallaban en uno de los casos que las leyes ponen, en que á la repúbica pueda ser lícito excusarse del imperio del Señor natural, y elegir otro, segun los mismos fueros de la naturaleza : que el pretexto del exército era solo la destruccion universal del principado, abrasando sus campañas, arruinando sus pueblos, consumiendo sus tesoros, vituperando sus honores y últimamente reduciendo la Ilustre nacion Catalana á miserable esclavitud : que á fin de conseguir su castigo, les convidaba el rey con la honestidad de los partidos, disimulándose en todos el enojo que los movia, por lo qual no solo decíanles, era lícito rehusar

como violentísimo y tiránico el cetro de Felipe, sino que tambien debian nombrar y escoger un príncipe justo y grande, á quien entregar la proteccion de su principado: que ninguno por virtud y por grandeza podia ser mas dignamente dueño y amparo de su nacion, que la Magestad Cristianísima de Luis Décimo Tercero del nombre, Rey de Francia, Grande, Justo y vecino; y á quien las razones antiguas de su orígen sin falta habian de inclinar á la estimacion y agradecimiento de tales vasallos.

76. Habian precedido algunas pláticas del Plesís y Seriñan, que ingeniosamente mostraban la felicidad de la corona de Francia, haciéndolos entender que toda aquella quietud los aguardaba á trueco de tan suave cosa, qual era el entregarse á su imperio. Fué aquel dia todo del temor, mas ni por eso dexó de tener su parte el interes, tocando los corazones de algunos: juzgaban estos, que con el nuevo Señor no solo se aseguraban de la indignacion del pasado, mas que tambien sobre propicio les habia de ser oficioso, porque es costumbre de los que nuevamente suben al reynado honrar y engran-

decer los instrumentos que los sirviéron al principio.

77. Otros pensaban que con la mudanza del dominio mudarian tambien de fortuna, igualando y excediendo aquellos que no igualaban en el estado presente ; como natural cosa en la rueda que vuelve y ministra la fortuna de los reynos , al menor giro baxar la superficie con que miraba al cielo , y subir á su lugar la que tocaba al polvo.

78. Llevados de este general aplauso los Catalanes , se levantó en el concejo una voz comun , aclamando por Conde de Barcelona á Luis el Justo , Rey de Francia , y detestando juntamente el nombre de Felipe; entónces juntos los Diputados, Oidores y Conselleres hiciéron escribir un papel de la justicia de su aclamacion , convidando á la posteridad con las justificaciones de su hecho calificado en famosas razones políticas y morales: escribiéron juntos al rey aclamado : avisáron al pueblo , que recibió el nuevo príncipe y gobierno fácil y alegre.

79. Diéron luego como en posesion de su provincia , parte en las direcciones y acuerdos públicos á los cabos franceses , con que

se hallaban : nombráron tres para el gobierno universal de las armas : eran el Tamarit, el Conseller en Cap de Barcelona y el Plesís. Formáron su Consejo de guerra, donde llamáron al Seriñan, fray. D. Migúel de Torrellas, Francisco Juan de Vergós, y Jayme Damiá. En las estancias, baluartes y fortificaciones pusiéron cabos franceses y catalanes, todos hombres de confianza qual se pretendia: la fuerza de Monjuich entregáron á Monsieur de Aubiñí, y guarneciéronla con nueve compañías de gente miliciana, que todas constaban de hombres comunes : á esta se juntaban algunas de su mejor infanteria del tercio de Santa Eulalia y el Capitan Cabañas con hasta doscientos miquelets ; y lo que entre todo venia á ser de mayor importancia, eran trescientos soldados viejos franceses, que se habian recogido para aquel efecto de diferentes tropas y tercios de los que entráron en el pais.

80. Los Franceses, hombres de valor y práctica, acudian sin perder punto al manejo y expedicion de las varias ocurrencias y negocios, que cada instante eran de mayor peso y peligro : no cesaban de visitar las de-

fensas, de amonestar la gente y animarla, de recibir y mandar órdenes á todo el pais, de allanar dudas y conformar competencias. En fin ellos con gran diferencia de lo pasado disponian las cosas como propiamente suyas; que en aquella parte no les engañó su esperanza á los Catalanes.

81. Hallábase en Tarrasa el Conseller tercero, y por aquellos pueblos retirada la mayor parte de la infanteria que se escapó de Martorell, á quien se enviáron órdenes, para que recogiendo toda su gente y comboyando otra, baxase sobre Barcelona luego que tuviese noticia que el enemigo habia asentado allí sus Reales, porque no tuviese lugar de fortificarse seguro en ninguna parte; aun ellos no pensaban de su furia de los Españoles tanto, que temiesen la súbita embestida.

82. De la misma suerte se le ordenó al Margarit se fuese á Monserrate, y desde allí ocupase todos los pasos convenientes para estorbar los socorros del exército Real, y aun su misma retirada, si ellos se hubiesen en necesidad de seguirla.

83. Dispuestas así las cosas de una y

de otra parte, amaneció el dia sábado veinte y seis de Enero del nuevo año de quarenta y uno, mostrándose sereno el cielo y claro el sol, quizá por darles exemplo de quietud y mansedumbre al furor de los hombres.

84. Á la seña de un clarin comenzó á moverse todo el exército, en aquella forma que se habia ordenado por sus cabos: así tendido por toda la campaña, representaba á los ojos tan hermosa vision, quanto lamentable al discurso. Tremolaban los plumages y tafetanes vistosamente: relucian en reflexos los petos en los esquadrones: oíanse mover las tropas de los caballos con destemplado rumor de las corazas: los carros y bagages de la artilleria ordenados en hileras á semejanza de calles, figuraban una caminante ciudad populosa: las caxas, pífanos, trompetas y clarines despedian todo el temor de los bisoños, dándole á cada uno nuevos brios y alientos: el órden y reposo del movimiento del exército aseguraba el buen suceso de su empresa; el corage de los soldados prometia una gran victoria.

85. El Velez en tanto alegrísimo de ver sus gentes, y la felicidad con que se halla-

ba ya cercano á la cosa para que allí era venido, mandó hacer alto á los suyos, y llamando para junto á su persona los que podian escucharle, dixo.

86. *Aunque la costumbre militar nos enseñe ser provechosas las razones del caudillo ántes del acometimiento, yo no veo que ahora pueda ser necesario, porque ni la justificacion de la causa que aquí os ha traido, se puede olvidar á ninguno, ni tampoco hay para que acordaros (ó Españoles) aquel excelente afecto de vuestro valor, que son las dos principales cosas, que en tales casos se suelen traer á la memoria de los combatientes. De lo uno y otro son testigos vuestros ojos y vuestros corazones, aquellos mirando la rebeldía contraria que os presenta esa miserable ciudad, y experimentando estos los continuos impulsos de vuestro zelo. Yo por cierto tan ageno me hallaba ahora de persuadiros, que á no ser por respetar el uso de esta humana ceremonia de la guerra, excusara como desórden el déteneros aquí, creyendo que cada instante que os detengo en esta obra, os estoy á deber de gloria y fama. Ni discurro por su desaliento de los contrarios, que po-*

deis medir por su delito, ni por la gran ventaja con que nos hallamos en todo á su partido, porque ya empecé á deciros que no han de ser mis palabras, sino vuestra razon el móvil que arrebate los movimientos de vuestro espíritu; solo os debo advertir que, si la suerte no quisiere acomodarse á dispensarnos sin sangre la victoria, no os debe costar mucho cuidado á los que faltareis el amparo de las prendas que dexeis en la vida, porque la piedad, la grandeza y la promesa de vuestro rey os puede justamente aliviar este peso; que es todo lo que cabe en el poder de los hombres cerca de la correspondencia con los que acaban. De mí oso á deciros que habré de ser compañero á los vivos y amigo á los muertos, y que si á costa de qualquier daño mio se pudiese excusar vuestro peligro, habré yo de ser el primero que me ofrezca á él por cada qual de vosotros.

87. Ya las últimas palabras de este razonamiento se oían medio confundidas de las voces de los soldados, que en diferentes cláusulas sonaban por todas partes, clamando y pidiendo la vida de su Rey y de su General

y el castigo de sus contrarios. Echáron casi todos los sombreros al ayre en un mismo tiempo; señal comun de alegria y conformidad en los exércitos, y volviendo á su primer movimiento, en breve espacio de tiempo llegáron á asomarse los batidores á vista de Barcelona por la cruz cubierta, que mira al portal de San Antonio.

88. La ciudad, habiéndolos reconocido, tambien comenzó á crecer en ruido tal, tan furioso y meláncolico, que bien informaba de la gran causa de que procedia. Entónces el Tamarit con los Mariscales Plesís y Seriñan, que se hallaban reconociendo los puestos, viendo que los seguia mucha gente, y que su tristeza revelaba la gran duda en que se hallaba su ánimo, juzgando ser conveniente darles algun aliento, hizo seña de querer hablarlos, y fué fama les dixo así.

89. *Si dudais (valerosos Catalanes) por la condicion de la fortuna, yo creo teneis razon; pero si mostrais temer las fuerzas que os amenazan, vano y ocioso es vuestro rezelo: vecino está vuestro mayor enemigo: veislo allí, detras de aquella montaña se esconde la ruina de vuestra patria: veis*

allí está el gran vaso de veneno que presto se pondrá en vuestras manos: escoged, Señores, si lo quereis beber para morir infamemente, ó si arrojarle haciéndole pedazos, en que consiste vuestra vida: todo se verá presto en vuestra eleccion, y de lo que estuviere por cuenta de Dios, bien podemos contarnos por seguros, que no correrá peligro. Volved sobre vosotros, que este gigante es hueco (ó á lo ménos estatua de bálago): muchas de sus tropas bisoñas, algunas desarmadas y todas oprimidas: ninguno pelea por amor; el que mas hace, viene; el que mas desea, se vuelve hallando por donde; el que mas sabe, no es obedecido: su rey ausente, su General con pocas experiencias, sus cabos enemigos, hambriento todo el campo, manchado de pecados, y sus espíritus llenos de propósitos torpes, su justicia ninguna, y lo que es mas, la suerte de aquel rey cansada de favorecerle. ¿Qué es lo que temeis, sino que no lleguen presto y que se os escape de las manos este triunfo? Por vosotros está la razon: hoy habeis de acabar el grande edificio de la libertad que habeis levantado: hoy se ha de dar la sentencia en que se publi-

cará al mundo vuestra gloria ó vuestra infamia: á este dia se dedicáron todos los aciertos que obrasteis hasta ahora; punto es este en que se definirá á la posteridad vuestro nombre, ó por libertador ó fementido: aguardad y sufrid constantes los golpes del contrario, que no se os ha de dar barata la gloria de este dichoso dia. Si os atemoriza el ver que han vencido hasta aquí, esa es mas cierta señal de su próxîma ruina. Si creeis á mis palabras, luego vereis mis acciones: yo no soy de los que procuráran reservarse para el premio, capitan quiero ser de los muertos, y si no os hago falta, yo quiero ser el primero que os falte: si no me hallareis entre vosotros, buscadme allá entre los enemigos. Una sola cosa os pido entrañablemente, que guardeis en esta ocasion la observancia de las órdenes militares, y que mas quiera cada qual ser cobarde en su puesto, que valiente en el ageno, porque de la consonancia de los constantes y los osados pende la armonia de la victoria. Con vosotros teneis la fortuna de César, de César no, que es poco; pero del mayor rey de los cristianos, del mas venturoso de los vivientes: no es es-

te solo el que os ha de defender. ¿Qué otra cosa ha querido mostraros el cielo en la tan impensada nueva, que hoy se os entró por las puertas del nuevo rey de Portugal, sino que anda Dios juntando y fabricando príncipes por el mundo para defenderos con ellos? La magestad de un rey justo os asiste, la hermandad de otro justificado se os ofrece, la inocencia de una justísima república os ampara, el poder de un Dios sobre todo justo os ha de valer.

90. Acabó el diputado, á cuyas razones los cabos franceses añadiéron algunas palabras en abono del afecto de su rey, prometiéndoles en su nombre socorro y descanso. Respiró con esto la plebe del dolor que la oprimia, sin otra diligencia que haber creido sus afectos.

91. Luego los cabos ó gobernadores de las armas mandáron que la infantería de los tercios principales guarneciese toda la muralla; era en número suficiente á mayores defensas. El regimiento del Seriñan ocupó las puertas, y con particularidad se le encargó la defensa de la medialuna del portal de San Antonio, la de mayor riesgo. Los capitanes

de caballos franceses y catalanes, Monsieur de Fontarelles, Monsieur de Bridoirs, Monsieur de Guidane, el de Sagé y el de la Talle, D. Josef Dardena, D. Josef de Pinós, Henrique Juan, Manuel de Aux y Borréllas, todos á órden del Seriñan, formáron sus batallones haciendo frente al enemigo en aquel llano que yace junto á los caminos de Valdoncellas y el Crucero. Previniéronse las baterias en todo el círculo de la muralla: separóse á una parte alguna gente para el socorro del fuerte, y en otra las reservas con que se habia de acudir á la misma ciudad. Facilitóse el modo de municionar la gente, empleando en este servicio la inútil: á otros se dió cuidado de retirar los muertos. Abriéronse los hospitales y casas de devocion. Algunos entendian en el regalo y esfuerzo de los otros acariciándolos (como sucede al cazador regalar el lebrel por echarle á la presa). Algunos se ocupaban en incitar al vulgo con altos gritos, quales prometian premios al que se señalase en el valor y resistencia. En medio de estos no faltaban muchos que temian y lloraban; en fin todos ocupados en la incertidumbre del suceso, el que mas le esperaba

feliz, no dexaba de mirarle contingente. Los templos patentes al pueblo, aseguraban á todos misericordia.

92. Continúabase lentamente la marcha del exército, y con mas vivo paso el trozo de la vanguardia destinado á la expugnacion de Monjuich; pero habiendo llegado á los molinos, hizo alto: el segundo trozo, volviendo el frente á la ciudad estúvose, y á su mano izquierda la artillería y la caballería en sus puestos señalados en la forma que atras hemos escrito.

93. Subia la vanguardia al monte, donde habiéndose ya mejorado en alguna parte el primer batallon, que constaba de los dos esquadrones volantes, se dividió á los dos caminos que cada qual habia de seguir: los otros de aquel mismo trozo, formando un solo cuerpo, pretendiéron subir la eminencia; con asaz trabajo de los soldados lo podian conseguir espaciosamente.

94. Pero porque nos sea mas fácil dar á entender la disposicion de la embestida, describiré en este lugar la ciudad de Barcelona, y su Monjuich con toda brevedad posible.

95. Barcelona (dicha de Ptolomeo Bra-

chino) antigua cabeza de su condado y metrópoli ahora de toda la tierra llamada Cataluña, creen sus historiadores ser fundacion de Hércules Líbico; bien que algunos mas atentos á la verdad que á la gloria, juzgan ser obra de Barcino, como su nombre parece lo da á entender. Freqüentáronla y la engrandeciéron los Cartagineses y Romanos (que un tiempo la llamáron Favencia), no ménos los Godos, por la comodidad que ofrecia su puerto al comercio del África, Italia y España. Agro Laletano decian los antiguos á la campaña, donde yace tendida en una vega no muy dilatada; pero hermosamente cubierta y abundante, que se comprehende entre los dos rios Llobregat, que es el Robricato á la parte del poniente, y Besós, que fué el Bétulo, á la de levante; y aunque no muy vecinos, sirven de fertilizar su tierra. Cíñenla en forma de arco mas de medianamente corvo unas montañas, terminadas de una y otra punta en la mar, que puede servir de cuerda al arco de las serranías por la línea de su orizonte, el qual cierra el arco de un extremo á otro hácia mediodia. Sube desde el agua por la punta occidental, caminando al septentrion,

un promontorio, que despues de parar en una mediana eminencia, va cayéndose de esotra parte en mas dilitada cuesta; este es el monte llamado Monjuich, que algunos quieren signifique monte de Jove, en memoria de que los gentiles habian allí fabricado á su Júpiter aras y templo. Otros le interpretan monte de los judios, por ser en algun tiempo cementerio de aquella gente; séase esta ó aquel. Abriga á la ciudad por aquella parte de la fuerza de los vientos ponientes, y ayuda á su sanidad, reparándola del vapor de ciertas lagunas que están de esotro lado de la montaña; pero quanto sirve á la salud, desordena su defensa. No sube mucho; pero levántase aquella altura que basta para quedar eminente á toda la ciudad, de la qual apartado poco mas de mil pasos, ofrece contra ella acomodada bateria. Guardó aquel sitio sin defensa alguna la confianza, ó la ignorancia de los pasados. Solo habian fabricado en lo mas alto una pequeña torre, que servia de atalaya al mar y puerto; pero rezelosos ya de la potencia del rey, que los amenazaba desde los primeros alborotos, entendiéron en fortificar aquella parte dañosa notablemente. Comenzáron la

fábrica por industria de personas ignorantes ó difidentes ; dispúsose tan grande que pareció imposible de proseguir : paráron con la obra hasta que el temor del exército despertó segunda vez su cuidado : reduxéron la larga fortificacion comenzada á un mediano fuerte en forma de quadro, defendido de quatro medios baluartes : cortáron lo que pudiéron del monte en zanjas y cavas altas, y atravesáronle con algunas trincheras en las estancias convenientes ; esta es Barcelona y Monjuich.

96. Eran las nueve del dia, quando el esquadron volante, gobernado por el Conde de Tiron, que subia por la colina opuesta á Casteldefels, atacó la primera escaramuza, aunque el Conde con ánimo bizarro procuraba mas acercarse que ofender, ó defender de las muchas cargas de mosqueteria, con que ya le recibian los contrarios ; todavia reconociendo su daño y desigualdad, ordenó á su gente pelease, como le fuese posible.

97. Habian pensado los cabos católicos ántes de la embestida, mucho ménos de la fortificacion de lo que halláron despues : este mismo yerro les sucederá siempre á los fáci-

les en persuadirse de informaciones del enemigo; era así comun el peligro en todos: á pecho descubierto (ó cureña rasa, segun su estilo) se estaban firmes peleando con hombres cubiertos de sus defensas. La tierra propia comunica alientos contra el que pretende ganarla, y puesta delante da ánimo al mas cobarde para defenderse. Esto quisiéron decir los antiguos por las ficciones de su Anteo. El que no defiende su patria, ó no es hombre, ó no es hijo.

98. Murió de un mosquetazo por los pechos el Tiron, ilustrísimo Irlandes y firmísimo católico, soldado de larga experiencia, con sentimiento y agüero de los que mandaba, juzgando por infeliz pronóstico la anticipada muerte de su cabo. Sucedia á este esquadron el de Portugueses gobernado por D. Simon Mascaréñas: reparó diestramente en la duda ó espanto de los que no se mejoraban, pudiendo hacerlo; y habiendo sabido que la causa era la muerte del Maestre de Campo, dexó su puesto y se pasó á gobernar el volante con bizarro exemplo.

99. No cesaban un punto las cargas de mosqueteria por todas partes, si bien con mé-

nos daño en la que gobernaba el Ribera: era su camino mas acomodado, porque se enderezaba por el fondo de una canal, que entre sí mismo abre el monte, y va á fenecer en el frente de la antigua torre de la atalaya. Como pudo marchar cubierto, no fué sentido hasta que improvisamente dió la carga sobre todos los que defendian lo alto de la colina.

100. Apénas habia llegado á su nuevo lugar el Mascaréñas, quando mandó avanzar el esquadron, que afloxando por la muerte del Conde, y muchos otros que de continuo caian en tierra, habia perdido buenos pasos: ayudóles la ocasion, porque á este mismo tiempo se descubria ya otro esquadron, que gobernaba el Sargento mayor D. Diego de Cárdenas y Luson por su Maestre de Campo Martin de los Árcos, que de pocos dias habia muerto: alentáronse uno á otro, y prosiguiéron la embestida con grande aliento. Era práctico el Cárdenas, y reconociendo el lugar, mandó mejorar algunas mangas de mosqueteria, que revolviéndose sobre el costado derecho, daban la carga por las espaldas á los Catalanes, y defendian las trincheras de la

colina, donde el Mascaréñas llevaba el frente; pero ellos conociendo su peligro, puestos en retirada, se fueron al abrigo de su fuerte, dexando los puestos no sin considerable pérdida de los Españoles. Fué muerto el Sargento mayor Cárdenas, que retiráron pasado de dos balazos, y el Maestre de Campo D. Simon herido dichosamente en la cabeza: muriéron otros capitanes y soldados, dexando á los suyos mas gloria que utilidad, porque habiéndo ganado con gran peligro y afan, hubiéron de perderlo luego, retirándose fácilmente del puesto.

101. Guarnecia la estancia de Santa Madrona y San Ferriol por los Catalanes el Capitan Gallert y Valenciá, con ménos cuidado de lo que pedia la ocasion, y así recibiéron los avisos de su descuido por las mismas bocas de los mosquetes contrarios. Comenzó á inquietarse la gente, ayudándoles para el susto el peligro y la novedad; pero los capitanes haciendo (por fuerza) volver las caras á los suyos, mandáron darle la carga; no los dexó el temor obrar, ni obedecer mas que á su misma violencia: cumpliéron los dos su obligacion; mas ni su exemplo, ni las voces

fueron bastantes á detenerlos. Viendo el Valenciá su peligro, hizo como se retirasen con algun concierto, y dexándolos ya seguros, subió á pedir al Aubiñí les socorriese con alguna gente práctica, porque mezclada con la suya, sirviese como de corazon al cuerpo de sus naturales.

102, En medio de esto, habiendo reconocido el Seriñan que las tropas del San Jorge se asentaban en aquel puesto, solo á fin de embarazar todo el socorro y retirada de la gente de Monjuich, quiso ver si podia inquietarlo y moverlo, porque entónces le quedase mas acomodada la empresa.

103. Ordenó al capitan Aux, que con algunos caballos catalanes y franceses al abrigo de una manga de mosqueteria, saliese á escaramuzar con el enemigo. Acomodó el capitan sus infantes, arrimándolos sobre la márgen opuesta á la caballería del San Jorge, donde, alteándose por aquella parte la tierra, le servia de trinchera. Eran continuas las cargas de los mampuestos, cuyo daño provocaba mas al San Jorge, que no la osadía de los caballos, que le convidaban á la escaramuza: mandó salir algunos de los suyos por entre-

tenerlos; pero los Catalanes advertidamente se retiraban, dexando siempre firme la infantería, porque cada instante se reconocia mas el daño de las tropas Reales.

104. Entónces vino á entender el San Jorge que su salud consistia en desalojar de aquel sitio al enemigo, y que con su caballería, aunque poca, bastaba para tenerle seguro, si una vez se ganase. Avisó al Garay, que mandaba los esquadrones del frente, porque le enviase doscientos mosqueteros para aquel servicio; pero él (en fin hombre agudo) conociendo el suceso, se excusó de mandárselos, diciéndole que sufriese quanto le fuese posible la carga del enemigo, porque si le arrojaba de aquel puesto, habría de ser forzoso ocuparlo al punto con sus tropas; lo que era sin duda de mayor peligro, pues quanto se mejoraba, tanto se descubria mas á las baterias de sus cañones.

105. No se acomodó el San Jorge á su sentimiento: volvió á mandar pedir á los esquadrones mas cercanos se le enviase alguna infantería: llegó prontamente, y poniéndola en parte acomodada, empezáron á dar tan furiosas cargas al mampuesto contrario, que

á pocas rociadas volviéron los Catalanes las caras, retirándose hácia la muralla y medialuna del portal de San Antonio. Pero apénas habian dexado el puesto, quando el San Jorge por no dar lugar á que le ocupasen con mayor poder, movió con los batallones de su vanguardia adelante, y pasó á formarlos en el sitio que el enemigo habia perdido.

106. Viéndole ya tan empeñado el Seriñan, mandó le batiesen con la artilleria: hízose con todo efecto, ántes que él pensase en si podia retirarse. Tras de la bateria saliéron por escaramuzar con las suyas algunas tropas de la caballería francesa, dándole á entender que en ellas consistia todo su grueso, segun el modo porque le acometian y se retiraban.

107. Era el San Jorge caballero mozo y de gran valor: procuraba engrandecer su nombre, mereciendo en los excesos de la bizarria el anticipado aplauso que ya gozaba entre Españoles, que amaba en extremo: juzgó que la fortuna le habia traido el mejor dia: llevado de esta esperanza, no quiso, ó no supo mirar la incertidumbre. Despachó luego un teniente con aviso al Quiñónes, que gobernaba la de las Órdenes (y con sus ca-

ballos ocupaba lo mas hondo del valle por cubrir el cuerno izquierdo), para que viendo embestir sus tropas, á cuyo golpe sin duda el enemigo habia de volver, le cortase metiéndose con la cara á Monjuich, y dándole el costado diestro á la ciudad.

108. Con esta diligencia, creyendo no faltaba otra para la victoria, mandó prevenir toda su gente para la embestida. Continuaba el Aux en inquietarle, quando el San Jorge, recibiendo la carga, corrio á toda furia.

109. No cesaba el juego de la mosqueteria de todas las defensas con mas daño que horror, ni el de las baterias con mas horror que daño: uno y otro bastante á detener á quantos con ménos aliento, ó con mas cordura veian aventurar sus vidas desesperadamente. Moviéronse todos con el San Jorge; pero acompañóle solo su batallon de corazas, y el que gobernaba Filangieri: corrian con tanto ímpetu, que el desdichado Duque no tuvo lugar de advertir el poder de su contrario, ni la falta de los suyos: corrió en fin como quien corria á la muerte, dando entre todos señaladas muestras de su gran aliento.

110. Hallábanse en sus puestos los Mon-

sieures de la Halle y de Godenés con dos buenas compañías de caballos franceses, que advirtiendo la ceguedad de los Españoles, y los pocos que ya seguian sus cabos, volviéron sobre ellos con gran destreza y valentia. Encendióse bravamente la escaramuza al mismo paso que en los unos iba faltando la esperanza de la vida, y en los otros crecia la de la victoria.

111. El San Jorge ya como perdido, viéndose seguir de pocos y entre todo el poder de su enemigo, procuró revolverse con ellos, y hacer con ellos la entrada por la puerta de la ciudad, creyendo que ántes le socorreria el Quiñónes, que por instantes aguardaba; pero él, que desde luego reconoció el peligro de su pensamiento, no se dispuso á remediar el daño, por no entrar tambien á parte con él. Miraba desde su puesto la tragedia del otro: ellos dicen que la ignoraba; pero su templanza pareció aquel dia excesiva cordura.

112. Prosiguió el San Jorge su desigual escaramuza hasta llegarse á la mosqueteria de los reductos de afuera, con que se defendia la puerta, y siendo conocido por el hábito (y mas lo pudiera ser por el valor), ti-

ráronle muchos, y le acertáron cinco balas, de que cayó en tierra mortalmente herido. Cargáron á socorrerle hasta veinte soldados de los suyos, parientes y amigos, y algunos otros oficiales; señalándose entre ellos el Filangieri, y recibiendo muchas heridas todas mortales, aunque mas dichosas.

113. Muriéron noblemente sobre el cuerpo de su caudillo al golpe de espada los capitanes de caballos D. Mucio y D. Fadrique Espatafóra, y D. Garcia Cavaníllas. Los golpes, el estruendo, el humo, el clamor y sangre, mezclados confusamente, los vivas de los que triunfaban, los ayes de los que morian, todo formaba una constante lástima de sus malogrados años y esperanzas.

114. Algunos que le seguian, llamados quizá del mismo peligro, viéndole ya perder la vida, se contentáron con escapar su cuerpo desangrado: rompiéron furiosamente por entre los Franceses, que admirados ó coléricos, cargaban sobre los rendidos; tuviéron lugar entónces de retirarle lánguido y casi muerto, en cuya compañía pudo tambien escaparse el Filangieri.

115. Estaba á media ladera de la mon-

taña el Torrecusa, quando vió mover intrépidamente el hijo: no dexó de temer su resolucion; pero alegróse interiormente de tenerle por compañero en la victoria que esperaba: alzó la voz, y arrebatado del afecto natural de padre (bien que distante), dicen que dixo: *Ea Cárlos María, morir ó vencer: Dios y tu honra.* Palabras cierto dignas de un grande espíritu.

116. Subió despues á las trincheras, donde por instantes recibia avisos de los malos sucesos, y los remediaba, segun le era posible. Hallábanse los tercios ocupando y ciñendo ya casi toda la eminencia, y los que mas perdian, eran aquellos que mas habian ganado, porque quanto llegaban á descubrirse mas presto, daban mas tiempo á los contrarios de emplear en ellos sus baterias. Caian cada instante por todos los esquadrones muchos hombres muertos: otros se retiraban heridos: ya ninguno esperaba la hora de la victoria, sino la de la muerte; ni su consideracion se ocupaba en el modo de pelear con reputacion, sino de escaparse con ella. Tal era el daño; en los grandes riesgos pocos discursos abrazan la osadia.

117. No fué menor el espanto de los Catalanes, viéndose en tan corto número mal defendidos de una sola fortificacion, ocupada en torno de las banderas enemigas. Diéron señales á la ciudad, segun habian concertado, pidiéndole socorros, porque de aquella misma detencion que en los Españoles era ya duda, se temian ellos, pensando que descansaban para volver al asalto con mayor brio. Hacian grandes humaredas (de pólvora humedècida, segun uso de la guerra): correspondian los de la ciudad con otras no ménos conocidas.

118. Miéntras en Monjuich se combatia de esta suerte, los que hacian frente á Barcelona, tambien procuraban inquietarla con baterías de sus cañones y algunas mangas, que sacaban cubiertas, segun el terreno permitia, por desalojar al enemigo de la muralla.

119. Gobernaba la artillería en la ciudad el capitan Monfar y Sorts, hombre práctico en este ministerio: no descansaba de trabajar en aquellas baterías, que mejor podian ofender los esquadrones contrarios: empleó algunas, todas en gran daño de los Españoles,

que reconociendo cada vez mas la resistencia de la plaza y fuerte, á gran priesa desconfiaban del suceso.

120. Hallábase la ciudad mas alentada, viendo que tan contra su temor el enemigo se detenia, añadiéndosele de ánimo y de esperanza todos los espacios de tiempo que se veian perder. De esta suerte se peleaba con bravo aliento, y de esta suerte se esperaba el combate universal firme cada uno en su puesto, quando los cabos advertidos de las señales de Monjuich, comenzáron á mandar se entresacase gente de guarnicion para el socorro del fuerte: no fué pequeña duda entónces, porque qualquiera pretendia ser el primero, corriendo desordenadamente á aquella parte, por donde habia de salir el socorro. Venció la diligencia y autoridad del diputado y los que le seguian, la dificultad en que les ponia su mismo efecto; y así separando de todos cerca de dos mil mosqueteros, la gente mas ágil, para que pudiese llegar con prontitud, se despachó el socorro á buen paso por el camino encubierto que va desde la ciudad al fuerte, al mismo tiempo que la gente conducida de la ribera desembarcaba al pie de su montaña, y la subia.

121. Habian los Reales (que combatian arriba) muchas veces acercado y retirado sus esquadrones, conforme la resistencia con que los recibian. Algunas veces, segun era el aliento de los capitanes que gobernaban las escaramuzas, se juntaban tres y quatro, y con inútil gallardía corrian hasta tocar las mismas defensas y trincheras del enemigo: otros oprimidos del espanto y del riesgo se retiraban. En estas ondas parece que fluctuaba su fortuna de estas y aquellas armas, ó por mas alto modo, en estos visos mostraba la providencia como á su disposicion estaba el castigo de unos y otros, pues con tanta diferencia los movia, ahora pareciendo estos los vencedores, y ahora mudando toda la apariencia del suceso por bien pequeños accidentes.

122. En esta neutralidad llegó el Torrecusa, que engañado entendia despues de ver mover al hijo, no le faltaba otra cosa que acabar con el fuerte para alzar el grito de la victoria. Y viendo los soldados con desmayo y aun los otros cabos sin orgullo, dió voces, incitándolos al acometimiento. Persuadiéronse con la presencia y autoridad del que los mandaba, y se mejoráron hasta que por todos

fué reconocido ser el asalto imposible por falta de escalas y otros instrumentos, con que el arte lo facilita. Hallábase en aquella parte del fuerte un artillero catalan diestrísimo en su manejo, el qual viendo que el enemigo se le acercaba tanto, dió fuego á un pedrero grueso alojado en uno de los flancos del fuerte, que defendia todo aquel lienzo donde los Reales hacian el frente. Fué grandísimo el daño que recibió la vanguardia; empero ni por eso perdiéron tierra los Españoles, ántes se acercaban cada vez mas: con todo, viendo el Torrecusa ya con experiencia como la escalada de aquella vez era imposible sin otras prevenciones, mandó con repetidos avisos al Marques Xeli, General de la artillería, le enviase escalas en número bastante, porque él no habia de baxar, dexando el fuerte en manos del enemigo. Ordenábale tambien que no parase en las baterias de la ciudad, porque los socorros no subiesen tan prontos; que todo vendria á estorbárselos, si los esquadrones de abaxo hacian semblante de la embestida.

123. Continúabanse las cargas de una parte y de otra, aunque la pérdida de los

Catalanes reparados de las trincheras y fuerte era muy desigual á la de los Reales todavia, como tambien lo eran sus fuerzas; y reconociendo que su deliberacion procedia en embestirlos dentro de sus defensas, llegáron casi á desesperar del suceso; no faltando algunos (como es cierto) que ya entre sí platicasen las buenas condiciones de un partido: otros ménos advertidos, con lamentables quejas acusaban y maldecian su desdicha.

124. El Velez con diferente cuidado que el Torrecusa, se hallaba considerando y mirando lo que pasaba en todas partes, y sentia interiormente como hombre cuerdo, que habiendo sido el mayor socorro en que se fiaba la confidencia prometida, hasta aquel punto no se reconocia en la ciudad señal ninguna en favor del exército; ántes una comun y firme voluntad á la resistencia.

125. Al sonido de las voces, que cada vez crecia con mas desesperacion en todos los que esperaban por instantes la muerte, salió á la plaza superior del fuerte el sargento Ferrer, llevado de algun eficacísimo impulso, y con zelo de verdadero patricio procuró entregar la vida por la defensa de su república.

Era comun en los Catalanes la voz de que todo se perdia, y que el enemigo los asaltaba, quando Ferrer impaciente miraba á un lado y otro por reconocer la parte donde eran acometidos: topó ántes con el semblante de la gente que marchaba de socorro así de la ciudad como de la marina, que ya se hallaba mas cerca del fuerte que los mismos esquadrones contrarios. Entónces con nuevo aliento levantó el grito publicando el socorro: volvió sobre sí la gente entre alegre y temerosa, multiplicando sus fuerzas y dilatando su espíritu, de tal suerte, que ellos comenzáron á osar con tanto exceso, como de ántes habian temido.

126. Llegáron los nuevos soldados llenos de valor y envidia unos de otros: comenzáron á dar pesadas y continuas cargas á los Reales, que á pocos pasos de su embestida conocian por el brio del segundo combate, como se fundaba en nuevas fuerzas. Aumentábanse las muertes y peligros por todas partes; en ninguna habia lugar seguro: los valerosos eran los mas desdichados (si podemos llamar ruin suerte aquella que dispone la gloria y fama): la osadia y constancia eran

continuas negociaciones del peligro. El que procuraba adelántarse á los mas, en un instante le retiraban en brazos del amigo ó del dichoso: quien pretendia aplauso por sus acciones, ellas mismas lo llevaban mas ciertamente á la lástima (de esta suerte engañó á muchos la fortuna en la mesa de Marte). Muriéron lastimosamente D. Antonio y D. Diego Faxardo, entrambos sobrinos del Velez, hijo el primero de D. Gonzalo Faxardo, y nieto el segundo de D. Luis Faxardo, General que fué en el mar Océano, iguales en edad tierna y anticipada desdicha. Otros caballeros y capitanes muriéron aquel dia, de cuyos nombres no podemos hacer cierta relacion; aun en esto les siguió la desdicha, acabar sin esta ceremonia de la fama, que se ofrece á la posteridad como en sacrificio.

127. Á la parte de San Ferriol se habian engrosado los Reales, porque todos embistiesen á un mismo tiempo; pero como para acometer aquella estancia era fuerza descubrirse á las baterias de la ciudad, quando llegáron á ser descubiertos, fueron bravamente batidos de las culebrinas, que aunque desviadas buen espacio, no dexáron de hacer tan

grande efecto, que los Españoles no se atreviéron á pasar con poca satisfaccion del Ribera, que los mandaba.

128. Ningun desaliento ó retirada de los suyos bastaba para que el Torrecusa dexase de forzarlos, porque al mismo instante cobrasen lo que habian perdido. Midiendo el tiempo, queria alojar su gente en parte donde pudiese dar la escalada al mismo punto que llegasen los instrumentos, porque no les faltase el dia (circunstancia tan notable en las batallas); pero como el daño y mortandad era grande, ordenó que aquel esquadron del costado izquierdo, que recibia lo mas furioso de la bateria contraria, se abrigase en unos olivares que estaban á un lado del mismo esquadron.

129. Hallábase ya en aquel bosque de mampuesto el Capitan Cabañas con su compañía, y pretendiendo entrar por esotra parte de él á desalojar los Españoles, fué reconocido su intento de una tropa de caballería Real, que tenia aquel llano, la qual revolviendo por las espaldas de otro esquadron, quiso cortar al Cabañas; pero tambien se lo estorbó la artilleria de la muralla, que obligó á volver la

tropa, y aun á retirarse del lugar en que ántes estaba, no lográndose por entonces los intentos de estos ó aquellos.

130. Miéntras duraba el combate en Monjuich y la bateria de la ciudad, que el Xeli continuaba con mas furia despues de la órden del Maestre de Campo general, no cesaban los diputados y conselleres con toda la gente noble de visitar la muralla y los puestos de mayor importancia en vivísimo cuidado, animando á todos, y prometiéndoles seguro el vencimiento.

131. Constaba su guarnicion de los tercios de sus patricios, que gobernaban los Maestres de Campo Domingo Moradell, Galceran Dusay, Josef Navél. Los cabos y oficiales franceses con extraordinaria fatiga se hallaban en todos los sucesos, unos y otros nuevamente animados, viendo lo poco que obraban sus enemigos en tantas horas de trabajo. Este aliento de los cabos deducido (como suele) á los soldados y gente inferior, brotaba felicísimamente en los ánimos populares; de suerte que en poco tiempo con extraña diferencia ellos en su corazon y en sus obras mostraban no temer el exército. Habian notado la derrota

de la caballería española, y aunque hasta entónces no se entendia cumplidamente su buen suceso, todavia la certeza de no haber perdido ninguna de sus tropas, los habia dado esperanza y alegria.

132. Eran las tres de la tarde, y se combatia en Monjuich mas duramente que hasta entónces, porque la ira de unos y otros con la contradiccion se hallaba en aquel punto mas encendida. Iban entrando sin cesar los soldados á las baterias del fuerte: el que una vez disparaba, no lo podia volver á hacer de allí á largo espacio, por los muchos que concurrian á ocupar su puesto. Afírmase haber sido tales las rociadas de la mosqueteria catalana, que miéntras se manejaba, á quien la escuchó de léjos, parecia un continuado sonido, sin que entre uno y otro estruendo hubiese intermision ó pausa perceptible á los oidos.

133. Confusos se hallaban los Españoles sin saber hasta entónces lo que habian de ganar por aquel peligro, porque ya los oficiales y soldados llevados del rezelo ó del desórden, igualmente dudaban y temian el fin de aquel negocio. Algunos lo daban ya á entender con las voces, acusando la disposicion del

que los traia á morir sin honra ni esperanza, como ya deseoso de que no escapase de aquel trance ninguno que pudiese acusar sus desaciertos. No dexaba de oir sus quejas el Torrecusa, ni tampoco ignoraba su peligro; empero entendia que siéndole posible el estarse firme, sin duda los Catalanes perderian el puesto, por ser inalterable costumbre de las batallas quedarse la victoria á la parte, donde se halla la constancia con mas actividad. Instaba con nuevas órdenes al Xeli le enviase instrumentos de escalar y cubrirse; por ventura raro ó nunca visto descuido en un soldado grande, disponerse á la expugnacion de una fuerza, sin querer usar ó prevenir ninguno de los medios para poder conseguirlo.

134. Habia llegado ya aquella última hora que la Divina Providencia decretara para castigo no solo del exército, mas de toda la monarquía de España, cuyas ruinas allí se declaráron. Así dexando obrar las causas de su perdicion, se fuéron sucediendo unos á otros los acontecimientos, de tal suerte que aquel suceso en que todos viniéron á conformarse, ya parecia cosa ántes necesaria que contingente. Pendia del menor desórden la última des-

esperacion de los Reales: no se hallaba entre ellos alguno, que no desease interiormente qualquiera ocasion honesta de escapar la vida.

135. Á este tiempo (podemos decir que arrebatado de superior fuerza) un Ayudante catalan (cuyo nombre ignoramos, y aun lo callan sus relaciones), á quien siguió el segundo Verge, sargento frances, comenzó á dar improvisas voces, convidando los suyos á la victoria del enemigo, y clamando (aun entónces no acontecida) la fuga de los Españoles: acudiéron á su clamor hasta quarenta de los ménos cuerdos que se hallaban en el fuerte, y sin otro discurso ó disciplina mas que la obediencia de su ímpetu, se descolgáron de la muralla á la campaña por la misma parte, donde los esquadrones tenian la frente. Llevábalos tan intrépidos el furor, como los miraba temerosos el rezelo de los Reales, que sin esperar otro aviso ó espanto mas que la dudosa informacion de los ojos averiguada del temor, y creyendo baxaba sobre ellos todo el poder contrario, palateando las picas y revolviendo los esquadrones entre sí (manifiesta señal de su ruina) comenzáron á baxar corriendo hácia la falda de la montaña, alzando un

espantoso bramido y queja universal. Los que primero se desordenáron, fueron los que estaban mas al pie de la muralla enemiga (tan presto el mayor valor se corrompe en afrenta): otros con ciego espanto cargaban sobre los otros de tropel, y llenos de furia rompian sus primeros esquadrones y estos á los otros, y de la misma suerte que sucede á un arroyo, que con el caudal de otras aguas que se le van entrando, va cobrando cada vez mayores fuerzas para llevar delante quanto se le opone, así el corriente de los que comenzaban á baxar, atropellando y trayéndose los mas vecinos, llegaba ya con dobladas fuerzas á los otros, por la qual los que se hallaban mas léjos, lleváron el mayor golpe. Unos se caian, otros se embarazaban, quales atropellaban á estos, y eran despues hollados de otros. Algunas veces en confusos y varios remolinos, pensaban que iban adelante, y volvian atras, ó lo caminaban siempre en un lugar mismo: todos lloraban: los gritos y clamores no tenian número ni fin: todos pedian sin saber lo que pedian: todos mandaban sin saber lo que mandaban: los oficiales mayores llenos de afan y vergüenza los incitaban á que

se detuviesen ; pero ninguno entónces conocia otra voz que la de su miedo ó antojo, que le hablaba al oido. Algun Maestre de Campo procuró detener los suyos , y con la espada en la mano así como se hallaba , fué arrebatado del torbellino de gente ; pero dexando el espíritu á donde la obligacion , el cuerpo seguia el mismo descamino que llevaba la furia de los otros : ni el valor, ni la autoridad tenia fuerza ; ninguno obedecia mas que al deseo de escapar la vida.

136. Á este primer desconcierto esforzó luego la saña de los vencedores , arrojándose tras de los primeros algunos otros , que hizo atrevidos la cobardía de los contrarios ; tales con las espadas, tales con las picas ó chuzos , algunos con hachas y alfanges, no de otra suerte que los segadores por los campos baxaban cortando los miserables Castellanos. Mirábanse disformes cuchilladas , profundísimos golpes é inhumanas heridas : los dichosos eran los que se morian primero ; tal era el rigor y crueldad , que ni los muertos se escapaban : podia llamarse piadoso el que solo atravesaba el corazon de su contrario. Algunos bárbaros (aunque advertidamente) no

querian acabar de matarlos, porque tuviese todavia en que cebarse el furor de los que llegaban despues: corria la sangre como rio, y en otras partes se detenia como lago horrible á la vista y peligroso aun á la vida de alguno, que escapado del hierro del contrario, vino á ahogarse en la sangre del amigo.

137. Los mas sin escoger otra senda que la que miraban mas breve, se despeñaban por aquellas zanjas y ribazos, donde quedáron para siempre: otros enlazados en las zarzas y malezas se prendian hasta llegar el golpe: muchos precipitados sobre sus propias armas, morian castigados de su misma mano: las picas y mosquetes cruzados y revueltos por toda la campaña era el mayor embarazo de su fuga, y ocasion de su caida y muerte.

138. No se niega que entre la multitud de los que vergonzosamente se retiráron, se halláron muchos hombres de valor desdichada é inútilmente: algunos que muriéron con gallardía por la reputacion de sus armas, y otros que lo deseáron por no perderla; singular dicha y virtud han menester los hombres para salir con honra de los casos, donde

todos la pierden, porque el suceso comun ahoga los famosos hechos de un particular, todavia esta razon no desobliga á los honrados, bien que los aflige.

139. El Maestre de Campo D. Gonzalo Faxardo salió herido considerablemente; con todo era su mayor riesgo la muerte del hijo único, que dexaba en tierra. D. Luis Gerónimo de Contréras, D. Bernabé de Salazar y el Isinguien, todos iguales en puestos al Faxardo, sacáron mas que ordinarias heridas con otros muchos oficiales y caballeros, que no pretendemos nos sean acreedores de su gloria, si ella no pudo adquirirse en tan siniestro dia para su nacion.

140. Las banderas de Castilla, poco ántes desplegadas al viento en señal de su victoria, andaban caidas y holladas de los pies de sus enemigos, donde muchos ni para trofeos y adornos del triunfo las alzaban; á tanta desestimacion viéron reducirse. Las armas perdidas por toda la campaña eran ya en tanto número, que pudiéron servir mejor entónces de defensa, que en las manos de sus dueños, por la dificultad que causaban al camino: solo la muerte y la venganza lisonjeada en la

tragedia española parece, se deleytaban en aquella horrible representacion.

141. Casi á este tiempo llegó al Torrecusa nueva de la muerte de su hijo y los suyos. Recibiola con impaciencia, y arrojando la insignia militar, forcejaba por romper sus ropas; desigual demostracion de lo que se prometia de su espíritu. Los hombres primero son hombres, primero la naturaleza acude á sus afectos, despues se siguen esotros que canonizó la vanidad, llamándolos con diferentes nombres de gloria indigna: como si al hombre le fuera mas decente la insensibilidad que la lástima.

142. Llegábanle cada instante tristísimos avisos de la rota, de que tambien pudiéron sus ojos y su peligro avisarlo, si las lágrimas diesen lugar á la vista y la pena al discurso. Desde aquel punto no quiso oir ni mandar, ni permitió que ninguno le viese: no era entónces la mayor falta la de quien mandase, porque en todo aquel dia fué mas dificultoso hallar quien obedeciese.

143. Los que estaban abaxo con la frente á Barcelona, miraban casi con igual asombro la suerte de sus compañeros: esperá-

banlos mas constantes, no por temer ménos el peligro, sino porque llegados ellos tuviesen entónces mejor disculpa á su retirada. Era ya sabida en el campo la pérdida del San Jorge, y en esta noticia fundaba mas su temor que en ningun otro accidente.

144. El Velez á un mismo tiempo miraba perderse en muchas partes, y no rezelaba ménos la inconstancia de los suyos, que ya empezaban á moverse, que el desórden de los que baxaban rotos. El peligro no daba lugar al consejo ó ponderacion espaciosa, y así informado de que el Torrecusa habia dexado el mando, llamó al Garay, y le entregó la direccion de todo. No se puede llamar dicha, aunque suele ser ventura, ser escogido para remediar lo que ha errado otro, porque parece que se obliga el segundo á mayores aciertos, faltándole los medios proporcionados á la felicidad; para esto son mas los hombres dichosos, que los prudentes.

145. Recibió el Garay su gobierno, y fué la primera diligencia ordenar que los esquadrones del frente marchasen luego y á toda priesa hácia fuera, dando las espaldas al lugar de Sans, y que la caballería se opu-

siese á la gente que baxaba en desórden, con ánimo de pasarla á cuchillo si no se detuviese: con lo qual se podria conseguir que medrosos ellos de los mismos amigos, si quiera por beneficio del nuevo espanto se parasen; que era lo que por entónces pretendia el que gobernaba para poderlos dar aliento y forma.

146. Marchó el Velez con su trozo, llevando la artillería en medio, y el Garay salió á recibir los tercios desordenados, que ni al respeto de su presencia, ni al rigor de muchos oficiales que lo procuraban por qualquier medio, acababan de detenerse y hallar entre los suyos aquel ánimo que habian perdido cerca de los enemigos; ántes con voces de sumo desórden, clamaban: retira, retira. Enfin la diligencia del propio cansancio y fatiga, que no les permitia mayor movimiento, les fué cortando el paso ó las fuerzas, de suerte que ellos sin saber como, unos se paraban, otros se caian por tierra.

147. Grande fuera el estrago, si los Catalanes prosiguieran el alcance; pero como habian salido sin otra prevencion mas de la furia, jamas sus pensamientos llegáron á creer que podian conseguir otra cosa que la defen-

sa. No hubo hombre práctico que, viendo arrojar á los suyos, no los juzgase perdidos; esto los detuvo, y fué su mayor dicha de los que se retiraban y su mayor afrenta.

148. Estaba la ciudad con la vista pronta en todas las acciones del fuerte, y habiendo reconocido la retirada de los esquadrones españoles, fué increible el gozo y alegría que súbitamente se infundió en sus corazones; enfin como aquellos que en una hora desde la esclavitud se veian subir al imperio.

149. Alababan el nombre de Dios con festivos clamores: bendecian la patria, ensalzaban el zelo de los suyos, engrandecian últimamente la gloria de su nuevo príncipe, cuya soberana fortuna tan presto los habia hecho gozar de la felicidad comun de aquella monarquía.

150. El Garay sin perder un punto en el manejo de su defensa, como hombre que verdaderamente ignoraba la ocasion de su derrota, hizo echar bando que todos al instante acudiesen á sus banderas, ó por lo ménos á qualquiera de las de sus tercios que conociesen; y ordenó que ellos tomasen la mas breve forma posible de ponerse en esquadron,

porque vuelto á componer el exército, pudiese respirar su espíritu. Consiguiólo, pero tarde con fatiga increible; y somos ciertos oir de su boca, que fué tan grande aquel trabajo, tan difícil y tan provechoso, que en sola esta accion se habia juzgado digno de gobernar un exército.

151. Hecho esto se juntáron los cabos, ménos el Torrecusa (que desde el punto que diximos, se excusó del mando, sin haber cosa que le obligase á la templanza); y despues de haber llorado entre todos la muerte de los suyos, y en primer lugar la lástima del San Jorge, discurriéron por los daños ya sensibles entónces al exército, diciendo: *Que la gente se hallaba en sumo desaliento: que las provisiones faltaban: que la fama de la pérdida no dexaria lugar fiel en todo el pais: que el poder no bastante á ganar un solo puesto quando entero y orgulloso, mal llegaba á combatir una ciudad despues de roto y desmayado: que Barcelona habia de ser socorrida por los paisanos y auxiliares: que al Duque de Luí se afirmaba, estaban aguardando por instantes: que las galeras de España se habian apartado: que D. Josef*

Margarit (segun las informaciones de algunos naturales) baxaba con la gente de la montaña á ocupar los pasos de Martorell y el Cangost: que el exército se hallaba con ménos de dos mil infantes y muchos caballos de los con que habia subido, entre muertos, heridos y derrotados: que tambiem faltaban algunas personas de los cabos, cuyos lugares debian ser ocupados con gran consideracion: que se habian perdido en todas las compañías mas de quatro mil armas: que con estas mas se hallaba el enemigo para poder resistirse: que ni el tiempo, ni la fortuna, ni el estrago daban lugar para que se consultase con el rey su resolucion: que la salud pública de aquel exército consistia en lo que se acertase y executase ántes del amanecer: que lo mas conveniente era volver á Tarragona con suma brevedad, porque los pasos no se embarazasen, y primero que los de Barcelona saliesen á impedírselo con escaramuzas: que se debian anticipar á las noticias de su desgracia, porque llegasen sin ella á los lugares que dexaban á las espaldas, sin darles ocasion de que con su pérdida los tomasen otra vez, y les fuese necesario volver á ganarlos de

nuevo: que desde aquella plaza se podia dar aviso á el rey; y esperar sus órdenes y socorros.

152. Todo lo escuchaba el Velez suspenso en la consideracion de su fortuna, haciendo en su ánimo firme propósito de no recibir por ella otra injuria. No hubo entre todos alguno que contraviniese el acuerdo, en todo ajustado á lo propuesto.

153. Ocupáronse aquella tarde los Catalanes ya vencedores en recoger los despojos de su triunfo, y entre ellos, como mas insigne, lleváron á la ciudad once banderas españolas, siendo diez y nueve las perdidas del exército, que poco despues colgáron desde la casa de su diputacion á vista de todo el pueblo, que las miraba con igual saña y alegria: lleváron notable cantidad de todas armas, carros, bagages y pabellones, que servirán á la posteridad como testigos de aquella gran pérdida de Españoles.

154. No se descuidáron un punto de la guardia de su fuerte, ni quisiéron pedir mas halagos á su fortuna que la buena suerte de aquel dia: guarneciéronle con nuevo y grueso presidio, habiendo recibido aquella noche

mas de quatro mil infantes de los lugares convecinos, como si verdaderamente temiesen el segundo asalto.

155. Estas diligencias, que no pudiéron hacerse sin gran ruido de toda la campaña, y alguna artillería que á espacios señalados disparaba la ciudad por tener su gente cuidadosa, servia aun mas de temor al exército, que de prevencion á los suyos, á quienes el deseo de la consumada victoria tenia alegres y puntuales ordenadamente en sus estancias; todavia inciertos de lo que habian conseguido.

156. Descubrióse al amanecer el fuerte de Monjuich (y sus trincheras) coronado de copiosa multitud de gente, que habia subido á notar el estrago de los Reales, de que todavia se hallaban señas recientes en la sangre y cadáveres de sus enemigos. Pero los Castellanos, habiendo temido de su movimiento alguna determinacion de las á que podia convidarles el buen semblante de la fortuna de sus contrarios, obedeciendo á ella, comenzáron á moverse ántes del dia la vuelta de Tarragona, tan llenos de lástima y desconsuelo, como los Catalanes se quedaban de honra y alegria.

157. Ántes fué enterrado el San Jorge miserablemente en la campaña: espiró aquella noche, mezclando entre las palabras que ofrecia á Dios, algunas que bien significaban el zelo del servicio de su rey. Acompañáronle muchos otros, cuyos cuerpos esparcidos por la tierra asemejaban un horrible esquadron asaz poderoso, para vencer la vanidad de los vanamente confiados.

158. La pérdida de los naturales fué desigual (bien que muriéron algunos), porque como siempre peleáron dentro de sus reparos, no habia tanto lugar de emplearse en ellos las balas enemigas.

159. Marchó el infeliz exército con tales pasos, que bien informaban del temeroso espíritu que lo movia: caminó en dos dias desengañado, lo que en veinte habia pisado soberbio: atravesó los pasos con temor, pero sin resistencia: entró en Tarragona con lágrimas, fué recibido con desconsuelo, donde el Velez dando aviso al rey Católico, pidió por merced lo que podia temer como castigo. Excusóse de aquel puesto, y lo excusó su rey, mandando le sucediese Federico Colona, Condestable de Nápoles, príncipe de Butéra,

Virey entónces en Valencia, que poco tiempo despues representó su tragedia en el mismo teatro, perdiendo la vida sitiado por Franceses y Catalanes en Tarragona.

160. No paráron aquí los sucesos y ruinas de las armas del rey D. Felipe en Cataluña, reservadas quizá á mayor escritor, así como ellas fueron mayores. Á mí me basta haber referido con verdad y llaneza como testigo de vista estos primeros casos, donde los príncipes pueden aprender á moderar sus afectos, y todo el mundo enseñanza para sus acontecimientos.

FIN.

Lapidem, Quem Reprobaverunt Ædificantes.

INDICE.

LIBRO I.

LIBRO II.

LIBRO III.

LIBRO IV.

LIBRO V.

ro de mas importancia que hasta aquel tiempo se habia recibido en Portugal: porque llevó un buen número de naves, un regimiento montado de cabellería, otro armado de Dragones, que despues quedáron de á pie, y una gran cantidad de armas y vituallas sobre muchas personas de cuenta, que ocupaban grandes puestos en los exércitos donde servian, y doscientos soldados portugueses retirados en Holanda de Flándes, India, Brasil y Cataluña. Por encargo del rey D. Juan acomodó y repartió los soldados mas antiguos que se hallaban en Portugal de Flándes y Cataluña, para que se aprovechasen en sus exércitos, librando así á la Corte y á los ministros de quejosos, y poblando las fronteras de Oficiales. Sin empleo alguno pasó al Alentejo, en donde sirvió un año entero sin que pasase en esta provincia cosa importante, en que no se hallase en persona ó por consejo, teniendo tanta parte en la formacion de su primer exército, como tuviéron todos los Cabos y Ministros portugueses. Despues conduxo por el reyno de Portúgal todos los prisioneros españoles, desbaratando mas parte de ellos por la industria, que lo que venian por la fuerza de las armas, porque de mil setecientos rendidos que le entregáron, no entráron en Castilla quinientos sin violentar en manera alguna la palabra real Restituido á Lisboa, le fué mandado por el rey que asistiese á varias juntas de los mayores ministros sobre la fortificacion de las plazas de Alentejo y designios de aquellas armas; cuyo voto no fué de los ménos provechosos. Asistió por mas de seis meses continuos á justificar el procedimiento de Portugal entre los partidos ingleses de realistas y parlamentarios. Por órden del Consejo de la Guerra formó el regimiento de las Torres, y se construyéron por direccion suya las fortalezas de la Barra de Lisboa, y en la ocasion que podia aquella plaza recelarse de las armadas inglesas, escribió la defensa de dicha ciudad De manera sirvió á su patria, que pocos fuéron los negocios grandes de la guerra y paz, embaxadas, jurisdicciones, capitulaciones, regimientos, competencias y otras cosas semejantes de las que pasáron en aquel reyno, en sus tribunales, consejos, fronteras y conquistas, en que dexase de tener parte, ya con

su parecer, ó ya por conferencia con los que los dirigian.

Pero quando parece que era ya tiempo de recoger el premio que merecian unos servicios tan distinguidos y tan reiterados, la vil y abominable envidia, que siempre ha tenido en las Cortes su principal residencia, le hizo experimentar fatales calamidades maquinadas por la malevolencia de sus émulos. Fué acusado falsamente del ascsinato de Francisco Cardoso, y en su conseqüencia preso en la Torre vieja de Lisboa el martes 19 de Noviembre de 1644 por órden de la Mesa de Conciencia. A pésar de haber presentado quarenta testigos en su defensa, que cada uno valía mas en qualidad y justificacion que todos los documentos que hubo contra él, no pudo lograr despues de doce años de prision ya en la Torre vieja ó de S. Sebastian, ya en la Torre de Belen, y ya en el castillo de S. Jorge ó de Lisboa, que se le absolviese de una acusacion tan falsa y tan manifiesta. Despues de haberle despojado de su hacienda por gruesas condenaciones, fué al cabo de dicho tiempo sentenciado á salir para siempre de su patria y desterrado al Brasil, en donde permaneció seis años; cuya conmutacion por la de Bahia, donde estaba ántes destinado, no pudo lograr sino por empeño que hizo en 6 de Noviembre de 1648 Luis XIII rey de Francia y el Cardenal Mazarino con D. Juan el IV de Portugal. Por la propia causa fuéron ajusticiados hasta el último rigor de las leyes tres hombres, lanzado otro á galeras para siempre y algunos desgraciados.

Estando preso en Lisboa acabó la presente Historia de Cataluña, y por no parecer sospechoso que un Portugues en su trage y por eso castigado y vexado hablase en sus obras de hombres enemigos de su nacion, mudó su nombre en ella por el de Clemente, por ser el del santo titular de su nacimiento, y su apellido en el de Libertino, porque hallándose hijo de madre (Portugal) que fué esclava y ya libre, le convenia aquel significado con alusion, á que entre los Romanos era este el nombre de los hijos de los esclavos libertos. Esta Historia, como se ha visto, fué dedicada por él al Papa Inocencio X, como á quien debia ser juez en una causa

pública que sería tratada muchas veces ante su presencia, y habiendo sido aceptada se la mandó colocar en la biblioteca vaticana. Tal fué el ruido que hizo esta obra en Europa, que á pocos años de publicarse fué reimpresa por tres veces en Portugal, y no se pasó mucho tiempo sin ser traducida en frances. Fué tan excelente historiador que en la imitacion que siguió de los Curcios, de los Livios y de los Tucídides, consiguió exceder muchas veces á tan respetables originales, así en la elegancia de la frase y profundidad del concepto, como en la agudeza y discrecion; pero sin embargo fué tanta su moderacion que hablando de esta Historia solo dice: que lo que la falta, se la agregó de entereza, porque á lo mas no tiene otra cosa, que quatro palabras que el uso le enseñó á dexar á veces en su lugar, y otras cerca de él. Semejante idea de sí mismo manifestó, quando al quejarse de él cierto amigo por haber ocultado su nombre en esta Historia, le respondió: No ha perdido nada el libro faltándole mi nombre, ni mi nombre faltándole el libro.

Restituido á su patria desde el Brasil, ya mas benigna su mala estrella, se ocupó con mayor desvelo solo en continuar é imprimir sus obras místicas y profanas de historia, poesía, milicia, política, moral y otras ciencias que en el espacio de treinta y seis años habia compuesto tan diversas en los asuntos, como admiradas por su mérito y por su número, pues ascendian á cien volúmenes las impresas, y á muy pocas ménos las manuscritas. Desde el año de 1628 hasta el de 1644 gimiéron á un tiempo mismo las prensas de Varezi, Falco y Mancini en Roma; las de Boessat y Remaus en Leon de Francia; las de Juan Stenop en Lóndres, y las de Craesbeeck y Oliveira en Lisboa. Fué tan inimitable en el estilo jocoserio que usaba sin degenerar en pueril ni ridículo, que supo criticar sin pasion y reprehender sin ofensa las costumbres de su tiempo, templando el rigor de la invectiva, y haciendo apetecida y deleitosa su censura. En las mayores Cortes del mundo concilió con su discreta conversacion el afecto de las principales personas, así en calidad como en las ciencias que en ellas

florecian. Fué muy estimado en Roma, entre otros sabios, del P. Atanasio Kirker, y del Cardenal Brancati de Laurcia, y en Madrid de todos los literatos, y con especialidad de nuestro célebre poeta Quevedo de Villegas. Habló con igual pureza que expedicion las lenguas mas cultas de Europa, llegando á explicar sus conceptos delicados en qualquiera de ellas con tal propiedad, como si hubiese nacido en Madrid, Paris ó en Roma. Tuvo conocimientos tan vastos de la Oratoria y de la Poesía, que competian como á porfia las mas célebres Academias por tenerle de Colega, siendo en la famosa de los Generosos de Lisboa por varias veces Presidente, y alcanzando en los mayores certámenes literarios los primeros premios. Falleció en Lisboa á 13 de Octubre de 1667, siendo de edad de cincuenta y quatro años, diez meses y veinte y un dias. Yace sepultado en el convento de S. Josef de la Ribera del mar de religiosos descalzos de S. Pedro de Alcántara. Nunca fué casado, aunque tuvo un hijo natural llamado D. Jorge Manuel de Melo, fiel imitador de las proezas militares de su padre, dando heroicos exemplos en la batalla de Senef en el año de 1674, donde murió valerosamente siendo ya Capitan de caballos.

